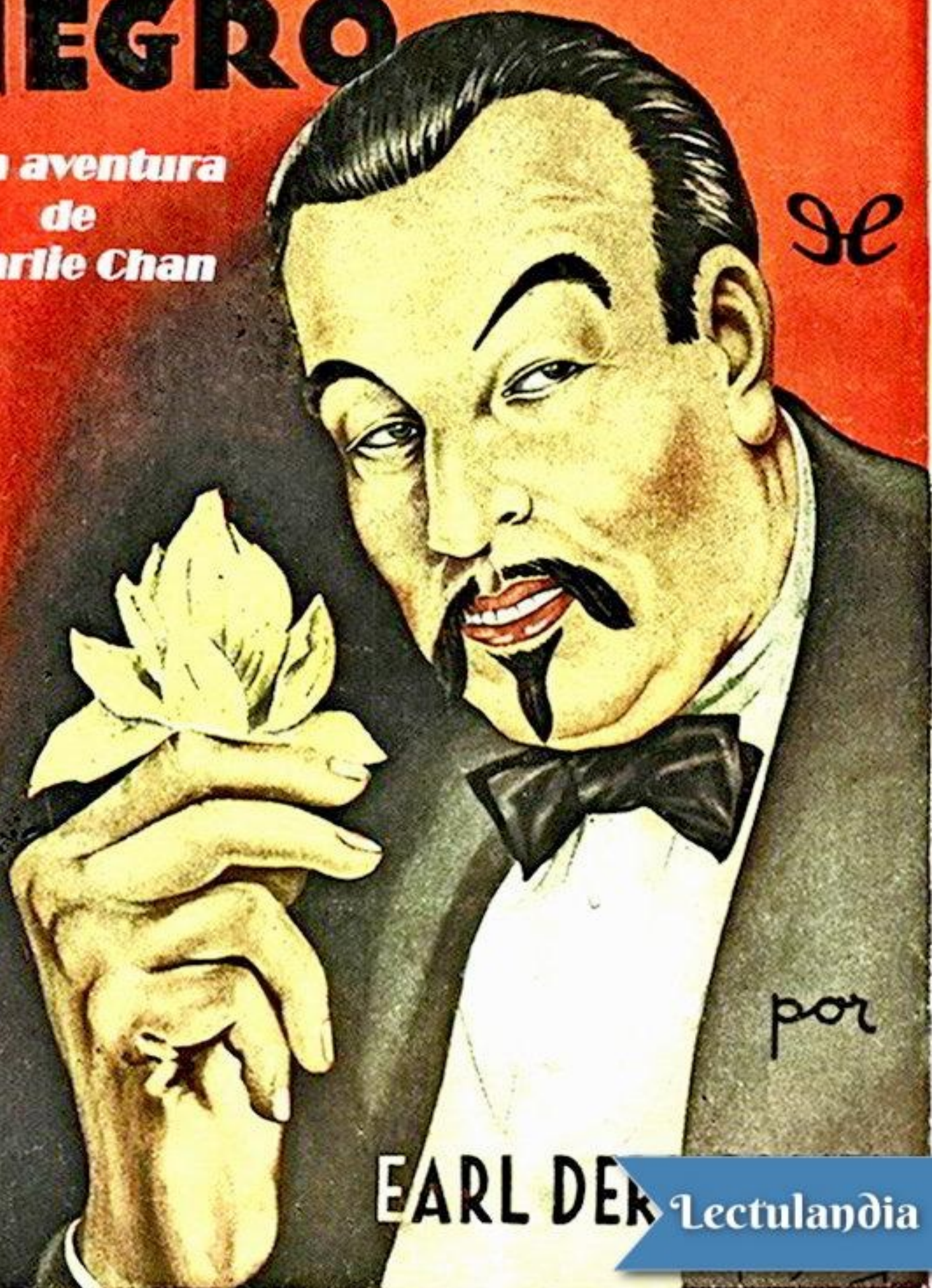


EL CAMELLO NEGRO

Otra aventura
de
Charlie Chan



EARL DER Lectulandia

«La muerte es el camello negro que se arrodilla, sin ser invitado, en cada puerta.»

Esto es lo que Charlie Chan dice a los invitados de la desafortunada Shelah Fane, una glamurosa estrella de cine de Hollywood que ha sido asesinada mientras estaba en la playa en Honolulu. En esta cuarta novela de la serie, el detective se enfrenta a su caso más desconcertante de su larga e ilustre carrera.

Chan es ayudado por un misterioso adivino llamado Tarneverro el Grande. Parece que *miss* Fane había convocado a Tarneverro a Honolulu por creer firmemente en sus poderes místicos para ayudarla a tomar la decisión de casarse o no con un tal Alan Jaynes, con quien tuvo un asunto tórrido durante el rodaje de su película en Tahití.

Ella está atormentada por su pasado y teme el futuro, y no sabe qué decisión tomar. Existe la cuestión de otro asesinato que ocurrió en Hollywood tres años antes. Denny Mayo, un actor muy conocido, fue asesinado en su casa, y parece haber una conexión entre *miss* Fane y Tarneverro en este asesinato sin resolver.

Lectulandia

Earl Derr Biggers

El camello negro

Charlie Chan - 04

ePub r1.0

Titivillus 21-12-2016

Título original: *The Black Camel*
Earl Derr Biggers, 1929
Ilustraciones: Margenat
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



CAPITULO PRIMERO

Mañana en Honolulu

El Pacífico es el más solitario de los Océanos, y los viajeros que atraviesan aquel moviente desierto empiezan a sentir que su barco se ha perdido en la eternidad del cielo y el agua. Pero si hacen la travesía desde los arrecifes de coral de los mares del Sur a la costa de California, se encuentran de repente con un alto a mitad del camino. A él llegaron los que iban a bordo del *Oceanic* poco después de amanecer aquella silenciosa mañana de julio. Picos oscuros y húmedos se levantaban sobre la superficie del mar, fantásticos, increíbles. Pero conforme iba reduciéndose la distancia, iban

presentándose con mayor realidad, hasta que, por fin, se ofrecía a la impresionada mirada del espectador la luminosa isla verde de Oahu, estriada por oscuras cortaduras, donde va a perderse la lluvia.

El *Oceanic* viró para tomar la entrada del canal. Allí estaba la Cabeza de Diamante, como un gigantesco león —si se permite el anticuado símil—, encogido para saltar. Un león encogido, sí; la imagen es certera. Pero en cuanto a saltar, no ha habido la menor probabilidad nunca. La Cabeza de Diamante es una *kama'aina*^[1] de las islas y desde tiempos remotos tiene la sensación de cuán vano es actuar dejándose llevar de impulsos; a decir verdad, actuar de cualquier modo que sea.

Una viajera iba apoyada en la barandilla de la cubierta, mirando la redonda playa de Waikiki; más allá, las blancas murallas de Honolulu, medio escondidas entre la vegetación, detrás de Aloha Tower. Mujer bella, que pasaba poco de los treinta, había sido objeto de inagotable interés para los pasajeros, que con ella hacían la tórrida y monótona travesía desde Tahití. Cualquiera que sea el rincón del mundo en que usted haya podido vivir escondido, la hubiese reconocido en el acto, porque era la Shelah Fane de las películas, y su fama era tanta como la de un presidente o un rey.

Los productores de cine la han tenido como una ganga durante ocho años; pero actualmente habían empezado a torcer el gesto. «Ya no; ya está pasada.» Los muchachos y las chicas más mimados acaban por caer hundidos en el polvo como deshollinadores, y ello es lo que quita sin duda el sueño a las estrellas de la pantalla las noches en que no pueden conciliarlo. Shelah se había despertado temprano, y sus ojos, fijos en la aurora con su halo de nubes, estaban tristes y un poco inquietos.

Oyó detrás de sí, en cubierta, pasos que le eran familiares, y se volvió. A su espalda sonreía un hombre ancho, fuerte, de aspecto resuelto.

—Hola, Alan —dijo ella—. ¿Cómo se encuentra usted hoy?

—Un poco intranquilo —contestó él.

Se puso a su lado en la barandilla. Echábase de ver que el rostro de él no sabía nada de luces Klieg^[2] ni de maquillajes; estaba marcado de surcos profundos y tostado por el sol tropical.

—¡Por fin al término del viaje, Shelah; al menos usted! —añadió, poniendo su mano sobre la de ella— ¿Está triste?

Dudó ella un instante.

—Pues sí, un poco triste. No me importaría que hubiéramos acabado de zarpar ahora.

—Ni a mí.

Se quedó mirando a Honolulu con la brillante mirada del interés que, naturalmente, tiene para ojos británicos la vista de un nuevo puerto, de un nuevo sitio en que anclar. El buque se había parado a la entrada del canal y se acercaban a él en una lancha los empleados de la Aduana y el doctor.

—No se le habrá olvidado, supongo —dijo el inglés volviéndose a Shelah Fane—. Mi viaje no termina aquí. Ya sabe usted que mañana por la noche me marchó,

dejándomela a usted aquí. Salgo a media noche en este mismo buque... y necesito que me conteste usted antes de partir.

Ella asintió con la cabeza.

—Le contestaré antes de que parta. Se lo he prometido.

Un breve momento estudió la expresión del rostro de ella. La vista de tierra le había producido un evidente cambio. Regresaba del pequeño mundo del barco al gran mundo, cuya adoración esperaba, y se sentía fortalecida. Ya no la dominaba la calma, la languidez, la paz, sino que la lucía en los ojos una inquieta llama y golpeaba nerviosamente con el pequeño pie en la cubierta. Le abrumó a él un súbito temor: el de que la mujer a quien había conocido y venerado unas semanas se le escapaba para siempre.

—Y, ¿por qué esperar? —exclamó—. Deme la respuesta ahora.

—No, no —protestó ella—. Ahora, no. Luego.

Miró por encima de su hombro y añadió:

—Me parece que en la lancha han venido periodistas.

Un joven alto, de buena presencia, sin sombrero, con un mechón de pelo ondeando a la brisa, se acercó a ella precipitadamente. Su energía era un desafío al clima.

—¡Hola, *Miss Fane!* ¿No se acuerda usted de mí? Estuve a verla cuando pasó por aquí en su viaje hacia el Sur. Soy Jim Bradshaw, de la Oficina de Turismo, agente de Prensa para las bellezas y servicio de enlace con el Paraíso. Nuestra más cordial bienvenida, y aquí traigo una prenda de nuestros deseos.

Le puso al cuello una fragante guirnalda, mientras el hombre a quien había llamado Alan se apartaba lentamente.

—Es usted amabilísimo —le dijo Shelah Fane—. Desde luego que recuerdo de usted. Se mostró usted tan contento de conocerme. Y ahora lo mismo, de volverme a ver.

El sonrió.

—Lo estoy... Y, además, es mi oficio. Yo soy el dintel de la puerta de Hawai, con un letrero sobre mí que dice: «Bienvenida» o «Bienvenido». La hospitalidad de la isla... Tengo que demostrar que todos mis anuncios responden a la realidad. Pero el caso de usted, créame, no me cuesta ningún trabajo.

Vio que ella miraba impaciente en torno, y añadió:

—La verdad es, y lo lamento, que todos los periodistas parecen estar reposando en brazos de Morfeo. Pero no es culpa de ellos. Somnolientos como están por el arrullo de los reconfortantes vientos generales por entre los cocos... Ya terminaré esto después. Ahora dígame lo que le interesa, y yo me cuidaré de que aparezca en los periódicos. ¿Terminó usted en Tahití aquella gran película del mar del Sur?

—No del todo —contestó ella—. Han quedado unos cuadros para hacer en Honolulu. Aquí, como usted sabe, podemos vivir mucho más cómodamente, y el paisaje es tan lindo...

—¡Y cómo que si lo sé! —exclamó el joven—. Pregúnteme, pregúnteme. Flores exóticas, árboles con encantadoras inflorescencias, colinas que verdean un perpetuo follaje, cielo azul y lleno de sol, en que se mueven como gigantescas olas blancas nubes... Un sueño de los trópicos inmutables con los encantos de una primavera. ¿Qué tal? Lo escribí ayer mismo.

—Me parece magnífico —dijo Shelah riéndose.

—¿Parará usted algún tiempo en Honolulu, *Miss Fane*?

Asintió ella.

—He mandado a la servidumbre por delante —le contestó—. Han tomado una casa para mí en la playa. Aborrezco los hoteles, y, además, en ellos, la gente me está mirando constantemente. Creo que será una casa grande.

—Lo es —la atajó Bradshaw—. Estuve ayer. Todo está dispuesto y esperando que usted llegue. Vi a su mayordomo... y a su secretaria, Julia O'Neill. A propósito de esto; ¿tendrá usted la amabilidad de decirme cuando pueda dónde encuentra usted secretarias de esa clase?

Shelah sonrió.

—¡Oh! Julia es mucho más que una secretaria. Es como una hermana... casi hija. Aunque claro que esto es un absurdo decirlo, porque somos casi de la misma edad.

—¿Es posible? —dijo el joven hablando para sí.

—La madre de Julia era una querida amiga mía, y cuando falleció, hace cuatro años, yo me hice cargo de la muchacha. Alguna vez hay que hacer algo bueno —añadió modestamente, clavando la mirada en la cubierta.

—Por descontado —convino Bradshaw—. Ya me dijo Julia lo buena que era usted con ella.

—Y ella me corresponde plenamente —aseguró la estrella—. Julia es un encanto.

—¿Verdad que sí lo es? —replicó el muchacho efusivamente—. Si tuviera yo a mano mi diccionario de la rima la haría a usted una descripción de la muchacha en este mismo momento.

Shelah se le quedó mirando de repente.

—Pero Julia no lleva aquí más que dos días...

—En efecto; y yo lo mismo. Estoy de excursión en Los Angeles y he regresado en el mismo buque en que venía ella. La mejor travesía que en mi vida he hecho. Figúrese... Noches de luna, mares de plata, una muchacha linda...

—Ya veré yo eso —dijo Shelah Fane.

Se les incorporaron otros dos pasajeros: un hombre aburrido y con aspecto de desilusionado, que por sus ropas recordaba el Boulevard de Hollywood, y una muchacha deslumbradora, de veinte años.

—Míster Bradshaw, de la Oficina de Turismo —dijo Shelah presentándolos—. *Miss Diana Dixon*, que trabaja en mi nueva película, y *Huntley Van Horn*, mi primer actor.

Miss Dixon no perdió tiempo. Parecieron salirle chispas en el acto.

—Honolulu es un sitio encantador. Mi mayor deseo era venir aquí. ¡Qué espléndida belleza...!

—No te molestes —atajó la estrella—. Míster Bradshaw sabe todo eso. Mejor que nadie.

—Pero siempre me es agradable que confirmen mis opiniones —dijo el joven haciendo una reverencia—. Especialmente cuando la confirmación procede de fuente tan encantadora.

Se volvió hacia el hombre:

—Míster Van Horn, ya le he visto a usted en películas.

Van Horn sonrió cínicamente.

—Y supongo que también los naturales de Borneo. ¿Le ha dicho a usted algo Shelah de nuestra última producción?

—Muy poco —contestó Bradshaw—. ¿Buen papel?

—Siempre ha sido buen papel —dijo Van Horn—. Espero que mi interpretación no perjudique su futura utilidad. Si la perjudica, ya pueden ir cerrando la mayor parte de nuestros principales estudios. Soy un colonizador de una isla del Pacífico, y he ido cayendo más bajo cada vez...

—Y es verdad —asintió la estrella.

—Estoy revolcándome en lo más hondo —continuó Van Horn— y me encuentro tan ricamente, muchas gracias, cuando, por raro que le parezca a usted, me salvan. Absolutamente rehabilitado, le digo a usted, merced al amor de esta chica primitiva y morena.

—¿Qué chica? —preguntó Bradshaw con asombro—. ¡Ah! Quiere usted decir *Miss Fane*. Muy bien. Parece un asunto muy interesante; pero no me lo cuente, no me lo cuente.

Se volvió hacia la estrella.

—Me alegro mucho de que tengan ustedes que hacer unos cuadros en Honolulu. En la Oficina de Turismo nos gusta muchísimo eso. Y ahora tengo que marcharme en seguida. En el barco vienen una o dos celebridades más. Un tal Alan Jaynes, muy rico...

—Hablando con él estaba yo cuando usted se me acercó —dijo Shelah.

—Muchas gracias. Voy a buscarlo. Minas de diamante... en el Sur de África... magnífico. En Hawai tenemos gran interés por el arte, ya sabe usted; pero el dinero... Cuando aparece en el puerto es cuando verdaderamente desplegamos las banderas. Hasta después.

Desapareció por la cubierta, y los tres artistas de cine se pusieron a la barandilla.

—Aquí viene Val —dijo Huntley Van Horn— con su aspecto de hombre que ha descubierto los trópicos.

Referíase a Val Martino, director de la última película de Shelah, que llegaba apresuradamente por la cubierta. Era un hombre, bajo, recio, de cabello gris, vestido con un traje de inmaculada seda blanca. Encima flotaba una corbata roja, que

enmarcaba su cara ancha, grande y casi del mismo tono que la corbata, lo que indicaba que *Mr. Martini* no se había ocupado jamás de cosas triviales como la presión sanguínea y la dieta.

—Hola —dijo—. Ya estamos aquí. Gracias a Dios que hemos acabado con Haití. Lo que es en adelante me dejaré de trópicos hasta que los haya echado a perder la técnica americana. ¿Era un periodista ese con quien estabas hablando, Shelah?

—No exactamente. Era un muchacho de la Oficina de Turismo.

—Supongo que le habrás hablado de la nueva película —siguió él—. Ya sabes que nos va a ser precisa toda la publicidad que podamos hacer.

—¡Vamos a dejarnos de películas ya! —replicó la estrella un tanto aburrida.

El *Oceanic* iba navegando lentamente hacia el malecón, donde esperaba poquísima gente. Shelah Fane miró al menguado grupo con interés y algo de desencanto. Esperaba, cuando menos, hallar un tropel de colegiales vestidos de blanco, con guirnaldas de triunfo. Pero esto había ocurrido cuando había pasado la vez anterior, no podía esperar que la historia se repitiera... y, además, no eran más que las siete de la mañana.

—¡Ahí está Julia! —gritó de pronto— ¡Allí, al final del muelle! Está moviendo el pañuelo.

Contestó a la señal de Julia.

—¿Quién es el que está a su lado? —preguntó Van Horn— ¡Pero Dios! ¡Si parece Tarneverro!

—Tarneverro es —dijo *Miss Dixon*.

—¿Qué habrá venido a hacer aquí? —dijo, extrañado, el primer actor.

—Tal vez esté aquí porque yo le he mandado llamar —dijo Shelah Fane.

Una silenciosa doncella vestida de negro se llegó a su lado.

—¿Qué hay, Ana?

—Los de las Aduanas, señora. Lo están mirando todo. Lo mejor será que venga. Parece que quieren hablar con usted.

—Ya les diré yo a ellos —dijo la estrella resueltamente. Y siguió a la doncella al camarote.

—Bueno; ¿y qué es lo que sabe usted de todo esto? —comentó Van Horn—. Ha mandado venir desde Hollywood a ese endemoniado adivinador del porvenir.

—¿Qué quiere usted decir con eso de endemoniado? —cortó *Mis Dixon*—. Tarneverro es sencillamente prodigioso. A mí me ha dicho las cosas más sorprendentes de mi pasado, y también a mi futuro. Yo no doy jamás un paso sin consultarle. Ni Shelah tampoco.

Martino movió la cabeza con contrariedad.

—Es un escándalo —exclamó él— de qué modo la mayor parte de las mujeres de Hollywood os habéis puesto en manos de esos brujos. Les contáis todos vuestros secretos... El mejor día cualquiera de ellos publica sus memorias, y a ver lo que hacéis entonces. Unos cuantos de nosotros esforzándonos por levantar la industria a

un plano de dignidad, y ya se ve lo que conseguimos.

—Déjese de eso, querido amigo —dijo Van Horn. Miró a la figura alta y delgada del adivinador, que se encontraba al otro lado de la faja de agua, y añadió:

—¡Pobre Shelah! Hay no sé qué de emocionante en una fe como esta. Me figuro que quiere preguntar a Tarneverro si se debe casar o no con Alan Jaynes.

—Desde luego que es eso —convino *Miss Dixon*—. Quiere saber si será feliz con él. Puso un cable a Tarneverro al día siguiente de haberle pedido su mano Jaynes. ¿Por qué no? El matrimonio es un paso serio.

Martino dio una especie de rugido.

—Si me hubiera preguntado a mí, yo la hubiera leído el porvenir en el acto. Para las películas se está acabando ya, y debe saberlo. Dentro de seis meses termina su contrato, y he sabido (aquí para entre nosotros, confidencialmente) que no se lo renuevan. Me figuro que entonces hará un largo viaje por mar, se irá al extranjero a hacer una película... El principio del fin. Lo mejor que puede hacer es echarle la mano a ese rey del diamante antes de que mude de opinión. Pero no; el caso es andar al retortero de ese adivino y de su bola de cristal. Pero así sois. No tenéis juicio nunca.

Se marchó.

Rápidamente se llenaron las formalidades del puerto y el *Oceanic* atracó. Shelah Fane fue la primera en pisar la plancha, para ser recibida en los delgados brazos de su secretaria. Julia era joven, impetuosa, ingenua; su alegría era verdadera.

—La casa está lista, Shelah. Es una ganga. Allí está Jessop, y hemos encontrado un cocinero chino que es mago. El coche está esperando.

—¿De veras, querida?

La estrella miró los hundidos ojos oscuros al hombre que estaba al lado de Julia.

—Tarneverro, ¿no sabe usted de cuánto alivio me sirve encontrarle aquí! Ya sabía yo que podía confiar en usted, por supuesto.

—Siempre —dijo gravemente el adivino.

Lo que la concurrencia tenía de poco numerosa lo tenía de ruidosa y complicada. Ana, la doncella, iba abrumada de cajas y maletas, y Tarneverro, al darse cuenta, acudió a auxiliarla. No había en su actitud condescendencia; la trataba con la misma graciosa cortesía con que hubiera tratado a la estrella.

Aparecieron en escena Alan Jaynes y Bradshaw. Este se acercó a saludar a Julia con el mismo calor que si acabara de llegar de un largo viaje y desde un alejado puerto. Jaynes se puso rápidamente al lado de Shelah.

—Tengo una terrible impaciencia —dijo—. ¿Puedo verla esta tarde?

—Desde luego —dijo ella—. Mire: esta es Julia. Ya ha oído usted hablar de ella. Julia, haz el favor de decirle el número de nuestra casa. Es detrás del Gran Hotel, en Kalakaua Avenue.

Julia le dio las señas, y él se volvió de nuevo hacia Shelah:

—No quiero molestarla a usted...

—Un momento —dijo la estrella—. Voy a presentarle a usted a un viejo amigo de Hollywood. Tarneverro, ¿quiere hacer el favor de venir?

El adivino alargó un par de maletas al chófer de Shelah y acudió en seguida. Jaynes le miró con cierta sorpresa.

—Tarneverro —dijo la estrella—, tengo el gusto de presentarle a Alan Jaynes. Se estrecharon la mano.

—Mucho gusto en conocerle —dijo el inglés.

Al mirar a la cara al otro experimentó una repentina sensación de desagrado. Había allí fuerza, no la fuerza del músculo, que él tenía y era capaz de comprender, sino algo más sutil, algo extraño, inexplicable e inquietante. Añadió:

—Lo siento mucho, pero tengo que retirarme.

Desapareció entre la gente. Y Julia llevó a Shelah y a Tarneverro al coche. Resultó que Tarneverro paraba en el Gran Hotel, y Shelah le ofreció ir allí a verle.

Se deslizaban por las calles de Honolulu, bajo un llameante cielo azul. Despertaba la ciudad a un nuevo día de ocio. Se desperezaban lánguidamente hombres de varias razas; en la esquina de King Street, un chicuelo vendía el periódico de la mañana; y un gordo *policeman* de cara bronceada volvió perezosamente la señal de parada, a fin de dejar paso a los viajeros. Shelah Fane, como todos los pasajeros que por primera vez arribaban a este puerto, sentíase deslumbrada por la luminosidad y el color.

—¡Qué bien lo voy a pasar aquí! —exclamó—. Nunca he estado más de un día. ¡Qué gusto haber salido ya de los mares del Sur!

—Pero son muy novelescos, ¿verdad? —preguntó Julia.

—Ilusiones de la juventud —rezongó la estrella—. No quiero destruirlas. Sólo te pido que, mientras viva, no me vuelvas a hablar de Haití.

—No es como en los libros —asintió Tarneverro, que iba sentado, misterioso aun en aquel mundo de luz, junto a Shelah—. Yo lo descubrí por mí mismo, hace ya mucho tiempo. ¿De manera que se va usted a quedar aquí algún tiempo, por lo que oigo?

—Supongo que cosa de un mes —contestó la estrella—. Un par de semanas más con la película, y después, quince días de descanso. Me está haciendo mucha falta, Tarneverro. Estoy fatigada, fatigada...

—No tiene usted que decírmelo —dijo él—. Tengo ojos.

Tenía ojos, sin duda; unos ojos fríos, escrutadores y algo inquietantes. El coche pasó a buena marcha por delante del antiguo Palacio Real y del edificio de los Tribunales, y desembocó en Kalakaua Avenue.

—No sé cómo agradecerle el que se haya usted molestado en venir.

—Nada de eso —contestó él con sencillez—. Salí al día siguiente de recibir su cable. Me hacía falta una vacación. Ya sabe usted que mi trabajo no es muy descansado. Además, decía usted que me necesitaba. Era lo bastante. Será siempre lo bastante.

Julia empezó a hablar de las islas; habló de las aguas acariciadoras de Waikiki,

del encanto de la misteriosa música indígena en la noche púrpura, del abigarrado espectáculo de las calles.

—Todo eso —dijo Shelah sonriendo— me suena a la más encendida lírica de James Bradshaw.

Julia se echó a reír.

—Sí. En realidad, lo que estaba haciendo era citar pasajes de Jimmy. ¿Le has visto, Shelah?

—Sí; le he visto —reconoció la estrella.

—Es encantador —le aseguró Julia—. Especialmente cuando no está haciendo propaganda.

Las rojas paredes del Grand Hotel aparecieron en este momento por entre un encaje de majestuosas palmas, y Shelah mandó al chófer parar a la puerta.

—Tengo que hablar con usted muy pronto —dijo a Tarneverro—. ¡Tengo que decirle tantas cosas...!

El levantó una mano fina.

—No me lo diga —objetó sonriendo—. Déjeme que sea yo quien se lo diga a usted.

Ella se le quedó mirando un poco sorprendida.

—Desde luego que sí. Necesito su consejo, Tarneverro. Tiene que venir en mi ayuda otra vez, como en otras ocasiones ha hecho.

El asintió seriamente.

—Lo intentaré. El resultado, quién lo sabe. Venga a mi cuarto a las once. En el número 19, en el piso primero. A la izquierda del *comptoir*^[3], conforme se entra, hay un tramo de escaleras que conduce a mi corredor. Yo la esperaré.

—Sí, sí —dijo ella con temblorosa voz—. Tengo que arreglarlo hoy mismo. Iré.

Tarneverro, en las gradas del hotel, hizo una inclinación, y al apartarse el coche Shelah sabía que llevaba clavados en ella aquellos ojos.

El conserje tocó en la manga a Tarneverro.

—Perdone. Un hombre desea verle y está esperándole. Éste.

El adivinador del porvenir se volvió y encontróse con un chino corpulento que se le aproximaba con paso sorprendentemente liviano. Llevaba retratada en la cara de marfil una expresión de estupidez; los ojos, negros, parecían velados y soñolientos. No era un chino inteligente, pensó Tarneverro, al tiempo que imaginaba vagamente en lo que pudiera presagiar tal visita.

El oriental se puso una mano sobre el amplio pecho e hizo una profunda reverencia, a pesar de su maciza cintura.

—Perdón una y mil veces —dijo—. ¿Tengo el indiscutible honor de dirigirme a Tarneverro el Grande?

—Yo soy Tarneverro —contestó el otro secamente—. ¿En qué puedo servirle?

—Permítame que me presente a mí mismo —continuó el chino—, aun siendo indigno de que usted fije en mí su atención. Mi nombre es Harry Wing, y soy un

humilde hombre de negocios de la isla. ¿Llevaré demasiado lejos mis aspiraciones si digo que deseo hablarle a usted a solas?

Tarneverro se encogió de hombros.

—¿Para qué?

—El asunto es de la mayor urgencia. Si puedo permitirme... En su habitación...

El adivino miró por un momento la plácida máscara de aquel rostro, detrás del cual parecía no haber vida. Capituló.

—Venga —dijo—. Cogió la llave en el mostrador e indicó el camino.

Una vez que hubo traspuesto la puerta del cuarto 19 se volvió a mirar a su extraño visitante, que le había seguido con silencioso paso. Las cortinas del gabinete están corridas por completo y las habitaciones inundadas de luz. Con propósito deliberado, Tarneverro había elegido habitación en el lado del hotel que daba a la montaña, y por la ventana se deslizaba un vientecillo fresco procedente de Koolau Range que movía los papeles que había sobre la mesa de escritorio.

El aspecto del chino seguía siendo inexpresivo, aun para el penetrante escrutinio a que el adivino le sometió.

—Usted dirá —dijo Tarneverro.

—Usted es el famoso Tarneverro —empezó Harry con una respetuosa voz monocorde—. Entre la gente de Hollywood goza usted de amplia reputación como hombre que descorre los tupidos velos y penetra con la mirada el incierto porvenir. El futuro, que es para los ojos de los demás opacos como la laca es para los de usted transparente como el cristal. Permítame decirle que su reputación le persigue hasta Hawái, presa en sus talones como una sombra. El rumor de su mística suficiencia inunda las calles.

—Perfectamente —dijo Tarneverro con sequedad—. ¿De qué se trata?

—Yo soy, como ya he tenido el honor de decirle, un modesto hombre de negocios que no tiene importancia para nadie, excepto para mí mismo. Comienzo ahora por decirle francamente que la oportunidad se ha cruzado en mi camino. Me es posible amalgamar mi negocio con el que tiene un primo mío en una provincia del Norte. El porvenir se presenta brillante, pero me asaltan escrúpulos. ¿Trabará bien la mezcla? ¿Es mi primo todo lo honorable que naturalmente debe ser un primo mío? ¿Puedo fiarme de él? En pocas palabras: deseo que el tupido velo sea levantado, y usted es el hombre que puede hacerlo. Estoy dispuesto a pagar el servicio con generosa mano.

Tarneverro entornó los ojos, y durante buen espacio estuvo considerando a su inesperado cliente. El chino esperaba, inmóvil como un Buda, con las manos en los bolsillos del pantalón y la chaqueta echada hacia atrás. La mirada del adivino se detuvo por un momento en un punto inmediatamente debajo de la pluma estilográfica que su visitante llevaba en el chaleco.

—Imposible —dijo con rápida decisión—. Estoy aquí de vacaciones, no para practicar mi profesión.

—Pero el público rumor —dijo el otro— asegura que ya ha trabajado usted con la

esfera de cristal.

—Para uno o dos de los gerentes del hotel, de manera puramente amistosa —le atajó Tarneverro—. No he cobrado honorarios. No puedo hacer lo mismo con el público en general.

Harry Wing lanzó un gruñido.

—Pues para mí el asunto se torna en triste desengaño —contestó.

En la cara cetrina del vidente se dibujó una amarga sonrisa.

—Siéntese —dijo—. Yo he estado algún tiempo en la China y conozco cuánto es el interés que ponen ustedes en los que leemos el porvenir. Así que, por un momento, mientras me estaba usted hablando del asunto, creí que estaba usted diciéndome la verdad.

El visitante frunció el ceño.

—No comprendo bien lo que quiere decirme.

Siempre sonriendo, Tarneverro se sentó en su sillón, frente a frente del oriental.

—Pues sí, míster... Wing. Creí en lo que estaba diciéndome; pero al momento me desengañé. Y luego vino en mi ayuda un cierto don que tengo. Ha hablado usted de mis éxitos. Si he tenido éxitos, ¿a qué se debe? A que tengo visiones, *Mr. Wing*.

—Los chinos también tienen visiones.

—Un momento. Mientras estaba ahí en pie escuchándole, me llegó una onda psíquica. Tuve una visión. ¿De qué? De unos hombres enérgicos que están en puestos de policía y que han jurado hacer respetar la ley; detectives que persiguen malhechores y los cogen por fin. Un tribunal, un juez. Esta es, amigo mío, la visión que he tenido. Un poco rara, ¿verdad?

La expresión del visitante había perdido repentinamente su característica estupidez. Los ojos negros se dilataban con admiración.

—Rara hazaña por parte suya, sin duda. Pero lo que es yo no creo que haya sido una visión. Hace unos momentos clavó usted los ojos con aguda comprensión en la parte de mi propio chaleco, de donde acababa de quitar mi enseña de policía. El imperdible ha dejado indeleble señal. Es usted también un detective de primera fuerza, y le felicito por ello.

Tarneverro echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—¡*Touché!* —exclamó— ¿De manera que es usted detective, míster...?

—Mi nombre es Chan —dijo el corpulento chino sonriendo abiertamente—. El inspector Chan, de Honolulu. Fui sargento; pero hubo aumento de categoría en el departamento local de Policía, y fui recompensado más allá de mis escasos méritos. El cepo que tan totalmente ha fracasado, debo decir, en justicia a mi personalidad, que no fue ocurrencia mía. Ya le dije al jefe que no serviría de nada, a no ser que usted fuera muy poco agudo. Como resulta que usted es más inteligente de lo que hubiera podido esperarse, no ha servido. No tenemos intención de molestarle. Sólo llamarle la atención sobre la ordenanza local, que previene que los hombres como usted no estén autorizados para practicar su arte en esta ciudad sin obtener permiso

previamente. Y como al buen entendedor con pocas palabras le basta, me retiro cumplida mi misión.

Tarneverro se levantó también.

—No voy a practicar mi profesión entre las gentes de la ciudad —anunció, dejándose a un lado el aire de misterio que empleaba en beneficio de las estrellas de cine y presentándose como un ser completamente humano y nada desagradable por cierto—. He tenido mucho gusto en conocerle, inspector. En cuanto a mi habilidad detectivesca, debo confesarle que es de bastante utilidad en mi trabajo.

—Sí que debe de serlo —repitió Chan—. Pero destreza como la de usted debería estar al servicio público. Con frecuencia se publica que en Los Angeles se cometen asesinatos que no se descubren. Yo los estudio todos con el más encarnizado interés. El caso Taylor (¡qué caso más asombroso!) sigue todavía en el misterio. Y el caso de Denny Mayo, el famoso actor muerto una noche en su casa. Hace ya lo menos tres años, y Denny Mayo no ha sido vengado por la policía de Los Angeles.

—Ni lo será nunca —añadió el adivino—. No, inspector, eso no cae dentro de mi especialidad. Es más seguro mirar al futuro y poner sordina al pasado de Hollywood.

—Puede ser que la sabiduría esté en ello —siguió Chan—. Sin embargo, ¡con qué placer requeriría yo su ayuda si me saltara a la cara algún inquietante rompecabezas! Me despido de usted, *Mr.* Tarneverro. El recuerdo de su inteligencia vivirá en mi pobre entendimiento largos años.

Salió quedamente, y Tarneverro miró el reloj. Con aire abandonado puso una mesita en el centro de la habitación, y sacando de un cajón del armario una esfera de cristal, la puso encima. Luego se acercó a las persianas y las echó en parte, con lo que redujo considerablemente la luz brillante que llegaba de fuera. Mirando en torno de la habitación en semioscuridad se encogió de hombros. No era tan impresionante como su estudio de Los Angeles, pero serviría. Se sentó junto a la ventana, sacó del bolsillo una carta muy abultada, y rasgando el sobre, empezó a leer. Las cortinas, movidas por la robusta mano del viento, le ondeaban en torno de la cabeza.

A las once, Shelah Fane llamó a la puerta y él la hizo pasar al gabinete. Iba vestida de blanco y parecía más joven que cuando estaba en el puerto; pero el pesar le ensombrecía los ojos. Las maneras de Tarneverro hiciéronse profesionales; era ahora frío, lejano, impertérrito. Se sentó a la mesa, detrás de la esfera de cristal. Luego, echando las cortinas del todo, dejó el cuarto sumido en completa oscuridad.



... y él la hizo pasar al gabinete.

—Tarneverro, dígame qué debo hacer —empezó ella. El se le sentó enfrente.

—Espere —ordenó el adivino, y miró fijamente el cristal—. La veo a usted asomada a la borda de un buque, bajo la luz de una luna brillante. Lleva usted un traje de noche... dorado, que entona con su cabello. Sobre los hombros lleva un chal del mismo color. A su lado hay un hombre. Señala algo y le ofrece a usted unos gemelos. Usted se los lleva a los ojos y echa la última mirada a las luces que se ven a todo lo largo de Papeete, el puerto del que han salido hace unas horas.

—Sí, sí —murmuró Shelah Fane—. Tarneverro, ¿cómo es posible que sepa usted...?

—El hombre se vuelve. No le veo más que muy confusamente, pero le reconozco. Hoy, en el malecón... Alan Jaynes... ¿No se llama así? Le ha hecho a usted una pregunta, tal vez referente a matrimonio; pero usted mueve la cabeza. Duda. Quiere usted decir que sí, pero no quiere. Le despide usted. ¿Por qué? Veo que ama usted a ese hombre.

—Es verdad —exclamó la artista—. ¡Verdad, Tarneverro! Le conocí en Papeete... Sólo hace una semana. Pero en un sitio como ese... La primera noche de viaje, como usted ha dicho exactamente, me habló de casarse conmigo. Todavía no le

he contestado. Quiero decir que sí, gozar un poco de ventura ahora. Creo que me la he ganado. Pero... tengo miedo.

El levantó del cristal sus penetrantes ojos.

—Tiene usted miedo. Teme usted que algo que hay en su pasado vuelva como un fantasma...

—No, no —gritó la mujer.

—Algo que sucedió hace mucho tiempo.

—No, no; no es verdad.

—A mí no puede usted engañarme. ¿Cuánto hace? No puede determinarlo claramente, y es necesario saberlo.

En viento agitaba las cortinas. Los ojos de Shelah Fane recorrían desesperados la oscuridad de la habitación. Luego volvieron a fijarse en los de Tarneverro.

—¿Cuánto tiempo hace? —volvió a preguntar él.

Ella lanzó un suspiro.

—El mes pasado hizo tres años.

El miró fijamente el cristal y movió los labios.

—Denny Mayo —dijo quedamente—. Es una cosa de Denny Mayo... ¡Ah, sí! Ya veo.

El viento separó las cortinas y un latigazo de luz azotó la cara de Shelah Fane. Tenía los ojos fijos, espantados.

—No debía haber venido —musitó.

—¿Qué fue lo de Denny Mayo? —dijo impaciente Tarneverro— ¿Quiere usted decírmelo o quiere que se lo diga yo a usted?

Ella señaló al balcón:

—Un balcón... Hay ahí un balcón.

Como burlándose de un niño, él se levantó y miró fuera. Volvió a la mesa.

—Sí, un balcón; pero no hay nadie en él.

Tomó asiento otra vez y sus imperiosos ojos buscaron los de ella. Ella se encontró prisionera y desamparada.

—Hable —dijo Tarneverro el Grande.

CAPITULO II

La casa de la playa

Después de un breve crepúsculo se extendió la oscuridad sobre la playa de Waikiki, negra como el misterio mismo. Hasta que la luna, como una antorcha que se elevara, se remontó en el cielo purpúreo, y el sentido del oído fue el árbitro. La negrura cubría las palmeras, pero se oía el susurro que arrancaba de ellas el viento. La blanca línea de las olas que se deshacían en la playa estaba borrada, pero seguían estallando sobre la costa invisible, dijérase que con redoblado vigor. Noche en el verdadero sentido de la palabra, inquietante, miedosa, pero corta también, porque la luna interviene pronto en la escena.

Tan sólo una lámpara de pie ardía en la espaciosa sala de la casa que Shelah Fane había alquilado en Waikiki. Las paredes, adornadas con papeles, los muebles y el techo hechos de raras maderas del país, brillaban débilmente a la media luz; veíase por todas partes el verde de las plantas exóticas. Las puertas vidrieras que daban a la calle estaban cerradas, pero las que caían sobre el mar y comunicaban inmediatamente con una galería estaban abiertas y por ellas entraba regularmente el rugido de la marea que subía.

Entró en la estancia Shelah Fane. Paseó con andar nervioso. Tenía en los ojos expresión de inquietud, casi de terror. Aquella expresión no se le había borrado desde que salió de celebrar la entrevista con Tarneverro en el cuarto del Grand Hotel. ¿Qué había hecho? No cesaba de hacerse la misma pregunta. ¿Qué había hecho? ¿Qué poder tenía aquel hombre moreno que tan fácilmente había arrancado de lo más hondo de su memoria un episodio que ella creía enterrado para siempre? Una vez fuera de su presencia se había asombrado ella misma de su propia indiscreción. Pero ya era tarde para todo, menos para el dolor.

Con el instinto de buscar el haz de luz se sentó bajo la lámpara. Muchas cámaras habían girado para ella en Hollywood desde los tiempos, ya distantes, en que apareció como un cohete en el cielo de la cinematografía. Y ahora la zona de luz no era buena con ella. Era buena aún para su pelo, que parecía inflamarse, pero no con las líneas que la pesadumbre había puesto en torno de sus ojos y de su pequeña boca contraída. ¿Lo sabía ella? Había brillado en el cielo más que la mayor parte de los cohetes. Ahora tenía que sufrir la rápida y solitaria caída en la oscuridad.

Su mayordomo, Jessop, entró. Era un inglés de cierta edad que había encontrado en Hollywood la tierra prometida. Era portador de un ramo de flores. Shelah levantó la vista.

—Hola, Jessop —dijo—. ¿Le ha hablado a usted *Miss Julia*? La hora de cenar es a las ocho y media.

—Entendido, señora —contestó gravemente.

—Una parte de la gente joven se va a dar un chapuzón antes de cenar. *Mr. Bradshaw* es uno de ellos. Llévelo usted a que se vista al cuarto azul. Hay que limpiar los cuartos de baño. *Miss Julia* y *Miss Diana* se vestirán en sus habitaciones.

Jessop asintió, al mismo tiempo que entraba Julia. Llevaba la joven un traje de tarde y la cara virgen de afeites. Se sentía entusiástica, feliz, joven... Un ramalazo de envidia cruzó por los bellos ojos de la estrella.

—No te molestes, Shelah —dijo Julia—. Ya lo hemos dispuesto todo Jessop y yo. Resultará como todas tus fiestas: un encanto. ¿Qué es esto, Jessop? ¿Flores?

—Para *Miss Fane* —contestó el mayordomo. Y alargando el ramo a la muchacha salió de la estancia.

Shelah Fane la miraba con ceño.

—Estoy pensando, Julia. No sé cómo arreglármelas para disponer una entrada que esté bien en un sitio como éste. Si al menos hubiera una terraza y un tramo de escalera amplio.

Julia se echó a reír.

—Puedes presentarte de pronto por la galería con un lulú y cantando una canción hawaiana.

La estrella se le quedó mirando seriamente.

—No está bien, querida. Sería presentarme al mismo nivel que mis invitados, y eso no resulta nunca. Para causar verdadero efecto hay que aparecer de pronto por arriba... No se te olvide eso nunca, querida. Claro que en Hollywood...

La muchacha se encogió de hombros.

—Pues preséntate por una vez naturalmente, Shelah. La novedad tiene su importancia, ya lo sabes.

Había desenvuelto el ramo de flores, y exclamó:

—¡Qué bonitas! Mira, Shelah, orquídeas.

La estrella se volvió sin interés. Las orquídeas no representaban en su vida nada nuevo.

—¡Qué amable es Alan! —dijo con languidez.

Pero Julia movió negativamente la cabeza, y dijo:

—No, no son de *Mr. Jaynes*. —Y leyó la tarjeta en voz alta—: «Con el amor de uno a quien has olvidado.»

—¿Cómo va a ser de él?

—¿Y por qué no ha de poder serlo? —dijo la estrella sonriendo con expresión de duda. Se levantó con súbito interés, y dijo—: Es extraño. Trae que vea esa tarjeta.

La leyó: «Con el amor de uno...»

Le brillaron los ojos con rápida comprensión:

—¡Si es la letra de Bob! ¡Mi querido Bob! Fíjate: amor... después de tantos años.

—¿Bob? —preguntó la muchacha.

Shelah afirmó con la cabeza.

—Bob Fyfe, mi primer y único marido, querida. Tú no le has conocido. Hace ya mucho tiempo. Yo era una chiquilla. Estaba en el coro de una compañía de opereta de Nueva York. Bob era actor, un actor de verdad, un buen actor. Me enamoré de él; pero luego vino Hollywood y nuestro divorcio. Y ahora... «con amor». ¡Qué cosa tan rara! ¿Será verdad?

—¿Y qué hace en Honolulu? —preguntó Julia.

—Trabajando —contestó Shelah—. Está de primer actor en un teatro de aquí. Me lo contó esta mañana Rita Ballou cuando estuve a visitarla.

Cogió las orquídeas y dijo:

—Me las pondré esta noche. No creí que me volvería a hablar nunca. Estoy... conmovida. Me gustaría volver a ver a Bob.

Le cruzó por la cara un pensamiento.

—Me gustaría verle ahora mismo. Ha sido siempre tan bueno, tan inteligente... ¿Qué hora es? ¡Ah, sí!

Miró el reloj de pulsera.

—Las siete y veinte. ¿Cómo se llamaba ese teatro? Me lo dijo Rita. Me parece que me dijo el Royal.

Sonó enérgicamente el timbre de la puerta y luego se notó en el *hall* un diálogo cortado y apareció por entre las cortinas Jimmy Bradshaw. Estaba de humor radiante.

—Ya estamos aquí todos —gritó—. Todos los que merecemos la pena. Bien, *Miss Fane*: ¿Cómo le resulta encontrarse libre, descuidada e independiente en una costa embalsamada por el olor de las palmeras, de regreso de los mares del Sur?

—Es verdaderamente confortador —dijo Shelah sonriendo. Luego hizo una seña a Julia y añadió—: Estoy de vuelta en un momento. Dame un alfiler para estas flores.

Desapareció en el *hall*, y Bradshaw se dirigió rápidamente a la muchacha.

—Está usted espléndida —le dijo—. Es el clima. No que estuviera usted mal al principio, sino...

—Dígame —le atajó ella—: ¿Qué le parece a usted Shelah?

—¿Shelah?

Hizo una pausa.

—¡Ah, me parece muy bien! Encantadora y cordial, pero un poco... artificiosa... Una buena actriz en escena y fuera. En los dos últimos años he conocido estrellas de cine en número suficiente para poner un Hollywood por mi cuenta, y lo que he dicho siempre... con todos los respetos para California del Sur, es que no hay modo de aguantarlas.

—No conoce usted a Shelah —protestó la muchacha.

—No; me figuro que no. Ha sido buena con usted, y eso es lo bastante para que a mí me parezca bien. Pero mis preferencias, en cuestión de mujeres... y crea que he hecho profundos estudios...

—¿De verdad?

—Mi ideal, ya que me pregunta, (y me alegro mucho de que me haya preguntado) es completamente distinto. Guapa, desde luego; joven, inocente, ingenua... y enamorada de uno completamente, claro. Esa (y puede usted citar el párrafo con toda libertad) es la mujer que yo quiero.

Apareció de pronto Diana por entre las cortinas. También iba vestida de tarde.

—Hola, buen pájaro —dijo—. ¿Está usted dispuesto a nadar conmigo?

—Desde luego —contestó Bradshaw—. Con usted y con todo el que quiera venir. Y miró a Julia.

—Vamos —añadió—. Yo creo que debemos ir antes de que salga la luna. Es la mejor hora. ¿Viene alguien más o los tres solos?

Julia movió la cabeza.

—Me parece que nadie más. Los demás tienen miedo de estropearse el maquillaje.

—Esta es una de las ventajas de la juventud sobre la edad madura —contestó el joven—. Pues vamos.

Se presentó Shelah con las orquídeas prendidas en el hombro.

—A darnos un chapuzón en las por todo el mundo famosas aguas de Waikiki —le comunicó Jimmy—. ¿No quiere usted venir con nosotros?

—Otro día —contestó ella—. Ya sabe usted que esta noche estoy de ama de casa.

—Pues se pierde usted —dijo Bradshaw con entonada palabra— uno de los encantos de la existencia. La sedosa marea rozando las arenas de coral; arriba, el cielo, oscuro, tachonado de estrellas, tal vez la encantadora nota de color de un halo lunar; llegan barcos de Los Angeles y San Francisco una vez por semana, y los pasajes están al alcance de todas las fortunas...

Volvió a sonar el timbre. Los jóvenes se salieron al *hall* acompañados de Shelah.

—Coja su traje —dijo Julia al muchacho—. Yo le diré dónde puede ponérselo. Vamos a hacer una apuesta. Gana el primero que se meta en el agua.

—Ganaré yo —contestó Bradshaw—. Y yo diré en lo que ha de consistir el premio.

Echaron rápidamente escaleras arriba.

Sonó el timbre otra vez. Shelah estaba junto a la puerta, pero no abrió; consideraba acto tal por bajo de su dignidad de estrella. En lugar de abrir se volvió a la sala y aguardó a que Jessop cumpliera con su deber. En breve espacio él lo hizo y se presentó en la sala una nueva pareja de invitados. Shelah les salió al encuentro. Eran una mujer morena, más bien gruesa, como de treinta años, y un hombre rubio, corpulento, con aire de fría autoridad.

—¡Mi querida Rita Ballou! —exclamó la estrella— ¡Un siglo sin verte! Amigo Wilkie: tanto gusto...

—¡Hola, querida! —dijo la mujer a quien había llamado Rita.

El hombre avanzó:

—Óigame, Shelah: ¿a qué hora dijo usted que era la comida?

—A las ocho y media... Pero no importa...

Ballou se volvió a su mujer:

—Pero ¿es que no va a ser posible que te enteres a derechas nunca de nada?

—¿Y qué más da? —contestó la mujer—. Así podemos estar de charla un rato con Shelah antes de que vengan los demás.

Añadió, volviéndose a la estrella:

—No sabes lo que sentimos no verte cuando pasaste por aquí en el viaje de ida. Estábamos en el continente.

—Y gracias a que esta vez no se nos ha escapado también —añadió Wilkie Ballou—. Está usted tan guapa como siempre.

—¿Cómo te las arreglas? —preguntó Rita dulcemente y retratada en los ojos la envidia.

—Ha encontrado la fuente de la juventud —dijo Wilkie con admiración.

—Siempre oí decir que estaba en Hawai —dijo la estrella sonriendo. Y miró a Rita con una severa mirada que vino a añadir: «Pero no es verdad».

Rita comprendió.

—Pues no —dijo tristemente—. Está en los institutos de belleza de Hollywood y tú bien lo sabes. Aquí las mujeres se pasan en seguida...

—¡Qué tontería! —protestó Shelah.

—Sí, sí. Yo lo he sabido... demasiado tarde. Me debí quedar en Hollywood y seguir mi camino.

—Pero, querida... Seguramente eres feliz con Wilkie.

—Desde luego que sí. Como podría serlo con un dolor de muelas.

Wilkie se encogió de hombros.

—No haga usted caso, Shelah —dijo—. Hemos venido regañando todo el camino. Ya conoce usted los nervios de Rita.

—Mis nervios, ¿verdad? —objetó la mujer—. Ya quisiera yo conocer a la que no tuviera nervios con un marido como tú. La verdad, Shelah, es que tiene más imaginación que... ¿cómo se llama...? que Shakespeare. Si se hubiera dejado de plantaciones de azúcar y se hubiera dedicado a escribir argumentos para películas...

Pero no hagas caso de nosotros. Cuéntame cosas de Hollywood. ¡Lo que me gustaría volver!

—Voy a parar aquí bastante tiempo. Ocasión tendremos de hablar —le dijo Shelah—. Algunos de los invitados se van a la playa a nadar un rato antes de la cena. ¿Quieres ir?

Rita se pasó la mano por el peinado impecable y se encogió de hombros con indiferencia.

—Lo que es yo, no —dijo—. Estoy tan harta de natación que me da rabia hasta ver el *tub*^[4]. No tienes idea, querida, de lo que son tres años casada y viviendo en Honolulu... Estas gentes son como peces. Se ahogan cuando se les saca del agua.

Se oyó en el *hall* ruido de otros recién llegados y entró en la habitación Alan Jaynes, espléndido y arrogante con su traje de frac. A Shelah se le fueron los ojos tras él. Cuando estaba presentándole a los Ballous irrumpieron Julia y Jimmy Bradshaw con sus trajes de playa encima de los de baño. Se detuvieron, temiéndose nuevas presentaciones.

—¿Dónde está *miss* Dixon? —preguntó Bradshaw—. No habrá salido todavía, ¿verdad?

—¡Qué ha de salir! —exclamó Julia—. Tardará un siglo, como siempre.

—Entonces, la apuesta queda entre nosotros dos —dijo el muchacho, y se escapó de un salto por la puerta vidriera que daba a la galería, con Julia a los alcances.

—¡Qué chico tan agradable! —observó Rita—. ¿Quién es?

Shelah le explicó la misión de *Mr.* Bradshaw sobre la tierra. Rita se levantó.

—Vamos a la playa —dijo.

—¿A la playa con zapatos de tacón alto? —protestó Wilkie.

—Me los puedo quitar, ¿verdad? —preguntó Rita, al tiempo que avanzaba hacia la vidriera.

—Claro —dijo la estrella—. Anda, que ahora vamos nosotros.

Rita salió.

Sin mostrar entusiasmo, levantó Wilkie su corpulenta figura del sillón.

—Eso quiere decir que yo también voy —dijo. Y se fue.

Shelah se volvió a Alan Jaynes con una risita nerviosa.

—¡Pobre Wilkie! ¡Es tan celoso! Y me parece que con razón. Al menos me parece que la tenía en los tiempos pasados.

Jaynes se acercó a ella rápidamente.

—Sentí mucho no verla a usted esta tarde.

—Le dolía a usted la cabeza, me dijeron. ¿Se encuentra usted mejor?

Asintió ella.

—Mucho mejor.

—Le traigo a usted un pequeño recuerdo. Nada digno de usted, desde luego.

Le dio un ramo de flores, que ella desenvolvió.

—¡Precioso! —dijo Shelah.

—Pero tarde —replicó Jaynes—. Veo que ya lleva usted unas orquídeas.

Ella dejó el obsequio sobre la mesa.

—Sí Alan.

—Supongo que eso no querrá decir... —empezó él a decir, frunciendo el entrecejo—. No, Shelah, no puede quererlo decir. No puedo vivir sin usted.

Ella se le quedó mirando.

—No tendrá usted más remedio, Alan. Lo siento mucho; pero... no puedo casarme con usted.

La expresión de él se tornó sombría.

—Luego es verdad —dijo.

—¿Qué es verdad?

—Lo que Van Horn me dijo esta tarde. Yo me resistía a creerlo de usted... Es una chiquillada, una tontería. Mandó usted a buscar a ese condenado adivino, y él ha decidido por usted. Él le ha aconsejado a usted que no me acepte.

Ella se apartó sin decir palabra. A él la cólera le encendió las mejillas.

—Si tuviera usted alguna razón seria —siguió, dominándose con trabajo— tomaría el mal con más calma. Pero esto... esto es demasiado. Que venga un fakir, un adivino, un embaucador a interponerse entre nosotros, es cosa que no estoy dispuesto a tolerar. En el barco llegué a creer que usted me quería.

—Es posible —contestó ella tristemente.

—Entonces, nada del mundo me detendrá.

—Espere, Alan, espere, por favor —exclamó ella—. Es por usted. Hago esto por usted. Créame. No habría para nosotros felicidad posible.

—Es eso lo que le ha dicho a usted, ¿verdad?

—¡Eso es lo que me ha dicho! Pero no ha hecho más que repetirme lo que ya me decía mi corazón. El pasado, Alan, el pasado no muere.

—Ya le he dicho a usted que a mí se me da un bledo de lo que haya pasado.

—¡Oh, pero es que usted no lo sabe, Alan... y que yo no puedo decírselo! Yo quiero comportarme dignamente... Usted es tan bueno y tan recto... Sería insoportable para mí acabar arrojándole a usted al lodo. Por favor, Alan, por favor...

—No quiero comprender nada —gritó Jaynes—. La necesito a usted, amarla, vivir para usted. Mire: no tengo tiempo, no tengo tiempo de nada. A media noche me voy; usted lo sabe. Olvide a ese imbécil de adivino. No me explico la fe que tiene usted en él, no puedo aprobarla; pero consiento en pasar por ella. Me figuro que no tiene usted la culpa. Su temperamento de usted, su género de vida. Olvídese de él y dígame una palabra antes de que me vaya.

Ella movió la cabeza.

—No puedo —dijo en un arranque—. No puedo.

Un momento se quedó mirándola Jaynes. Después, con gran dignidad, dio la vuelta.

—¿A dónde va usted? —le gritó Shelah.

—No sé —contestó—. Tengo que pensar este asunto.

—Pero cenará usted aquí...

—No sé —repitió—. Ahora me sería imposible hablar con sus amigos de usted. Necesito estar solo unos minutos. Puede que vuelva más tarde.

Parecía aturdido, como inconsciente. Shelah estaba a su lado y le tenía la mano puesta sobre el brazo.

—Alan, ¡cuánto lo siento! Crea que me cuesta gran disgusto...

El se volvió y la cogió en sus brazos.

—¡En el barco me quería usted! ¡No renuncio! ¡No puedo!

Tropezó su mirada con las orquídeas que llevaba ella sujetas al hombro del vestido con un pequeño alfiler de brillantes.

—¡No habrá nadie que pueda separarla a usted de mí! —gritó. Y, soltándola, salió de la estancia rápidamente.

Shelah Fane se fue lentamente a una butaca. En la cara llevaba retratados el dolor y la desesperada desventura. Y no estaba haciendo comedia entonces. Estuvo sentada unos momentos y gradualmente fue serenándose. Miró el reloj: las ocho menos cuarto. Se levantó de repente y se acercó a la vidriera de la parte posterior.

Todavía no había luna y la ancha faja de pradera que separaba la casa de la batiente marea estaba sumida en la oscuridad. Oyó a lo lejos el alegre grito de Julia, que batallaba con una ola, y la voz con que le respondía Jimmy Bradshaw. Salió a la galería, con extraña expresión expectante. La cruzó, hasta la marquesina de la puerta que daba sobre el jardín, y se quedó en pie mirando. Bajo un árbol cercano creyó ver, en la oscuridad, una sombra más negra todavía. Se movió la sombra de repente. Con un ligero grito que denotaba reconocimiento, abrió la puerta y corrió rápidamente sobre la hierba.

En tanto, Alan Jaynes iba tristemente por la Kalakaua Avenue en dirección del Grand Hotel. En cinco minutos llegaba ante el fresco vestíbulo de la famosa hospedería. Pasó por delante del conserje, cuya sonrisa de bienvenida se le congeló en el rostro al tropezarse con los ojos del inglés.

Jaynes torció a la izquierda, cruzó por delante de las tiendas llenas de jades y de sedas orientales, después, de la tienda de flores donde a primera hora de la tarde había comprado el ramo que yacía ahora despreciado sobre la mesa de Shelah. Un momento más tarde llegaba a la entrada del *hall* principal del hotel, y allí se paró, al final de un corto tramo de escaleras.

Era una bella estancia, con sus tres grandes arcos frente a la puerta, como una triple pintura del cielo de los trópicos. Pero Jaynes no tenía esta noche ojos para la belleza. La mayor parte de los huéspedes estaba cenando y el *hall* estaba casi desierto. Sentado no lejos, y hablando animadamente con una pareja ya entrada en años, un hombre y una mujer, que tenían aspecto de turistas, vio el inglés al hombre a quien buscaba.

Bajó las escaleras y bajó hasta acercarse a la butaca en que estaba el hombre.

—Levántese —le mandó con voz áspera.

Tarneverro el Grande le miró con cara inexpresiva.

—Esperaba algo más de cortesía —dijo sencillamente—. Pero, por otra parte, no creo conocerlo a usted...

—Levántese —repitió Jaynes— y venga conmigo. Necesito hablar con usted.

Un momento se quedó el adivino sentado, midiendo tranquilamente con la mirada al hombre que le avasallaba así. Luego se levantó, y disculpándose con los dos ancianos, avanzó por la amplia estancia al lado de Jaynes.

—¿Qué significa todo esto? —empezó.

Se pararon bajo el arco que había más al fondo. Fuera, una serie de luces bañaba de blanco el jardín del hotel, convirtiéndolo en ideal escenario para un drama de los trópicos. Pero el escenario estaba vacío; el drama estaba dentro del *hall*.

—Necesito una explicación —dijo Jaynes agriamente.

—¿Una explicación? ¿De qué?

—Yo he tenido el honor de proponer a *miss Shelah Fane* que se casara conmigo. Tengo razones para suponer que pensaba acceder... Pero hoy ha consultado con usted acerca del asunto; un asunto en que usted no tiene por qué intervenir... Usted la ha aconsejado en contra de su matrimonio conmigo.

Tarneverro se encogió de hombros.

—Yo no discuto con gentes extrañas lo que se deriva de mis lecturas.

—Pues conmigo va usted a tener que discutirlo. Vaya haciéndose a la idea.

—Suponga usted que sea verdad que se lo haya dicho. ¿Qué puedo contestar? Yo no digo a mis clientes nada más que lo que veo en el cristal.

—¡Mentira! —gritó Jaynes—. Usted les dice lo que le sugiere su imaginación. ¿Por qué razón ha dado usted ese consejo a *Shelah*?

Se le acercó más y le miró fijamente a la cara.

—¿Es acaso que está usted enamorado de ella?

El adivino sonrió.

—*Miss Fane* es indudablemente encantadora...

—No me hace falta su opinión de usted en ese punto.

—Encantadora; pero yo me permito el lujo de inclinaciones sentimentales hacia mis clientes. Le aconsejó como lo hice porque no vi facilidad posible en el matrimonio de que me hablaba.

Dio a su voz tono de mayor gravedad.

—Dicho sea de paso, y lo agradezca usted o no, hoy le he hecho a usted un favor.

—¿De verdad? —dijo Jaynes—. Pues no necesito favores de un charlatán como usted.

Por la cara de Tarneverro cruzó un siniestro relámpago.

—No creo que conduzca a nada prolongar esta entrevista.

Dicho lo cual, se volvió para retirarse.

Jaynes le cogió rápidamente por el brazo.

—Pues vamos a prolongarla. Ahora mismo va usted a ir a ver a *miss* Fane y a decirle que es usted un embustero, un embaucador y que quiere usted retractarse de lo que le ha dicho hoy.

Tarneverro se sacudió la garra.

—¿Y si me niego? —dijo.

—Si se niega usted —contestó Jaynes— le daré a usted un trazo que no se le olvidará en lo que le quede de vida.

—Me niego —dijo Tarneverro tranquilamente.

Jaynes levantó el brazo, pero sólo para encontrarse con la sorpresa de que se lo sujetaban firmemente. Se volvió. Val Martino, el director, estaba a su lado; suya era la mano que sujetaba el brazo del inglés. Detrás de Martino, Huntley Van Horn, vestido con el particular traje de noche de Hollywood, miraba con expresión de divertido interés.

—Vamos, vamos —rugía Martino, con la cara más roja que de costumbre—. Déjense de estas cosas. Están infectadas de ellas las películas. No nos es posible darlas ya, Jaynes.

Durante un momento se quedaron inmóviles los cuatro. Apareció en escena un nuevo personaje, un corpulento chino vestido de frac. Tarneverro le saludó:

—¡Hola, inspector Chan! Venga un momento, tenga la bondad.

Chan se acercó.

—¡Hombre, Tarneverro! —dijo—. El que levanta el velo del misterio.

—Inspector —dijo el adivino—. Tengo el gusto de presentarle a usted a *Mr.* Van Horn y a *Mr.* Martino. Y este señor es *Mr.* Alan Jaynes. El inspector Chan, de la policía de Honolulu.

Chan se inclinó amablemente.

—Tengo un inmenso honor. Personalidades distinguidas, como salta a la vista.

Jaynes dirigió una mirada fulminadora a Tarneverro.

—Muy bien —dijo sarcástico—. Amparándose tras la policía. Debí figurármelo.

—Vaya, vaya —dijo Martino interviniendo—. Una pequeña diferencia, inspector. Nada de particular, seguramente. Estoy seguro de que el buen nombre de la industria es muy respetable para todos. Para mí lo es, desde luego.

Van Horn miró su reloj.

—Las ocho —dijo—. Me voy ya a casa de Shelah. ¿Viene alguien conmigo?

El director movió negativamente la cabeza.

—Todavía no. Luego iré.

El actor se retiró lentamente. Martino, que seguía sujetando por el brazo al inglés, quiso sacarlo de allí.

—Venga a la terraza. Allí arreglaremos este asunto.

Jaynes se volvió al adivino.

—El barco en que me voy no zarpa hasta las doce —dijo—. En lo que falta, puede que nos encontremos todavía.

Y permitió luego que Martino lo sacara de la estancia.

—Quiero confiar en que la última predicción no alcance cumplimiento —dijo Chan a Tarneverro—. La luz que he observado en los ojos de ese caballero no me es particularmente tranquilizadora.

Tarneverro se echó a reír.

—¡Oh! Desde luego que me buscará. Le he ofendido sin querer.

Miró fijamente a Chan.

—Y a propósito, inspector. Este es un encuentro afortunado. Precisamente estaba pensando en ir a verlo a usted. ¿Qué piensa usted hacer esta noche?

—Asistir al banquete del Club Rotario que se celebra en este hotel.

—Muy bien. Entonces estará usted aquí bastante tiempo, ¿verdad?

—Me temo que sí —dijo Chan—. Acontece rarísima vez que los discursos de después de los banquetes estén equipados con limitador.

—¿Hasta las once quizá?

—Lo encuentro espantosamente posible.

—Yo ceno en casa de una amiga, en la playa —dijo Tarneverro—. En casa de *miss* Shelah Fane. Puede ser que entre ahora y las once tenga un recado muy importante para usted.

Chan abrió los ojos lentamente.

—¿Un recado? ¿De qué naturaleza?

Tarneverro dudó.

—Esta mañana me habló usted casualmente de ciertos asesinatos cometidos en Los Angeles que no habían sido puestos en claro. Yo le dije que prefería mantenerme alejado de esa clase de asuntos. Pero no siempre nos es posible seguir nuestras preferencias, inspector.

Se retiró.

—Un momento —dijo Chan—. Ha pretendido usted avivar el fuego de mi curiosidad lanzando sobre él un puñado de paja. ¿Puedo repetir mi pregunta? ¿Un recado de qué naturaleza?

El adivino le dirigió una larga mirada.

—Un recado pidiéndole a usted que detenga al asesino de... Pero no debo decir tanto. Puede uno escurrirse, como sin duda usted habrá comprobado por su propia experiencia. Me alegro mucho de tenerlo a usted al alcance de la mano... hasta las once, por lo menos. Supongo que después podré encontrarle en su casa.

—Con seguridad plena —le dijo Chan.

—Dios nos dé buena suerte —dijo Tarneverro sonriendo misteriosamente.

Y marchó a reunirse con los ancianos amigos que le esperaban en el centro del *hall*. Un segundo le miró ir Chan, y luego, encogiendo sus robustos hombros, se fue al comedor en que se daba el banquete.

CAPITULO III

Flores para Shelah Fane

Huntley Van Horn echó Kalakaua Avenue abajo hacia casa de Shelah Fane. En esta pequeña isla, perdida en medio del agitado mar Pacífico, quedan poquísimos signos externos de un pasado romántico. Podía creerse en el Bulevard de Hollywood; el paso de automóviles por aquella pista de asfalto americano era constante, tintineaba el tranvía y él andaba por una acera de piedra bajo el amarillo reflejo de los modernos faroles. Sin embargo, más allá de la fila de faroles se adivina el negro terciopelo de la noche tropical. Percibía el aroma del jengibre y la plumería, y los setos de ricinos conducían a otro hibiscus sobre el cual se veían pálidas flores encarnadas, condenadas a morir a media noche.

Llegó hasta el número que Shelah había impreso en su memoria, pasó la puerta y entró en una ancha avenida que se curvaba ante la amplia cancela. Pasó bajo un prolífico bananero, dos siglos más viejo que el cinematógrafo, y tocó el timbre. Jessop le invitó a pasar.

—¡Mr. Van Horn! —le dijo el mayordomo—. Tengo una gran satisfacción en volver a verle.

—¿Qué tal lo ha pasado usted? —preguntó el actor.

—En magnífica salud, *sir*. Espero que le haya resultado a usted agradable su pequeña excursión a Tahití.

Van Horn imprimió un movimiento de rotación al sombrero de paja con que había sustituido el de copa y que había valido la aprobación de muchos millones de mujeres.

—Es un país muy primitivo Tahití —dijo sonriendo—. Le hubiera recordado a usted Hollywood, Jessop.

El mayordomo se permitió una discreta sonrisa. Van Horn avanzó al gabinete seguido de Jessop.

—¿No hay aquí nadie? —gritó el actor—. Pero ¿es que es tan temprano?

—¡Oh, no, *Mr. Van Horn*! Varios de los invitados están bañándose, que es cosa aquí muy corriente. Creo que otros están en la playa. ¿Quiere usted ir con ellos, o con los jóvenes que están bañándose, *sir*?

Van Horn sonrió.

—El servicio diplomático se ha perdido un gran hombre en usted. No. Por mucho

que me importe clasificarme entre la gente joven, es mucho ajeteo de vestirse y desnudarse. Me quedaré en seco en la playa.

—Como quiera el señor —dijo Jessop—. Son ya las ocho y quince y la hora de cenar se aproxima rápidamente. Dentro de poco tendré que llamarlos.

Van Horn miró por la habitación.

—¿Cómo? ¿No hay cocktails?

—Ha habido un ligero retraso, *sir*. Los señores que han de suministrarnos las primeras materias acaban de llegar. Yo estaba ocupándome de batir los cocktails cuando usted llegó, precisamente.

Se fue a la vidriera que se abría sobre la galería.

—Ahí mismo está el Océano, *sir* —explicó.

Van Horn se echó a reír y salió a la galería. El mayordomo le siguió hasta la marquesina y le abrió la puerta.

—En efecto —dijo el actor—. Ya oigo el rumor de la marea. Indudablemente el mar está hacia el mismo sitio.

Se detuvo en el umbral, y señalando a una luz que brillaba entre los árboles a alguna distancia a la derecha, preguntó:

—¿Qué es aquello?

—Una especie de casa de verano o pabellón, *sir* —explicó Jessop—. Por lo menos, podría ser una casa de verano en Inglaterra, donde tenemos veranos. Quizás haya en ella algunos invitados.

Van Horn salió al jardín y cruzó en dirección a la luz. De pronto oyó, por encima del rumor de las olas, voces en la playa. Por un momento se quedó indeciso, sin saber qué camino tomar.

En tanto, Jessop se había vuelto a la sala. Un chino viejo y encorvado entró arrastrando los pies.

—Mi querido Wu Kno-Ching —protestó el mayordomo—; en una casa bien organizada el sitio del cocinero es la cocina.

El viejo hizo como que no oía la rebotada.

—¿A qué hora se cena? —preguntó.

—Ya le he dicho a usted que la cena está dispuesta para las ocho y media. Tal vez se aplace algo.

Wu Kno-Ching se encogió de hombros.

—¡Mala casa! Si la cena está plepalada a tiempo y lesual que tenel que espelal cena, ilse al infielno.

Se marchó refunfuñando sin parar.

La puerta de la marquesina se cerró detrás de Wilkie Ballou, el cual cruzó indolentemente la galería y se entró en la sala.

—Me temo que la ocurrencia de la natación va a aplazar la comida —le dijo Jessop.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Indudablemente. ¿Tiene usted ahí cigarrillos? A mí se me han

acabado.

Jessop sacó una caja llena de cigarrillos, y después de tomar uno, Ballou se dejó caer en una butaca. El mayordomo le ofreció una cerilla y se retiró a la cocina.

A los quince minutos volvió y se encontró al señor de Honolulu sentado en el mismo sitio en que lo había dejado.

—La cosa se está poniendo muy seria, *sir* —dijo Jessop, que llevaba un gong que se usaba para llamar a comer—. Yo, por lo que había leído, me había pensado siempre que los chinos eran una raza notablemente paciente.

—Esa fama tienen —asintió Ballou.

—Pues su representante en nuestra cocina, *sir*, no hace nada por sostenerla —dijo Jessop con un suspiro—. Me notifica con gran apasionamiento que la comida está esperando. Me voy a la playa, a ver si me vale esto de algo.

Hizo una seña indicando el gong y desapareció. En seguida se oyó en la lejanía el, hasta cierto punto, musical tamborileo.

Ballou encendió otro cigarrillo. Jessop volvió pisándole los talones a Rita Ballou y Van Horn.

—Debías haberte quedado, Wilkie —dijo Rita. Me acabo de enterar de las últimas noticias de Hollywood.

—No me importa —gruñó más que dijo Ballou.

—¡Pobre Wilkie! —dijo su mujer sonriendo—. Se le acerca la hora de irse a la cama y no ha cenado todavía. ¡Ánimo! Ya no tardará mucho.

Llegó Diana Dixon sin aliento.

—Seguramente llegamos tarde —exclamó—. Os debíais haber quedado con nosotros. Ha estado muy divertido, pero muy poco rato. A mí me hubiera gustado seguir horas. De cocktails ¿qué?

Tomó uno de la bandeja que Jessop le puso delante. Los otros invitados no se hicieron rogar tampoco. Huntley Van Horn alzó su vaso.

—Por nuestra anfitriona, si es que existe.

—Es verdad. ¿Qué ha sido de Shelah? —preguntó Rita Ballou—. No la hemos visto más que un instante al llegar.

—Sin duda ninguna —dijo Van Horn con una sarcástica sonrisa—, Shelah estará vagando por la trasera de la casa buscando la ocasión de hacer una entrada grande y teatral. Se presentará montada en un corcel blanco o bajará de un globo. Ya sabéis lo que le gustan esas cosas.

Julia y Jimmy Bradshaw irrumpieron radiantes de buen humor.

—*Mr.* Van Horn —gritó la muchacha—: ¿Es a eso a lo que ha venido usted?

—Y a pensar en cómo puede usted ser tan dura para mí.

—Ya sabe usted lo que quiero decir —dijo ella echándose a reír—. ¿Dónde están los demás invitados? Val Martino, *Mr.* Jaynes, Tarneverro...

—Pero ¿es que viene Tarneverro? —dijo Van Horn arqueando las cejas—. En tal caso me tomaré otro *cocktail*. Gracias.

Inesperadamente se oyó en la puerta principal el sonido de guitarras acompañando muchas frescas voces que cantaban una canción hawaiana. Julia exclamó encantada:

—¡Una serenata de los admiradores de Shelah! ¿No es arrebatador? ¡Cuánto le va a gustar!

Corrió a la puerta y la abrió de par en par. Se quedó admirada viendo a un grupo de muchachas estudiantes cargadas de flores. Dejaron de cantar, y una japonesita avanzó unos pasos.

—Queríamos ver a Shelah —dijo.

—Muy bien —dijo Julia—. Esperen un momento, que voy a buscarla. En tanto que llega, ¿quieren ustedes cantar *La canción de las islas*? Ya saben que es la favorita de Miss Fane.

Dejó la puerta abierta y entró de nuevo en el gabinete.

—Venga, Jimmy. Vamos a buscar a Shelah. Debe de estar en el pabellón.

—De seguro —dijo Jimmy.

Se salieron al jardín.

—No hubiera podido imaginarse nada mejor —dijo Julia—. Me refiero a la entrada de Shelah. Una serenata fuera al tiempo de entrar ella. Le encantará.

—¡Por Dios! —dijo Bradshaw con desaprobación.

—Desde luego —contestó la muchacha—. Ya sé que es una simpleza, pero la pobre Shelah es como es. Su vida la ha hecho así, y no puede cambiar.

Atravesaron el jardín de suave piso hasta llegar a los algarrobos. La brisa de la noche les llevó los dulces y misteriosos tonos de «La canción de las islas».

—Aprisa —dijo Julia—. Shelah tiene que llegar antes de que termine esta canción.

Subió corriendo las escaleras del pabellón, con Bradshaw detrás. El empujó la puerta de la habitación única. Un segundo se quedó parado. Luego se volvió rápidamente y cogió a la muchacha en sus brazos.

—¡No, no! —gritó—. No entre.

El tono de sus palabras alarmó a la joven.

—¿Qué pasa?

—Salga y váyase —le dijo. Pero ella se desasíó y entró.

—Le va a pesar a usted —le advirtió él.

Y le pesó, en efecto, a lo que pareció, porque por encima de las voces de la serenata y el lejano tañer de las guitarras se oyó el grito de miedo y de terror que lanzó ella.

Shelah Fane yacía en el suelo, junto a una silla extensible. La habían apuñalado en el pecho; su precioso vestido color marfil estaba manchado de carmesí. Fuera, el grupo de admiradores seguía cantando fervientemente su serenata.

Julia se arrodilló al lado de la estrella y Bradshaw miró hacia el exterior. Al momento volvió y puso a la muchacha en pie.

—Lo mejor que podemos hacer es marcharnos.

La condujo a la puerta. Ella le miró a través de las lágrimas.

—Pero ¿quién, quién? —murmuró.

—Es verdad —contestó él—. Me parece que esa va a ser ahora la complicación.

En la parte de dentro del pabellón encontró él una inesperada clave. Salieron y el joven cerró la puerta y se guardó la llave. Volvieron lentamente a la casa. Huntley Van Horn los acogió con algazara.

—¿Habéis avisado a Shelah? —preguntó—. El escenario está listo. Los invitados están en la sala y el gran público está cantando a la puerta. Es una gran entrada.

Se detuvo al mirar la cara a Julia.

—¿Qué pasa? —gritó Rita Ballou con un estremecimiento.

Bradshaw se quedó mirando al grupo. Entró Jessop, y tomando la bandeja en que había servido los *cocktails*, se dispuso a recoger los vasos vacíos. Fuera cesó «La canción de las islas».

—A Shelah Fane la han asesinado en el pabellón —dijo con voz grave la muchacha.

Hubo un estremecimiento general. Jessop tuvo el primer fracaso en sus cuarenta años de servicio; se le cayó la bandeja.

—Perdón —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

Fuera, las admiradoras de Shelah Fane comenzaron una nueva canción. Bradshaw se precipitó a la puerta principal.

—Tengan la bondad —dijo—. No canten más por esta noche. *Miss Fane* no puede recibirlas. Está... está enferma.

—¡Cuánto lo sentimos! —dijo la joven que parecía llevar la dirección— ¿Nos hará usted el favor de darle las flores?

Empezó el cargarle de aromáticas flores. Regresó él titubeando a la sala los brazos llenos de una orgía de color. Allí estaba Julia en pie, con los ojos muy abiertos, mortalmente pálida la cara.

—Flores —dijo Bradshaw—. Flores para Shelah Fane.

Con un grito de angustia, Julia le cayó a los pies como herida por un rayo.

CAPITULO IV

El camello a la puerta

En el Grand Hotel había comenzado con buen ánimo lo que él percibía que había de ser una buena cena. El momento de la oratoria rotaria no estaba aún bastante próximo para inquietarle, la comida era buena y se sentía en paz con el mundo entero. Desconocía el nombre del pequeño pescado que tenía delante en la fuente; pero el sentido del gusto le llevaba a aprobar su calidad efusivamente. Inclinábase adelante para entregarse con acelerada diligencia al asunto que tenía entre manos, cuando un botones le tocó en el hombro.

—Le llaman a usted con mucha urgencia al teléfono —dijo el muchacho.

Una sensación de vaga intranquilidad le inquietaba conforme atravesaba el largo salón en busca de la cabina telefónica. Hubiera él preferido una vida de tranquila meditación; pero un hado cruel estaba atrayendo constantemente sobre él problemas que tenía que resolver. Qué sería ahora era lo que pensaba al entrar en la cabina y cerrar la puerta detrás de sí.

Le saludó una voz joven y excitada:

—Oiga, Chan; aquí Jimmy Bradshaw, de la Oficina de turismo. Me dijo Huntley Van Horn que podría encontrarle a usted en ese hotel.

—Si, y en efecto, me ha encontrado. ¿Qué es lo que ha puesto a usted en semejante estado de desasosiego?

Con desordenada palabra, Bradshaw le puso al corriente de lo ocurrido. Chan escuchaba tranquilo.

—Shelah Fane —decía el joven—. Ya sabe usted lo que representa esto. Estas noticias mías se van a cablegrafiar esta misma noche a todo el mundo. Usted se va a encontrar lanzado a la publicidad como nunca lo estuvo. Lo mejor que puede usted hacer es venir lo antes posible.

—En seguida estoy allí —contestó Chan.

¿Fue, en realidad, un suspiro, como a Bradshaw le pareció, lo que llegó a través del hilo?

—Que no se toque nada hasta que lo toque yo —agregó el detective.

Colgó. Llamó al puesto de Policía e hizo determinadas indicaciones. Salió por fin de la cabina, enjugándose con el pañuelo la sudorosa frente. Un momento se quedó parado, como reuniendo fuerzas para la labor que se le presentaba. Otro caso, otro

asesinato; y sabía que lo que el joven le había dicho era cierto; que esta vez iba a trabajar con la mirada de todos fija en él. ¡Shelah Fane! No en vano tenía numerosos chicos que, como él decía, estaban locos con el cine. Sabía demasiado el interés que había despertado siempre en torno suyo la mujer que yacía muerta en la playa, a poca distancia de allí.

—Un viaje de mil millas empieza con un paso —suspiró, y lo dio... en dirección de su sombrero.

Cuando volvió a la puerta del hotel se encontró a Tarneverro. También el adivino llevaba sombrero y parecía a punto de salir.

—¡Hola, inspector! —le dijo— ¿Es posible que haya usted terminado ya de comer?

—No he terminado —le contestó Chan—. Es que me arranca sin miramiento un importante asunto. El más importante con que me he encontrado hace tiempo.

—¿Sí? —replicó Tarneverro sin darle importancia.

Los pequeños ojos de Chan se clavaron en el rostro del interlocutor con terrible intensidad. Había que empezar ya, desde el momento mismo, a recoger impresiones, a pesar, a medir, a estudiar.

—Miss Shelah Fane —dijo con lentitud— acaba de ser encontrada asesinada en su casa.

Cuatro horas después estaba haciendo deducciones respecto de la expresión que cruzó por aquella misteriosa cara morena.

—¡Shelah! —exclamó Tarneverro—. ¡Cielo santo!

—¿Iba usted hacia allí acaso? —continuó Chan.

—Sí... yo... en efecto... desde luego...

—Hágame el honor de acompañarme. Quiero hacer algunas preguntas.

Val Martino se acercó apresuradamente.

—Oiga, Tarneverro, ¿va usted a la playa?

Tarneverro le dijo lo que había ocurrido. El director le oyó con calma sorprendente.

—¡Vaya por Dios! —dijo sencillamente y con aire pensativo—. Seis meses de trabajo inútil. La película se ha echado a perder. No me será posible encontrar a nadie que pueda seguir el papel. Ya lo he intentado...

—Pero ¿es posible? —gritó Tarneverro furioso— ¡Shelah muerta y usted diciendo tonterías de la película!

—Lo siento —dijo Martino—. Lo siento por la pobre Shelah. Pero las películas también tienen que continuar.

—¿Qué ha sido de Jaynes? —preguntó Tarneverro de repente.

—Inmediatamente que nos separamos de usted se deshizo de mí y se marchó hacia la playa. Se encontraba en un estado... Bueno, demasiado lo vio usted. No pensaba ir a la cena... Pero quizá sea lo mejor buscarle y que venga en seguida, ¿no?

—Sí, sí —dijo Chan rápidamente—. Necesito verle. Venga, Mr. Tarneverro. Es

necesaria la mayor diligencia.

Condujo al adivino al martirizado Ford de su propiedad que estaba esperando.

—El vehículo no es muy grande —se disculpó—, pero anda. ¿Hace usted el favor de subir?

Tarneverro subió silencioso al pequeño dos asientos. Chan puso en marcha el coche.

—¡Es terrible! —decía el adivino— ¡Pobre Shelah! ¡Si me parece mentira!

Chan se encogió de hombros.

—Cuando la ocasión llega hay que ser filósofo —indicó—. Quizás haya usted oído un refrán oriental que dice: «La muerte es el camello negro que se arrodilla en todas las puertas sin que se lo manden.» Más tarde o más temprano, ¿qué importa?

—Ya, ya —siguió Tarneverro—. Pero, en cierto modo, temo yo ser el responsable. ¡Dios mío! Cuanto más lo pienso más claro se me presenta. La sangre de la pobre Shelah cae sobre mi cabeza.

—Las observaciones de usted tienen matiz particularmente interesante —dijo Chan conforme el coche salía por la puerta del hotel a la avenida. Explíqueme, si es que tiene la exquisita amabilidad.

—Esta tarde —continuó el adivino— le dije a usted que podía ser que le llamara para practicar una detención relacionada con un importante caso de asesinato. Lo esperaba en verdad. Le explicaré a usted lo que quería decir, en las palabras más breves posibles. Shelah Fane me había cableografiado desde el barco que viniera aquí a encontrarme con ella. Parece que el tal Jaynes le había hecho una proposición matrimonial y que ella quería mi consejo. Desde hacía algún tiempo tenía la costumbre de recurrir a mí para todos sus problemas. Ella amaba a Jaynes, quería casarse con él, pero tenía miedo de lo que el porvenir pudiera reservarla. Temía que en cualquier momento la gente pudiera descubrir que ella andaba por el mundo desde hacía tres años o más con el peso de un terrible secreto.

—¿Qué secreto? —preguntó Chan.

—Esta mañana —siguió Tarneverro— hablaba usted de Denny Mayo, a quien se encontró muerto en su casa de Los Angeles hace tres años. La policía anduvo de cabeza con el caso desde el principio. Pero Shelah Fane... sabía quién había matado a Denny Mayo. Ella estaba en casa de Mayo haciendo una inocente visita la noche del asesinato. Sonó el timbre, y ella, tontamente, se escondió en otra habitación. Lo vio todo. Me lo confesó a mí esta mañana. Es más: me dijo que el asesino de Denny Mayo está en estos momentos en Honolulu.

Los ojos de Chan brillaron en la oscuridad.

—¿Le dijo a usted el nombre?

Tarneverro movió la cabeza negativamente.

—Lo siento. No quiso decírmelo ni yo le insté para que me lo dijera. Desde luego, las razones que tuvo para no descubrir a su debido tiempo su relación con el crimen fue que el haberlo hecho hubiera destrozado su carrera. Ha callado todos estos

años; pero dudaba de casarse con un hombre al que realmente quería para tal vez arrastrarle más adelante a una desagradable publicidad.

—Duda muy natural —aprobó Chan—. ¿Usted la animó a ello?

Había parado el coche en la curva de la casa de Shelah, pero no había hecho intención alguna de descender.

—Por descontado que sí —dijo Tarneverro—. Más aún; la aconsejé insistentemente que descargara de su entendimiento aquel peso y recobrará al fin la paz. Le aseguré que si por su propia iniciativa revelaba el nombre del culpable, no habría en el mundo policía que se atreviera a condenarla por su largo silencio. ¿No es cierto lo que le decía?

—Hablando solo con mi propia responsabilidad, así es, en efecto —asintió Chan.

—Le recomendé que rechazara a Jaynes por el momento y cumpliera con ese desagradable deber que tenía respecto de la sociedad. Le dije que me parecía que cometería una gran locura casándose con nadie mientras tuviera semejante amenaza cerniéndose sobre su felicidad. Si él realmente la quería, acabaría casándose con ella. Y si no la quería, mejor era descubrirlo a tiempo.

Se apearon y se quedaron bajo un bananero. Chan miraba fijamente a la cara al adivino.

—Y si Jaynes no se casaba con ella... —sugirió.

Tarneverro se encogió de hombros.

—Va usted despistado —dijo—. Yo no tenía por Shelah Fane el menor interés sentimental. Pero yo no podía figurarme mi papel; el secreto que me confiaba era más de lo que había podido esperar. Yo me di cuenta también de que para su propia felicidad tenía que deshacerse de aquel peso. Así que traté de persuadirla de que diera el nombre de la persona culpable del asesinato de Mayo.

—¿Y consintió? —preguntó Chan.

—No del todo. La idea la aterró más bien. Dijo que lo pensaría y me diría esta noche lo que resolviera. «Escríbame un breve relato en que vaya el nombre —le dije —, y dímelo en la cena de esta noche, y yo lo facilitaré todo lo mejor que pueda en beneficio de usted.» Yo tenía confianza en conseguirlo; de otro modo no le hubiera hablado a usted. Sí, tenía confianza, pero ahora... ahora...

—Ahora —dijo Chan— el que mató a Denny Mayo ha callado a esa mujer para siempre.

—Así es.

—Pero ¿cómo pudo esa persona llegar a descubrir que ella estaba dudando si revelarlo todo?

—No puedo decir a usted —dijo Tarneverro—. En mi cuarto hay un balcón. Eso es una posibilidad; pero una probabilidad, no me parece. O puede ser que Shelah consultara con el asesino, que le dijera... que no podía seguir callando más tiempo... No me hubiera chocado en ella. Era indiscreta, impulsiva.

Avanzaron hacia la escalinata.

—Espero que lo que he dicho a usted podrá darle alguna luz, inspector. Por lo menos le da a usted el motivo, y con ello restringe el campo de investigación. Estoy dispuesto a prestarle toda la ayuda que sea posible. Tanto como usted, quiero conocer yo el nombre del asesino de Shelah.

—Indudablemente su auxilio me será de la mayor utilidad —le dijo Chan—. Como le dije a usted esta mañana, es usted un detective de primera fuerza. No me pude imaginar que nos veríamos tan pronto trabajando juntos.

Jessop les hizo pasar y entraron en la sala donde estaban sentados en silencio los dos Ballous y Van Horn. Chan se quedó parado mirando al pequeño grupo con reflexiva observación. Jimmy Bradshaw entró detrás de él, cambiando el traje de baño por el frac.

—Hola, Chan —dijo en voz baja—. Le necesitamos a usted aquí. En el pabellón, hacia la derecha del jardín. Cerré la puerta con llave tan pronto como advertí lo que había ocurrido. Aquí tiene usted la llave.

—Es usted un joven muy inteligente —dijo Chan complacido—, hecho desde hace tiempo tan evidente como la luz del sol.

Y volviéndose a los demás, añadió:

—Naturalmente ha de entenderse que nadie salga de esta casa hasta que yo le dé permiso. *Mr. Tarneverro*: ¿tendrá usted la amabilidad de acompañarme?

Acompañado del adivino, atravesó en silencio el jardín, blanco bajo la luna que se levantaba en el horizonte. Chan subió el primero las escaleras y abrió la puerta. Con visible desconfianza le siguió *Tarneverro*.

Chan avanzó y se inclinó, doblando la rodilla junto al cadáver de Shelah Fane. Lentamente levantó la vista hacia el adivino.

—Muchas veces me he visto en parecidos trances —dijo lentamente—: mas ahora no se me producen naturalmente ásperos sentimientos de indiferencia. Tengo pena por esta dama. No la he visto hasta este mismo momento... y, sin embargo, siento pena.

Se levantó.

—El camello negro se ha arrodillado ante una famosa puerta esta noche —añadió.

Tarneverro se mantenía a alguna distancia del cadáver. Parecía costarle trabajo dominarse.

—¡Pobre Shelah! —murmuraba— ¡Con lo dulce que era la vida para ella!

—Es dulce para todos —asintió Chan—. Hasta el mendigo duda antes de cruzar un puente carcomido.

—Nunca me lo perdonaré —dijo el otro—. Lo que está usted viendo aquí empezó esta mañana en mi cuarto.

—Lo que ha de ocurrir, ocurre —le contestó Chan—. No movamos a la desventurada hasta la llegada del *coroner*^[5]. Ya he avisado al puesto de policía. Pero vamos a hacer un registro por aquí, *Mr. Tarneverro*. No se le olvide que tiene usted que ayudarme.

Volvió a arrodillarse y le levantó a Shelah el brazo izquierdo.

—Ya hay aquí una prueba. Hubo lucha, y en el curso de ella se rompió el reloj de pulsera. Tiene roto el cristal y —se llevó el reloj al oído— la maquinaria destinada a la medición del tiempo ha cesado de funcionar. Las manillas permanecen estacionarias en las ocho y dos minutos. He aquí que sin el menor esfuerzo sabemos ya el momento exacto de la tragedia. Si duda, ya es algo.

—A las ocho y dos minutos —dijo Tarneverro—. En ese momento, Jaynes, Martino, Van Horn, usted y yo estábamos en el *hall* del hotel. Recuerdo: Van Horn miró su reloj y dijo que eran las ocho en punto y que se venía hacia acá en seguida.

—Desde luego —asintió Chan—. Las excepciones por presencia en otro lugar se presentan en grandes remesas.

Miró las orquídeas que estaban aplastadas en el suelo.

—Nueva prueba de que hubo lucha: el ramo fue arrancado y pisoteado sobre el pavimento.

—Todo lo cual parece hablar un poco de celos —respondió Tarneverro frunciendo el entrecejo—. Pero ¿podemos equivocarnos en cuanto al motivo, después de todo? No... Pudo haber cólera, además.

Chan andaba a gatas por la alfombra.

—¡Particular cosa! —hizo observar—. Las flores estaban sujetas con un alfiler. Observo que la hombrera está rota. Y, sin embargo, no se encuentra alfiler ninguno.

Examinó las orquídeas y buscó concienzudamente por el suelo, mientras Tarneverro le contemplaba.

—Es verdad —añadió, poniéndose en pie—. El alfiler que sujetaba esas flores ha desaparecido de extraña manera.

Se acercó a un antiguo tocador de caoba, bello ejemplar en sus tiempos, pero desterrado ahora a la casa de la playa. El tocador estaba cubierto de cristal, e inclinándose sobre él, lo examinó Chan con una lupa que había sacado del bolsillo.

—Un extremo más —dijo—. Esta esquina ha recibido recientemente una violenta sacudida. ¿Qué puede significar esto?

Tarneverro había cogido un rico bolso de malla de oro que había sobre la mesa y estaba examinando su contenido.

—Nada —dijo—. Las cosas corrientes y unos dólares. Por un momento tuve la estúpida idea de que tal vez Shelah habría escrito el nombre que yo necesitaba. Hubiera sido una casualidad muy feliz. El caso hubiera estado resuelto nada más empezar.

—Los crímenes no se permiten a sí mismos el lujo de una tan sencilla solución —suspiró Chan—. Si la carta que usted tan ardientemente desea hubiera estado en esta habitación estaría ahora en poder del asesino. No; el azar no es nunca tan complaciente. Tenemos que andar largos rodeos. Venga; aquí ya hemos terminado por el momento presente. Después habrá que hacer mucho en él, aún.

Salieron y Chan cerró la puerta con llave. Conforme atravesaban el jardín iba

enumerando las claves halladas.

—Un reloj parado en las ocho y dos minutos a consecuencia de una violenta lucha. Un ramo de orquídeas destrozado en la misma y el alfiler que las sostenía perdido de extraña manera. Un golpe reciente en la esquina del cristal del tocador. Bastante, por lo pronto, quizá.

Cuando llegaron a la sala, Jessop hacía pasar a Martino y a Alan Jaynes. La cara de éste aparecía pálida, bajo su color de bronce. Estaba sin duda impresionadísimo.

—Tomemos todos asiento —indicó Chan—. Hay que hacer ahora numerosas preguntas.

Jessop se adelantó y se puso delante de Tarneverro.

—Perdone, *sir* —dijo—. Con toda esta alteración se me había olvidado por completo.

—¿Se le había olvidado qué? —preguntó Tarneverro sorprendido.

—Esta carta, *sir* —dijo, sacando del bolsillo un sobre—. *Miss Fane* me encargó que se la diera tan pronto como llegara.

Tarneverro extendió la mano; pero Chan se interpuso y cogió el sobre.

—Perdón; pero aquí quien dispone en este momento es la policía.

—Desde luego, *sir* —dijo Jessop con una inclinación, y se retiró.

Chan de pie, con la carta en la mano, resultaba una poco airosa figura. ¿Sería verdad? ¿Le había caído tan pronto en las manos la solución del rompecabezas? Entre él y Tarneverro se cruzó una larga mirada de inteligencia. Parecía estar la habitación llena de gente que iba y venía en busca de sillas. Chan levantó la mano derecha para rasgar el sobre.

La lámpara de pie era la única iluminación de la sala. Chan dio un paso para aproximarse a ella. Ya había abierto el sobre y estaba a punto de extraer el contenido. De repente, la lámpara se apagó y la estancia quedó sumida en la oscuridad. Se oyó una bofetada, luego otra, un grito y la caída de un cuerpo pesado.

Todo se alborotó. De la oscuridad salían insistentes voces pidiendo luces. Las lámparas de los brazos que había por las paredes se encendieron y permitieron ver a Jessop al lado de la llave.

Chan estaba levantándose pesadamente del suelo. Se frotaba la mejilla derecha, que sangraba ligeramente.

—Abrumado por la pesadumbre —dijo mirando a Tarneverro—. El famoso dios Júpiter dormitaba a veces. En cuanto a mí, me parece que he dado una desdichadísima cabezada.

Presentó la mano izquierda con un pequeño fragmento de sobre.

—La parte vital de la carta —añadió— parece haber emprendido viaje quién sabe adonde.

CAPITULO V

El hombre del abrigo

Un momento permaneció Chan con el fragmento de carta en la mano. Su expresión era tranquila y serena, equivocadísimo indicio de lo que en su corazón ocurría. Ante una multitud congregada en una estancia, alguien había burlado y, por consiguiente, destrozado al famoso detective de la policía de Honolulu.

Charlie Chan había quedado en desairada situación en presencia de siete testigos. Aunque llevaba muchos años viviendo en Hawai, era aún lo bastante oriental para sentir cierta cólera, incluso con sorpresa suya.

Intentó inmediatamente dominar ese sentimiento. La cólera le había enseñado; es un veneno que destruye el entendimiento, y necesitaba de todas sus facultades en aquella severa prueba a que se le sometía. En este asunto estaba frente a un adversario que no sólo estaba con desesperada situación, sino que era también inteligente y rápido en la acción. Tanto mejor, se dijo Charlie a sí mismo; así, el final, había mayor satisfacción en la derrota de semejante adversario. Porque acabaría venciendo; a eso estaba firmemente decidido. La persona desconocida que había matado a Denny Mayo, y después, para guardar el secreto, a Shelah Fane, acabaría ante los Tribunales, o el inspector Chan no volvería a dormir tranquilo.

—Tarneverro estaba considerándole con indignación mal disimulada.

—Perdón —dijo fríamente—; pero aquí, quien dispone en este momento, es la policía.

Chan asintió con la cabeza.

—Evidentemente, le asiste a usted perfecto derecho a dedicarme esa burla. Jamás en mi vida se ha cruzado en mi camino un tal acontecimiento. Pero le doy a usted mi palabra —miró lentamente al grupo que le rodeaba— que la persona que dio esta bofetada la pagará. Esta noche no estoy en disposición de ánimo de poner la otra mejilla.

Sacó el pañuelo y se lo aplicó a la mejilla que, desgraciadamente, había puesto. No necesitó la huella de rojo en el blanco lienzo para decirle que la mano que la había dado llevaba una sortija. Había sido en la mejilla derecha; luego la bofetada había procedido de la mano izquierda de alguien. Advirtió que Van Horn tenía en la mano izquierda una sortija de sello de buen tamaño; se volvió a Wilkie Ballou, y en la mano izquierda de este caballero vio el brillar de un diamante. Disimuladamente

siguió su estudio: Bradshaw, Martino, Tarneverro y Jaynes estaban inocentes de joyería.

Tarneverro levantó los brazos.

—Puede usted empezar por mí —dijo—. Porque supongo que registrará usted a todos los que estamos en la habitación.

Charlie sonrió.

—No soy tan tonto. La persona que me ha favorecido con esa vigorosa bofetada no es probable que tenga la carta acusadora en su culpable posesión. Además —agregó, como de paso, mientras paseaba la estancia—, la cuestión no tiene gran importancia.

Tarneverro bajó los brazos. En su expresión se leía evidentemente que desaprobaba de todo corazón que Charlie omitiera lo que él consideraba diligencia esencial. Pero Chan no paró en ello. El detective estaba haciendo un rápido examen del cordón que iba de la lámpara a un enchufe eléctrico que había a unos centímetros de altura del suelo. La parte movable del enchufe que estaba ante su vista separada de su sitio era, con sus dos salientes púas, muda evidencia de que quitarla había sido una tarea fácil. No había sido preciso más que pisar el cordón en cualquier punto de su longitud y separar de la pared el pie un poco. Sencillo, sí; pero que había exigido rapidez de concepción por parte de quien lo hubiera hecho. Charlie volvió a enchufar, y la luz se encendió nuevamente.

Avanzó al centro de la habitación.

—No vamos a perder ahora el tiempo en la infructuosa busca de la carta —dijo—. Me propongo, a cambio de ello, fijar en mi imaginación este pequeño grupo de personajes, y tal vez oír de sus propios labios a qué estaban dedicados a las ocho y dos minutos.

Se quedó mirándoles reflexivamente.

—Dudo respecto de por cuál debo empezar. *Mr.* Ballou, usted me es persona conocida; así que comenzaré por usted. ¿Quiere usted tener la amabilidad de explicarme su presencia y la de *Mrs.* Ballou en esta casa?

El millonario le miró con toda la arrogancia de un hombre blanco que lleva largo tiempo viviendo entre los que él considerara inferiores.

—¿Y por qué he de explicarlo? —preguntó con indiferencia.

—Se ha cometido un asesinato —replicó Charlie gravemente—. Me es perfectamente conocida su alta posición de usted en la isla; pero no está usted por encima de toda pregunta. ¿Quiere usted dignarse contestar, si hace el favor?

—Vinimos aquí invitados a una cena —dijo Ballou—. Somos... éramos antiguos amigos de *Miss* Fane.

—¿La conocieron ustedes en Hollywood?

—Sí.

—*Mrs.* Ballou, antes de contraer matrimonio con usted, ¿era también artista famosa de la pantalla?

—¿Qué importa que lo fuera o no? —dijo encendido Ballou.

—¿Qué trabajo te cuesta ser amable, Wilkie? —protestó la esposa—. Sí, inspector. He trabajado en las películas con el nombre de Rita Montaine. Y aunque me esté mal el decirlo, era bastante conocida.

Chan hizo una reverencia.

—¿Podía esperarse otra cosa de sus encantos? ¿Me permite preguntar cuánto tiempo lleva usted casada?

—Este mes hace tres años —dijo ella amablemente.

—¿Acaso residió usted en Hollywood hasta que contrajo matrimonio?

—Desde luego.

—¿Recuerda usted si *Mr.* Ballou estuvo en Hollywood algún tiempo antes del matrimonio?

—Sí; anduvo por allí varios meses, pidiéndome que abandonara mi carrera y me casara con él.

El esposo dio un resoplido.

—Quizá no lo recuerdes ahora, Wilkie; pero es verdad que lo hiciste.

—¿Y qué diablos tiene que ver todo esto —gritó Ballou indignado— con el asesinato de Shelah Fane? Me parece, inspector, que se está usted excediendo en sus atribuciones. Tenga usted más cuidado. No crea que estoy desamparado de influencias...

—Perdón —dijo Chan conciliador—. Vamos a terminar en seguida. ¿A qué hora llegaron ustedes esta noche aquí?

—A las siete y media —contestó él—. La cena no era hasta las ocho y media; pero *mistress* Ballou tomó la invitación por teléfono y, como de costumbre —y dirigió a su esposa una mirada incendiaria—, armó un lío.

—A las siete y media —dijo Chan rápidamente saliendo al paso a la réplica de Rita—. Diga lo que ha ocurrido hasta el presente momento.

—Pero ¿a dónde va usted a parar? —objetó Ballou agriamente— ¿No se pensará usted que yo he matado a Shelah Fane? Le aseguro que ya hablaré yo a alguien del puesto de policía de todo esto. No sabe usted todavía quién soy yo...

—¿Y quién eres, después de todo, Wilkie? —intervino la esposa con fastidio—. ¿Por qué no decirle al inspector lo que necesita saber y acabar de una vez ya?

Se dirigió ella a Chan:

—Llegamos a las siete y media, y después de estar un rato de charla con *Miss* Fane, nos fuimos a la playa a ver a los que se estaban bañando. Cuando salimos de aquí serían las ocho menos cuarto.

—¿Cuánto tiempo estuvieron ustedes en ese menester?

—Por lo que a mí se refiere, estuve en la playa hasta que Jessop fue a las ocho y media. Unos diez minutos antes se unió a nosotros *míster* Van Horn, y mi esposo nos dejó y se vino a la casa.

—Así que a las ocho y dos minutos usted y su marido estaban sentados uno al

lado del otro en la arena. ¿No oyeron ustedes gritos ni ningún otro indicio de desorden?

—En absoluto. Las dos muchachas que estaban en el agua no dejaban de gritar, ya comprenderá usted. Pero eso no es lo que usted pregunta, claro.

—Desde luego que no —replicó Chan—. Un millón de gracias. Por el momento, no necesito más de ustedes.

Entró en la sala lentamente Julia O'Neill. Había vuelto a dejar en el guardarropa el vestido nuevo de color de rosa que se había puesto para la fiesta y llevaba un traje sencillo de gasa gris. Seguía muy pálida, pero parecía tranquilizada y repuesta. Chan se dirigió a ella:

—Buenas noches. Siento mucho tener que encontrarme aquí. Hasta este momento no he tenido el vivo placer de verla a usted. ¿Quiere tener la amabilidad de informarme de quién es?

Se adelantó Bradshaw. Presentó a Julia a Chan y explicó la misión de la muchacha en la casa.

—Mi más profundo y sincero pésame —le dijo Charlie—. Por pura fórmula tengo que dirigirle a usted unas preguntas respecto de lo que haya usted hecho en esta trágica noche.

—Yo puedo decírselo a usted todo —le contestó Bradshaw— y matar dos pájaros... ¡oh, perdón! Quiero decir que puedo contarle lo referente a mí al mismo tiempo. Yo vine a la casa temprano para ir a nadar con *miss* O'Neill. La última vez que vimos a *Miss Fane* fue en esta misma habitación, cuando bajamos ya vestidos para irnos al agua... Serían las siete y cuarenta. Estaba aquí con *míster* y *mistress* Ballou y con *Mr.* Jaynes.

—¿Se marcharon ustedes inmediatamente a la playa?

—Sí; y en seguida nos metimos en el agua. Estaba espléndida... Perdone si incluyo un pequeño anuncio de propaganda de estos baños. Lo que iba a decir es que *miss* O'Neill y yo estuvimos juntos desde que vimos a *Miss Fane* hasta las ocho y media, hora en que Jessop fue a llamarnos con el gong. Poco después hicimos el terrible descubrimiento.

—¿Estuvieron ustedes en el agua todo ese tiempo?

—¡Oh, no! Salíamos a la playa de vez en cuando. *Mrs.* Ballou estuvo allí desde el principio, como ha dicho. *Mr.* Ballou se marchó hacia el final. Y *Mr.* Van Horn se presentó.

—A las ocho y dos minutos entonces, *mistress* Julia y usted estaban en el agua o en una breve excursión por la playa, ¿no es eso?

—Lo uno o lo otro. No teníamos manera de saber la hora, desde luego. Se nos pasó el tiempo muy de prisa. Nos quedamos sorprendidos cuando Jessop fue a llamarnos.

Chan se volvió a la muchacha:

—¿Llevaba *Miss Fane* esta noche un lindo ramo de orquídeas en el hombro?

Julia asintió:

—Sí.

—Prendido con un alfiler, a no dudar.

—Desde luego.

—¿Por casualidad se fijó usted en el alfiler?

—No, no me fijé. Pero sí recuerdo que dijo que iba a su cuarto a coger uno. Quizá la doncella pueda decírselo.

—¿Está en condiciones de saber quién fue quien envió esas orquídeas?

—Lo estoy —contestó Julia—. No tenía nombre; pero *Miss Fane* reconoció la letra de la tarjeta. Dijo que se las enviaba su ex marido, Bob no sé qué, que es un actor que trabaja en una compañía de teatro de Honolulu.

—Bob Fyfe —explicó Rita Ballou—. Está en la compañía que trabaja en el Royal. Se casaron cuando Shelah era una niña, y creo que ella le ha querido mucho siempre, hasta después del divorcio.

Alan Jaynes se levantó, cogió un cigarrillo de una caja y paseó nerviosamente por la habitación en busca de un sitio en que tirar la cerilla.

—Un marido abandonado —meditó Charlie—. ¡Claro! He debido pensar que hubiera uno, por lo menos. Hay que notificar a ese hombre inmediatamente para que comparezca aquí con toda la diligencia posible.

—Yo me encargaré de ello, Charlie —se ofreció Jimmy Bradshaw.

—Mis más reconocidas gracias —dijo Chan. Y cuando el joven había salido de la estancia dijo a los otros—: Volvamos ahora al hasta cierto punto violento interrogatorio. *Mr. Van Horn*, ¿usted es actor, tal vez?

—Tal vez —dijo riéndose Van Horn—. Muy halagüeño, ciertamente. La recompensa de diez años de trabajo.

—¿Luego ha estado usted en Hollywood los diez últimos años?

—Diez años y medio... perdido en lo que el amable *Mr. Mencken*^[6] llama las sentinas de Hollywood.

—¿Y antes?

—¡Oh! Antes he llevado una vida muy romántica. Pregúntele a mi agente de publicidad.

—Lo que yo busco es puntualizar hechos —dijo Charlie.

—En ese caso le contestaré a usted que llegué allá, curioso e inocente, procedente de una escuela de ingenieros. Mi propósito era construir pueblos; pero intervino mi apostura, fatalmente.



... pero intervino mi apostura, fatalmente.

—¿Ha trabajado usted con *Miss Fane* en otras películas antes que en ésta?

—No —dijo Van Horn poniéndose grave—. Apenas la conocía hasta que me contrataron para rodar esta película.

—No necesito preguntarle a usted dónde estaba a las ocho y dos minutos esta noche —continuó Chan.

—Por descontado que no —convino el actor—. Estaba en el mismo sitio que usted. Recordará usted que miré el reloj y dije que eran las ocho y que venía acá corriendo. A las ocho y dos minutos estaba aún en sitio en que usted hubiera podido verme si hubiera usted querido otorgarse ese privilegio.

—¿Se vino usted a esta casa inmediatamente?

—Sí; andando. Ejercicio. Es el modo de conservar la línea. Llegué a eso de las ocho y cuarto, sin prisa. Jessop me hizo pasar, estuvimos hablando un rato, y a eso de las ocho y veinte me reuní con *Mrs. Ballou* en la playa, como ya le han dicho a usted.

Jimmy Bradshaw volvió.

—He encontrado a *Fyfe* en el teatro —dijo—. Mis noticias casi le tiraron de espaldas al pobre. Me dijo que terminaría dentro de un segundo y que vendría aquí inmediatamente.

—Le doy a usted las más encarecidas gracias —dijo Chan moviendo la cabeza ceremoniosamente—. Sus sentimientos de usted son de la más aprovechable naturaleza.

Y dirigiéndose a Martino:

—Supongo que usted es lo que llaman el director, ¿no?

—Sí, así me llaman —contestó Martino melancólicamente—. Además de otras cosas.

—¿Lleva usted mucho tiempo en este trabajo?

—No mucho; antes era actor en los escenarios de Inglaterra. Me interesé en las películas, y caí casualmente en Hollywood.

—¿Puede usted mencionar la fecha de su llegada?

—Con seguridad. En marzo hizo dos años que desembarqué.

—¿Vio usted en esa fecha aquel sitio por primera vez?

—Sí; desde luego.

Charlie asintió con la cabeza.

—Por lo que respecta a esta noche, puedo también omitir preguntarle a usted el lugar exacto en que estuviera a las ocho y dos minutos.

—Naturalmente. Estaba con usted y estos otros en el hotel. Como creo que ya le he dicho, cuando me separé de usted, un segundo después de las ocho, fui con *Mr. Jaynes* a la terraza. Procuré calmarle un poco; pero él se deshizo de mí y echó a andar hacia la playa. Me estuve en el paseo de la playa unos veinticinco minutos admirando la puesta de sol. Cuando volví a verle a usted acababa de subir a coger el sombrero para venirme aquí.

Charlie dirigió una mirada a Alan Jaynes, que fumaba nerviosamente en un ángulo apartado de la habitación.

—*Mr. Jaynes* —dijo.

El inglés se levantó y se acercó a él, al mismo tiempo que miraba su reloj.

—Usted dirá —contestó.

Charlie le miró gravemente.

—Supongo que usted es una de las personas que experimentan esta noche por esta muerte mayor sufrimiento.

—¿Qué quiere usted decir?

—Se afirma que usted amaba a *Shelah Fane*.

—¿Quién lo afirma, quién?

El hombre dirigió una mirada indignada a *Tarneverro*.

—Eso no importa —dijo Chan—. ¿Usted le había hecho una propuesta de matrimonio?

—Sí.

—Luego, ¿la amaba usted?

—Escuche. ¿Es que piensa usted abrir una información pública sobre este asunto?

—Perdón. Percibo que ello pudiera ser algo indiscreto por mi parte. *Mr.*

Bradshaw me ha dicho que estaba usted en esta habitación a las siete y cuarenta de esta noche.

—En efecto, había venido a la cena.

—¿Y antes que nada, para tener una conversación particular con *Miss Fane*?

—Sí. Pero la naturaleza de esa conversación no es cosa que le interese a usted. Charlie sonrió.

—Desde luego. Demasiado sé que no me interesa. Usted le pregunta su última determinación en el asunto matrimonial. Ella le rechaza a usted y usted sospecha que *Mr. Tarneverro*, aquí presente, es culpable del hecho. Se vuelve usted furioso al hotel y procura promover riña con el susodicho *Tarneverro*. Así que, a las ocho y dos minutos estaba usted en el *hall* del hotel hecho una fiera. Lo cual, señor mío, es una gran fortuna para usted.

—¿Entonces —dijo Jaynes— es que usted ha fijado el momento de este... este asesinato en las ocho y dos minutos?

—En efecto —replicó Chan.

Jaynes arrojó el cigarro en un cenicero con un gesto de profundo alivio.

—¡Gracias a Dios! ¿Tiene usted algo más que preguntar?

—Usted vio a *miss Fane* por última vez cuando salió de esta habitación, serían las ocho menos cuarto, ¿no?

—Esa fue la última vez que la vi, sí.

—¿Luego no volvió usted aquí entre las ocho y cinco y las ocho y treinta y cinco?

—No.

—¿Ha estado usted alguna vez en Hollywood, *Mr. Jaynes*?

El británico rió con amarga risa.

—No. Ni es probable que vaya.

—Perfectamente, *sir* —le dijo Chan.

—Muchas gracias. Ahora me retiro. Tengo que salir en el *Oceanic* a las doce de la noche.

Charlie le miró con rápida sorpresa.

—¿Que se va usted de Hawai esta noche?

—Me voy.

El detective se encogió de hombros.

—Siento mucho tener que desengañarle a usted. Eso es imposible.

—¿Por qué ha de serlo? —preguntó Jaynes.

—Porque está usted inmerso en este asunto hasta cierta profundidad.

—Pero usted ha dicho que ha fijado el momento del asesinato y que en ese momento yo estaba en presencia de usted. Es una exculpación completa.

—Las exculpaciones completas pueden ser exculpaciones incompletas, miradas sin el suficiente detenimiento —le objetó Charlie—. Siento mucho no poder permitirle que se marche esta noche. El *Oceanic* será cuidadosamente vigilado y no podrá salir de esta isla a bordo de él persona ninguna relacionada con este asunto. Ni

en ningún otro barco por el momento.

Por la cara del inglés pasó un relámpago de cólera.

—¿Con qué fundamento pretende usted retenerme aquí?

—Como importante testigo del caso presente —contestó Chan—. Iré hasta el extremo de procurarme garantía si es necesario.

—Por lo menos podré volverme al hotel —indicó Jaynes.

—Cuando yo se lo permita —dijo Charlie amablemente—. En tanto, espero que encontrará usted un sillón que cumpla a su comodidad.

Jaynes le dirigió una encendida mirada y volvió a retirarse hacia el fondo de la habitación. Sonó el timbre de la puerta, y Jessop introdujo a dos hombres. Uno era un americano alto y anguloso, que llevaba insignia de comisionado del *sheriff*, y el otro un japonés pequeño de inquieta mirada.

—¡Ah, señor *coroner*! —saludó Chan al comisionado que representaba este papel. Y Kashimo, Kashimo, como de costumbre, es la diligencia misma para entrar en tarea. ¿Me equivocaré al dar por supuesto que han llegado ustedes aquí a toda velocidad?

Habló el comisionado.

—Le enviaron a buscarme y acabó encontrándome por fin. ¿Dónde ha ocurrido la cosa, Charlie?

—En un momento le llevo a usted al lugar —dijo Charlie.

—No sé si hacer un registro en la casa —indicó Kashimo.

Chan le miró tristemente.

—Dijérase que había esta noche en la comisaría gran carencia de detectives —dijo—. No, *Mr. Kashimo*, no haga registros, no busque nada... al menos hasta que alguien le diga qué es lo que tiene que buscar.

Se volvió al comisionado.

—Si tiene usted la bondad de seguirme...

Entró en la estancia Diana Dixon. Llevaba un vestido de noche, blanco, y su complicado atavío era suficiente explicación de lo mucho que había tardado en presentarse. Chan la miró con interés.

—He aquí una persona de cuya existencia no tenía yo noticia hasta ahora —dijo.

—Pero ¿quién...? —empezó a decir Diana mirándole con asombro.

—No se alarme —dijo Charlie sonriendo—. Soy el inspector Chan, de la Policía de Honolulu. Usted se encuentra en Hawai.

—¡Ah! Ya lo sé —contestó ella.

—Su nombre, hágame el favor.

Ella se lo dio.

—¿Está usted en la casa como invitada, supongo?

—Así es. *Miss Fane* tuvo la amabilidad de invitarme. Ya sabe usted que acabo de llegar con ella de los mares del Sur. Trabajo en su última película.

—Actriz —dijo Chan—. Me deslumbra tanta fama y belleza. A pesar de lo cual

me sereno para preguntar. ¿Qué ha hecho usted durante esta noche?

—He estado nadando —le dijo ella.

—¿Cuándo vio usted por última vez a *Miss Fane*?

—Cuando subí a ponerme el traje de baño. No sé qué hora era. Acababan de llegar *Mr. Bradshaw* y *Miss Julia*; él y yo subimos a cambiarnos de ropa. Dejamos a *miss Fane* aquí en el *hall*. Estaba llamando al timbre.

—Fue usted a la playa y se metió en el agua con esos jóvenes, ¿verdad?

—Oh, no; tardé mucho tiempo en cambiarme de ropa. Cuando terminé eran ya las ocho, según pude ver en el reloj de mi tocador al salir del cuarto. Yo no creí que era tan tarde; de manera que me di mucha prisa.

—¿No vio usted a *Miss Fane*?

—No, no la vi. En esta habitación no había nadie cuando yo pasé por ella. Cruzé la galería y salí al jardín.

—¿Un poco después de las ocho?

—Sí; debían de ser tres o cuatro minutos más. Al atravesar el jardín vi a un hombre que salía del pabellón corriendo.

—¿Que vio usted a un hombre salir del pabellón? ¿Y quién era?

—No lo sé. No le pude ver la cara. Me pensé que sería uno de los invitados, y le grité: ¡Hola! Pero no me contestó.

—¿Podría usted describirlo? —preguntó Chan.

—La cara, no, porque estaba en sombra, como ya le he dicho. Pero llevaba abrigo, lo que me chocó mucho en una noche como esta. Llevaba el abrigo abierto y le dio en la pechera de la camisa un rayo de luz de la ventana de la cocina. Iba vestido de frac, y en la pechera blanca tenía...

De repente se puso pálida y se sentó, sintiéndose desfallecer, en la silla más próxima.

—¡Dios mío! —exclamó—. No se me ocurrió antes.

—¿Qué es lo que no se le ocurrió a usted antes? —dijo con urgencia Charlie.

—Aquella mancha de la camisa, aquella mancha roja, larga, estrecha, brillante —dijo sin aliento—. Sin duda era... sin duda era sangre.

CAPITULO VI

Fuegos artificiales bajo la lluvia

Un momento, asombrada por el cuadro que las palabras de *miss* Dixon presentaban, la concurrencia guardó silencio. Luego llenó la estancia un leve murmullo, un zumbido de asombrado comentario. Charlie Chan estudiaba con la mirada a su nuevo testigo, como preguntándose a sí mismo si su declaración podía ser verdad.

—Interesantísimo —dijo por fin—. Así que en estos terrenos ha habido esta noche un caballero cuya presencia yo no había sospechado hasta el momento presente. Llevara o no llevara teñida de sangre la camisa...

—Le he dicho a usted que lo vi yo —protestó la muchacha.

Chan se encogió de hombros.

—Tal vez. Le suplico encarecidamente perdón. No pongo en duda la verdad de usted. Yo sólo me refería a la posibilidad de los nervios alterados de ilusión óptica. Usted me perdonará si digo que puedo admitir la existencia de un asesino tan descuidado en su trabajo que se inunde a sí mismo; pero la razón vacila sobre su pedestal si se quiere añadir que un hombre semejante escape del teatro del crimen con el abrigo ondeando de modo que deje al descubierto su error. Más bien me atrevería yo a pintarlo envuelto en el gabán cuidadosamente para ocultar la acusadora prueba carmesí. Pero ¿qué importa esto? De un modo u otro, hemos de perseguir la imagen de un hombre con abrigo. Esta idea en sí misma ya presenta el retrato de un extraño ser humano. El abrigo en los sonrientes trópicos, aun con traje de frac, es prenda por completo inacostumbrada.

Se dirigió luego a Julia:

—¿Y me hace el favor de decirme cómo se llama el criado de esta casa?

—¿Quiere usted decir Jessop? —preguntó ella.

—Quiero decir el mayordomo. ¿Puede usted hacer el favor de decirle que venga, si no lo tiene por enojoso?

Julia salió al *hall* y Charlie se dirigió al *coroner*.

—Encuentro de momento imposible acompañarle a usted a la escena del crimen. Tuvo lugar el mismo en una pequeña casa de playa que hay a la derecha del jardín. Sírvase aceptar esta llave. Puede usted empezar el examen, y yo iré a reunirme con usted cuando haya interrogado a la servidumbre.

—¿Ha encontrado usted el arma, Charlie? —preguntó el *coroner*.

—No. Supongo que se la llevó el salteador. Ya irá usted conociendo que se trata de persona de entendimiento y de aplomo.

Charlie se volvió al japonés:

—Kashimo: usted puede satisfacerse con agudas observaciones por los alrededores. Pero si repite usted cierta anterior hazaña y me hecha a perder huellas dactilares, me las arreglaré de modo que vuelva usted a su anterior puesto de portero del mercado de pescado.

El *coroner* y el japonés salieron. En el mismo momento, Jessop abrió las cortinas, y siguiendo a Julia, entró en la sala. El mayordomo estaba pálido y agitado.

—¿Se llama usted Jessop? —preguntó Charlie.

—Sí, señor.

—¿Sabe usted quién soy yo?

—Supongo que representa a la Policía de la isla.

Chan sonrió.

—Por si le ayuda a usted a soportar la sociedad de una persona como yo, Jessop, le ofrezco testimonio de que mis humildes esfuerzos han hallado en una ocasión aprobación completa de un caballero de Scotland Yard.

—¿De verdad, señor? —contestó Jessop—. El recuerdo debe de serle a usted agradabilísimo.

—Sin duda lo es. ¿Cuánto tiempo ha sido usted mayordomo de *Miss Fane*?

—Dos años, *sir*.

—¿Estaba usted en Hollywood antes?

—Durante unos diez y ocho meses.

—¿Siempre de mayordomo?

—Siempre de mayordomo, *sir*. Tuve numerosos empleos antes de entrar con *Miss Fane*. Tengo el deber de decir que fui desgraciado en todos ellos.

—¿Trabajo demasiado difícil, tal vez?

—De ningún modo, *sir*. Lo malo era la familiaridad de mis señores. Entre amo y criado debe existir cierta reserva. Eso era lo que faltaba. Los señores con quienes estuve solían llorar en presencia mía y contarme historias de amores no correspondidos. Los señores que me tomaban a su servicio tenían cierta inclinación a tratarme como a un hermano al que llevaran sin ver mucho tiempo. Particularmente uno tenía la costumbre de llamarme «mi viejo amigo», y cuando estaba un poco bebido me abrazaba en presencia de sus invitados. El hombre tiene su dignidad, *sir*.

—Muy bien dicho. Sin dignidad no hay representación posible —le aseguró Charlie—. ¿Y es que *Miss Fane* era con usted diferente?

—Por completo, *sir*. Una señora que sabía su puesto como yo sabía el mío. Jamás había en su trato hacia mí informalidad ninguna.

—Entonces, las relaciones entre los dos eran excelentes, ¿no?

—Lo eran. Y me importa agregar que estoy desconsolado con lo que esta noche

ha ocurrido, *sir*.

—Muy bien. Pues yendo a lo de esta noche, dígame: ¿alguno de los caballeros a quien ha recibido usted esta noche llevaba abrigo, Jessop?

—¿Abrigo, *sir*? —dijo Jessop alzando las cejas.

—Sí; con el traje de frac, ya me comprende usted.

—No, *sir* —contestó Jessop firmemente—. No se presentó nadie con tan inadecuada prenda.

Chan sonrió.

—Haga el favor de mirar en torno. ¿Recuerda usted haber recibido algún visitante con excepción de los aquí presentes a su vista?

—No, *sir* —contestó Jessop mirando al grupo.

—Muchas gracias. ¿Cuándo vio usted por última vez a *miss Fane*?

—Fue en esta habitación, a eso de las siete y veinte, al traerle un ramo de flores. Después oí su voz, pero no la vi.

—Sírvese relatar qué ha hecho usted desde la hora de las siete y veinte en adelante —le rogó Chan.

—Ocuparme de mis obligaciones, *sir*, ya en la cocina, ya en el comedor. Debo añadir que ha sido una noche de prueba en mi departamento. El cocinero chino ha exhibido todas las peores cualidades de una raza maldita... ¡Oh, usted perdone!

—Una raza maldita —repitió Chan gravemente— que andaba atareada inventando el arte de la imprenta mientras los caballeros de la Gran Bretaña seguían destrozando la cabeza con mazas con clavos unos a otros. Ruégole que me dispense esta breve referencia histórica. ¿Se ha insubordinado el cocinero?

—Sí, señor policía. Se ha mostrado lamentablemente falto de la paciencia por la que su pueblo se ha hecho notar desde hace mucho tiempo. Además, el... el *bootlegger*, para llamar al contrabandista de alcohol con una de las palabras que usan ustedes... que usan en América, se ha presentado con una tardanza imperdonable.

—¡Ah! ¿También poseen ustedes *bootlegger*?

—Sí, señor. *Miss Fane* era sobria, pero conocía sus deberes respecto de sus invitados. Por esto, Wu Kno-Ching, el cocinero, se las arregló conmigo para que trajera un poco de licor recién salido del laboratorio y vino de la última vendimia.

—Me extraña profundamente —replicó Chan—. ¿Y el amigo de Wu llegó tarde?

—Llegó tarde, *sir*. Como le digo, estuve ocupándome de mis cosas desde el momento en que di las flores a *miss Fane*. A las ocho y dos minutos...

—¿Qué razón le hace a usted elegir las ocho y dos minutos?

—No he podido por menos de oír las preguntas que ha hecho usted a estos señores, *sir*. En ese momento estaba yo en la cocina.

—¿Solo?

—No, *sir*. También estaba Wu, desde luego. Y Ana, la doncella, que había ido a tomar una taza de té para sostenerse hasta la cena. Yo llamé la atención de Wu sobre el hecho de que ya eran más de las ocho, y cambiamos unas palabras acerca de la

tardanza del *bootlegger*. Los tres estuvimos juntos hasta las ocho y diez, hora en que el amigo de Wu hizo su relativamente avergonzada aparición, y yo, inmediatamente, me puse a disponer lo posible con los ingredientes que había traído. A las ocho y cuarto salí a recibir a *Mr. Van Horn*, A partir de ese punto, *sir*, entré en esta habitación y salí varias veces, pero no abandoné la casa hasta que fui a la playa a tocar el gong llamando a cenar.

—Le quedo a usted muy obligado por su circunstanciada referencia —le dijo Charlie con una inclinación de cabeza—. Nada más, Jessop.

El mayordomo dudó.

—Queda otra cosa, señor policía.

—¿Otra cosa? Usted dirá.

—No sé si tendrá importancia o no, *sir*, pero me acordé de ella cuando me enteré de la terrible noticia. Arriba hay una pequeña biblioteca, y hoy, después de haber quitado las cosas del *lunch*, entré a buscar un libro para llevármelo a mi cuarto como distracción durante las horas de siesta. Sorprendí allí a *Miss Fane*. Estaba mirando un retrato y llorando amargamente, *sir*.

—¿Un retrato de quién?

—Eso es lo que no puedo decirle, *sir*, salvo que era el retrato de un caballero. Ella lo tenía cogido de modo que no me fue posible ver la cara; y se marchó presurosa de la habitación. Todo lo que puedo decirle a usted es que era un retrato de cierto tamaño, pegado en una cartulina verde Nilo.

Chan movió la cabeza.

—Muchas gracias. ¿Tendrá usted la amabilidad de enviar a mi presencia al maldito cocinero?

—Con mucho gusto, *sir* —contesté Jessop. Y se retiró.

Charlie miró a la reunión.

—El asunto se prolonga —observó amablemente—. Veo desde aquí por las ventanas una fresca gradería poblada de sillas extensibles. Todo el que quiera puede ir en busca de más fresco y aireado lugar. Sólo una cosa suplico: que no se vaya nadie de este recinto.

Siguió a estas palabras un general movimiento, y entre murmullos de comentario, todos se salieron a la oscura galería, con excepción de Bradshaw, Julia, Tarneverro y Chan. El adivino miró agudamente a Charlie.

—¿Qué es lo que ha logrado usted? —se determinó a preguntar.

Charlie se encogió de hombros.

—Hasta el presente momento, me parece que he estado encendiendo fuegos artificiales bajo la lluvia.

—Eso es precisamente lo que me parece a mí —le dijo Tarneverro con impaciencia.

—No se desanime —le aconsejó Chan—. Cambiando de figura, podría añadir que para sacar un árbol hay que empezar por cavar en las raíces. Este cavar es una rutina

nada fascinadora; pero en cualquier momento podemos tropezar con una raíz de vital importancia.

—Muy sinceramente lo deseo —observó Tarneverro.

Entró Wu Kno-Ching, renegando para sí, y Charlie se le dirigió ásperamente en cantonés. Mirándole con ojos soñolientos, Wu contestaba con lentitud.

El chillón *chauchau* entre ambos representantes de la más vieja civilización del globo fue haciéndose más vivo y subido de tono, y por lo que se refería a Wu, más apasionado, según las apariencias. Los tres espectadores se interesaban profundamente; era aquello como una función en una lengua muerta. No entendían las frases, pero se les alcanzaba que por debajo iba una impetuosa corriente dramática. En una ocasión, Chan, que hasta entonces había permanecido en apariencia indiferente, alzó la cabeza como un perro de muestra al percibir la caza. Se acercó más al viejo y le cogió por el brazo. De vez en cuando, en las manifestaciones de Wu hacía notar su presencia una palabra reconocible: *bootlegger*.

Finalmente, con un encogimiento de hombros, Chan se apartó.

—¿Qué ha dicho, Charlie? —le preguntó Bradshaw vivamente.

—No sabe nada —le contestó Chan.

—¿Qué era todo eso que decía del *bootlegger*?

Charlie dirigió al joven una punzante mirada.

—La lengua de la edad habla con acumulada sabiduría y es oída con agrado; pero la lengua de la juventud debe refrenar sus ímpetus —le advirtió. Y añadió, dirigiéndose a Julia—: Ha hablado usted de la doncella de *miss Fane*. No me queda por interrogar a nadie más que a ella. ¿Quiere usted tener la amabilidad de hacerla comparecer?

Julia afirmó con la cabeza y salió. Wu Kno-Ching andaba remoloneando a la puerta, y ahora rompió en un monólogo con gestos adecuados. Charlie escuchó unos momentos, y luego le echó violentamente de la habitación.

—Wu se queja de que no coma nadie de la comida que él ha hecho —dijo sonriendo—. Es un gran artista no comprendido y su anciano corazón estalla de cólera.

—¡Hombre! —dijo Bradshaw—. Ya comprendo que no está nada bien decirlo; pero yo, la verdad, daría cuenta con mucho gusto de una parte de su labor.

—Chan asintió:

—Ya he pensado yo en eso. Tal vez más tarde. ¿Por qué no? ¿Qué sale ganando la muerta con que los vivos perezcan de hambre?

Volvió Julia seguida de Ana, la doncella, que era una mujer pequeña y morena, de graciosos movimientos.

—¿Me hace el favor de decirme su nombre? —preguntó Chan.

—Ana Rodderick —contestó ella.

Había en su tono algo de desafío.

—¿Lleva usted con *Miss Shelah Fane* mucho tiempo?

—Hará un año y medio, *sir*.

—Bien. ¿Antes estuvo usted colocada en algún otro sitio de Hollywood?

—No, *sir*. Me coloqué con *Miss Fane* al día siguiente de mi llegada allí y no he tenido más colocación en la colonia cinematográfica.

—¿Cómo es que fue usted a California, me hace el favor?

—Yo servía en Inglaterra y una amiga me escribió hablándose de que en los Estados Unidos daban mejores salarios.

—¿Usted se llevaba bien con *Miss Fane*?

—Naturalmente, *sir*; si no, no hubiera seguido con ella. Había otras muchas colocaciones.

—¿Le hizo ella a usted alguna vez confidencias relacionadas con asuntos personales?

—No, *sir*. Era una de las cosas que me gustaban de ella.

—¿Cuándo ha visto usted por última vez a su señora?

—Poco antes de las siete y media. Iba yo a bajar a la cocina a tomar una taza de té, porque estaba viendo que lo de la cena iba para largo. *Miss Fane* entró en su cuarto y yo estaba en el inmediato. Me llamó y me dijo que necesitaba un alfiler para sujetarse unas orquídeas que llevaba en la mano. Yo se lo di.

—Tenga la amabilidad de describir el alfiler.

—Era bastante bonito, con siete diamantes. Como de unas dos pulgadas de largo. Le sujeté las flores en el hombro del vestido.

—¿Le dijo a usted algo de las flores? —le preguntó *Charlie*.

—Me dijo que se las había mandado una persona al que ella había querido mucho. Parecía un poco excitada.

—¿Qué pasó después?

—Se sentó al teléfono —dijo *Ana*. En su cuarto tiene aparato. Buscó un número en la guía y luego marcó.

—¿Oyó usted algo de la conversación subsiguiente? —indicó *Chan*.

—No tengo la costumbre de escuchar, *sir*. La dejé y me marché a la cocina.

—¿Estaba usted en la cocina a las ocho y dos minutos?

—Sí, señor. Recuerdo la hora, porque había una gran discusión entre *Jessop* y el cocinero a propósito del *bootlegger*.

—¿Estaba usted todavía en la cocina cuando el *bootlegger* llegó a las ocho y diez?

—Sí, señor. Poco después me marché a mi cuarto.

—¿No volvió usted a ver a su señora?

—No, señor.

—Otra cosa —dijo *Chan* mirándola fijamente—. Haga el favor de decirme cómo estaba ella en el día de hoy. ¿Lo mismo que siempre?

—No noté nada de particular.

—¿No notó usted que tuviera por la tarde un retrato, un retrato de un caballero?

—Yo no he estado aquí esta tarde. Era nuestro primer día en tierra, y *Miss Fane* tuvo la bondad de darme unas horas de permiso.

—¿Ha visto usted alguna vez, entre los efectos pertenecientes a *Miss Fane* un retrato de un caballero, montado en cartulina verde Nilo?

—*Miss Fane* llevaba siempre una carpeta grande con muchos retratos de sus amistades. Puede ser que entre ellos hubiera alguno así.

—¿Pero usted no lo vio nunca?

—Yo no he abierto nunca la carpeta. Hubiera sido un acecho indigno, si se me permite decirlo.

—¿Sabe usted dónde está la carpeta? —preguntó Charlie.

—Me parece que está sobre la mesa de su cuarto. ¿Quiere usted que vaya a buscarla?

—Tal vez haga falta luego. Ahora quiero preguntarle: ¿sabe usted las joyas que llevaba generalmente *Miss Fane* para esta clase de fiestas? Aparte del alfiler de diamantes.

—Me parece que sí, *sir*.

—¿Hace usted el favor de venir conmigo?

Dejando a los demás en la sala condujo a la doncella a través del jardín bañado de luna, hacia el pabellón. Entraron, y Ana perdió por un momento su aplomo a la vista de Shelah Fane. Dio un grito ahogado.

—Haga el favor de registrarla —le dijo Chan— y decirme si tiene sobre sí todas las joyas actualmente.

Ana asintió con la cabeza. El *coroner* se acercó a saludar a Chan.

—Ya he hecho mi examen —dijo—. Es un asunto complicado, Charlie. Lo mejor sería enviarle a alguien que le ayude.

Chan asintió:

—Ya tengo a Kashimo —contestó—. ¿Qué más se puede pedir? Dígale al jefe que yo le daré completo informe de todo a la mayor brevedad posible.

Se salieron a la galería del pabellón, y en el mismo momento Kashimo salió, arrastrándose como un perro zarcero de entre un macizo que había en uno de los ángulos de la casa.

—Venga en seguida, Charlie —dijo con apremiante susurro.

—Kashimo ha descubierto la clave fundamental —dijo Charlie—. Venga con nosotros, señor *coroner*.

Siguieron al japonés por entre los arbustos hasta una playa pública que limitaba la posesión por la derecha. A este lado del pabellón, que se levantaba al filo de la línea divisoria, había una sola ventana. Kashimo les condujo a ella y dirigió la luz de una linterna sobre la arena.

—¡Huellas! —susurró dramáticamente.

Charlie cogió la luz y se arrodilló sobre la arena.

—Verdad, Kashimo, en efecto —observó—. Son huellas, y huellas muy

particulares además. Los zapatos estaban viejos y desvencijados, los tacones comidos y en el piso de uno de los zapatos había un agujero nada elegante.

Se levantó.

—Me temo que la fortuna no sonreía al propietario y portador de este calzado —añadió.

—Yo soy el que encuentra las cosas —dijo Kashimo presuntuoso.

—Sí que lo es usted —dijo Charlie sonriendo—. Como también es verdad que por primera vez no ha destruido usted alguna pista en el momento mismo de presentarse. Va usted progresando, Kashimo. Mi más ferviente felicitación.

Volvieron al jardín de la casa de Shelah Fane.

—Bien, Charlie —dijo el comisionado—. Aquí se queda usted. Yo le veré mañana por la mañana, a no ser que desee usted que me quede.

—U s t e d ha realizado su deber —contestó Chan—. O, mejor dicho, lo habrá usted realizado cuando haya dispuesto en la ciudad las oportunas diligencias. Desde luego el cadáver habrá que llevarlo en seguida al Depósito.

—Sin duda —contestó el comisionado—. Adiós y buena suerte.

Chan se dirigió a Kashimo.

—Ahora se ofrece gran oportunidad de que usted ponga su especialidad por obra —dijo.

—Sí —contestó Kashimo animadamente.

—Vaya a la casa, pregunte dónde está la alcoba de *Miss Shelah Fane* y busque...

—En el acto —exclamó Kashimo, dando un salto para marcharse.

—Alto —le ordenó Charlie—. Es usted un gran aprendiz de detective, Kashimo; pero nunca se para usted a pensar qué es lo que busca. Sobre la mesa de esa habitación encontrará usted un gran portfolio de retratos. Le encarezco muy especialmente que vea un retrato de caballero montado sobre cartulina de color verde Nilo...

—Nilo es una palabra nueva para mí —se lamentó el japonés.

—En efecto, y yo no tengo tiempo de dar ahora una lección de geografía —suspiró Chan—. Tráigame todas las fotografías que encuentre en la habitación montadas sobre cartulina verde. Si en el portfolio no hay ninguna, busque por los demás sitios. Ahora vaya. Es un retrato de caballero, recuerde. Si vuelve usted con un lindo retrato de Fujiyama, yo me encargaré de escoltarle personalmente a la vida privada.

Kashimo cruzó corriendo el jardín y Charlie volvió a entrar en el pabellón. Ana estaba de pie en el centro del cuarto.

—¿Ha hecho usted la investigación? —preguntó él.

—Sí, señor —dijo ella—. El alfiler que sujetaba las flores no lo encuentro; no está por ninguna parte.

—Circunstancia que ya me era a mí conocida —asintió él—. Fuera de eso, ¿está completo el equipo ornamental?

—No —contestó ella—, no lo está.

Se la quedó mirando con súbito interés.

—¿Es que falta algo?

—Sí, una sortija con una esmeralda. Una esmeralda grande que *Miss Fane* llevaba casi siempre en la mano derecha. Una vez me dijo que valía una buena cantidad de dinero. Y ha desaparecido.

CAPITULO VII

La coartada del reloj

Charlie dijo a la doncella que se volviera a la casa y se sentó luego en la silla extensible que había delante del tocador. La única iluminación de la pequeña estancia procedía de dos lámparas con pantalla rosa, una a cada lado del espejo. Pensativo, miraba al espejo, donde por casualidad vio reflejado en la semipenumbra un vestido de raso color de marfil. Shelah Fane estaba ahora en la cama turca en que el *coroner* la había colocado. Todos los amores y los odios, los celos, los triunfos deslumbrantes de su tempestuosa carrera habían terminado aquella noche. Una mujer de llama, habían dicho de ella. La llama se había fluctuado y muerto como una bujía expuesta al viento; el viento incesante que soplaba de Koolau Range.

Los pequeños ojos de Chan se achicaron aún en un intenso esfuerzo de concentración. En uno de sus más indiscretos momentos Shelah Fane había visto asesinar a Denny Mayo. Durante tres años había llevado sobre sí el secreto, hasta que —y este momento había sido más indiscreto todavía— lo había deslizado en los ávidos oídos de Tarneverro el Grande, un adivino... Un charlatán, sin duda. Aquella misma noche el camello negro se había arrodillado delante de su puerta.

Repasándolos cuidadosamente en la imaginación empezó el detective a volver sobre los puntos que su investigación le había hasta el momento revelado. No era hombre que llevara libro de notas; pero sacó del bolsillo un sobre y con un lápiz empezó a escribir al dorso una lista de nombres. En eso estaba cuando oyó pasos detrás de él. Volvió la cabeza y vio la delgada y misteriosa figura de Tarneverro.

El adivino avanzó y se sentó en una silla al lado de Chan. Miraba fijamente al detective, y en su mirada había desaprobación.

—Puesto que usted me ha pedido que trabaje con usted en este asunto —empezó—, me perdonará tal vez que le diga que me parece que ha procedido usted muy descuidadamente.

Charlie abrió desmesuradamente los ojos.

—Usted dirá —dijo.

—Me refiero a la carta de *miss* Fane —continuó Tarneverro—. Puede ser que ella fuese la respuesta a todas nuestras preguntas. Tal vez la pobre escribió el nombre que tan ardientemente buscamos. Sin embargo, usted no quiso registrar a la gente que había en aquella sala, y hasta hizo burla de la idea cuando yo se la brindé. ¿Por qué?

Chan se encogió de hombros.

—¿Cree usted entonces que tengamos que habérmolas con un necio, con un malandrín, que después de tomarse tanto trabajo por obtener la epístola, la colocara sobre su propia persona expuesta a que un registro la sacara a luz en el acto? Se engaña usted, amigo mío. No me pareció oportuno revelar cuán equivocado estaba usted a costa de atraer sobre mí dificultades ulteriores. No, la carta está escondida en aquel cuarto, y más tarde o más temprano será hallada. Si no, ¿qué se le va a hacer? Tengo la vehemente sospecha de que no contiene nada de la menor importancia.

—¿En qué basa usted esa sospecha? —preguntó Tarneverro.

—Tengo para ello una robusta base. ¿Es de presumir que Shelah Fane hubiera escrito el gran secreto, y dándole luego al criado para que se lo entregase a usted? No. Hubiera esperado una oportunidad para entregarle la carta ella misma en propia mano. No es que yo le repruebe, pero creo que concede usted exagerada importancia a una epístola probablemente inocente.

—Pues el asesino parece que le concedía importancia. Eso no podría usted negarlo.

—El asesino hallábase en estado de gran excitación y se aventuró a un riesgo innecesario. Si sigue haciendo cosas parecidas no tardaremos en encontrar su rastro.

Tarneverro pasó a otro asunto con un gesto.

—Bien. ¿Y qué ha descubierto usted con todas sus investigaciones?

—Eché una ojeada a las notas de Chan.

—No mucho. Habrá usted advertido mi curiosidad por saber quién estaba en Hollywood el mes pasado hizo tres años. Admitiendo que la historia sea verdad... La historia que le contó a usted Shelah Fane esta mañana...

—¿Por qué no ha de ser verdad? ¿Es que una mujer puede hacer una confesión como esa por broma?

—Jamás —dijo Chan un poco ásperamente para ser quién era—. Y por esa razón consigno que admito que es verdad. Es, por tanto, de la mayor importancia situar a todos los sospechosos en junio de hace tres años. He escrito aquí los nombres de todos los que estaban en Hollywood en esa época, y pueden, por consiguiente, haber asesinado a Denny Mayo. Son Wilkie Ballou, Rita, su mujer, y Huntley Van Horn. ¡Ah! Y Jessop, el mayordomo. Lamento que, abrumado por la referencia de la camisa ensangrentada se me olvidara hacer averiguaciones respecto de *Miss Dixon*.

—Ha estado en Hollywood seis años —le informó el adivino—. Lo sé por las referencias que me ha dado durante las conferencias que he tenido con ella.

—Una más —dijo Charlie al tiempo que escribía el nombre—. Supongo que podré añadir a *Miss Julia*, por más que sería muy joven entonces. De éstos, dos han explicado suficientemente dónde estaban a las ocho y dos minutos. Jessop presenta una excepción por ausencia muy atendible y de la no posible presencia de Van Horn en el lugar del suceso a esa hora puedo responder yo mismo. Las demás cosas que he averiguado no tienen particular interés; pero me ha llamado la atención, como se la

habrá llamado a usted, la ansiedad que *Mr.* Alan Jaynes mostraba por salir de Hawai esta misma noche. No olvide que está dentro de las posibilidades que el asesinato de Denny Mayo no tenga nada que ver con la muerte de Shelah Fane. El tal Jaynes hallábase en estado de gran excitación; pudiera ser que fuese de naturaleza terriblemente celosa; tal vez vio aquellas orquídeas, regalo de otro, en el hombro de la dama y...

—Pero él también tiene la coartada del reloj —indicó Tarneverro.

—En efecto, así es —convino Chan.

Un momento quedaron en silencio. Después Tarneverro se levantó y se acercó lentamente a la cama turca.

—Y a propósito —dijo de paso—: ¿ha examinado usted el reloj atentamente?

—Lo siento —dijo Chan levantándose y acercándosele—. Ahora llama usted mi atención sobre el hecho de que he descuidado uno de mis más primordiales deberes.

Se inclinaba ya Tarneverro; pero Chan le contuvo.

—Voy a quitárselo ahora mismo y someterlo a una cuidadosa investigación... aunque he de confesar que soy tan obtuso que no se me alcanza bien el sentido de su advertencia.

Sacó del bolsillo un pañuelo y se lo extendió en la mano derecha. Con la otra mano soltó la estrecha cinta negra de la muñeca de Shelah Fane, y tomando el precioso relojito, lo puso sobre el pañuelo. Fue a ponerse debajo de una de las lámparas y miró fijamente la alhaja.

—Pues nada; es que debo de estar esta noche completamente estúpido —dijo con un suspiro—. Sigo en lo mismo. El cristal está roto, el reloj ha cesado de funcionar precisamente a las ocho y dos minutos...

—Permítame —dijo Tarneverro—. Seré más explícito.

Tomó pañuelo y reloj, y siempre con el lienzo entre los dedos y el metal, hizo girar la corona de la frágil maquinaria. Respondiendo, el minuterero se movió inmediatamente. Un relámpago de triunfo iluminó los ojos del adivino.

—Esto es más de lo que yo esperaba —exclamó—. El asesino ha tenido la amabilidad de cometer un pequeño error. Dispuso la corona de modo que la hora que presentara la esfera del reloj pudiera ser alterada a voluntad, y en su prisa se olvidó de restablecerla en su situación normal. Seguramente no tengo que decirle a usted lo que esto significa.

Charlie le dirigió una mirada de entusiástica admiración.

—Usted sí que es un detective de primera fila... Me hará usted el favor de reconocer que ya tuve el gusto de consignarle esta mañana. Nunca le mostraré a usted suficientemente mi gratitud. Por descontado que ahora se me alcanza el sentido de todo ello.

Tarneverro soltó el reloj sobre el cristal del tocador.

—Creo que podemos estar seguros de una cosa, inspector —observó—. Cualquiera que haya sido la hora a que el crimen se haya cometido, desde luego no ha

sido a las ocho y dos minutos. Tenemos que habérmolas con un hombre inteligente. Después de matar a Shelah Fane le quitó el reloj, lo atrasó, o tal vez lo adelantó, hasta las ocho y dos minutos, y luego lo estrelló para indicar que había habido lucha.

Al adivino le brillaban los ojos; señaló el ángulo del tocador.

—He aquí la explicación del golpe en el cristal. Golpeó el reloj contra la esquina, hasta que lo paró.

En el mismo momento estaba por los suelos Chan.

—No hay cristales debajo —dijo.

—No, no —continuó Tarneverro—. No tiene por qué haberlos. Los pedazos de cristal se encontraron, naturalmente, en el sitio en que cayó *Miss Fane*. ¿Y por qué? Porque el desconocido quitó el reloj con un pañuelo, como lo ha hecho usted; lo golpeó contra el cristal envuelto en el pañuelo para recoger en él los trozos de cristal y llevó los restos al lugar donde se interesaba que estuvieran. Un chico listo, inspector.

Charlie asintió. Sus maneras revelaban evidente molestia.

—Pero usted es un chico más listo todavía. Estoy en el mismo borde de la dimisión, disgustado de mi propia estupidez. Tome usted mi insignia, *Mr. Tarneverro*, porque el detective genial en este caso lo es usted.

Tarneverro le dirigió una extraña mirada.

—¿Lo cree usted? Me temo que exagera. La cuestión era muy sencilla. Se me ocurrió que éramos demasiados los que podíamos probar la coartada en esta cuestión. Se me ocurrió lo sencillo que era cambiar la hora en la esfera de un reloj. Eso es lo que ha ocurrido. El asesino puso una hora que ya había pasado y con arreglo a la cual ya tenía la coartada, y en una hora no llegada aún, y para la cual pensaba disponer la coartada de más adelante. No obstante, cuando un hombre está excitado es fácil que descuide algo... y este individuo resbaló al olvidar apretar otra vez la corona antes de irse.

Chan lanzó un suspiro.

—Estoy, como ya he dicho, hirviendo en gratitud hacia usted, y, sin embargo, me encuentro aterrado. Toda la falange de excepciones se ha venido abajo, y el campo se ensancha ahora como llanura sin límites. La excepción de Van Horn desaparece; las excepciones de Martino y de Jaynes desaparecen también, y dicho sea con todos los perdones, *Mr. Tarneverro*, usted ha destruido asimismo la excepción con que usted mismo se beneficiaba.

El adivino echó la cabeza atrás y se rió.

—¿Pero es que yo necesito también una excepción? —exclamó.

—Tal vez no —contestó Charlie sonriendo—. Pero cuando cae un árbol desaparece la sombra. ¿Quién sabe? Aun usted mismo puede lamentar la pérdida de esta sombra con el tiempo.

—Pudiera ocurrir que yo tuviera otro árbol —indicó Tarneverro.

—Si es así, le felicito a usted —dijo Charlie. Y dirigió una mirada en torno de la

habitación—. Voy a hacer que trasladen a esta infortunada señora a la casa y a cerrar hasta que mañana temprano venga a trabajar el perito de las huellas dactilares. Observará usted que aquí, en Hawai, no nos movemos con gran velocidad. Es por nuestro clima encantador.

Metió el reloj en el cajón del tocador y se salió con Tarneverro. Chan volvió a cerrar con la llave.

—Ahora volveremos a la sala y allí intentaremos algún progreso. Tal vez se dignará usted continuar con un notario el registro. Esta noche estoy de suerte. ¿Qué podría yo hacer sin usted?

Un pequeño grupo de sillas que había en el jardín indicaba la proximidad de la mayor parte de los invitados. En la sala encontraron a Julia y a Jimmy Bradshaw sentados uno junto al otro. Evidentemente, la muchacha había estado llorando y la actitud de *Mr. Bradshaw* indicaba que él se había dedicado al papel de consolarla. Chan dio a Julia la llave del pabellón y le indicó amablemente lo que procedía hacer. Ella y el joven salieron en busca de criados que les ayudaran.

Cuando hubieron salido, Charlie echó a pasear pensativo por la amplia habitación. Miró en los receptáculos que contenían flores y plantas, abrió los pocos libros que encontró y registró entre las páginas.

—A propósito —observó Tarneverro—: ¿ha hecho usted un registro en el cuarto de *miss Fane*?

—Todavía no —contestó Chan—. Con tanto como hay que hacer, y usted y yo solos para todo. He enviado a Kashimo, nuestro sabueso, con un recado, del que indudablemente regresará en el curso de una semana o dos. En cuanto a mí...

Pasaba en este momento por encima de una alfombra y se detuvo.

—En cuanto a mí... —repitió.

Restregó el zapato de fina suela hacia atrás y adelante sobre determinado punto de la alfombra.

—En cuanto a mí —agregó por tercera vez— tengo aquí bastante que hacer.

Se inclinó y levantó la alfombra. Allí, sobre el pulimentado suelo, estaba el sobre que le habían arrancado de la mano aquella misma noche. Le faltaba una esquina; pero, por lo demás, la carta estaba intacta.

—No ha sido poca fortuna que *Miss Fane* prefiriera este papel de escribir grueso —dijo Charlie, y cogió el sobre—. Me parece que por esta vez no puedo felicitar con el calor que quisiera a mi desconocido amigo por su originalidad. Pero debo recordar que era un señor muy apremiado de tiempo cuando este asunto ocupaba su atención.

Tarneverro se acercó, relucientes los ojos.

—¡La carta de Shelah! ¡Y dirigida a mí, según creo!

—Vuelvo a recordarle que es la policía quien tiene que hacerse aquí cargo de todo —dijo Chan.

—También tenía que hacérselo antes —contestó Tarneverro.

—Verdad. Pero la historia no va a repetirse ahora.

Charlie sacó la carta del sobre y leyó. Se encogió de hombros y pasó la misiva al adivino.

—Por una vez he tenido razón —observó.

Tarneverro miró la grande y extendida letra de quien era generosa de papel de escribir como de todas las demás cosas. Ante lo que veía frunció el ceño:

«Querido Tarneverro:

»Hágame el favor de olvidar lo que le dije esta mañana. Debía de estar loca, loca... Yo intento olvidarlo también, y eso quiero que usted haga. ¡Tarneverro! Prométame que lo intentará. Haga como si no le hubiera dicho nada. Rechazaré al pobre Alan esta noche. Me desgarrará el corazón, pero lo haré. Seguiré sola... Tal vez hacia el fin encuentre un poco de felicidad. ¡La necesito tanto!

»Suya siempre, Shelah Fane.»

—¡Pobre Shelah!

El adivino estuvo inmóvil un momento fijo en la carta.

—No tuvo el valor de llevarlo adelante. Debí figurármelo. Una carta lastimosa. No creo que hubiera tenido yo valor para insistir, después de todo.

Estrujó el papel en la mano, furioso.

—El asesino de Denny Mayo —continuó— estaba seguro. Ella no le hubiera acusado. La ha matado para nada. Lo mismo que ha desaparecido para siempre pudiera estar aquí. ¡Por Cristo que he de cogerlo, aunque sea en el último hecho de mi vida!

Chan sonrió.

—Yo tengo una similar ambición, aunque confío que la hazaña no dará fin de mi existencia.

El ayudante japonés entró sin aliento en la estancia.

—Hola, Kashimo. ¿Ha disfrutado usted una buena vacación allá arriba?

—Tarea difícil, pero lo he encontrado —dijo Kashimo orgullosamente—. Lo he encontrado en un jarrón, debajo de una planta.

Chan extendió la mano. Con gran sorpresa suya Kashimo sacó, no la fotografía que Charlie esperaba, sino un puñado de trocitos de papel satinado y de cartulina verde. Alguien había hecho pedazos el retrato de la cartulina verde y había intentado ocultar el estropicio.

—¿Qué significa esto? —dijo Chan, mientras miraba con asombro el puñado de restos que tenía en la mano; y luego sus ojos buscaron los de Tarneverro—. He aquí un asunto digno de consideración. Existe una persona desconocida que no quiere que yo vea la fotografía sobre la que estuvo llorando esta tarde Shelah Fane. ¿Por qué? ¿Es el retrato del hombre a quien hubiera traicionado de seguir el consejo de usted?

—Pudiera ser —convino Tarneverro.

—La consecuencia entonces se presenta clara —anunció Charlie—. Yo tengo que ver esa fotografía, por la cual, con toda la paciencia que pueda congregar, me propongo volver a reunir todos estos pedazos.

Empujó una mesita hasta ponerla delante de las ventanas que daban a la calle.

—He investigado por los alrededores de la casa —dijo Kashimo.

—Es el sitio más seguro para tenerlo a usted —contestó Chan—. Cuídese de investigar con todo celo.

El japonés salió.

Charlie quitó el tapete de la mesa y se sentó. Sobre la lisa superficie empezó a colocar cuidadosamente los pedazos de la fotografía. Pronto comprendió que la tarea había de ser larga y difícil.

—Nunca tuve gran talento para los rompecabezas —lamentó—. Mi hermana Rosa era el orgullo de la familia en estos pasatiempos. Me gustaría tenerla ahora a mi lado.

Escasos progresos había conseguido cuando la puerta se abrió y entró en la sala un grupo de invitados. Iba a la cabeza Wilkie Ballou, y detrás, Van Horn, Martino, Jaynes y Rita Ballou. Les seguía Diana Dixon, que parecía separada del grupo, el cual tenía el aspecto de una comisión.

Y una comisión era, en efecto. Empezó a hablar Ballou en el más autorizado de los tonos.

—Escuche, señor inspector: hemos estado tratando del asunto y no existe razón ninguna para que nos retenga usted aquí más tiempo. Ya nos ha interrogado a todos, ya le hemos dicho lo que sabemos, y estamos dispuestos a marcharnos.

Charlie dejó los trozos de fotografía todavía no colocados y se levantó. Hizo una amable reverencia.

—Reconozco que se impacientan ustedes con suficiente motivo —dijo.

—Entonces, ¿está usted dispuesto a dejarnos marchar? —preguntó Ballou.

—Estoy dispuesto (y lo digo con el más profundo dolor) a no dejarlos a ustedes marchar —replicó Chan—. Desgraciadamente, nuevos acontecimientos han hecho súbita presentación, como las carretillas en las fiestas del Año Nuevo, y tengo todavía que hablar con ustedes unas palabras.

—¡Eso es una ofensa! —exclamó Ballou—. Haré que le quiten a usted la insignia.

Charlie le dio las gracias con la más atenta sonrisa.

—Esto pudiera ser... mañana. Pero por lo que se refiere a esta noche misma, estoy encargado de este caso, y digo que se quedarán ustedes aquí hasta que yo les permita que se marchen.

Se adelantó Jaynes.

—Yo tengo un asunto importante en el Continente y necesito embarcar esta noche, a las doce. Ya son más de las diez. Le participo a usted que tendrá que recurrir a la fuerza para sujetarme aquí.

—También podría hacerse —contestó Charlie amablemente.

—¿Es posible? —dijo el inglés mirando con el mayor desaliento a Wilkie Ballou

—¿Qué lugar es éste? ¿Por qué no mandan aquí un hombre blanco?

En los ojos de Charlie brilló una extraña luz.

—El hombre que está a punto de cruzar un arroyo no debe ultrajar a la madre del cocodrilo —dijo con fría palabra.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —le preguntó Jaynes.

—Quiero decir que no está usted todavía a salvo al otro lado del mar.

—Usted sabe demasiado que yo estaba en otro sitio cuando el crimen se cometió —gritó el inglés enfurecido.

—Chan le miró de arriba abajo con sus ojillos pequeños.

—No estoy tan seguro de saberlo —observó tranquilamente.

—Usted mismo dijo que había fijado la hora del suceso.

—¡Cuán triste es —le atajó Charlie— que pasemos a través de esta vida cometiendo tantos errores como cometemos! Yo mismo soy un perfecto majadero. Su exculpación de usted, *Mr. Jaynes*, se ha deshecho como una pompa de jabón a la que se diera un pinchazo.

—¡Cómo! —exclamó Jaynes.

—Van Horn y Martino se adelantaron con súbito interés.

—Retírense y tranquilícense —continuó Chan. Y si quieren seguir mi consejo, no hablen más de exculpaciones. Ya han hablado bastante.

Como un hombre deslumbrado, Jaynes obedeció casi literalmente las órdenes de Chan. Charlie se dirigió a Rita Ballou.

—Señora, le presento a usted mis más humildes respetos y sinceras disculpas. Si la retengo aquí es muy a pesar mío. Se me ha ocurrido que hay desde hace mucho tiempo preparada una cena, aunque temo que el correr del tiempo haya averiado la mayor parte de ella. Pero si me permite indicar...

—¡Ah, yo no podré probar bocado! —dijo Rita.

—Desde luego que no. El pensamiento mismo de comer es terrorífico —asintió Chan—. Semejante dureza de corazón estaría por completo fuera de lugar.

Entraron Julia y Bradshaw.

—No obstante —siguió Chan—, me permito encarecer a ustedes que vaya cada cual a ocupar su puesto en la mesa, y, cuando menos, deguste una taza de café. El hecho restituirá energías y hará más llevadero el período de espera; el café, como ustedes saben, estimula y fortifica el entendimiento.

—No es mala idea —dijo Huntley Van Horn.

—*Miss Julia*... —indicó Chan.

La muchacha sonrió fríamente.

—Sí, sí. Desde luego. Diré a Jessop que lo disponga todo. Ustedes me perdonen, se me había olvidado que teníamos invitados esta noche.

Se volvió y se fue.

Charlie volvió a la mesita en que su tarea había quedado interrumpida. En el mismo instante, una de las vidrieras que daba a la calle se abrió de repente y el viento entró en la habitación como un huracán en miniatura. Al momento se llenó el espacio de trozos de fotografía que revoloteaban por todos lados como la nieve en un

ventisquero de Minnesota.

Kashimo asomó la cabeza por la vidriera.

—*Schiss* —susurró—. ¡Charlie!

—Espléndida hazaña, Kashimo —dijo Chan mordiéndose los labios—. ¿Qué es lo que ocurre ahora?

—He encontrado una ventana abierta —anunció triunfalmente el japonés; y se retiró cerrando tras de sí la vidriera que había abierto.

Ocultando su disgusto, Charlie recorrió por todas partes la habitación, rescatando los trozos de fotografía de los lugares más insospechados. Tarneverro y algún otro acudieron solícitos en su ayuda. En pocos momentos Charlie tenía de nuevo un puñado de trozos en la mano. Salió para seguir buscando; pero ya no había nada a la vista.

Volvió a su sitio ante la mesa y durante unos momentos trabajó con afán. Luego se encogió de hombros y se levantó.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Tarneverro.

Charlie le miró.

—No sirve de nada. Ya no tengo ni la mitad de los pedazos que tenía antes.

Unos instantes consideró con la mirada el pequeño grupo de inocente apariencia. Se le ocurrió registrarlos a todos; pero una mirada a Ballou le recordó que un acto semejante significaría una ardiente batalla, y él era, ante todo, hombre de paz. No; alcanzaría la meta por algún otro camino. Suspiró, se metió en el bolsillo lo que quedaba de la fotografía, y en ese momento irrumpió Kashimo. Más con pesar que con cólera, miró Charlie a su ambicioso colega.

—Sin duda se habían acabado los detectives en el puesto cuando le han enviado a usted esta noche —dijo.

Sonó el timbre de la puerta con insistente llamada. Como Jessop estaba en la distante cocina, acudió a abrir Jimmy Bradshaw. Los que estaban en la sala oyeron en el *hall* palabras pronunciadas con prontitud y aspereza, y luego se presentó en medio de ellos un hombre. Era de buena presencia, como de cuarenta años, canoso por la parte de las sienes, de gran prestancia y de mirada viva. Llevaba en la cara la pintura del teatro. Se paró y miró en torno suyo.

—Buenas noches —dijo—. Soy Robert Fyfe y fui marido de *miss* Shelah Fane. Hace poco alguien me ha telefoneado noticias terribles. He venido en el momento en que he terminado mi papel en la obra, sin detenerme a cambiarme de ropa. No está bien; pero suplico me dispensen.

—¿Quiere usted darme el abrigo? —preguntó Jimmy Bradshaw.

—Muy agradecido.

Dio unos pasos hasta la puerta y alargó el abrigo a Jimmy. Al volver al centro de la habitación, Diana Dixon dejó escapar un grito agudo e inesperado. Señalaba a la pechera de Robert Fyfe.

Cruzándole diagonalmente su blancura lucía la cinta rojo vivo de la Legión de

Honor. Sorprendido, Fyfe se miró.

—¡Ah, sí! —dijo—. He venido con el traje de la obra, como ya les he dicho. Esta semana estoy haciendo un papel de embajador francés.

CAPITULO VIII

Los zapatos del colonizador

Durante el breve silencio que siguió, Charlie estuvo considerando gravemente a aquel arrogante actor que, sin saberlo, acababa de hacer la mejor entrada de su carrera. El actor le devolvía la mirada fría y sencillamente. No hablaba nadie, y Fyfe empezó a darse cuenta de que los ojos de los presentes estaban clavados en él. Aunque acostumbrado al escrutinio de las multitudes, se sintió un tanto desconcertado en aquella situación. Se agitaba inquieto y buscaba palabras con que comenzar el discurso.

—¿Qué es lo que le ha pasado a Shelah? He venido tan pronto como me ha sido posible, según he dicho ya. Aunque llevaba muchos años sin verla...

—¿Cuántos años? —preguntó Chan rápidamente.

Fyfe le miró como distraídamente.

—Usted perdone —dijo—, pero es que no me doy cuenta de cuál es su posición de usted aquí.

Con desgaire, Charlie se echó atrás el lado izquierdo de la chaqueta y puso al descubierto la insignia de su profesión. Fue un movimiento digno de la aprobación de cualquier actor... Eficacia, no palabras.

—Estoy encargado del asunto —dijo Chan—. Dice usted que ha sido esposo de Shelah Fane. No la ha visto usted hace muchos años. ¿Cuántos?

Fyfe reflexionó.

—En abril ha hecho nueve años que nos separamos. Estábamos trabajando los dos en Nueva York, *miss Fane* en una revista, «Ziegfield», en el New Amsterdam, y yo en una obra de misterio, en el Astor. Ella llegó a casa una noche y me dijo que le habían hecho una proposición espléndida para hacer una película en Hollywood. Estaba tan emocionada, tan encariñada con la idea, que no tuve valor para oponerme. Una semana después, una noche de abril, la despedida en la estación Grand Central, pensando en cuánto tiempo duraría en ella el amor por mí. No mucho, según resultó. En el curso del año se fue a Reno, me parece que sin gran pesar... por parte de ella. No fue tampoco doloroso para mí, aunque ya lo estaba yo viendo venir desde la noche de la estación. Por algo que me dijo entonces de que era la última vez que la veía.

—Sin duda usted fue por Los Angeles después —indicó Chan—, por los años en

que estaba *miss Fane* en Hollywood.

—¡Oh, sí, desde luego! Pero no nos vimos nunca.

—¿Por casualidad recuerda usted si trabajaba usted en Los Angeles hace tres años, en junio?

Le extrañó a Charlie la expresión que apareció en los ojos del actor. ¿Fue tal vez una mirada de comprensión?

—No —dijo Fyfe firmemente—. No trabajaba allí.

—¿Está usted muy seguro? —comentó Chan.

—Verdad que lo estoy —replicó Fyfe—. Hace tres años estaba yo de excursión con una compañía que no llegó a la costa.

—Es punto que puede comprobarse fácilmente —le recordó el detective hablando despacio.

—En efecto —convino Fyfe—. Vaya y compruébelo.

—¿De modo que usted afirma —continuó Chan— que no ha visto a Shelah Fane desde que la dejó en aquella estación de Nueva York, hace nueve años?

—Lo afirmo.

—¿No la ha visto usted en Honolulu hoy?

—No.

—¿O esta noche?

Una pausa.

—No.

Entró Julia.

—Ya está dispuesto el café —anunció—. Hagan el favor de pasar al comedor.

—Me apresuro a seguir esa indicación —dijo Chan.

Desfilaron perezosamente, asegurándose unos a otros que no podrían probar bocado, que la idea misma les repugnaba; pero que quizá una taza de café... Sus voces se esfumaron detrás de las cortinas. De los invitados, sólo se quedó atrás el adivino.

—Haga el favor de ir, *Mr. Tarneverro* —dijo Chan—. Un ligero estimulante incrementará la acción de ese poderoso cerebro en que confío tan descansadamente.

Tarneverro se inclinó.

—Sólo un momento —dijo. Y salió de la habitación.

Charlie se volvió a Kashimo.

—En cuanto a usted, le indico que salga a la galería, se siente en una silla y reflexione acerca de sus pecados. Cuando hace un momento apareció usted como una tromba, esparció usted a los cuatro vientos una prueba preciosa.

—Lo siento mucho —susurró Kashimo.

—Haga el favor de sentirlo en la galería —le recomendó Charlie; y apremiándole para que saliera, cerró la puerta detrás de él. Luego se dirigió a Robert Fyfe—: Celebro mucho haberme quedado solo con usted —empezó—, aunque tal vez usted no lo haya sospechado es la figura más interesante que ha asomado en este asunto.

—¿De veras?

El actor se dejó caer en una butaca; notable figura con su traje de embajador. Sus maneras eran tranquilas, imperturbables, y en apariencia su actitud era de sinceridad absoluta.

—Interesantísima, sí, señor —siguió Chan—. Le miro a usted y me pregunto a mí mismo: ¿por qué me estará mintiendo?

Fyfe se levantó a medias de su asiento.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

Chan se encogió de hombros.

—Señor mío, ¿a qué viene todo eso? Cuando va usted a pabellones de jardín para visitar esposas, hace mal en llevar ondeando sobre el pecho el distintivo de una cinta roja. Puede confundirla una joven excitada con... sangre. Como en realidad ha ocurrido.

—¡Oh! —exclamó Fyfe descorazonado—. Ya comprendo.

—Diga usted la verdad, aunque sea para variar —siguió Chan amablemente.

El actor se quedó unos momentos quieto con la cabeza entre las manos. Luego levantó los ojos.

—Con mucho gusto —contestó—. Aunque la verdad es un poco... extraña. Yo no había visto a Shelah Fane desde la noche de la estación... hasta esta noche. Esta mañana supe que estaba en la ciudad. Fue sorprendente la impresión que me causó la noticia. Usted no conocía a *Miss Fane*, míster... míster...

—Inspector Chan —le informó Charlie—. No, no tenía ese gusto.

—Y que lo era en realidad conocerla —dijo Fyfe con una leve sonrisa—. Era una chica notable, inflamada de vida. Yo estuve muy enamorado de ella, y nunca se me pasó del todo. Después de separarme de Shelah, ninguna mujer ha supuesto tanto para mí. No pude retenerla a mi lado... No la culpo por ello... Ningún hombre hubiera podido retenerla mucho. Necesitaba la novedad, la emoción. Pues, como le digo, me enteré esta mañana de que estaba en la ciudad, y la noticia me impresionó... Fue como si oyera de nuevo su voz después de nueve años de silencio. Le envié flores, con mi billete... «Amor de uno a quien has olvidado.» Apenas habían llegado mis flores a su casa cuando me llamó por teléfono. Me cazó en el teatro, ya vestido, dispuesto a salir. Me dijo: «Bob, tienes que venir inmediatamente. Tienes que venir. Tengo muchas ganas de verte. Te espero.»

Miró a Chan y se encogió de hombros.

—Si hubiera sido otra mujer, yo le hubiera contestado: «Después de la función.» Pero esta no es contestación que pudiera dársele a Shelah. «Voy», era la respuesta posible cuando Shelah hablaba.

Quizás fue una idea insensata, pero posible. Yo había llegado al teatro temprano y me faltaban cuarenta y cinco minutos para salir. Tenía un coche, y dándome prisa podía llegar aquí en quince minutos y volver en otros tantos. Así que a las siete y media me metí en mi cuarto, que está en el piso bajo del edificio, cerré la puerta por

dentro, y por una ventana salté a la bocacalle que pasa por el costado del teatro.

Shelah me había hablado del pabellón, me había dicho que daba una cena en su casa, pero que yo necesitaba que me vieran sus invitados. Ya comprenderá usted, pintado y todo. Además, quería verme a solas. Llegué aquí serían las siete cuarenta y cinco. Shelah me salió al encuentro en el jardín y entramos en el pabellón. Me miraba de una manera extraña, hasta el punto de hacerme pensar si le importaría yo algo todavía. Me sorprendió lo cambiada que la encontré. Cuando yo la conocí era fresca, encantadora y tan alegre... Hollywood la había cambiado mucho. Claro que el tiempo no pasa en balde por nadie. Gastamos el tiempo en recuerdos, en revivir el pasado; parecía que el recordar la hacía feliz. Yo estaba violento por la hora; no hacía más que mirar al reloj. Por último, le dije que tenía que irme.

Se quedó callado.

—¿Y luego? —dijo Chan de pronto.

—Fue una cosa muy extraña —continuó Fyfe—. Por teléfono, y más aún cuando la vi, recibí la impresión de que necesitaba mi consejo para no sé qué asunto de urgencia terrible. Pero cuando le dije que me iba no hizo más que quedarse mirándome con un aire lastimero. Me dijo: «Bob, ¿verdad que todavía me quieres un poco?» Estaba muy cerca de mí y yo la tomé en mis brazos. «Te adoro», le grité, y... Pero no es cosa de entrar en estos detalles. Fue un momento que ya no podrá arrebatarle nadie. Volvieron recuerdos del pasado feliz; yo estaba descuartizado entre el amor a Shelah, que me retenía, y el condenado reloj, cuyo *tic-tac* me sonaba en la cabeza. Le dije atropelladamente que volvería después de la función, que nos veríamos a diario mientras durara su permanencia aquí, que iríamos a nadar juntos... Me entusiasmé con la idea de poder atraerla a mí otra vez... Quizás hubiera podido; pero ahora, ahora...

La voz se le hizo opaca.

—¡Pobre Shelah! ¡Pobre hija mía!

Chan movió la cabeza gravemente.

—Ya se ha dicho que los que viven brillantemente atraen la atención de los hados.

—Y me parece que nadie más brillantemente que Shelah —añadió Fyfe, después de lo cual dirigió a Charlie una penetrante mirada—. Atienda, inspector: no es posible que me deje usted así. Tiene usted que averiguar quién ha cometido ese crimen horrible.

—Tal es mi objeto —le aseguró Chan—. ¿Y usted se marchó en seguida?

—Sí; la dejé allí, en pie, sonriente, viva y sana. Sonriente y llorando al mismo tiempo. Salí del pabellón de un salto...

—¿Qué hora era?

—Lo sé con toda seguridad: eran las ocho y cuatro minutos. Atravesé corriendo el paseo, busqué mi coche, que lo había dejado delante de la casa, y volví a la ciudad a toda la velocidad posible. Cuando me metí de nuevo por la ventana de mi cuarto estaban llamando como locos a mi puerta. Abrí, dije que había tenido que salir un

momento y me fui a escena. El director estaba entre bastidores. Había llegado con cinco minutos de retraso; el director me mostró su reloj: las ocho y veinte. Pero la cosa no tenía mayor importancia. Salí y representé mi papel, y acababa de salir del primer acto cuando un joven me telefoneó la terrible noticia.

Se puso en pie.

—Ahí tiene todo lo que puedo contarle, inspector Chan. Puede que el haber venido aquí esta noche tenga alguna complicación para mí; pero no siento haberlo hecho. Vi a Shelah de nuevo, la tuve en mis brazos... y por este privilegio estoy dispuesto a pagar el precio que usted me ponga. ¿Desea usted preguntarme algo más?

Chan movió negativamente la cabeza.

—Por ahora no. Le suplico que se quede aquí durante algún tiempo. Pueden surgir más tarde otros aspectos.

—Desde luego —asintió Fyfe.

Sonó el timbre y fue a abrir el mismo Charlie. Penetrando la oscuridad con los ojos percibió un hombre corpulento, moreno, vestido con el uniforme kaki de la policía de Honolulu.

—¡Hola, Spencer! —dijo—. Me alegro mucho de que venga usted.

El oficial entró en el *hall*, arrastrando tras de sí una figura que en cualquier sitio que no fueran los trópicos hubiera sido completamente increíble.

—Le he echado la mano a este en Kalakaua Avenue —explicó el policía—. Pensé que tal vez le interesara a usted verlo. Se ha hecho un poco de lío para explicar qué es lo que ha estado haciendo esta noche.

El hombre a quien venía refiriéndose se sacudió la garra del oficial y avanzó un paso hacia Charlie.

—Creo que no habremos llegado tarde a cenar —dijo. Miró unos momentos a un lado y otro del *hall*, y luego, como empujado por un súbito recuerdo, se quitó de la cabeza un flexible de paja muy maltratado. Añadió—: La verdad que mi chófer es un idiota. Ha equivocado el camino.

Sus maneras resultaban alegres y desembarazadas, lo que era no pequeño triunfo si se consideraba su indumento. Aparte del sombrero, que ahora tenía empuñado en una mano fina y pecosa, el indumento consistía en unos pantalones de dril blanco que ostentaban toda clase de manchas, una indigna chaqueta de terciopelo, que en otro tiempo había sido de color borgoña, y los restos de un par de zapatos, a través de cuyos agujeros asomaba lo blanco de sus pies desnudos.



Sus maneras resultaban alegres y desembarazadas.

El zumbido de la conversación en el comedor se había extinguido y los reunidos en la pieza parecían estar escuchando. Charlie abrió de repente las cortinas de la sala.

—Pasen ustedes —dijo.

Pasaron y encontraron a Fyfe esperando solo. Por un momento el hombre de la chaqueta de terciopelo se quedó mirando al actor, y bajo la barba tachonada de rojo, que no tenía noticia de las tijeras del peluquero desde hacía un mes, se le dibujó una leve sonrisa.

—Vamos a ver —dijo Chan—: ¿Quién es usted? ¿Dónde vive usted?

El hombre se encogió de hombros.

—El nombre —contestó— pudiera ser Smith.

—También pudiera ser Jones —indicó Chan.

—Es cuestión de gustos. Yo, personalmente, prefiero Smith.

—Y vive usted...

Mr. Smith dudó.

—Para decirlo con toda crudeza, oficial, me parece que en la playa.

Charlie sonrió.

—¡Hola! Ya veo que mantiene usted la noble tradición. ¿Cómo no había de tener Waikiki su *beach comber*^[7]?

Se acercó a la ventana que daba a la galería y llamó a Kashimo. Le ordenó:

—Haga el favor de registrar a este caballero.

—Con mucho gusto —asintió—. Y si encuentra usted algo que se parezca al dinero, dígamelo inmediatamente, por amor de Dios.

El registro que hizo Kashimo descubrió bien poca cosa: un trozo de cuerda, un peine, una navajilla oxidada y un objeto que a primera vista parecía una moneda, pero que luego resultó una medalla. Charlie cogió esto último y lo miró atentamente.

«Medalla de bronce. Tercer premio. Paisajes al óleo. Academia de Bellas Artes de

Pensilvania.» Esto fue lo que leyó en la medalla. Miró interrogativamente a Smith.

El colonizador se encogió de hombros.

—Sí —dijo—. Ya veo que no tengo más remedio que confesárselo a usted. Soy pintor. No gran cosa, ya ve usted; tercer premio nada más. La primera medalla era de oro; me hubiera venido muy a tiempo, caso de haberla ganado; pero no la gané.

Se acercó un poco más:

—¿Será mucho preguntar el por qué de esta arbitraria intromisión en mis asuntos? ¿Es que no puede un caballero ir a sus asuntos en esta ciudad sin que le eche la garra un policía gordo y le registre un flaco?

—Lamentamos mucho tener que importunarle a usted, *Mr. Smith* —le contestó Charlie cortésmente—. Pero dígame: ¿Ha estado usted en la playa esta noche?

—No. He estado en la ciudad. Me dediqué al descanso por razones que no es necesario exponer ahora. Iba yo por la Kalakaua cuando este poli...

—¿Dónde ha estado usted en la ciudad?

—En Aala Park.

—¿Ha hablado usted allí con alguien?

—Sí. La compañía no era selecta, pero yo hice que lo fuese.

—¿De manera que esta noche no ha estado usted en la playa? —dijo Chan mirándole fijamente a los zapatos—. Kashimo, hágame el favor de escoltar con Spencer a este caballero hasta el lugar sito debajo de la ventana en que usted descubrió huellas y hagamos un detenido cotejo.

—Ya sé —gritó vivamente el japonés. Y salió con el otro policía y el colonizador. Chan se volvió a Fyfe.

—¡Ardua tarea! —comentó—. Pero el hombre sin trabajo se convierte en... en un *Mr. Smith*. Pero ¿no quiere usted tomar asiento? Con toda comodidad.

Volvieron los demás del comedor y también les ofreció Charlie asiento, que la mayor parte aceptaron de no buena gana. Alan miró su reloj. Las once. Buscó la mirada de Chan. Pero el detective miró inocentemente hacia otro lado.

Tarneverro se acercó a Charlie.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó en voz baja.

—Las diligencias extienden su dominio —contestó Chan.

—Preferiría que lo redujeran —replicó el adivino.

Los dos policías y el colonizador aparecieron en la galería otra vez. Spencer había vuelto a agarrar firmemente al último.

—Exactamente, Charlie —dijo el hombre uniformado—. Las huellas que hay bajo la ventana no pueden haber sido hechas sino por un solo par de zapatos en todo Honolulu.

Y apuntando al calzado desvencijado del colonizador añadió:

—Esos zapatos.

Smith se miró los pies y sonrió con sonrisa expresiva.

—La verdad es que son unos zapatos raros —dijo—. Pero ya saben ustedes que

en Hawai no se hace aprecio del arte. Fíjense ustedes en los cuadros que compran para colgarlos en los salones... en las olas de madera que ponen en el lienzo los Rembrandts locales... Yo seré tal vez un pintor de tercera fila, pero yo no me pongo a hacer cosas así. Ni aun por unos zapatos nuevos...

—Venga usted acá —le cortó tajante Charlie—. Está usted mintiéndome.

Smith se encogió de hombros.

—Plantea usted las cosas con demasiada aspereza para un hombre de su raza, oficial. Quizá yo descompongo ligeramente la situación teniendo en cuenta el interés de...

—¿El interés de quién?

—El interés de Smith. Me parece observar que aquí pasa algo extraño, y, la verdad, prefiero salirme...

—Pues por ahora está usted dentro. Dígame: ¿Ha estado usted en la playa de esta casa esta noche?

—No. Puedo jurárselo a usted. La verdad es que durante unos minutos he estado al pie de la ventana.

—¿Y qué hacía usted allí?

—Proyectando hacer de la arena que está al abrigo del pabellón mi alojamiento para esta noche. Es uno de mis sitios favoritos...

—Vamos atrás otra vez —le cortó Chan—. Y ahora diga la verdad.

—No he venido a la playa por tres días con sus noches —le dijo el hombre—. Obtuve algún dinero y me he quedado en la ciudad. Cuando estuve aquí la última vez, la casa estaba deshabitada. Hoy se me ha acabado el dinero... Estoy esperando un cheque, que no ha llegado...

Hizo una pausa.

—¡Qué mal servicio hay aquí! —añadió—. ¡Si pudiera marcharme al continente...!

—Se le había acabado a usted el dinero —le interrumpió Chan.

—Eso es; así que me vi obligado a volver a mi antiguo lecho bajo las palmeras. Salí de la ciudad y me vine a la playa...

—¿A qué hora?

—Señor mío, me pone usted en gran perplejidad. Si se da usted una vuelta por el Hotel Street verá mi reloj colgado en cierto escaparate. Yo voy muchas veces a mirarlo.

—No importa. Usted vino a la playa...

—En efecto. Ya sabe usted que esta de aquí al lado es pública. Pertenece a todo el mundo. Me sorprendió ver luz en el pabellón. Pensé que habría alquilado alguien la casa. La cortina de la ventana estaba echada, pero ondeaba al viento. Oí hablar dentro... a un hombre y una mujer... Como que ya dudé si sería aquél buen sitio para dormir.

Hizo una pausa. Charlie tenía los ojos clavados en Robert Fyfe. El actor avanzaba

el cuerpo mirando al colonizador con fiera intensidad y apretando los puños hasta ponérsele blancos los nudillos.

—Estando yo allí, el viento levantó la cortina y pude ver perfectamente al hombre.

—Bien —dijo Charlie—. ¿Qué hombre?

—¡Toma! ¡El hombre que estaba allí! —dijo Smith, y señaló a Fyfe. El individuo de la cinta roja en la pechera—. Yo ya había visto una de esas bandas cuando estaba estudiando en el Julien, de París, y el embajador me invitó a comer. Como ustedes lo oyen. Era paisano, antiguo amigo de mi padre...

—Dejemos eso —le atajó Charlie—. Estaba usted allí, mirando a través de la cortina...

—¿Qué dice usted? —exclamó el colonizador—. Haga el favor de no juzgar a un hombre por la ropa que lleva. Yo no estaba espiando. Si, como ocurrió, vi quién había dentro, fue inevitable. Los dos hablaban fuerte, el hombre y la mujer...

—Muy bien. ¿Por casualidad (también inevitablemente, desde luego) oyó usted lo que decían?

Smith dudó.

—Bien; la verdad es que sí lo oí. Oí que ella le decía a él...

Dando un grito ahogado avanzó de un salto Robert Fyfe. Apartó de un empujón al colonizador y se plantó delante de Charlie. Estaba mortalmente pálido, pero su mirada era resuelta.

—Acabemos ya —dijo resueltamente—. Voy a poner punto a la investigación de usted en este mismo instante y lugar. Yo he matado a Shelah Fane y estoy dispuesto a sufrir el castigo.

Un silencio de sorpresa acogió estas palabras. Tranquilo, sereno, inmóvil como una estatua, Chan miró fijamente a la cara al hombre.

—¿Usted mató a Shelah Fane?

—Yo.

—¿Por qué motivo?

—Quería que volviera a reunirse conmigo. No podía vivir sin ella. Rogué y supliqué, y ella no quiso escucharme. Se rió de mí, dijo que no era posible. Ella tuvo la culpa... La maté. No pude contenerme.

—¿La mató usted? ¿Con qué?

—Con un cuchillo que llevaba por exigencia de la obra.

—¿Dónde está?

—Lo tiré a un pantano conforme volvía a la ciudad.

—¿Puede usted llevarme al sitio en que lo tirara?

—Intentaré.

Chan se volvió. Alan Jaynes se había puesto en pie y gritó:

—Las once y diez. Todavía alcanzo el barco si me doy prisa, inspector. Supongo que ya no seguirá usted reteniéndome.

—Claro que sigo reteniéndole —contestó Charlie—. Spencer, si intenta dar un paso este hombre, deténgalo.

—¿Está usted loco? —exclamó Jaynes—. Ya hay uno que confiesa y...

—A propósito de eso —dijo Charlie—, haga el favor de esperar un momento. Se volvió a Fyfe, que estaba en pie al lado suyo.

—Usted salió del pabellón a las ocho y cuatro minutos, ¿no es así, *Mr. Fyfe*?

—Así es.

—¿Había usted matado ya a *Miss Fane*?

—Ya la había matado.

—Se marchó usted al teatro y estaba entre bastidores a las ocho y veinte, ¿no?

—Sí, como ya se lo he dicho a usted.

—¿El director podría jurar que estaba usted a las ocho y veinte?

—Desde luego.

Chan le miró fijamente.

—Pues a las ocho y veinte —dijo— *Shelah Fane* estaba viva todavía.

—¿Qué dice usted? —exclamó *Tarneverro*.

—Perdón; estoy hablando con este otro caballero. A las ocho y veinte, *Mr. Fyfe*, *Shelah Fane* estaba todavía viva y sana. ¿Cómo se explica usted esto?

Fyfe se desplomó en una silla y se cubrió la cara con las manos.

—No le comprendo a usted —dijo Charlie amablemente—. Quiere usted hacerme creer que ha sido quien ha matado a *Shelah Fane*. Y, sin embargo, de todas las personas que hay en esta habitación es usted la única que está a salvo de toda sospecha, de toda posibilidad.

CAPITULO IX

Diez y ocho minutos importantes

No hablaba nadie. Fuera lo que Jimmy Bradshaw había llamado la sedeña marea, rompía una vez más contra los corales. Dentro de la habitación, aunque tanta gente había, no se oía otra cosa que el *tic-tac* de un pequeño reloj que había sobre la chimenea; chimenea bajo la cual rara vez se encendía fuego. Con gesto de desesperación, Alan Jaynes se acercó a una mesa y encendiendo una cerilla la aplicó a uno de sus cigarrillos cortos. Charlie dio un paso y puso la mano a Fyfe en el hombro.

—¿Por qué se confiesa usted culpable de un hecho que no ha cometido? —preguntó—. He aquí un punto que deseo ardientemente conocer.

El actor no contestó, ni aun siquiera levantó los ojos. Charlie, volviéndose, quedó cara a Tarneverro.

—¿De modo que a Shelah Fane la vieron viva a las ocho y doce minutos? —preguntó el adivino amablemente—. ¿Tendría usted la bondad de decirme cuánto rato hace que sabe usted esto?

Charlie sonrió.

—Si entendiera usted el chino —repuso— no me sería necesario dilucidárselo.

Se acercó a la puerta y llamó a Jessop, y cuando apareció el mayordomo, Charlie dijo que le enviara inmediatamente a Wu Kno-Ching.

—Lo que voy a hacer es en exclusivo provecho suyo, *Mr.* Tarneverro —añadió.

—Es usted atentísimo, inspector —contestó el adivino.

Se deslizó el viejo chino en la habitación; hallábase indudablemente malhumorado. Su cena, tan cuidadosamente preparada, había sido arruinada por los acontecimientos de aquella trágica noche, y él no parecía muy dispuesto a aceptar la filosofía del paciente Confucio.

Chan le habló otra vez en cantonés breves palabras y luego se dirigió a Tarneverro.

—Le digo que repita lo que me ha referido en su lengua madre al interrogarle yo en esta misma estancia hace breve rato —explicó—. Vamos a ver, Wu, de manera que usted andaba por la cocina con Jessop y Ana cuando el reloj anunció con su voz la hora de las ocho. Usted desesperábase a causa de que la cena, por las apariencias, se hubiera convertido en fiesta movible, y también porque el *bootlegger* recomendado

por usted no se presentaba y le hacía a usted perder crédito. ¿Es hasta ahora correcta mi explicación?

—El *bootlegger* muy talde —asintió Wu.

—Pero diez minutos después de la hora el errabundo amigo de usted hizo su anhelante aparición con los tan ardientemente deseados líquidos. Mientras Jessop comenzó la tarea de hacer potable aquel veneno, usted salió en busca de su ama.

Chan dirigió una mirada al adivino y añadió:

—Wu es el tipo de servidor poco serio que lo husmea todo con atrevida mirada. Característica de la raza.

Continuó dirigiendo la palabra al chino.

—Descubrió usted a *Miss Shelah Fane* sola en el pabellón, y usted, para vindicar su honor, le anunció que su amigo el *bootlegger* había llegado por fin. ¿Qué dijo la señora?

—La señola miló el leloj y dijo que las ocho doce minutos ela talde pala llegar *bootlegger*. Yo dije: «cena mucho tiempo en mesa». Yo dije que cocinelo no tenía culpa si cena mala.

—Eso es. Y ella le mandó a usted que no la molestara con sus impertinencias. Usted entonces se volvió a la cocina. Esto fue lo que usted me dijo, ¿no?



Esto fue lo que usted me dijo, ¿no?

—Sí, mi amo.

—Será la verdad, ¿no?

—Sí, mi amo. ¿Pala que yo mentil?

—Muy bien, puede usted retirarse.

—Sí, mi amo.

Al mismo tiempo que el viejo se iba silenciosamente con sus zapatillas de terciopelo, Charlie se volvió a buscar la penetrante mirada de Tarneverro.

—Muy interesante todo esto —dijo fríamente el adivino—. Ya me doy cuenta de que cuando yo le indiqué lo del reloj gasté saliva en balde. Usted sabía ya que Shelah Fane no había sido asesinada a las ocho y dos minutos.

Charlie puso una mano conciliadora en el brazo de Tarneverro.

—Sírvase no ofenderse. Verdad que yo sabía que habían visto a *miss* Fane después de esa hora; pero estaba incierto respecto del modo en que el reloj hubiera sido manipulado. Escuché, primero curioso y luego fascinado, la lógica explicación de usted. ¿Podía, en realidad, una vez que hubo terminado, decir rudamente que no merecía la pena? Un caballero es siempre cortés. Además, dedicándole merecidísimas palabras de elogio, usted seguiría adelante con ánimo vigoroso y triunfador.

—¿Cree usted? —dijo Tarneverro retirándose.

Charlie se acercó al colonizador.

—Vamos, *Mr. Smith* —dijo.

—A sus órdenes, oficial —contestó Smith—. Me temí que se hubiera usted olvidado de mí. ¿En qué puedo servirle?

—Hace un momento había usted empezado un interesante relato de la conversación que medio oyó entre este caballero de la pechera cruzada por la banda roja y la dama con quien se vio en el pabellón esta noche. En el punto crítico sufrió usted una violenta interrupción. Sería para mí un vivo placer que volviera de nuevo sobre el asunto.

Fyfe se puso en pie y miró duramente a aquel desventurado de la chaqueta de terciopelo. Smith le miró a él a su vez y en sus ojos gris claro brilló una mirada de agudeza y comprensión.

—En efecto —dijo lentamente—, me interrumpieron; pero ya estoy acostumbrado. Pues sí, iba a decirle a usted lo que les oí hablar. Pero no veo que ya haya necesidad ninguna de seguir adelante. No tengo nada que añadir a lo que este caballero le ha dicho a usted.

Fyfe dio media vuelta y *mr. Smith* continuó:

—Él le rogaba a ella que volviera a su lado; le decía que la amaba y todas esas cosas. Y ella no quería escucharle. Crea usted que le tuve lástima... Yo también me he visto en esa situación. Oí que ella decía: «Pero Bob, ¿a qué viene esto?» El siguió insistiendo. Miraba el reloj con mucha frecuencia. «No puedo esperar más —dijo por último—. Tengo que marcharme. Arreglaremos el asunto más tarde.» Oí el portazo...

—Y la señora quedó sola en el cuarto viva y sana. ¿Está usted bien seguro de

ello?

—Sí. El viento seguía moviendo la cortina, y yo vi a la señora después que él se hubo marchado. Estaba allí sola, paseando de un lado a otro.

Con un enigmático fruncir de cejas, Charlie miró a Robert Fyfe.

—¿No está usted contento por lo visto con una exculpación por ausencia del lugar? Ya tiene usted otra. No le comprendo a usted, míster Fyfe.

El actor se encogió de hombros.

—Me cuesta a mí trabajo entenderme a mí mismo, inspector. Quizá sea cosa de temperamento. Los actores nos inclinamos siempre a lo dramático.

—¿Entonces retira usted su confesión?

—¿Y qué he de hacer?

A Chan no se le fue la mirada que se cruzó entre el impecable actor y el destrozado colonizador.

—La han retirado los demás por mí —dijo Fyfe—. Es verdad que no maté a Shelah; pero pensé que sería mejor si...

—¿Si qué?

—Nada.

—Pensó usted que sería mejor si mi investigación no pasaba más adelante.

—¡Oh! Nada de eso.

—En la conversación con la que fue su esposa se dijo algo que usted temía que este hombre hubiera oído. Algo que usted quiere suprimir.

—Tiene usted una imaginación muy aguda, inspector.

—Y también tengo costumbre de descubrir hechos que algunas personas quieren ocultar. Su táctica hasta este momento ha sido fructífera; pero todavía no hemos terminado el uno con el otro, *mr.* Fyfe.

—Yo estoy siempre a su disposición, *sir*.

—Agradecidísimo, pero confío en que la próxima vez que haya de aprovecharme de sus servicios será de más valor para mi humilde personalidad.

Miró Chan a Smith y continuó:

—En cuanto a usted, por más que me produzca desolación verdadera tener que hacerle observación tan ruda, creo que ha mezclado usted con su verdad considerable dosis de mentira.

El colonizador dijo:

—Veo que sigue usted juzgando a los hombres por sus ropas.

—No por sus ropas, que guardan silencio, sino por su lengua, que habla —le dijo Charlie—. *Mr.* Spencer, tenga la amabilidad de llevar a este hombre al puesto de policía y que obtenga de él las huellas dactilares.

—Tanta amabilidad —dijo Smith—. Confío en que no acabarán desvaneciéndome.

—Después de lo cual —continuó Chan— puede usted soltarle... por ahora.

—Muy bien, Charlie —dijo Spencer.

—Otra cosa. Haga el favor de esperar un instante a que le presente a todas las personas congregadas en esta pieza.

Gravemente se entregó a esta ceremonia, y añadió luego:

—Ha visto usted también al mayordomo y al cocinero. Existe también una doncella en quien le ruego que pare mientes conforme sale. Desde el puesto de Policía partirá usted sin demora al muelle número 7, del cual debe salir el vapor *Oceanic* para la costa a las doce de la noche. Ninguna persona de las que ha visto usted en esta casa podrá salir esta noche en ese barco, ¿me ha comprendido?

—Comprendido, Charlie. Lo cumpliré —asintió Spencer.

Jaynes se adelantó:

—Me interesa recordarle a usted que mi equipaje está a bordo de ese vapor.

Charlie recibió la observación amablemente.

—Qué fortuna que se le haya a usted ocurrido plantear este asunto. *Mr. Spencer*: tenga la amabilidad de hacer que todos los efectos pertenecientes a este caballero que se encuentran en la cámara de equipajes queden depositados en tierra a la custodia de usted. Arrégleselas de modo que estén inmediatamente a la disposición del caballero en el muelle de San Francisco. Explique cómo queda detenido aquí por asuntos importantes que le obligarán a permanecer en Honolulu algún tiempo. ¿Queda usted contento, *mr. Jaynes*?

—Contento como para ahorcarme —gruñó el inglés—. Pero procuraré llevarlo del mejor modo posible.

—Es lo mejor que puede hacer —confirmó Charlie—. Kashimo, usted acompañe a *míster Spencer* a la ciudad. Sus apasionados trabajos en esta casa han terminado por esta noche. Retírese usted cubierto de gloria... Y si vuelve usted a entrar por una ventana inesperadamente se retirará usted para siempre. Guárdelo en la memoria.

El aprendiz de detective asintió con la cabeza y salió detrás de Spencer y del colonizador. Robert Fyfe dio un paso al frente.

—¿Soy yo aquí todavía necesario para algo? —preguntó.

Charlie le contestó reflexivamente.

—Creo que no. Puede usted retirarse. Ya hablaremos usted y yo cuando yo tenga más tiempo.

—Cuando usted quiera, inspector.

Fyfe se acercó a la cortina y la corrió.

—Me alojo en el hotel Waioli, en Fort Street —añadió—. Puede usted ir a cualquier hora que le convenga. Buenas noches.

Salió al *hall*, de donde llegaba la voz de Spencer, que hablaba con la doncella. Salió, sonó la puerta al cerrarse y un segundo después partían también los dos policías y Smith.

Charlie se quedó mirando al fatigado grupo que había en la sala.

—Acepten mi consejo y no se desanimen —dijo—. Demos a *mr. Spencer* generoso hándicap en su viaje al muelle, y después tendré inmensa alegría en poner a

ustedes en libertad por fin. Mientras pasa el tiempo examinemos un par de cuestiones. Desde que por primera vez hablé con ustedes hasta el presente instante, ha sido necesario alterar los puntos de vista. Antes, la hora de la tragedia tenía por cierto, que era de las ocho y dos minutos. Ahora debemos comparecer y decir que el tenebroso acontecimiento ocurrió entre las ocho y doce minutos y las ocho y treinta minutos. He aquí diez y ocho minutos importantes. Cada uno de nosotros debe preguntarse a sí mismo: «¿Qué he hecho yo durante esos diez y ocho minutos?».

Hizo una pausa. Le brillaban los ojos y su actitud era completamente viva y animada... para él. Los chinos, de noche, están en su elemento; es su hora favorita; pero mientras él estaba en todo su vigor hallábanse los demás exhaustos y decaídos, y la pintura de las damas, corrida, realizaba agradablemente la palidez del cansancio.

—Diez y ocho minutos importantes —repitió Chan—. *Miss Dixon*, *Miss Julia* y *Mr. Bradshaw* retozaban alegremente entre las olas, y de vez en cuando hacían una visita a la playa. En dicha playa hallábase sentada *Miss Ballou* y ociosamente mataba el tiempo hasta la hora de la comida. En los últimos diez de esos minutos, *Mr. Ballou* vagaba nadie sabe por dónde.

—Yo sé por dónde —cortó *Ballou*—. Me metí en este cuarto, como el mayordomo puede acreditar. Estuve dando por aquí unos paseos y fumando un cigarrillo que él me dio.

—¿Se estuvo él con usted todo el tiempo que tardó en fumárselo?

—No. Me lo encendió y se marchó. Cuando volvió yo estaba sentado en la misma silla.

—¿Quiere usted que tome nota de eso? —preguntó *Charlie* sonriente.

—Me es lo mismo que tome usted nota que no.

Charlie sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la frente. La noche tropical empezaba a salir por su crédito.

—Me dirijo ahora a los cuatro caballeros cuyas exculpaciones se han venido por tierra tan estrepitosamente. Sé dónde estaban a las ocho y dos minutos. Pero después...

—Hablaré yo primero —dijo *Tarneverro*—. Usted me vio unirme en el *hall* del hotel a aquellas dos personas, antiguos amigos míos de Australia. Allí nos estuvimos unos minutos después de marcharse usted, y luego indiqué que podíamos salir a la galería que da frente a las palmeras. Así lo hicimos, y allí estuvimos sentados charlando un rato. Cuando miré el reloj eran justamente las ocho y media. Dije que, dada la hora que era, no tenía más remedio que retirarme. Entramos todos. Yo subí a coger mi sombrero, y cuando volví al *hall* lo encontré a usted junto a la puerta.

Charlie le miraba con mirada escudriñadora.

—Sus antiguos amigos no tendrán inconveniente en jurar todo eso, ¿verdad?

—No sé por qué han de tenerlo. Saben que es cierto.

Chan sonrió.

—Le felicito a usted, *Mr. Tarneverro*.

—Yo también me felicito, inspector... Recuerde usted en que le dije que me quedaba otro reducto en que refugiarme.

—*Mr. Jaynes* —dijo Chan volviéndose al inglés.

Jaynes se encogió de hombros con desesperanza.

—Yo no tengo prueba ninguna a mi favor —dijo—. Durante esos diez y ocho minutos he estado vagando por la playa, solo. Juzgue usted de ello lo que quiera. Yo no vine aquí.

—*Mr. Van Horn*, ¿usted sí vino? —dijo Charlie dirigiéndose al actor de película.

—Sí, por mi mala sombra —contestó Van Horn—. Es la primera vez en toda una larga y honrosa carrera que llego a una fiesta antes de la hora marcada. Me servirá de lección, yo se lo aseguro a usted.

—Creo que eran las ocho y quince cuando le recibió Jessop, ¿no?

—Esa hora sería, sí. Me dijo que los invitados se habían ido a la playa. Yo salí al jardín. Vi una luz en una casa y Jessop me dijo que era una vivienda de verano, y a ella pensé ir. Ojalá hubiera ido, pero oí voces en el mar y me fui allá. Estuve sentado con Rita Ballou... Pero ya lo sabe usted todo.

Chan asintió.

—No queda más que uno. *Mr. Martino*...

El director frunció el entrecejo.

—Lo mismo que Huntley y *Mr. Jaynes* —dijo—; yo no tengo ninguna prueba a mi favor que merezca la pena. Usted me reventó como a ellos cuando eliminó la hipótesis de las ocho y dos minutos.

Sacó un pañuelo de uno de los bolsillos laterales y se enjugó la frente. Siguió:

—Después que Jaynes se separó de mí y se fue a la playa, me senté en uno de los columpios del hotel, cerca del agua. Debí ocuparme en pensar una buena prueba a mi favor, sin duda; pero yo no soy tan inteligente como Tarneverro.

Dirigió al adivino una mirada hostil, y siguió:

Allí me estuve sentado solo. Me gustaba el paisaje. Me gustaría llevarlo a una película. El cielo purpúreo estrellado, las luces amarillas a lo largo de la costa, la masa negra de la Cabeza del Diamante. Una película en color... Así las tendremos que hacer dentro de poco. Me divertía en imaginar un argumento. De los autores no puede uno fiarse para nada. Miré el reloj. Eran las ocho y veinticinco y subí a mi cuarto a cepillarme y coger el sombrero. Al llegar aquí me los encontré a usted y a Tarneverro, y me enteré de la noticia del asesinato de *Miss Fane*.

Charlie se quedó mirando reflexivamente al director. De pronto Tarneverro dio un paso hacia adelante, apartándole a un lado.

—Martino, tiene usted en la frente un arañazo —gritó el adivino.

Sorprendido el director, se llevó la mano a la ceja, y al retirarla se vio en un dedo una mancha roja.

—¡Caramba! —exclamó— ¡Qué raro!

—Lo mejor que puede usted hacer es dar al inspector el pañuelo que acaba de

guardarse en el bolsillo.

—¿Qué pañuelo?

Martino sacó el que acababa de pasarse por la frente.

—¿Cómo? ¿Este? —añadió.

—Haga el favor de dejármelo —dijo Charlie. Extendió el cuadrado de seda sobre una mesa y sacó su lupa. Estudió unos momentos el centro del cuadrado y luego pasó los dedos suavemente por él. Levantó la vista.

—¡Qué raro, *Mr. Martino!* —observó—. Entre el tejido de esta tela hay unos trocitos de cristal. ¿Cómo puede usted explicárselo?

Martino se levantó rápido y con grave rostro se inclinó sobre la mesa.

—No puedo explicármelo de ningún modo —dijo—. No puedo explicarme siquiera cómo es que tenía yo ese pañuelo en el bolsillo.

Chan le miró atentamente.

—¿No es de su propiedad? —preguntó.

—Seguro que no —contestó el director—. Yo llevo dos pañuelos en el traje de frac. Uno aquí (e inclinó el bolsillo del pecho, por el que asomaba el pico de un pañuelo) y otro en el bolsillo de atrás (y sacó un segundo). A nada conduciría llevar otro más. Ahora me he llevado la mano al bolsillo, me he tropezado con este y lo he utilizado. Pero ni yo lo he metido ahí ni es mío.

—Una explicación muy verosímil —dijo Tarneverro sonriendo.

—Querido Tarneverro —dijo el director—: cuando lleve usted hechas tantas películas como yo sabrá usted que la verdad parece con frecuencia menos probable que la ficción.

Cogió el cuadrado de seda y se lo alargó a Charlie:

—A propósito, tiene una marca en una esquina.

—Ya lo sé —confirmó Chan. Se estuvo un rato mirando la B pequeñita dibujada con tinta negra en el borde. Miró a Wilkie Ballou. El hacendado le devolvió fijamente la mirada, y sacando un pañuelo del bolsillo se enjugó la frente.

CAPITULO X

«A Shelah, Denny»

Con un encogimiento de sus robustos hombros, Charlie se volvió a Martino. El director tenía la cara aún más roja que de costumbre y resollaba con fuerza.

—¿Quiere usted hacer alguna indicación —preguntó Chan— respecto del momento en que usted cree que ese objeto fue depositado sobre su persona?

Martino pensó.

—Cuando hace un rato salimos todos del comedor —dijo— nos reunimos todos en grupo junto a la puerta. Me parece que entonces sentí como si alguien me rozara en el bolsillo.

—¿Y quién estaba al lado de usted precisamente en ese instante?

—Difícil de decir. Estábamos juntos todos. El asunto es serio y no es cosa de hablar sin seguridad.

Hizo una pausa y miró al adivino.

—Recuerdo que *Mr.* Tarneverro no estaba lejos de mí.

—¿Es una acusación? —preguntó Tarneverro fríamente.

—No exactamente. No estoy seguro...

—¿Le gustaría a usted mucho estar seguro? —sugirió el adivino.

Martino se echó a reír.

—Ha puesto usted el dedo en la llaga, amigo. No tengo gran debilidad por usted, y usted lo sabe. Si hubiera estado en mi mano le hubiera expulsado a usted de Hollywood hace mucho tiempo.

—Y a falta de ello se ha dedicado usted a prevenir secretamente a las mujeres en contra mía.

—¿Qué quiere usted decir con eso de secretamente? Lo he hecho en público, y usted lo sabe. Les he dicho que se aparten de usted...

—¿Por qué?

—Porque no me gusta su modo de mirar, amigo. ¿Qué es lo que dijo usted esta mañana a la pobre Shelah? ¿Qué le dijo ella a usted?

—He ahí una cosa que no estoy dispuesto a tratar con usted. De modo que usted estaba en la playa junto al mar, ¿verdad?

—No se entusiasme usted demasiado con su prueba —le gritó Martino—. ¿Cómo se las ha arreglado usted para tenerla tan a punto? Leyendo el porvenir, ¿verdad?

—Señores, señores —intervino Charlie—. Por este camino no vamos a ninguna parte. Percibo que los nervios están muy excitados y tengo un gran placer en abrir las puertas y poner término a la investigación. Quedan ustedes todos en libertad de retirarse.

Hubo una inmediata desbandada hacia el *hall*. Chan los siguió.

—Solo una palabra —añadió—, por más que me doy cuenta de que ya el zumbido de mi torpe palabra en los oídos de ustedes debe ser un sonido enojoso y cansado. Hagan el favor de recordar que se hallan ustedes en una pequeña isla perdida en la inmensidad del Océano Pacífico. La tentativa de embarcar por parte de cualquiera de ustedes sería conocida inmediatamente de nosotros y considerada con ojos de sospecha. Quédense aquí y gocen las bellezas del lugar, materia acerca de la cual *Mr. Bradshaw* tendrá el gusto de pronunciarles un discurso en cualquier lugar y momento.

—En efecto —asintió el joven—. Deambulen por la playa sombreada de palmeras y olviden sus inquietudes. Lugares en que el invierno está atormentando...

—¿En julio? —preguntó Van Horn.

—Desde luego. En el Polo Sur, por ejemplo. Aparten Hollywood de sus pensamientos. Adviertan que Hawai tiene el clima que California cree que tiene.

Se cerró la puerta detrás de Ballou y su mujer. Van Horn, Martino y Jaynes los siguieron a poco. Bradshaw volvió a la sala donde se habían quedado Julia y Diana, dejando en el *hall* al adivino y a Charlie. Tarneverro cogió el sombrero.

—Inspector —dijo—: le compadezco a usted. Está usted frente a un caso complicadísimo.

—Pero también tengo la ayuda de usted —le recordó Chan—. Este pensamiento me consuela.

Tarneverro movió la cabeza negativamente.

—Me parece que exagera usted mi utilidad. Pero sea lo que fuere, está por completo a la disposición de usted. ¿Cuándo nos vemos?

—Yo iré a verle a usted mañana —contestó Chan—. Charlaremos largo. Puede ser que pensando los dos sobre el asunto durante la noche tengamos nuevas ideas que exponernos.

—Haré lo posible por llevar mi parte —dijo Tarneverro, y salió.

Un instante se quedó Charlie mirando la puerta por donde había salido, y luego, volviéndose, entró de nuevo en la sala.

—*Miss Dixon* —dijo—: aún quisiera hacerle a usted un nuevo ruego. ¿Tiene usted la amabilidad de subir las escaleras conmigo y enseñarme las distintas habitaciones con expresión de las personas a quienes estuvieren asignadas? Quiero hacer un ligero registro antes de entregarme al reposo.

—Con mucho gusto —consintió la actriz—; y ya que hablamos de reposo, le agradeceré que registre la mía la primera. Me encuentro destrozada después de una noche como esta.

Desaparecieron ella y Charlie. Con un gesto desesperado, Julia se dejó caer en

una butaca.

—¡Pobre niña! —dijo *Mr. Bradshaw*.

—¡Ay, Jimmy! ¡Qué noche más espantosa!

—En verdad. Piense, Julia, piense. Usted estaba más cerca que nadie de Shelah Fane. ¿No tiene usted idea de quién pueda ser el autor de este crimen horrible?

Ella negó con la cabeza.

—No puedo imaginarlo. Claro que Shelah tenía enemigos; todo el que triunfa los tiene; la envidiaban, la odiaban tal vez. Pero nunca pude pensar que la odiara nadie hasta ese punto. Es increíble, increíble.

El joven se sentó a su lado.

—Vamos a olvidamos de esto un rato. Y ahora usted, ¿qué? ¿A dónde piensa ir?

—Supongo que me volveré al sitio de donde he venido.

—¿De dónde ha venido usted? No me lo dijo nunca.

—De una casa de huéspedes de Chicago, en que vivían gentes de teatro. Viajaba yo con mi madre cuando ella... ella me dejó. Toda mi familia es del teatro; mi padre también. Mamá decía que su casa era San Francisco, aunque iba por allí rara vez. Pero allí había nacido; como otros grandes actores, ya sabe usted. Y ella...

—Era una gran actriz, ¿no? —dijo *Bradshaw*.

—Eso me parecía a mí. Yo tengo allí a mi abuela... Setenta y dos años; pero aún sale alguna vez. ¡Más buena! Me iré con ella y me pondré a trabajar en algo... Puedo entrar en una oficina. La abuela estará contenta de tenerme a su lado. Somos los únicos que quedamos de... nosotros.

Bradshaw tomó ánimo.

—Si no desea hablar nadie más, ¿se me permite decirme unas palabras acerca de Hawai? Por todas partes se encuentra alegría, poesía y mágico encanto. El clima hace nacer la risa y la felicidad, como natural reflejo de la luz del sol, del arco iris y de las colinas purpúreas. Aquí no existen las insolaciones, ni la nieve. Honolulu tiene un mensaje de belleza para todos los corazones. En cuanto a...

—Pero Jimmy, ¿a qué viene...?

—En cuanto a los moradores, donde la naturaleza es amable el hombre no puede por menos de serlo. Encontrará usted...

—No le comprendo, Jimmy.

—Pues es bien sencillo. Yo he recomendado este sitio a cincuenta mil turistas y ahora quiero recomendárselo a usted. Como sustitutivo de la abuela, entienda. No dudo que ella es un encanto, como usted dice. Tal vez yo no lo sea; pero soy muy joven todavía. Porque, desde luego, lo que le estoy recomendando a usted no es Honolulu. A mí me han metido aquí, ya lo sabe usted. ¿Qué le parece a usted, Julia? Una casita como un nido, bajo la sombra de plátanos y bajo dos hipotecas...

—¿Quiere usted decir que me ama, Jimmy? —preguntó la joven.

—Pero ¿cómo? ¿Es que he omitido esa frase? Tendré que escribir otra vez todo el discurso. ¡Claro que la amo a usted! Pues, ¿cómo no voy a amarla? Puede que no sea

ésta la ocasión más apropiada para hablar de esto; pero no quiero que piense usted que he caído en la costumbre de aplazar las cosas porque vivo en latitudes de pereza. Estoy loco por usted, y antes de que escriba usted a la abuela que salga a esperarla al vapor, puede que esté de excursión en algún sitio, quiero que tenga usted un pensamiento para Hawai... y para mí. ¿Lo tendrá usted, Julia?

Afirmó ella con la cabeza.

—Lo tendré, Jimmy.

—Con eso me conformo —dijo él sonriendo.

Chan entró en la habitación silencioso y el muchacho se puso en pie.

—Bueno, Charlie. ¿Está usted ya dispuesto a marchar? Esta noche he prestado mi coche a mi hermano; así que le honraré con mi presencia en su famoso Ford.

—Será usted entusiásticamente bien venido —le dijo Chan—. Sí; ahora en seguida me voy a la ciudad. No resta más que un ligero extremo.

Ana, la doncella, entró presurosa en la habitación.

—Me ha dicho *Miss Dixon* que quería usted verme —dijo a Chan.

El confirmó con un movimiento de cabeza.

—Asunto de poca importancia. Antes me dijo usted que faltaba determinada sortija del dedo de *Miss Fane*. Una sortija de esmeraldas.

Julia O'Neill adelantó el busto, sin aliento, abiertos los ojos con estupor.

—¿Es esta la sortija?

De repente Chan sacó un anillo de platino adornado por una piedra maravillosa que daba destellos verdes en la bien iluminada habitación.

—Esta es, *sir* —afirmó Ana.

Chan se volvió a Julia.

—Siento mucho tener que inmiscuirlo a usted; pero necesito que tenga la amabilidad de decirme cómo es que esta fruslería se encontraba en el cajón de su tocador.

La muchacha dio un repullo y Jimmy Bradshaw la miró con sorpresa.

—Lamento vivamente que se plantee esta cuestión, motivo para mí de mucho desagrado —continuó Charlie—. Pero me atrevo a decir que la cosa necesita explicación.

—Es muy sencilla —contestó Julia en voz baja.

—Naturalmente —dijo Chan inclinándose—. ¿Cómo de sencilla, según la hipótesis de usted?

—Pues mire —empezó la joven, y se detuvo con duda—. Aquí estamos pocos y puedo hablar francamente. Shelah estaba siempre apurada de dinero. El dinero de cierto modo no significaba nada para ella; se le escapaba de entre las manos, se le iba como le llegaba. Volvió de los mares del Sur en el estado de siempre, sin un céntimo, como quien dice. Todo el mundo la engañaba, la estafaba.

—¿Todo el mundo? —replicó Chan—. ¿Se refiere usted tal vez a sus criados?

—A algunos de ellos, sí; cuando tenían oportunidad. Pero esto no importa. Shelah

llegó necesitada de dinero, como siempre. La compañía la había anticipado todo el dinero posible; parece que últimamente no se ha mostrado tan generosa como antes. Hoy, en seguida de llegar a casa, me mandó llamar y me dijo que necesitaba dinero inmediatamente. Me dio esa sortija con encargo de vendérsela si me era posible. Esta tarde anduve recorriendo las joyerías; pero no conseguí nada. No sirvo para eso. Tenía la intención de volver mañana por la mañana; hubiera ido de no haber ocurrido lo que ha ocurrido; por eso es por lo que tengo la sortija.

Chan reflexionó.

—Se la dio a usted inmediatamente de llegar a casa. ¿A qué hora precisamente?

—Esta mañana, a las ocho.

—¿Y desde entonces la tiene usted?

—Desde luego que sí. La puse en ese cajón. Me pareció lugar seguro.

—¿Es eso todo lo que tiene usted que decirme?

—Eso es todo.

La muchacha estaba a punto de llorar.

Charlie se dirigió a la doncella.

—Puede usted marcharse, Ana —dijo.

—Bien, *sir*.

Ana miró a la joven y salió.

Charlie lanzó un profundo suspiro. Aunque procedente de una raza noctámbula, empezaba a cansarle la noche. Llevó la sortija bajo una luz y la examinó con su lupa. Advirtió que tenía por dentro una inscripción: «A Shelah, Denny». ¿Es decir, que entraba en el asunto Denny Mayo? Chan se encogió de hombros.

Al volverse advirtió que Julia lloraba en silencio. Bradshaw le había pasado el brazo por la espalda.

—No te apures, bien mío —decía el muchacho—. Si Charlie te cree. ¿Verdad, Charlie?

Chan hizo una profunda reverencia.

—En presencia de tal encanto, ¿podría yo abrigar dudas brutales? *Miss* Julia, tengo el mayor sentimiento al percibir su estado de postración. *Mr.* Bradshaw y yo nos vamos en seguida y dejamos a usted el solaz del sueño. Usted es joven y el sueño llegará. Le doy a usted las más cordiales y emocionadas buenas noches.

Desapareció tras las cortinas, y después de unas palabras dirigidas a la joven en voz baja, Bradshaw le siguió. Jessop, reprimiendo un bostezo, pero tan cortés como siempre, los despidió. En la escalera, Charlie se detuvo un momento mirando al cielo y tomando aliento a pleno pulmón.

—Es digno de considerar —dijo— el que durante la larga y penosa prueba de que esta casa he sido testigo, las estrellas hayan seguido brillando y la suave noche tropical deslizándose como siempre. Una breve tregua en nuestra labor tendrá el encanto de una suave música escuchada bajo la luna.

Se montaron en el automóvil, que esperaba solitario en el camino.

—¿Se ha conseguido mucho, Charlie? —preguntó el muchacho.

—Pensamientos confusos traen aturdida mi cabeza. He encontrado mucho y no he encontrado nada.

Pasaron ante el Moana Hotel completamente a oscuras a la sazón. Las rojas paredes del Grand brillaban con nuevo resplandor bajo la luz de la luna.

—Cuando me telefoneó usted —agregó Chan— encontrábame a punto de practicar una seria operación en un lenguado. Por lo que pude probar era excelente. Ese lenguado y yo no volveremos a encontrarnos jamás.

—Cuánto siento haberle estropeado a usted la cena —contestó Bradshaw.

—Y aún quedaré contento si las noticias que me dio no estropean también mi fama —le dijo Charlie—. ¿Cómo saldré de este asunto? ¿Con los dorados ropajes del triunfo o con la cenicienta hopa del fracaso?

—He llamado al periódico de la mañana —le dijo el joven—. Ya sabe usted que suelo trabajar en él. No había entonces redactor que pudiera encargarse y me he encargado yo mismo de informar. Ahora tengo que ir a ponerme a escribir. ¿Le parece a usted que diga que hasta el momento la policía no tiene noticia ninguna, es eso?

Charlie evitó bravamente una colisión con la esquina.

—¿Es de este modo como entiende usted su misión? No diga nada parecido. La policía tiene muchas pistas y espera practicar pronto alguna detención.

—Pero es la canción de siempre, Charlie. Y a juzgar por lo que usted dice, no es verdad en este caso.

—Rara vez es verdad en ningún caso —le recordó Charlie—. Debía usted saberlo ya.

—Bueno, lo diré por complacerle a usted, Charlie. A propósito: Tarneverro dice que está trabajando con usted.

—Sí. Se cree un ayudante utilísimo.

—Y puede ser que lo sea. Pero ¿a usted le interesa su ayuda?

Charlie se encogió de hombros.

—El pájaro escoge el árbol, no el árbol el pájaro —observó.

—Sí, este Tarneverro me parece un pájaro. Desde luego. Me produce su presencia una divertida impresión.

Siguieron en silencio un rato.

—Pero hay, por lo menos, una cosa cierta —dijo el joven, por último.

—¿La hay de verdad? —preguntó Charlie—. Dígamela si tiene la bondad. Me parece que en mi apresuramiento no la he echado de ver.

—Me refiero... a que Julia no tiene nada que ver en el asunto.

—Charlie sonrió en la oscuridad.

—Yo también tengo recuerdos —dijo.

—¿De qué?

—De haber sido joven y de haberme visto embriagado por el amor. Pero dado que

actualmente soy padre de once hijos, hace necesariamente mucho tiempo que no se me enloquece la cabeza ni me palpita ardientemente el corazón. Pero los recuerdos quedan.

—Tonterías —protestó Bradshaw—. Yo miro la cuestión fríamente, como un extraño.

—Me permito entonces sugerirle humildemente que la luna de Hawai está perdiendo importancia —comentó Chan—, porque ya no tiene aquel poder mágico acerca del cual ha escrito usted tan brillantemente.

Llegaron ante la casa del periódico, y el ruido de los frenos resonó ruidosamente en la desierta calle. En la planta baja del edificio tan sólo una luz ardía tristemente; pero las ventanas de arriba despedían de sí claridad, indicio de la vida activa que había tras ellas. Varios hombres extraían las noticias cablegráficas que iban llegando desde los más alejados extremos del mundo, de Europa, de Asia, del Continente; breves puntos de información que se juzgaban dignos de ser transmitidos a aquella pequeña isla que soñaba en medio del Océano Pacífico.

Jimmy Bradshaw hizo un movimiento como para bajar, pero luego se detuvo. Miró a Charlie con el rabillo del ojo.

—No podrá usted dármele ahora, ¿verdad? —preguntó.

—No, no puedo —respondió Chan firmemente.

—¿De qué habla usted? —preguntó el muchacho con inocencia.

—De lo mismo que usted —repuso Charlie sonriente.

—Yo me refería a ese pañuelo que le cogió usted al director de la película.

—Y yo también —contestó Chan dulcemente.

—¿Entonces sabía usted que era mío?

—Sí. Me lo imaginé. Tenía una pequeña inicial, B. Además, le vi a usted sudar sin tener con qué enjugarse. Inspirábame admiración su dominio de sí mismo, ni una sola vez se secó usted con la manga. Va usted a decirme que se lo quitaron del bolsillo, ¿no?

—Eso tiene que haber sido, en efecto.

—¿En qué ocasión?

—No lo sé; pero supongo que alguien me lo quitaría mientras estaba yo nadando.

—¿Está usted seguro de eso?

—¡Hombre, me parece la única explicación posible! Pero no noté que me faltaba hasta mucho después.

—Y mucho después todavía me ha hablado usted a mí del asunto.

—Es mi maldita modestia, Charlie —dijo el muchacho riéndose—. No me gusta colocarme en primera fila. Por lo menos déjeme que lo vea.

Charlie se lo dio y Bradshaw lo examinó cuidadosamente a la luz del faro.

—Desde luego es mío.

Miró la marca.

—Este es mi alias para la lavandera —dijo—. Resulta un poco triste, ¿verdad?

Charlie volvió a coger el pañuelo.

—Se me pasan muchas ganas de encerrarlo a usted en un calabozo —observó.

—Ándese usted con bromas con el poder de la prensa —dijo el muchacho—. No se obceque, Charlie. No, yo no he despachado a nuestra distinguida visitante. No es esa la índole de hospitalidad hawaiana para la que a mí se me envía a estos sitios.

Dudó.

—Necesitaría ese pañuelo esta noche.

—Yo también, contestó Charlie.

—Es que yo tengo que limpiarme el sudor que me cueste la información inmortal que estoy a punto de escribir. Nada más, inspector.

—Adiós —contestó Charlie—. Y sírvase no mencionar el pañuelo en la susodicha información ni en conversaciones que tenga si no quiere usted tener noticias mías.

—Pierda cuidado, Charlie. Constituye un gran secreto. Nadie lo sabe más que usted y yo... y la lavandera.

CAPITULO XI

Medianoche en Honolulu

Chan se encaminó en su coche lentamente por Halekaua Hale, hasta el final de Bethel Street, residencia de la policía. Paró el coche y subió los desgastados escalones de piedra. Alumbraba una luz en el despacho de detectives, y entrando en él, se encontró con su jefe.

—¡Hola, Charlie! —dijo aquel caballero—. Estoy esperándole a usted. Si no hubiera tenido que estar en Kalaua hubiera bajado a la playa con usted. Muy enredado está eso, ¿verdad? ¿Ha conseguido usted algo?

Chan, tristemente, negó con la cabeza.

Miró su reloj.

—El asunto es largo —dijo.

—De todas maneras quiero que me lo cuente usted —contestó el jefe, que no daba la menor muestra de cansancio—. El viaje a Kalaua bajo la luna había sido para él confortador y refrescante.

Charlie se sentó y empezó a hablar, y su jefe le escuchaba muy atentamente. Refirió primero el teatro del crimen, la ausencia de armas, la infructuosa tentativa del asesino para fijar el momento del crimen en las ocho y dos minutos. Al llegar al punto de las pistas mencionó la pérdida del alfiler de diamantes con que Shelah se había prendido las orquídeas.

—Ya es algo —dijo el jefe, al tiempo que encendía un cigarro.

Chan se encogió de hombros.

—Algo que no tenemos —indicó.

Siguió con la repetición del relato que había hecho Shelah Fane de haber presenciado el asesinato de Denny Mayo; lo que ella había contado a Tarneverro aquella mañana, según el testimonio del adivino.

—Muy bien, muy bien —exclamó el jefe—. Esto le indica a usted el motivo. Si ella hubiera escrito ese nombre que el tal Tarneverro quería que escribiera...

Con profundo disgusto agregó Charlie el incidente de la pérdida de la carta. Su jefe le miró con sorpresa y evidente reproche.

—Nunca le ha pasado a usted nada parecido. ¿Es que va usted perdiendo energías, Charlie?

—Hubo un momento en que perdía energías y carta a la vez —replicó Chan

mohíno—. Tal como están las cosas, no ha tenido gran importancia.

Se le iluminó la cara al agregar el posterior descubrimiento de la carta bajo la alfombra, lo que no había tenido otro valor que el de corroborar la tesis de Tarneverro. Continuó con el relato de la destrucción de la fotografía sobre la que Shelah Fane había estado llorando amargamente por la tarde.

—Alguien no quiso que usted la viera —dijo el jefe con ceño.

—A la misma deducción llegué yo por mi cuenta —admitió Charlie.

Refirió la llegada de Robert Fyfe en su evidentemente segunda visita en unas pocas horas a Waikiki, y luego pasó al asunto del colonizador.

—Le sacamos las huellas digitales y le soltamos —dijo el jefe—. No tiene nervio ni para matar una mosca.

Chan asintió.

—Indudablemente tiene usted razón en su conjetura.

El relato que hizo de la siguiente y poco sólida confesión de Fyfe causó en el superior evidente perplejidad. Habló luego del pañuelo con partículas de cristal encontrado en el bolsillo de Martino y que Jimmy Bradshaw proclamó como de su propiedad.

Al llegar aquí casi le faltaba ya el resuello.

—Y así está el asunto por ahora —terminó.

El jefe le miraba con divertida sonrisa.

—Bueno, Charlie. Algunas veces me había parecido que no estaba usted enteramente satisfecho aquí, desde que regresó del Continente —dijo—. Encontraba usted esto, sin duda, demasiado tranquilo. No se presentaban casos de importancia. Todo era perseguir a unos cuantos granujillas por las calles. No muy emocionante, ¿verdad? Honolulu no parecía bastante grande para usted. Esta noche me parece que si es bastante grande.

—Experimento la incómoda sensación de que es demasiado grande tal vez —admitió Chan—. ¿Cómo saldré de esto? Si he de decir la verdad, me hallo considerablemente confundido.

—No hay que dejarse amilanar —contestó el jefe animadamente.

Era hombre de inteligencia y que sabía qué partido tomar. Adivinaba que habían llegado días en que el partido era dificultoso. Miraba a su auxiliar con mirada de tasador. Charlie estaba somnoliento y cansino; nada alerta en él, nada que revelara inteligencia. El jefe se consoló con recuerdos; Chan reflexionó; era más agudo de lo que parecía.

Pensó.

—Y ese Tarneverro, Charlie, ¿qué clase de adivino es?

A Chan se le iluminó la cara.

—Es posible que haya tocado usted el propio corazón del asunto. Tarneverro parece tenebroso como noche de lluvia; pero es que su oficio le obliga. Posee un rápido entendimiento. Y muéstrase contentísimo de ayudar a un pobre policía como

yo.

—¿Demasiado contento tal vez?

Charlie asintió.

—Ya he pensado en eso; pero considere usted que ofrece el testimonio del matrimonio viejo con quien estuvo sentado hasta el momento de descubrirse el crimen. Mañana se examinará lo que haya de verdad en ello; pero yo no lo pongo en duda. No; estoy bastante seguro de que él no fue a la casa de Shelah Fane hasta que lo llevé yo. Otros extremos le absuelven.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Ya le he dicho a usted de que él, antes de cometerse el crimen, me indicó que quizá esta noche tuviéramos que practicar una detención relacionada con un caso famoso. Esto hubiera sido un rasgo de extraña estupidez si hubiera tenido proyectado un asesinato. Y Tarneverro no es tonto; más bien se pasa de listo. Además, el episodio del reloj indica que tiene verdadero deseo de ayudar. Fue un hecho certero, aunque no muy necesario, puesto que yo ya conocía los hechos que me había participado Wu Kno-Ching. Pero, de cualquier modo, es buena prueba de su sincero propósito de ayudar. No; yo no le creo a él culpable de haber matado, y, sin embargo...

—¿Sin embargo qué, Charlie?

—Prefiero guardar por ahora en mi cerebro esta salvedad. Puede significar mucho y puede no significar nada.

—¿Ha averiguado usted algo de Tarneverro? —preguntó el jefe dirigiéndole una mirada penetrante.

—Con referencia a la muerte, ni una sola cosa. En el momento en que ocurrió, creo que no hay duda de que él se encontraba en otro lado avizorando en otra dirección... Tenga la amabilidad de permitirme que avizore ese camino unas cuantas horas antes de divulgar mis pensamientos.

El rollizo detective se llevó una mano a la cabeza.

—Por el momento me siento perdido en un mar de dudas y preguntas.

—No tiene usted más remedio que salir con esto adelante, Charlie —le dijo el jefe con tono amable, pero algo molesto—. Está en juego el honor de la clase. Si estas gentes están dispuestas a venir aquí a nuestra ciudad tranquila y asesinarse unas a otras en Waikiki, nosotros tenemos la obligación de demostrarles que no lo harán en balde. En usted confío.

Chan se inclinó.

—Ese es mi miedo. Aprecio la distinción y haré todo lo que mis humildes talentos permitan. Ahora, buenas noches. La noche me ha destrozado como una disputa prolongada.

Salió al destrozado *hall* en el mismo momento en que Spencer llegaba de la calle. Chan miró el reloj.

—¿Ha zarpado el *Oceanic*? —preguntó.

—Sí, ya se ha ido.

—¿No va a bordo ninguno de nuestros amigos, supongo? —dijo Chan.

—A ninguno vi subir a bordo. Y supongo que yo llegué primero. Pero uno de ellos asomó por allí.

—¿Cuál?

—Ese Alan Jaynes. Llegó en un coche del Grand Hotel y recogió su equipaje. Le oí renegar en voz baja, cuando el barco se apartó del muelle. Le ayudé a cargar, y él se volvió a la playa. Me dio un recado para usted.

—¿Qué recado?

—Me dijo que se marchaba en el próximo vapor y que no le detendría ni el infierno.

Charlie sonrió.

—Pues yo procuraré que el infierno se suelte en el puerto para impedirselo si él lo intenta.

Bajó el tramo de escalera y llegó a la calle, A la luz de la luna vio acercársele la garbosa figura de Smith, el colonizador.

—Muy bonito, oficial —dijo el tal caballero—. Me hace usted venir al puesto de policía y luego me planta usted en la puerta. ¿Cómo voy yo a volver a mi alcoba? Ya he ido andando esta noche una vez.

Charlie se buscó en el bolsillo y sacó una moneda pequeña.

—Cubra usted la distancia en autobús —indicó.

Smith miró la moneda.

—¡Diez centavos! Yo no puedo tomar un vehículo y dar diez centavos al conductor. Un caballero debe tener el prestigio de un dólar.

Aun cansado como estaba, Chan se echó a reír.

—Perdón —contestó—. Puede ser que haya mucho de verdad en lo que usted dice. Pero juzgo más sabio por el momento ofrecerle a usted el viaje y nada más. La hora es avanzada y podrá usted mantener su dignidad por esta noche con poco prestigio.

Tercamente negó con la cabeza Smith.

—He de tener el prestigio de un dólar —insistió.

—Usted quiere decir que ha de tener dinero para echar un trago —arguyó Chan—. Si la moneda no es satisfactoria tendré el sentimiento de retirarla.

Avanzó hacia su coche.

—Siento mucho llevar dirección opuesta a la de su lecho de usted, bajo las palmeras.

Smith le siguió.

—Hombre —dijo—, tal vez yo soy demasiado susceptible. Me llevaré los diez centavos.

Charlie se los dio.

—No es más que un préstamo, inspector. Tome buena nota de ello.

Echó a andar apresuradamente Bethel Street abajo, en dirección a King Street,

con un pie en el estribo de su cochecillo. Charlie le siguió con la mirada. Luego dejó el Ford y siguió. Las calles desiertas estaban tan alumbradas como de día y el riesgo era grande; pero Chan era perro viejo. Los zapatos desvencijados de Smith resonaban en la desierta acera; pero el detective andaba como si llevase zapatillas de terciopelo.

El colonizador torció hacia la derecha, por King Street, y Chan le seguía escondiéndose en los quicios de las puertas. Cuando su presa se aproximó a la esquina de Fort Street, Charlie esperaba ansiosamente al amparo de un oscuro escondrijo. ¿Se detendrá Smith en aquella esquina en espera del autobús de Waikiki? Si lo hacía, el seguimiento habría quedado en nada.

Pero Smith no se detuvo. En lugar de ello cruzó y apretó el paso Fort Street abajo. La luna se reflejaba en su enorme sombrero blando y en la espalda de su absurda chaqueta de terciopelo. El interés de Charlie se reanimó al punto. ¿A qué excursión se entregaría el colonizador a tales horas de la noche?

Eligiendo la acera opuesta de aquella por que iba Smith, más oscura y adecuada al propósito, Chan siguió a su hombre Fort Street abajo. Pasaron ante las principales tiendas de Honolulu, en cada una de las cuales brillaba una débil luz, y siguieron. Smith llegó a la entrada del Waioli Hotel, y allí se detuvo. Oculto en un portal de la calle, Chan le vio curiosear la entrada del hotel. Estaba vacía, con la excepción de un sereno que dormitaba detrás de la gran vidriera. Dudó un momento el colonizador, y luego, como si repentinamente hubiera cambiado de idea, volvió sobre sus pasos. Charlie apretó su corpulenta figura contra la puerta que tenía detrás por miedo a ser descubierto.

Pero no lo fue. Inesperadamente Smith volvió corriendo a la esquina de King Street para esperar allí el autobús de Waikiki. Charlie se quedó allí oculto hasta que el coche llegó. Vio al colonizador subirse a él y marcharse... sin el prestigio del dólar.

Lentamente volvió Chan al puesto de Policía. ¿Qué significaba aquello? Evidentemente, cuando Robert Fyfe dio su dirección al detective hizo que la conociese también el destrozado *Mr. Smith*. Y Smith quería ver al actor inmediatamente para un asunto de urgencia.

Estaba Charlie metiéndose en su Ford cuando el jefe bajó las escaleras de Halekua Hale.

—Creí que se había usted ido a casa, Charlie —dijo.

—Me he entretenido un momento —explicó Chan.

El superior se acercó a él de buen humor.

—¿Es que hay algo nuevo?

—Permanezco en el mismo lugar en que siempre he estado —suspiró el detective.

—¿Es que no se encuentra usted realmente en este caso, tan en las tinieblas, como dice? —preguntó el jefe con ansiedad.

Chan hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—El hombre que está en un pozo ve poco del cielo.

—Pues suba, Charlie, suba.

—Estoy proyectando un rápido ascenso —contestó el detective.

Y poniendo el motor en marcha salió por fin con dirección a su casa de Punchbowl Hill.

CAPITULO XII

Uno no es tonto

Terminaba la noche y se extendía una neblina gris sobre Waikiki. Smith, el colonizador, se estremeció ligeramente y se movió en su cama de arena. Sacó la mano como para cubrirse el flaco y mal protegido cuerpo con una manta que no existía. Se volvió, rezongó unas palabras entre sueños y volvió a quedarse inmóvil.

La neblina gris se hizo rosácea. Sobre las montañas del Este, un pequeño segmento de cielo tomó color dorado y en él se destacaban unas cuantas nubes desperdigadas y negras como la noche que se iba. Smith abrió los ojos y gradualmente fue llegando al reconocimiento de lo que tenía alrededor. No había dormido en la playa por designio suyo; pero por alguna razón la acritud con que generalmente despertaba a la percepción del hecho de no tener un céntimo no se presentó este día. Había ocurrido algo agradable... o estaba a punto de ocurrir. Sí, en efecto. Sonrió al árbol que tenía sobre sí y el árbol le obsequió con una flor de color rojo caoba que era amarilla cuando él se había acostado por la noche. Hubiera preferido unas uvas y café; pero las flores estaban más en consonancia con la escena.

Se sentó. El oro del cielo por Oriente se había ensanchado y se presentó luego al borde del sol. La playa, blanca como nieve, era acariciada por las aguas, que ponían en ella un rasgo dorado para entonar con el cielo. A la izquierda de Smith, el Diamond Head, el volcán extinguido. Sentía hacia el Diamond Head una especie de fraternal inclinación, ya que él también se encontraba bastante extinguido. Su memoria volvió a los acontecimientos de la pasada noche. La buena fortuna le había cogido de la mano y le había llevado a la ventana del pabellón. En los últimos años había andado muy torpe en apreciar oportunidades. Estaba resuelto a no seguir siéndolo.

Se puso en pie, y quitándose sus escasas ropas, quedó con un descolorido taparrabos. Reuniendo todas sus energías se metió en el agua y se zambulló. La impresión le animó. Al menos una cosa había aprendido en las playas de los trópicos, y era el arte de nadar. Cuando surcaba las aguas, los años perdidos se iban de su recuerdo. Volvían las viejas ambiciones y formaba planes para el porvenir. Se reconquistaría, saldría de aquel lánguido sitio en que, por otra parte, nunca había tenido intención de estarse. Volvería a ser hombre. Tenía, por fin, al alcance de la mano el dinero que había de servir para darle nuevo impulso.

El sol, cálido y amigo, trepó el cielo por Oriente. Smith se hundía bajo las olas, nadaba, y a cada hazaña sentía mayores energías. Por último, nadó hacia la orilla y andando cuidadosamente para evitar los corales se volvió del baño a la alcoba otra vez. Se sentó un rato recostado en la abandonada quilla de un bote, al amparo de la cual había pasado la noche. El sol le sirvió de toalla y descansó en paz con Dios y con el mundo. Le ganó una deliciosa sensación de pereza. Pero no. Había que resistir.

Se vistió, sacó del bolsillo un trozo de peine y lo aplicó a sus barbas y a sus cabellos rojizos. Ya estaba terminada la *toilette* y entraba el momento del desayuno. Por encima de él no faltaban los cocos, de los que con no poca frecuencia se había servido. Pero aquella mañana no, se dijo a sí mismo con una sonrisa. Atravesando un panorama de luz y de belleza caminó lentamente hacia el Moana Hotel. Era aquél un sitio que, en cierto modo, había contribuido al desastre de *Mr. Smith*, porque siempre que había intentado pintarlo había arrojado de sí los pinceles con disgusto y lamentando su falta de talento.

En la explanada que había delante del hotel un muchacho rascaba una guitarra y cantaba una suave canción. Smith se le acercó resueltamente.

—Buenos días, Frank —dijo.

Frank volvió la cabeza.

—Hola —contestó como soñando.

El colonizador se sentó a su lado. De repente Frank le miró fijamente abriendo mucho sus oscuros ojos.

—Hoy no canto para turistas —dijo el muchacho—. Hoy canto para el cielo azul.

Smith volvió la cabeza afirmativamente. Si procediera de otra raza aquello hubiera sido una afirmación absurda y teatral; pero el colonizador conocía bien a los hawaianos. Los había visto una mañana y otra llegar a la playa amada y mirarla fijamente, como si su belleza les hubiera llamado por primera vez entonces; hundirse en las aguas, que tan familiares les eran, con gritos de deleite que venían a acentuar una felicidad rara en este mundo moderno.

Smith, de repente, entró en un asunto más práctico.

—¿Tienes dinero? —preguntó.

El muchacho puso ceño. ¿Qué sería aquel dinero por que mostraban tanto interés? Para él no representaba nada ni lo representaría nunca.

—Me parece —contestó sin darle importancia—. Creo que tengo un dólar en la chaqueta.

A Smith se le iluminaron los ojos.

—Préstamelo. Te lo devolveré antes de la noche. Y también todo lo demás que te debo. ¿Cuánto es lo que te debo?

—No recuerdo —contestó Frank, y siguió cantando.

—Tendré dinero a puñados antes de que acabe el día —continuó Smith poniendo en su voz una nota de excitación.

Frank cantaba dulcemente. ¡Excitarse tanto con el dinero siendo el cielo tan azul

y el agua tan cálida y tan agradable tumbarse en la blanca arena de la playa y murmurar una canción!

—¿Dices que en la chaqueta? —insistió Smith. Frank afirmó con la cabeza.

—Ve y cógelo. La puerta está abierta.

Smith fue en seguida. Cuando volvió llevaba en una mano un billete de un dólar y en la otra un lienzo pequeño.

—Me llevo este cuadro que te dejé, Frank —explicó—. Tengo el presentimiento de que hay mercado por fin para mis obras.

Consideró la pintura con expresión de crítico. Un muchacho de piel oscura y ojos negros sobre un fondo verde oscuro. Llevaba la muchacha una flor roja entre los labios y tenía la mirada de los trópicos, la pereza de las islas perdidas en los mares del Sur.

—¿Sabes —dijo el colonizador casi administrativamente— que no está nada mal?

—Ya —dijo Frank.

—Está muy bien —continuó Smith—. A mí me decían que tenía talento, Frank. Me lo han dicho en Nueva York, y en París también. Talento; tal vez algo de genio; pero poco más. Ni actividad, ni carácter, ni nada para apoyarlo. Tú sí que tienes carácter, muchacho.

—Ya —repitió Frank perezosamente.

—Sí, Frank. Pintores sin la mitad de mi talento... Pero, a qué quejarse. Fíjate en Corot, Frank, no vendió en vida ni uno solo de sus cuadros. Fíjate en Manet. ¿Sabes lo que hacían los críticos con Manet? Reírse de él.

—Ya —continuó Frank.

Soltó la guitarra, se puso de pie, corrió por la arena y se zambulló como un pez bajo dos pies de agua. Smith la miraba. Movié la cabeza con desengaño.

—No le interesa la pintura —murmuró—. Sólo la música. En fin, algo es algo.

Se metió el billete en el bolsillo. Cogió el lienzo bajo el brazo y echó hacia la calle. Pasaba un autobús en dirección a la ciudad, y Smith se montó. Presentó el dólar orgullosamente, después de lo cual tal vez el cobrador no se atrevería a juzgar a la gente por su ropa. Camino de la ciudad volvió a mirar un par de veces el cuadro. Cada vez formaba de él mejor opinión.

En un restaurante modesto se adjudicó un desayuno, tal como no lo había visto hacía varios días. Y luego siguió, andando, hacia el Waioli Hotel. Su entrada en el local no despertó ciertamente gran entusiasmo. El empleado se le quedó mirando con franca desaprobación.

—¿Qué desea usted? —le preguntó fríamente.

—¿Para aquí *Mr. Fyfe*? —preguntó el colonizador.

—Sí, pero... se levanta tarde. No se le puede molestar.

—Pues va usted a tener que molestarle —dijo Smith poniendo en su voz una nota de autoridad. Tengo una cita muy importante. *Mr. Fyfe* necesita verme a mí más que yo verle a él.

Dudó el empleado y luego cogió el teléfono. Un momento después se volvía al colonizador y le comunicaba:

—En seguida baja.

Smith se sentó tranquilamente en una butaca y esperó. Fyfe se presentó casi en el acto; evidentemente aquel día no se había levantado tarde. Tenía en la cara expresión de enojo. Se acercó al colonizador.

—¿Necesita usted verme? —dijo—. Voy hacia el teatro; venga conmigo.

Dejó la llave en el *comptoir* y salió apresuradamente hacia la puerta, seguido trabajosamente por Smith. Caminaban en silencio. Por fin el actor se volvió.

—¿A qué viene esta indiscreción? —preguntó—. Pudiera usted haberme telefoneado y yo hubiera ido a buscarle.

Smith se encogió de hombros.

—Telefonar cuesta dinero —contestó—. Y yo no ando muy bien de dinero... todavía.

En esta última palabra había todo un mundo de significación. Fyfe llevaba la iniciativa en el camino desde el barrio más moderno de la ciudad al distrito oriental. Pasaron por delante de establecimientos sobrecargados de sedas y otras telas, bordados, jades y porcelanas. Cajones y cestas llenas de mercancías comestibles del Oriente se amontonaban en la acera.

—¿De modo que espera usted tener dinero pronto? —dijo por fin Fyfe.

Smith sonrió.

—¿Por qué no? Anoche le hice a usted un favor. A mí no me la pega nadie. Yo sé de sobra por qué hizo usted aquella fingida confesión. Tenía usted miedo de que fuera yo a repetir lo que oí hallándome al lado de la ventana. ¿Verdad que sí?

—¿Y qué es lo que oyó usted?

—Bastante, créamelo. Oí a aquella mujer, la mujer a quien después mataron, que le decía a usted que ella...

—Déjese.

El actor miraba en torno nerviosamente. No se veía más que planos rostros inexpresivos y ojos negros que evitaban los suyos.

—Me parece que me di cuenta en seguida de su plan de usted —le recordó Smith—. Cuando aquel detective chino, después de haber despanzurrado su confesión de usted volvió a preguntarme qué era lo que había oído, comprendí qué era lo que usted quería de mí. ¿Verdad que lo comprendí? Apoyé lo que usted había dicho. Podía haber puesto una bomba donde me hubiera parecido bien; pero no lo hice. Tenga la amabilidad de recordarlo.

—Lo recuerdo. Y a decirle la verdad, ya esperaba que hoy por la mañana viniera usted por aquí a hacerme un chantaje.

—Señor mío —dijo Smith levantando una mano flaca y huesuda—. Lamento mucho que me haya usted dicho eso. Yo conservo ciertos rasgos de respetabilidad, y lo que usted dice no cae dentro de mis especialidades. Lo que se me ocurrió es que un

hombre inteligente, un cultivador de una de las artes aliadas, podría sentir algún interés por mi trabajo.

Indicó el lienzo y añadió resuelto:

—Traigo aquí una muestra.

Fyfe se echó a reír.

—Es usted un hombre sutil, *Mr. Smith*. Supongamos que yo le comprara uno de sus cuadros ¿qué haría usted con el dinero?

Smith se relamió.

—Me iría de aquí para siempre. Estoy aburrido de este sitio. Todo el año pasado he estado pensando en irme con mi familia a Cleveland. No sé si se alegrarán de verme. Si fuera decentemente vestido y con algún dinero en el bolsillo, esto podría ayudar a que sí.

—¿Y para qué vino usted a estos sitios? —preguntó el actor.

—Fui al mar del Sur a pintar. Quizá no sea mal sitio para algunas gentes, pero para mí... no he podido pasar de la playa. Algún tiempo después mi gente me envió dinero para volver a casa. Embarqué; pero, desgraciadamente, el barco se detuvo para un día en este puerto. Y... ¿usted ha bebido alguna vez una cosa que le llaman *okolehau* en este paraíso?

Fyfe sonrió.

—Comprendo. Se le olvidó a usted volver al barco.

—Querido amigo —dijo Smith encogiéndose de hombros—. Se me olvidó que estaba en el mundo. Cuando me desperté hacía dos días que el barco se había ido. Es curioso. Mi padre se enfadó. ¡Qué hombre tan impaciente!

Llegaron al río, y cruzándole por un estrecho puente de piedra, entraron en Aala Park, donde, a causa de su situación conveniente solía congregarse el populacho. Fyfe señaló un banco. Se sentaron en él, y Smith le alargó el lienzo.

El actor lo miró y se le dibujó en la cara una expresión de sorpresa.

—¡Por Cristo! —exclamó—. Pero si esto es excelente.

—Me alegro mucho de oírsele —dijo Smith radiante—. Ha sido una sorpresa, ¿verdad? No soy lo que suele llamarse un hombre de negocios; pero, a pesar de todo, me atrevo a indicar que algún día esto pudiera tener valor considerable. Se le presenta una oportunidad. Piense en el orgullo con que dirá usted a sus amigos: «¡Ah, sí! Pero yo reconocí su talento hace mucho. Fui su primer protector.»

—¿Es éste su verdadero nombre de usted, el que está en el ángulo?

El colonizador levantó vanidoso la cabeza.

—Mi verdadero nombre, sí —contestó.

Fyfe se puso el lienzo en las rodillas.

—¿Y qué precio tiene? —preguntó.

—¿Qué me ofrece usted? —opuso Smith.

—Si me dice usted con sinceridad lo que necesita para volver a su tierra —dijo el actor—, tendré mucho gusto en resolverle este asunto. Claro que no ahora; la policía

no le dejaría a usted salir; pero cuando esto se haya pasado un poco yo le compraré a usted el pasaje y le daré algo más. A cambio del lienzo, desde luego.

—¿Cuánto «además»?

—Doscientos dólares.

—La verdad, no sé.

—Pongamos doscientos cincuenta. Advierta que no está usted tratando con un millonario. Yo soy un actor a sueldo, y no a gran sueldo. Llevo contratado mucho tiempo en Honolulu y he ahorrado algo. Le ofrezco a usted casi todo lo que tengo. Si no basta, lo siento mucho.

—Basta —dijo el colonizador lentamente—. No quiero ser exigente con usted. No es cosa que me halaga mucho. Pero es la oportunidad, la oportunidad de marcharme. Y la acepto. En fin, nos haremos cuenta de que es una ganga: un pasaje para el Continente cuando me dejen marcharme y doscientos cincuenta dólares para la bolsa. Pero, oiga: ¿y entre tanto? Me haría falta un anticipo ahora.

—Para *okolehau*, ¿eh?

Smith dudó.

—No lo sé —dijo francamente—. Espero que no. Quisiera no probarlo. A lo mejor me da por hablar y lo echo a perder todo. No me refiero a usted, me refiero a echarlo a perder todo para mí.

Se puso en pie y gritó de repente:

—No lo probaré. Lucharé y venceré. Le doy a usted mi palabra de honor, de caballero.

Fyfe le miró y reflexionando hasta qué punto merecía la pena darle crédito. Luego sacó la cartera.

—Me fiaré de usted. Voy a darle de momento cincuenta dólares.

A Smith se le encandilaron los ojos.

—Es todo lo que llevo encima. Espere un momento.

Apartó la ávida mano del colonizador.

—No olvide que debe usted andar con cuidado si la policía descubre que de pronto tiene usted dinero. Querrá averiguar cómo lo consiguió.

—Había pensado comprarme un traje nuevo contestó Smith anhelante.

—Ahora no —le advirtió Fyfe—. Antes de embarcar, bueno. Ya nos ocuparemos de eso. Pero ahora siga como está y no se haga notar.

El actor se puso también en pie y miró fijamente al otro a la cara.

—En usted confío. Un hombre que pinta como usted no puede ser un tonto. Ahora váyase.

—¡Desde luego que me voy! —exclamó Smith atravesando a la carrera hacia la salida del parque.

Fyfe se le quedó mirando unos momentos, y luego, con su reciente adquisición bajo el brazo, echó a andar lentamente en dirección al teatro.

Smith se fue a Beretania Street y entró en una habitación pequeña y baja de techo

a través de una puerta sobre la cual se leía en letras casi desvanecidas: Nippon Hotel. Detrás del estrecho mostrador se sentaba un japonés pequeño y amable. En la pared, a su espalda, pendía un cuadro que representaba un gran trasatlántico surcando las olas, y debajo se leía: «Nippon Yusen Kaisha.»

—¡Hola! Nada —dijo Smith alegremente—. ¿Está vacía mi antigua habitación?

—Siento mucho... —musitó el japonés.

Smith arrojó un billete sobre la mesa.

—Vayan diez dólares de anticipo —dijo.

—Siento mucho que no haya usted venido por aquí en tanto tiempo —corrigió apresuradamente el empleado—. La habitación está dispuesta.

—Voy a subir y arreglarme un poco. Mi equipaje vendrá luego.

—Ha recibido usted dinero de casa, ¿verdad? —dijo sonriendo.

—¡Cómo dinero de casa! —respondió Smith airado—. He vendido un cuadro. Nada. A lo que no llegó nunca Corot, como sabe usted muy bien.

Se recostó en el mostrador confidencialmente.

—¡Pobre Corot, nada! —añadió—. Nunca consiguió él otro tanto. Más vale llegar a tiempo que rondar un año.

—Puede ser —convino Nada—. Ya puede usted darse por contento. El cuarto número 7, como siempre.

—¡Qué a gusto se está en casa! —contesto Smith.

Y se alejó silbando una canción alegre.

CAPITULO XIII

Desayuno en casa de los Chan

Una hora después de haber tomado Smith su chapuzón matinal se levantó Charlie Chan, y acercándose a la ventana de su alcoba, miró el bello panorama de la ciudad y del mar. El espectáculo que se veía desde Punchbowl Hill era en verdad arrebatador; valles verdes y aguas brillantes, las sombrillas rojas de la poinciana, que en aquella estación se veían, dorados árboles de sombra en generosa profusión, y de trecho en trecho viñas de color rojo. El terreno de Chan estaba en un lugar delicioso, y a él le gustaba ponerse así a mirar por las mañanas y a reflexionar sobre su buena fortuna.

Aquel día, sin embargo, prefirió pensar en el problema que tenía planteado. Insoluble le parecía cuando se metió en la cama; pero había dormido plácidamente acariciado por la idea de que lo que tuviera que ocurrir ocurriría y ahora sentía que se renovaban las energías en su interior. ¿Es que acaso era él un policía del continente para quedarse perplejo ante una cuestión que, indudablemente, tendría una solución sencillísima? Pero, sin embargo, era asunto que reclamaba de él una acción rápida e inteligente. Se acordó de la grulla que, esperando a que desapareciera el mar y le dejara los peces en seco para comérselos, se murió de hambre. No tenía Chan la intención de emular a aquella ave estúpida.

No era ciertamente un hogar silencioso el que le rodeaba. Once chiquillos en una familia hacen de la mañana una especie de manicomio. Oía sus voces allí cerca, y en la distancia, y en todas partes, gritando, discutiendo, riendo y, como final, llorando amargamente en algún caso. Con el agradable sentimiento de que el día había comenzado con normalidad, se dispuso a la labor.

En el comedor se encontró a los tres chicos mayores paseando en torno de la mesa, y cuando entró advirtió que le miraban con un interés que hacía mucho tiempo que no despertaba en su casa. Hablaban todos a un tiempo, y él comprendió la causa de su interés. Según los periódicos de la mañana, había sido asesinada una de sus heroínas y estaban dispuestos a que se castigara inmediatamente al culpable y a saber la causa del crimen.

—¡Calma! —gritó Charlie—. ¿Puede un hombre pensar bajo un árbol cuajado de pájaros parleros?

Se volvió a su hijo mayor, Enrique, impecablemente vestido de colegial y a la sazón ocupado en encender un pitillo.

—Ya debías de estar listo.

—Ya voy, papá —contestó Enrique—. Pero vamos a ver: ¿Qué es lo que le ha pasado a Shelah Fane?

—Ya lo has leído en la Prensa. Alguien la ha apuñalado sin la menor consideración. Ahora vete a lo tuyo.

—¿Quién ha sido? —dijo Rosa, la mayor de las hijas—. Eso es lo que queremos saber.

—Otros varios hay que perecen con la misma inquietud —dijo el padre.

—Eres tú quien tiene que averiguarlo, ¿verdad, papá? —preguntó Enrique.

Charlie se le quedó mirando.

—¿Y quién otro había de tener en Honolulu semejante misión? —preguntó cortésmente.

—Está bien —siguió Enrique—. ¿Y cuándo coges al culpable y cómo se llama?

Charlie volvió a mirarle, y suspiró. Aquellos niños eran su eslabón con el futuro; a saber con qué futuro, pensaba a veces.

—Como he tenido frecuentemente ocasión de indicarte, el lenguaje carece, por desventura, de la conveniente dignidad —dijo con reprobación—. Todavía no he apresado al malhechor, y, por consecuencia, no me es conocido su nombre.

—Pero le cogerás, ¿verdad papá? —intervino Rosa—. No irás a dar un batacazo en este asunto. ¿Verdad que no?

—¿Cuándo me he tambaleado siquiera? —inquirió.

Ella se le rió con malicia.

—Mira, papá...

—Cuando yo era joven —cortó Chan apresuradamente— se consideraba pecado mortal poner en duda la alta sabiduría de un padre. Sus hijos le reverenciaban y respetaban. Insinuación de fracaso como la que acabas de apuntar te hubiera sido imposible.

La muchacha se levantó y se le acercó sonriendo.

—Los tiempos han cambiado. Desde luego que no fracasarás. Pero es que éste es un caso en que está interesada tu familia. ¿Verdad que vas a andar de prisa? No desperdicies mucho tiempo en meditaciones orientales.

—Si me parara a mirar profundamente —contestó él— hallaríame asaz solo en este mundo nuevo.

Rosa le besó y se marchó al banco donde estaba empleada durante las vacaciones veraniegas. Enrique se levantó lánguidamente.

—¿Necesitarás el coche esta noche, papá? —preguntó.

—Si alguna vez me es verdaderamente necesario es esta noche —contestó el padre.

Enrique frunció el entrecejo.

—Estoy viendo que no voy a tener más remedio que comprarme uno —dijo el mozo—. No encuentro ninguno en buenas condiciones a plazos...

Charlie movió la cabeza.

—Trabaja... y cumple tu jornada andando —aconsejó—. De este modo no tendrás que temer que llamen a tu puerta.

—¡Pamplinas! —replicó Enrique saliendo perezosamente.

Chan se encogió de hombros y atacó el desayuno. Se le dirigió Evelina, de quince años.

—Oye, Shelah Fane estaba superior de pasta, ¿verdad?

—¡Basta, pues! —exclamó Charlie—. Desvívase usted por desplegar ante los hijos un inglés impecable para ver luego que eligen las palabras más bajas. Mi desengaño es profundísimo.

Se presentó su esposa llevando el té. Era una mujer de simpática apariencia, casi tan corpulenta como Chan, con placida sonrisa en el rostro. A juzgar por su expresión, no le preocupaba lo más mínimo que sus hijos y su esposo la hubieran dejado muy atrás en cuanto a la adaptación al nuevo país.

—Ya he oído lo de Shelah Fane —dijo—. Es una cosa telible.

—¿Qué es lo que sabes tú de Shelah Fane? —preguntó Charlie sorprendido.

—Los chicos no hablan de otlá cosa —le dijo la mujer—. Shelah Fane, Shelah Fane. Debía ser una mujel muy guapa. Quielo que cojas en seguida al hombre malo.

Chan se atragantó con el té.

—Estoy percibiendo que si no voy a ser expulsado de mis propios lares. Me permito suplicaros respetuosamente que me deis espacio. Es caso en que hay que trabajar mucho.

—¿Quieles más té? —le preguntó la esposa.

Se bebió una segunda taza y se levantó de la mesa. Evelina le trajo el sombrero; todos parecían satisfechos de que se marchara. A la puerta estuvo a punto de caer sobre un pequeño de cara redonda y menudos ojos negros, que recordaban los del padre.

—¡Ay! ¡Pobre Barry!

Alzó al muchacho y le dio un beso cariñoso.

—Cada día estás más precioso. Que seas bueno y que no te comas la pintura de las paredes.

Salió, se montó en su coche, y conforme bajaba la cuesta se iba pensando en sus hijos. Siempre había sentido el orgullo de que todos fueran ciudadanos americanos. Pero tal vez por esa misma razón cada día parecían distanciarse más de él; el golfo se hacía cada día más profundo. No hacían el menor esfuerzo por recordar los preceptos ni las odas; hablaban el inglés con un tono que ofendía los sensibles oídos de Charlie.

Pasó por delante del cementerio chino, con sus extraños monolitos distribuidos por el declive. Allí descansaba su madre, a quien él había hecho ir desde China a que pasara sus últimos años en la casa de Punchbowl Hill. ¡Qué pensaría si pudiera ver a sus descendientes! A Enrique, con su traje de colegial; a Rosa, pizpireta e inteligente, con sus planes de ir a una Universidad del Continente para el otoño; a Evelina, con

aquel inglés infame que había aprendido de sus compañeras de colegio. Su madre no lo encontraría bien, de seguro. Hubiera guardado luto por las viejas costumbres y maneras. El también les llevaba luto... pero no estaba en su mano que fuera de otro modo.

Al llegar al barrio de los negocios volvió su atención a las tareas que se le ofrecían. Eran muchas, y planeó en qué orden acometerlas. Ocupaba principal lugar en sus pensamientos Robert Fyfe, y, por lo tanto, se encaminó a Waioli Hotel.

Mr. Fyfe, según le dijo el empleado, había salido con un hombre. ¿Con qué hombre? La descripción no dejaba duda en cuanto a la identidad del visitante de *Mr. Fyfe*, y Charlie frunció el entrecejo. ¿Qué quería Smith del actor? ¿Qué era lo que había oído desde el pie de la ventana del pabellón? ¿Por qué se había confesado Fyfe autor de un crimen que no había cometido? Porque, desde luego, no podía haberlo cometido. No era posible si el relato de sus actos la noche antes era verdadero. Sí, reflexionó Charlie; había que mirar esto atentamente.

—Me parece que oí decir a *Mr. Fyfe* que iba al teatro —indicó el empleado.

Chan no estaba muy fuerte en dramática.

—¿Qué teatro, me hace el favor? —preguntó.

—El Royal —le dijo el empleado, y allá se fue Chan.

Entró de la calle a un vestíbulo y luego a la sala, que estaba a oscuras. En el escenario, los miembros de la compañía ensayaban la obra que habían de representar en la semana próxima. Unas sillas de madera viejas simulaban salidas y entradas, y los artistas estaban en pie esperando sus intervenciones. A la sazón estaba Fyfe declamando un largo parlamento; lo decía lánguidamente, como si se tratara de algo que le tuviera sin cuidado completamente.

Charlie avanzó por el oscuro pasillo. Un hombre con un sombrero de terciopelo verde metido hasta los ojos que estaba sentado ante una mesita con la obra en la mano miró al detective con evidente mal humor.

—¿Qué desea usted? —rugió.

—Sólo hablar unas palabras con *Mr. Fyfe*, si me lo permite —contestó Chan.

El actor avanzó, y, protegiéndose los ojos de la luz de la batería, miró hacia la sala.

—¡Hola, inspector Chan! —dijo—. ¿Quiere usted hacer el favor de subir?

Jadeando por el esfuerzo, Charlie izó su pesado volumen sobre el escenario.

Fyfe mostrábase sonriente y cordial.

—¿En qué puedo serle a usted útil hoy por la mañana, inspector? —preguntó.

Charlie le miró con sus ojillos entornados.

—En no gran cosa, me temo; a menos que desde anoche se hayan alterado algunas circunstancias. Recordará usted que, un poco contra su mismo deseo, le organicé una magnífica exculpación por ausencia del lugar del crimen. Aquí vengo a comprobarla por mí mismo. Un mero asunto de trámite.

—Con mucho gusto —dijo Fyfe; y llamando añadió—: Oiga, Wayne.

De mala gana se levantó y aproximó el hombre del sombrero verde.

—*Mr. Wayne*, nuestro director de escena; el inspector Chan, de la Policía de Honolulu. Ha venido el inspector a propósito del asunto de anoche. *Wayne*, ¿qué hora era cuando tocó usted anoche?

—Las ocho y veinte —dijo *Wayne* con una especie de rugido—. Cinco minutos de retraso.

—¿Estaba yo al lado de usted cuando tocó?

—Sí. Aunque si sé dónde estaba usted cuando yo estaba dando porrazos en su puerta, que me ahorquen.

—Pero el inspector sí lo sabe —replicó *Fyfe*—. ¿Era esto lo que le interesaba a usted saber, *Mr. Chan*?

—Otra cosa —dijo Chan al director de escena—. En la obra que están ustedes representando en la presente semana, ¿tiene *Mr. Fyfe* que llevar, por razón de su papel, un cuchillo?

—¿Un cuchillo? —repitió *Wayne*—. No; en esta obra no hay cuchillo. Es una comedia distinguida, de salón.

—Un millón de gracias —le dijo *Charlie* con una inclinación—. Nada más.

Y luego, volviéndose a *Fyfe*, con ojos escudriñadores, le dijo:

—¿Quiere usted hacer el favor de acompañarme?

Echó a andar hacia la sala, con muestras de profunda reflexión. *Shelah Fane* vivía aún a las ocho de la noche. *Robert Fyfe* estaba entre bastidores, listo para salir a escena, a las ocho y veinte. Ocho minutos; no era posible salvar en ese tiempo la distancia de Waikiki a la ciudad. La exculpación de *Fyfe* era perfecta. Y, sin embargo...

En el oscuro *foyer* que había terminada la última fila de butacas se detuvo *Charlie* y los dos se apoyaron en la barandilla.

—Todavía no he acabado de comprender, *Mr. Fyfe* —dijo el detective— por qué confesó usted que había matado a *Shelah Fane* sin ser verdad.

—Yo no lo acabo de comprender bien tampoco, inspector.

—Porque desde luego usted no la mató.

—Me temo que se figura usted que soy un insensato —dijo *Fyfe*.

—Por el contrario, me parece usted un hombre muy amable.



—Porque, desde luego, usted no la mató.

—¿De veras? Le quedo reconocidísimo.

—Había una razón para que usted hiciera aquella confesión, *Mr. Fyfe*.

—Si la hubo, se me ha olvidado ya completamente, inspector.

—Lo mejor es que me diga usted la verdad. De otro modo se constituye usted como obstáculo en el camino de la justicia.

—De ningún modo, *Mr. Chan*. Yo no quiero entorpecerle a usted. Por el contrario, ansío vivamente que triunfe.

—En las presentes circunstancias, se me hace difícil creerlo.

Chan se quedó callado unos momentos.

—¿Ha visto usted esta mañana a nuestro amigo el colonizador?

Fyfe dudó. Lamentó más que nunca la naturaleza pública de su entrevista con *Smith*. Luego echó atrás la cabeza y soltó la carcajada; una carcajada contenida demasiado rato, según *Charlie* observó.

—Desde luego que le he visto —reconoció el actor—. Estuvo a verme casi antes de haberme levantado.

—¿Para qué?

—Para pedirme dinero, por descontado. Me parece que se dedica a visitar a las

personas a quienes conoce la noche antes. Sin duda piensa que el mero hecho de encontrarse con uno le concede una especie de derecho de petición.

—Se entrega usted demasiado a las palabras indeterminadas —protestó Chan—. Me parece que ese derecho lo ha ejercitado con usted precisamente y sólo con usted. El actor calló.

—¿Le dio usted dinero? —insistió Charlie.

—Sí... Unos dólares. Me dio lástima. No es mal pintor...

Fyfe se detuvo de pronto.

—¿Cómo sabe usted que no es mal pintor? —le preguntó con toda rapidez Chan.

—Porque... me dejó un cuadro.

—¿Este cuadro?

Charlie avanzó por el pasillo y cogió un objeto que había sobre una de las butacas vacías.

—Lo vi cuando pasábamos juntos —añadió—. Si usted me lo permite voy a sacarlo a la luz para mirarlo.

—Con mucho gusto —dijo el actor.

Charlie se acercó a la puerta, y abriéndola, miró unos momentos el cuadro. Los ojos de aquella joven le parecieron de singular viveza y expresión. Volvió junto a Fyfe.

—Tiene usted razón —dijo dejando el cuadro sobre una silla—. Tiene talento. Lástima que un hombre así tenga que recurrir al chantaje.

—¿Quién dice que haya sido un chantaje?

—Yo lo digo. *Mr. Fyfe*, tenga en cuenta que puedo detenerle...

—¿No está claro que no tengo culpa?

—Por completo. Pero dificulta usted mi tarea. Por última vez, ¿qué fue lo que *Smith*, el colonizador, le oyó a usted cuando estaba hablando con la que fue su esposa?

El director se acercó a la batería y llamó.

—Perdón —dijo Fyfe— pero están todos parados por mí. No tengo más remedio que seguir...

Chan se encogió de hombros.

—Aun está la investigación en retoño. Antes de que llegue la época de su floración tengo que haberme enterado, *Mr. Fyfe*.

—Venga cuando quiera —dijo Fyfe amablemente tendiéndole la mano—. Siento mucho tener que abandonarle a usted, pero ya sabe..., la vida del actor...

Chan le dio la mano gravemente y el actor echó a correr por el pasillo. Cuando Chan se halló de nuevo en la calle reluciente de sol, se leía la perplejidad en su frente. Sabía que tras las maneras suaves de Fyfe se escondía algo de vital importancia; algo que podía tal vez resolver el problema. Pero le sería imposible arrancárselo jamás a Fyfe. Al colonizador, quizá. Tomó nota mental del colonizador.

De nuevo en su Ford, Chan echó por King Street y viró en dirección a Waikiki. Al

pasar por delante de la biblioteca pública, apartada de la calle y establecida entre grandes árboles, estuvo a punto de parar. Se le ocurrió que debía leer en el periódico de Los Angeles la información del asesinato de Denny Mayo. Tal vez podría encontrar escondido entre las amarillentas columnas que describían aquel momento espectacular de la historia de la colonia peliculara algún rasgo que le pusiera inmediatamente sobre el verdadero rastro en su busca del asesino de Shelah Fane.

Con rápida decisión giró y volvió a la biblioteca. Un instante después se dirigía a la mujer que estaba en el mostrador.

—¿Me será posible tener a mi disposición inmediatamente el periódico de Los Angeles correspondiente al mes de junio de hace tres años?

—Lo que usted desee, *Mr. Chan* —contestó ella—. Haga el favor de extender la papeleta.

La extendió rápidamente y vio cómo se la pasaban a un joven auxiliar. La joven fue a los registros al mismo tiempo que miraba la papeleta. Luego volvió.

—Usted perdone —dijo—. Ahora me he acordado. Ese volumen de *Los Angeles Times* está pedido.

—¿Pedido?

A Chan le produjo sorpresa.

—Sí. Se lo llevó un caballero hace media hora.

—¿Puede decirme cómo era ese caballero?

La joven miró hacia la sala de lectura.

—Todavía está ahí. Al lado de la última ventana.

Chan avanzó y miró por el ángulo de una estantería. Sentado, inclinado sobre un gran volumen encuadernado en gris, vio a Huntley Van Horn. El actor de cine no levantó la vista. Parecía absorto en lo que estaba haciendo. Con un gesto dirigido hacia el mostrador, significativo de que renunciaba, salió Chan pausadamente del edificio.

CAPITULO XIV

La ventana del pabellón

Charlie salió a la calle, se montó en su Ford y un segundo después caminaba rápidamente hacia Waikiki. Le era grato sentir al fiel cochecillo retemblando debajo de él; tantas veces le había transportado sobre la pista de claves innumerables. Muchas de esas claves le habían llevado, como él decía «a la presencia de inmovibles murallas pétreas». Pero entonces había vuelto el cochecillo y había buscado caminos nuevos. Y en la mayor parte de los casos se había abierto por fin delante de él la carretera que conducía a la victoria.

Marchando en la luminosa mañana, pensaba en Huntley Van Horn. Se imaginó al actor cinematográfico paseando la noche antes por el jardín en el preciso momento en que el camello negro debió de arrodillarse a la puerta de Shelah Fane. Nadie le acompañaba, nadie le vio; pudo fácilmente haber entrado en el pabellón, haber cortado el hilo de aquella vida para siempre y haberse ido luego tranquilamente a reunir con los que estaban en la playa.

¿Qué clase de hombre era aquel Van Horn? Quisiera Charlie haber leído alguna de las revistas cinematográficas que sus hijos llevaban a casa a montones. Desde luego que no era el tipo esbelto y guapo que constituye el favorito de cine. Cínico, antipático, aplomado, era sin duda hombre que podía ocultar su sentir y adoptar una cara inexpresiva ante cualquiera que quisiera meterse en sus asuntos. No había duda: merecía la pena de pensar en aquel *Mr.* Van Horn. Tal pensamiento podía procurar una rica recompensa.

Pero no era de Van Horn de quien Chan quería ocuparse de momento. Hallábase a la sazón en Kalakaua Avenue, y aunque seguía brillando el sol encima de su cabeza había entrado en una zona en que estaba lloviendo. Al acercarse a los hoteles vio turistas que llevaban impermeables y paraguas; tomaban aquel sol húmedo con una seriedad que resultaba divertida para un *kama'aina* como Charlie. Viró cerradamente hacia la derecha y atravesando los bellos jardines del Grand Hotel, paró el coche en la parte trasera. Andando despreocupadamente bajo la menuda lluvia, entró y subió la escalinata del hotel.

El conserje, un chino de atrayente sonrisa, le saludó en cantonés. Chan se detuvo a charlar con él un momento. Le explicó que no iba buscando a nadie en particular. Lo que quería, si se lo permitían, era andar un rato de un lado para otro. Atravesó el

fresco vestíbulo y devolvió el jovial saludo a un empleado.

Avanzó por el largo corredor hacia el *hall*. Lejos de lo que sucedía a tantos otros ciudadanos de Honolulu, a él no le inspiraba cierto oculto horror aquel local impresionante. Como había estado en el continente considerábase a sí mismo hombre viajado, inteligente en hoteles, y aprobaba de corazón aquella adición reciente a los encantos de Waikiki. Saludó amablemente a la florista y se detuvo unos momentos a la entrada del *hall*. Aquel lugar le inspiraba siempre. A través de los grandes arcos que se abrían sobre la terraza columbraba el brillo del mar; espectáculo que no podía igualar ninguna costa del mundo.

La gran estancia estaba desierta de huéspedes y sólo unos cuantos silenciosos criados orientales disponían el adorno de flores para la jornada. En delgadas varas de bambú clavadas en tiestos llenos de arena iban colocando innumerables flores de hibisco; bellas y frágiles inflorescencias destinadas a morir cuando llegara la noche. Chan atravesó hasta la terraza que miraba al océano y le acompañó la suerte. Las únicas personas que había en el lugar eran los dos ancianos con quienes él había visto hablar a Tarneverro la noche antes. Fue hacia las sillas extensibles en que estaban sentados y se quedó mirándolos. El hombre dejó a un lado el periódico matinal; la mujer levantó del libro los ojos.

Chan hizo una inclinación.

—Deseo a ustedes muy buenos días —dijo.

—Buenos días, *sir* —contestó cortésmente el anciano, en cuya pronunciación había cierta dureza escocesa y cuyo rostro, marcado por las huellas del trabajo rudo bajo un sol ardiente, daba tanta impresión de honradez como el que más se la hubiera dado a Chan hasta aquel momento.

Chan se echó atrás la chaqueta.

—Soy el inspector Chan, de la Policía de Honolulu. Supongo que habrán ustedes visto en el periódico matutino la información sobre el súbito fin de una artista notable. Siento mucho interponer mi inexplicable presencia entre ustedes y este panorama encantador, pero es el caso que ustedes conocen a un caballero que era amigo de la señora finada. Lo cual hace inevitable que hable yo con ustedes unos momentos.

—Mucho gusto en conocerle —dijo el anciano.

Se levantó y ofreció una silla.

—Tenga la bondad de sentarse, inspector. Yo soy Tomás MacMaster, de Queensland, Australia, y le presento a *Mrs. MacMaster*.

Chan hizo una profunda reverencia y la anciana le dirigió una amable sonrisa. Parecía indicada un poco de conversación.

—Están ustedes descansando en estos lugares encantadores, ¿verdad? —preguntó el detective.

—En efecto —contestó MacMaster—. ¡Y qué bien nos lo hemos ganado! ¿Verdad, abuela? Después de haber pasado años metidos entre ovejas vamos a ver por

fin otra vez nuestra querida Escocia. Un viaje de recreo, inspector; queremos verlo todo. Y nos hemos alegrado mucho de haber hecho un alto en este sitio tan espléndido.

Señaló la playa. La mujer asintió.

—Espléndido. A lo mejor no sabemos arrancar ya de aquí.

—Eso serás tú, abuela —dijo MacMaster—. Yo estoy seguro de que cuando llegue el momento sabré arrancar por los dos. No se te olvide que Aberdeen nos espera.

—En nombre de Honolulu —dijo radiante Chan— mis más encarecidas gracias por todos esos valiosísimos elogios. Reconozco que proceden de honrados labios y producen en mi alma la más intensa emoción. Pero aun sintiéndolo mucho, no tengo más remedio que penetrar en el asunto del homicidio cometido en la noche pasada. ¿Deberé comenzar mis observaciones por proclamar la posibilidad de que el culpable de este cruel acontecimiento sea algún *malihini*, algún extranjero? Aquí la gente es amable, como el clima. Rara vez cometemos asesinatos —añadió amablemente.

—Desde luego —murmuró la anciana.

Charlie levantó la vista y vio a Tarneverro en la puerta de entrada. Al adivino se le iluminó de satisfacción la oscura faz al ver el grupo en la terraza, y bajó rápidamente los escalones. Chan suspiró. Hubiera preferido ser él quien decidiera el encuentro.

—Buenos días, inspector —dijo Tarneverro—. Buenos días, señores de MacMaster. ¿Cómo está usted, *sir*?

—Un poquillo mediano —contestó el anciano—. No acabo de encajarme y no me es posible hacer nada. Lo que me dice la vieja que tengo que hacer es aprender a descansar.

—Y tiene mucha razón —dijo Tarneverro sonriente—. Inspector, celebro tanto verle atareado ya tan de mañana. Indudablemente ha venido usted a comprobar mi presencia en otro lugar durante la hora en que se cometió el crimen, lo cual me parece acertadísimo. ¿Ha preguntado ya a estos amigos míos respecto del importantísimo punto?

—A ello me aproximaba, precedido de la conveniente preparación.

—Comprendo —continuó el adivino—. Míster MacMaster, es el caso que, en el desgraciado suceso de anoche, resulta que yo soy una de las pocas personas que hay en la isla que conozcan a la desventurada muchacha, y es importante que yo establezca a entera satisfacción del inspector el hecho de que yo estaba en otro sitio en el momento de su muerte. Afortunadamente me es posible establecerlo... con el auxilio de ustedes.

Luego se dirigió a Charlie:

—Después de dejarle a usted en el *hall* anoche, me vio que reanudé mi conversación con *Mr.* y *Mrs.* MacMaster. *Mr.* MacMaster podrá decirle a usted lo que después ocurrió.

El viejo frunció el ceño pensativo.

—*Mr. Tarneverro* propuso que nos saliéramos al *verandah* que mira hacia las palmeras. Así lo hicimos, y por espacio de una media hora allí estuvimos sentados charlando de los lejanos días en que estábamos en Queensland. Luego, *Mr. Tarneverro* miró su reloj. Dijo que eran las ocho y media y que tenía que dejarnos, porque estaba invitado a cenar en la playa. Nos levantamos...

—Con el más humilde de mis perdones —interrumpió Chan—; ¿por casualidad consultó usted su propio reloj?

—En efecto, lo consulté —contestó el anciano, cuya actitud resplandecía sinceridad y cuyas palabras estaban aureoladas por el nimbo de lo cierto—. Saqué mi reloj —y lo dijo sacando del bolsillo uno muy antiguo—. «Voy un poco adelantado, —dije—. Tengo las ocho y treinta y cinco. Vieja, ya es hora de que las gentes de nuestra edad se suban arriba.» En el rancho nos íbamos siempre a la cama temprano y las costumbres arraigadas son muy difíciles de perder. Nos metimos en el hotel. La vieja y yo nos paramos en los ascensores y *Mr. Tarneverro* dio la vuelta al pasillo hacia su habitación, que está en el primer piso. Mientras bajaba el ascensor, me acerqué al *comptoir* a poner bien mi reloj. Eran las ocho y treinta y dos. Esto es lo ocurrido, inspector; y tanto la vieja como yo podemos jurarlo.

Chan hizo una inclinación de cabeza.

—La palabra de algunos es como viento en un espacio vacío —dijo—. Pero un ciego vería que la palabra de usted es verdadera.

—¡Oh, siempre lo ha sido! Desde Aberdeen a Queensland nadie la ha puesto en duda jamás, inspector.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted a *Tarneverro*? —preguntó Charlie.

Contestó *Tarneverro*.

—Hace diez años —indicó— trabajaba yo en el teatro de Melbourne. Entonces era yo actor. Nuestra compañía quebró y yo me fui a trabajar al rancho de *MacMaster*, que está a unas millas de Brisbane. Estuve allí un año: el año más feliz de mi vida. Porque como habrá podido usted apreciar con solo mirarlos, son las dos personas más amables del mundo y fueron para mí como padre y madre...

—No hicimos nada —protestó la señora—. Era para nosotros un placer tenerle con nosotros...

—Solo y abandonado como estaba —interrumpió *Tarneverro*—, fue para mí gran fortuna tropezar con personas así. Puede usted figurarse la alegría con que me los encontré en el hotel el otro día.

Se levantó.

—Supongo que esto será todo lo que le interese a usted saber, *Mr. Chan*. Quisiera hablar con usted unas palabras.

—Perfectamente —dijo Chan levantándose también—. Señora, caballero; que el descanso de ustedes continúe tan plácida y felizmente como esta luminosa mañana en esta playa de indescriptible belleza. Satisfechísimo de que nuestros pasos se hayan

cruzado en esta maravillosa encrucijada.

—El gusto es nuestro, *sir* —dijo MacMaster, mientras su esposa afirmaba con la cabeza y sonreía—. No dejaremos de pensar en usted durante nuestro viaje a Aberdeen. Hacemos los más fervientes votos por su triunfo.

Charlie y el adivino entraron y tomaron asiento en un sofá.

—Es usted un favorito de los dioses —dijo Chan—. Si yo necesitara una exculpación no desearía cosa mejor que la palabra de personas tan honorables como éstas.

Tarneverro sonrió.

—Sí; son una pareja encantadora. Sencilla, saludable y apegada a todas las viejas virtudes.

Hizo una pausa.

—Bien, inspector; ya sabe usted dónde estaba yo durante esos diez y ocho minutos definitivos. ¿Y los demás?

—También sé dónde estaba Robert Fyfe —contestó Charlie— por más que algunos rasgos de su conducta me produzcan extrañeza. Por lo que hace a los demás, no les acompaña la misma suerte. Ninguno está verdaderamente a salvo.

Tarneverro asintió.

—Sí; y a uno de ellos le va a ser muy preciso aclarar su situación antes de que este asunto termine. ¿No ha tenido usted ninguna inspiración esta noche?

Chan movió tristemente la cabeza.

—No he tenido sino tranquilo reposo. ¿Y usted?

Tarneverro sonrió.

—Tengo que reprocharme de haberme entregado también a un sueño descuidado... No, la verdad es que he pensado con todo empeño; pero me parece que no puedo ayudarle a usted gran cosa. ¡Hay tantas posibilidades!... ¿Será posible que las agotemos todas? Rita y Wilkie Ballou. Los dos en Hollywood cuando la muerte de Denny Mayo. Se dice que Mayo no era muy comedido con las damas y Ballou es un hombre notoriamente celoso.

—Ya he pensado en Ballou —dijo Chan quedamente.

—Puede que merezca la pena —convino Tarneverro—. Andaba vagando por allí; entró en la sala a coger un cigarrillo; dice que estuvo allí... Dejándolo a él a un lado, se nos presenta por ahora Alan Jaynes. Se encontraba anoche muy impresionado. ¿Qué datos hay acerca de él? Supongamos que, al igual de Ballou, es un hombre furiosamente celoso. Vio aquellas flores que no eran suyas, en el hombro de la mujer a quien amaba. Las encontramos pisoteadas, como si las hubieran pateado con rabia. La muerte de Mayo, como creo que ya le dije a usted, puede no tener nada que ver con el asesinato de *miss* Fane. Tal vez no ha sido más que un caso de celos locos...

—Tal vez —contestó Chan tranquilamente—. También tenemos a Martino.

—Verdad: Martino —repitió Tarneverro; y se vio que le cruzaba la cara una expresión sombría—. Me sería muy grato ayudarle a usted a cargar a Martino con la

culpa. Ha dicho de mí cosas muy desagradables...

—¿Qué clase de hombre le parece a usted? —preguntó Charlie.

—Parece hombre de talento —reconoció Tarneverro—. Y de ruda energía... Una extraña combinación de artista y de bárbaro en una sola pieza. Estaba en Hollywood cuando mataron a Mayo..., pero quizá nos desviamos otra vez de la cuestión. Martino ha sido hombre muy aficionado a las mujeres; puede que entre él y Shelah Fane haya habido alguna relación insospechada. Aquel pañuelo que se encontró en el bolsillo... Me resulta extraño. Claro que dijo que no era de él. ¿Quién no hubiera hecho otro tanto? Pero si alguien se lo puso encima a Martino corrió un riesgo enorme e innecesario. ¿Por qué no esconderlo entre la maleza del jardín? ¿Por qué intentar lo difícil, lo peligroso? Inspector: puede que el pañuelo fuera de propiedad de Martino. Quizá se lo volvió a guardar después del crimen, ignorante del hecho de que se conservaban en él los trocitos de cristal. Al menos —añadió el inspector después de una pausa— que tenga usted la prueba de que pertenece a otra persona.

Chan le miró con ojos soñolientos.

—Tengo tan poca prueba... —suspiró—. Dado el estado de languidez en que me hallo, escucharle a usted es un alivio para mí. Continúe, por favor, desplegando lógica y elocuencia, gemelas flores del discurso. Traigamos ahora a debate el nombre de Huntley Van Horn.

Tarneverro le miró agudamente.

—¿Tiene usted algo contra Van Horn?

—Siento mucho tener que significar que no ha probado su inocencia. Por el contrario, estaba en la hora adecuada y en el sitio adecuado para realizar el hecho.

Hizo Chan una pausa y resolvió reservarse determinados datos.

—Fuera de eso —añadió— nada de importancia tengo contra él. Dígnese exponer su valiosa opinión sobre el personaje.

—Pues —dijo Tarneverro— no he pensado apenas en Van Horn. Me parece un tipo raro; el soltero característico, desesperación de todas las mujeres. Jamás se ha visto metido en ningún escándalo. Yo le he admirado siempre, aunque Dios sabe que él nunca ha tenido debilidad por mí. Es un chico inteligente, de buen gusto; un poco pagado de sí mismo, tal vez, pero es que ningún hombre a quien se adulara como a él se le adula, hubiera dejado de caer en el mismo defecto.

Pensó un momento.

—No, inspector —añadió con decisión rápida—; a pesar del hecho de que tuviera excelentes oportunidades, según usted acredita, no puedo imaginarme que Huntley Van Horn tenga nada que ver en el asunto que tenemos entre manos.

Charlie se levantó.

—Muchas gracias por este rato de charla. —Miró el reloj y añadió—: Ahora tengo que irme a casa de Shelah Fane. ¿Quiere usted acompañarme?

—Lo siento mucho —contestó Tarneverro—; pero en este momento no me es posible. Me dirá usted lo que vaya ocurriendo, ¿verdad? No es mera curiosidad por

mi parte. Es que si hemos de trabajar juntos me es necesario saber lo que usted haga.

—Nos veremos de vez en cuando —le aseguró Chan.

Salieron a la puerta del hotel.

El conserje dijo a Tarneverro algo en cantonés y el adivino le miró con expresión de incompreensión evidente.

—¿Qué dice? —preguntó a Charlie.

—Le interroga a usted acerca de su salud en esta espléndida mañana.

—¡Oh, me encuentro perfectamente! —dijo Tarneverro sonriendo.

En la caraza de Sam se dibujó expresión de asombro.

—Hasta la vista, inspector —continuó el adivino—. Llámeme si descubre algo nuevo. Yo también investigaré, en lo que me sea posible. Ya le he dicho que iré con usted hasta el final.

—Es extremadamente amable —dijo Chan con una reverencia. Y se metió en su coche.

El jardín que había delante de la casa de Shelah Fane yacía plácido y sereno, al llegar Charlie, a la sombra de los seculares bananeros.

Jessop abrió la puerta, correcto en maneras y en ropas, como siempre.

—¿Cómo está usted, señor policía? —dijo—. Parece que la mañana se presenta deliciosa, ¿verdad?

—Supongo —asintió Chan—. Sino que aquí no nos damos cuenta. Todas las mañanas son lo mismo.

—Lo cual, a la larga, debe de resultar un poco monótono, si se me permite decirlo.

El mayordomo acompañó a Chan a la sala y añadió de camino:

—En Inglaterra, señor policía, el acto de correr las cortinas por la mañana tiene algo de apuesta deportiva.

Charlie se quedó en pie mirando en torno de la amplia estancia, donde tantos acontecimientos se habían desarrollado la noche antes. A la sazón estaba tranquila y soleada.

—*Miss Julia y Mr. Bradshaw* están por la playa, *sir* —indicó Jessop—. Uno de los subordinados de usted (*Mr. Hettick* me parece que se llama), está trabajando en el pabellón.

—¡Ah, sí! *Hettick* es nuestro perito en huellas dactilares —explicó Chan—. Voy en seguida.

En el jardín encontró a los dos jóvenes, que le saludaron cordialmente.

—Lamento mucho —dijo a Julia— constituirme en epidemia. Pero el camino del deber está con frecuencia sembrado de espinas.

—¡Oh, no diga eso! Justamente estábamos esperándole.

La miró él; tan fresca y encantadora, con sus grandes e inocentes ojos azules. Pensó en la sortija de esmeralda.

—¿Qué tal le ha parecido a usted mi información de los periódicos de la mañana?

—preguntó Bradshaw.

—El examen que hice fue necesariamente apresurado —contestó Chan—. Me parece que llena las necesidades.

—¿Es ese todo el elogio que se le ocurre a usted hacer? —lamentó el muchacho. Charlie se encogió de hombros.

—Piensa siempre dos veces antes de otorgar las alabanzas —contestó—. Si nadie hubiese alabado el canto del asno no estuviera cantando todavía.

Sonrió.

—Desde luego que la comparación no es afortunada. Está usted disfrutando de la mañana, ¿eh?

—He venido a ayudar a Julia —le contestó el joven—. He hecho de amortiguador entre los reporteros y ella. Los del periódico de la noche no son gentes muy amables que digamos. Además, están furiosos por no haber podido ellos dar primero la información.

—Sentimiento natural —contestó Chan.

—¿Qué va usted a hacer ahora? —preguntó Bradshaw.

—Me propongo mirar las cosas a la clara luz del día —contestó Chan.

—Yo le ayudaré —dijo Bradshaw—. Julia, usted siéntese y descanse. Cierre los ojos y procure no pensar en nada. En Waikiki no ha pensado nunca nadie, y, quién sabe: podría resultar peligroso.

La muchacha sonrió y se acomodó en una silla de playa.

—Hay que animar a la pobre chica —explicó Bradshaw conforme iba hacia el pabellón con Chan—. Ha sido una cosa tremenda para ella. Pero creo que podré convencerla de que todo ha pasado ya... Quiero decir, si se casa conmigo.

—Tiene usted de sí mismo una excelente opinión —dijo Chan sonriendo.

—¿Por qué no he de tenerla? Me conozco demasiado bien para otra cosa.

Cuando llegaron al pabellón salía Hettick. Había sido enviado del continente en la época de la reorganización de las fuerzas y nunca había estado en muy cordiales relaciones con Chan, a quien había reemplazado en el papel de perito en huellas dactilares.

—Buenos días, *Mr.* Hettick —le dijo Chan amablemente—. ¿Ha conseguido usted algo de valor?

—No mucho —contestó el hombre—. Muchas huellas, pero la mayor parte de la mujer asesinada. De las demás me parece que no se sacará nada en limpio. Entre y le enseñaré...

—Un momento —interrumpió Charlie—. Primero voy a dar una vuelta alrededor del pabellón.

Seguido de Bradshaw se abrió camino por entre unos setos que había al lado del pabellón y salió a la playa pública que limitaba la finca por la parte oeste. Debajo de la ventana única del pabellón, que se abría a aquella playa —y al pie de la cual había estado Smith la noche antes— se detuvo.

Veíanse numerosas huellas, en las cuales se podía distinguir claramente las del colonizador. Charlie se inclinó y removió cuidadosamente la arena. Se enderezó, con un grito de satisfacción.

—Importante descubrimiento —anunció.

Bradshaw se acercó más. Vio que Charlie tenía en la palma de la mano los restos de un cigarro pequeño, del tamaño de un pitillo.

—Pisoteado en la arena —agregó Charlie—. No hubiera esperado jamás encontrar aquí semejante cosa.

—¡Hombre! No conozco más que un hombre que fume estos cigarros —exclamó el muchacho—. Le vi anoche.

—Tiene usted razón —dijo Chan radiante—. Un hombre. ¿Quién había de pensar que procediese con tal falta de cautela? Estoy abrumado de asombro. ¿Cuándo estuvo *Mr. Alan Jaynes* al pie de esta ventana... y para qué?

CAPITULO XV

Dos naranjadas

Charlie sacó del bolsillo un sobre vacío y metió en él cuidadosamente su último descubrimiento. Él y el joven volvieron a pasar el seto y entraron en el pabellón. Hettick se encontraba sentado tranquilamente junto al tocador, con los accesorios de su especialidad extendidos delante.

Chan se sentó en una silla de mimbre y miró en torno de la habitación en que, no más allá que la noche antes, había descubierto la tragedia. Tenía el detective la cara plácida y serena; hubiera podido pensarse que estaba esperando que sonara la hora del *lunch* ajeno a todo cuidado. Por la vidriera de una gran ventana miraba cómo iba entrando lentamente en el puerto un buque.

—¿No ha tenido usted suerte en esto, míster Hettick? —preguntó.

—No mucha —contestó Hettick—. Las cosas que hay encima del tocador están llenas de huellas, pero son las de la propia mujer asesinada.

En el depósito las tomé esta mañana. Y a propósito, el *coroner* me dijo que le avisara a usted que ha aplazado la diligencia hasta mañana. Esperaba que para entonces le hubiera usted llevado algo.

Chan se encogió de hombros.

—Le agradezco mucho la amabilidad. Dígale también que estoy dispuesto a cambiar mi situación por la suya cuando él quiera.

Volvió a fijar la mirada en la habitación; advirtió que la madera había sido recientemente pintada de blanco. De repente se levantó y se acercó a la ventana pequeña que daba a la playa.

—Me parece que no ha examinado usted este alféizar —dijo.

—No, la verdad... No lo he examinado —contestó Hettick—. Pensé hacerlo, pero se me pasó.

Chan sonrió.

—¡La memoria se hace tan perezosa en los climas cálidos...! ¿Puedo permitirme indicarle que lo haga ahora?

Hettick se acercó y cubrió el alféizar con su negro de hollín. Con experta mano aplicó el pincel de pelo de camello.

Charlie y el muchacho se aproximaron más.

—¡Ah! —exclamó Chan.

Sobre la superficie blanca del alféizar había señales de dedos.

—¿No son de Shelah Fane? —preguntó Charlie.

—No —contestó Hettick—. Son de mano de hombre.

Chan se quedó pensativo.

—Y recientes. Hemos conseguido algo. Una mano de hombre. Un hombre abrió la persiana y se apoyó en el alféizar. ¿Para qué? Para entrar en la habitación, sin duda. ¿Cuándo? La pasada noche cuando el crimen estaba en la atmósfera. Sí; nos movemos, adelantamos, progresamos.

Hizo una pausa.

—¿Qué hombre?

Sus dedos tocaron en el bolsillo de la chaqueta el sobre que contenía la punta de cigarro. Se volvió resueltamente.

—Una cosa es cierta. Que tengo que obtener sin la menor dilación las huellas dactilares de Alan Jaynes.

Sonriendo a Jimmy Bradshaw, añadió:

—La Policía está sobre una pista segura y espera practicar en breve alguna detención. Pero si publica usted una sola palabra de todo esto, me acordaré del asunto de su lavandera y le meteré inmediatamente en un calabozo.

—No haré de ello el menor uso, Charlie —prometió el joven—. ¿Qué va usted a hacer ahora?

—Me propongo dejarle a usted sin más compañía que la de *miss* Julia. Y ¿dónde está?

—Espere un minuto y se lo diré. Es la criatura más...

—Eso, luego —cortó Chan—. Más tarde, más tarde. *Mr.* Hettick, le suplico que me espere aquí hasta que vuelva. No será necesario el ojo experto de usted. Voy a celebrar una sesión en el Grand Hotel.

Salió del pabellón seguido del joven. Una vez que Charlie se hubo perdido de vista al doblar la esquina de la casa, Bradshaw fue adonde Julia estaba. Se sentó al lado de ella.

—¿Se ha ido ya ese tonto de policía? —preguntó animadamente.

—Por unos minutos. Volverá antes de que hayamos tenido tiempo de echarle de menos.

La miró y creyó el joven ver expresión de miedo en su delicado rostro.

—Charlie acaba de hacer un importante descubrimiento en la ventana del pabellón —añadió.

—¿Qué? —preguntó ella.

—No creo que le guste que se lo diga a usted —contestó Bradshaw—. Desde luego, por el momento, no. Pero ¿quién es ese Alan Jaynes? Usted no lo conoce bien, ¿verdad?

—Apenas —contestó la muchacha—. No le había visto en mi vida hasta ayer por la mañana. Creo que Shelah lo conoció en Tahití; creo que a ella le gustaba mucho.

Pero ¡a Shelah le gustaba tanta gente...! Hasta a mí me quería.

Julia desvió la cara y se echó a llorar.

Bradshaw se levantó y le puso una mano en el hombro, agitado por los sollozos.

—Vamos, vamos —dijo disgustado—. No haga usted eso. Está usted destruyendo toda mi labor de prensa. Waikiki, el reino de la paz, la playa donde la felicidad reina como única señora. Supóngase que la verá algún turista de los que me han creído bajo mi palabra...

—Perdóneme —decía ella sollozando—. No soy feliz; no puedo serlo.

—Claro; desde luego que no puede serlo... Por ahora, quiero decir. ¿Pero por qué no mirar hacia adelante a toda felicidad que se acerca y tomar un poco de ella por anticipado?

—Nunca, nunca; no volveré a ser feliz jamás —le dijo ella.

—¡Qué tontería! Voy a hacer para usted el mundo entero tan alegre como he hecho esta ciudad en los anuncios de la Oficina de Turismo. Cuando nos casemos...

Ella le apartó.

—No nos casaremos nunca. ¡Oh, es terrible! Yo soy una criatura espantosa. Usted no puede sospecharlo. Cuando lo sepa me aborrecerá.

—Hable. Míreme.

Se inclinó y la besó.

—Estése usted quieto —gritó ella.

—Ya es tarde —dijo él sonriendo—. Es mi deber. Yo he hecho la propaganda del romanticismo de estos sitios y tiene que haber romanticismo, aunque tenga que preocuparme de hacerlo yo en persona. Ahora, escúcheme: dentro de una semana o menos tal vez esto habrá pasado y podrá usted empezar a olvidar. Charlie Chan está a punto de resolver el misterio.

—¿Lo cree usted?

—Y él también está seguro. No hay nada que Charlie no descubra.

—Me lo parece —dijo la muchacha.

—Yo lo sé —replicó Bradshaw con firmeza.

Chan, muy alejado de compartir la confianza de Bradshaw, entraba en aquel momento en el vestíbulo del Grand Hotel. Saludó con la mano al conserje y se fue derecho al *comptoir*.

—Aquí estoy otra vez —dijo al empleado—. ¿Puede usted darme el número del cuarto que ocupa *Mr. Alan Jaynes*?

El empleado se lo dio sonriendo e indicó las cabinas telefónicas que había a la derecha del mostrador. A Charlie le sirvió de gran alivio escuchar la voz del inglés. Le suplicó cortésmente unos minutos de conversación y Jaynes le contestó que bajaba inmediatamente.

Charlie se encaminó al *hall* con rapidez no acostumbrada.

—Deseo que me sirvan ustedes una de sus deliciosas naranjadas —dijo.

—En seguida, *sir* —contestó el mozo.

—Y yo le acompañaré a usted en tanto que la prepara.

El mozo pareció asombrarse, pero no era su misión argüir. Desde que salió de la selva había aprendido a saber que el huésped tiene siempre razón.

Charlie siguió a su guía a la dependencia donde se servían los pedidos, y allí encontraron a un hombre con un mandil blanco.

—El inspector Chan, de la Policía de Honolulu —explicó brevemente Charlie—. Necesito que me sirvan dos naranjadas. ¿Puede usted hacer el favor de darme los vasos en que se proponga servirlos?

El criado estaba demasiado aburrido para sorprenderse. El clima, como con frecuencia explicaba a su mujer, le había agotado. Sacó los vasos y Charlie, sacando del bolsillo un pañuelo immaculado, empezó a limpiarlos enérgicamente.

—Debo apresurarme a declarar que este acto no envuelve la menor censura hacia ustedes —advirtió—. Pero es que he leído tanto recientemente acerca de las bacterias...

Sonrió.

—Una forma peligrosísima de la vida animal.

Podía observarse, no obstante, que lo que le preocupaba era solamente la parte exterior de los vasos. Terminó su tarea, puso cuidadosamente los objetos de su atención en una bandeja que el mozo había llevado y, llevándose la mano al bolsillo, alargó una moneda al servidor, al tiempo que le decía:

—Me hará usted un inmenso favor si llena estos receptáculos sin poner los dedos en los mismos.

Y luego, al camarero:

—Otro tanto le digo a usted. ¿Me comprende? No toque usted estos vasos. Ponga la bandeja sobre la mesa tal como está. De otro modo, llegado el momento de su propina, mi mirada vagará en la lejanía sin pararse en usted.

Cuando volvió al *hall* Charlie, ya estaba allí el inglés.

—¡Hola, Mr. Jaynes! —le dijo—. Tengo mucho gusto en volver a verle. ¿Ha descansado usted bien?

Jaynes se le quedó mirando.

—No —contestó—; no he descansado bien. Pero ¿y eso qué?

—Lo siento tanto —exclamó Chan—. Waikiki es un lugar magnífico para desterrar el insomnio, y como residente desde hace largo tiempo en Honolulu, experimento viva contrariedad cuando queda por debajo de su reputación. ¿Quiere usted hacerme el honor de sentarse en mi compañía en este sofá?

Se dejó caer en el asiento, que lanzó un quejido de protesta contra su peso.

—La áspera voz del mueble proclama ante el mundo mi excesivo *avoirdufois* —continuó afablemente—. Me pongo a dieta y ando ligero, pero no me sirve de nada. Lo que haya de ser que sea. ¿Quién es el hombre para fijar su propio peso con arreglo a tablas? Todo eso está determinado en otro lugar.

Jaynes se sentó a su lado.

—¿En qué puedo servirle a usted hoy por la mañana, inspector? —preguntó.

—Le suplico a usted que tenga la amabilidad de aceptar renovadas disculpas por detenerle en esta isla. Hay gente que le llama paraíso; pero ni aun el paraíso, por lo que me es dable apreciar, es buen sitio para el que está anhelante de marcharse a otro punto. Le renuevo mi profundo pesar. Le aseguro que me aplico con toda la celeridad posible a la tarea de poner el misterio en claro, a fin de que pueda usted partir cuanto antes.

—Me complace mucho oírle —dijo Jaynes.

Sacó la pitillera y ofreció a Charlie uno de sus pequeños cigarros negros.

—¿No?

Encendió uno él.

—Supongo que habrá usted adelantado.

—Encuentro dificultades —reconoció Chan—. Los que saben, no hablan; los que hablan, no saben. Pero esto es cosa que se tiene descontada en mi oficio. En esta hora última, me parece que vislumbro en la lejanía un débil resplandor. ¡Ah!

El mozo filipino llegó con la bandeja y la puso delante de ellos en una mesita.

—Debo decirle a usted, *Mr. Jaynes*, que estoy a dieta de zumo de naranja y que ésta es mi hora. Me he permitido encargarme para usted la misma cosa.

—No, muchas gracias —contestó el inglés—. No creo...

—Están preparadas ya —protestó Charlie con un dejo de inminente ofensa en la voz—. La bebida es inofensiva. No creo que pueda usted rehusar...

—Bien, muchas gracias —dijo Jaynes.

Por el momento no le apetecía lo más mínimo, pero sabía lo fácil que es ofender los sentimientos de un chino y no quería dar nuevos motivos de ofensa a aquel representante de la raza en particular.

—Es usted muy amable.

Cogió el vaso.

Satisfecho, Charlie alzó el suyo.

—Bebamos por mi próximo triunfo, ya que usted lo desea lo mismo que yo.

Bebió con gusto y dejó el vaso otra vez.

—Supongo que la suave naturaleza del líquido le produce a usted profundo dolor. Ya he advertido cuán amargamente padecen con esta prohibición los hombres de su país.

—¿Qué prohibición? —preguntó Jaynes.

—¡Usted se chancea! Es un noble experimento, pero no nuevo por lo que a mí se me alcanza. El emperador Yu, que subió al trono de la China en el año 225 antes de Jesucristo, dijo cuando bebió licores por primera vez que aquello tendría que hacer a su pueblo mucho daño, y prohibió el uso. Su edicto tuvo excelente efecto durante algún tiempo, pero poco después se perdió en la oscuridad de las páginas de la historia. La China —agregó Chan bebiendo nuevamente— como la bolsa de un hombre generoso, ha tenido que soportar mucho. Pero sobrevive todavía.

Jaynes le miró con viva curiosidad. ¿Habría ido a verle aquel policía sin más fin que charlar con él de la ley seca? Charlie advirtió la mirada.

—Pero volvamos a nuestros carneros —dijo—. Deseo practicar averiguaciones referentes a usted relacionadas con lo sucedido anoche. Usted tiene la desventura de no estar en posesión de explicaciones convincentes respecto de dónde estuvo y qué hizo durante el tiempo en que el homicidio se cometió. ¿Estaba usted, conforme tengo entendido, deambulando preocupadísimo a la hora fatal?

—Me temo que sí —reconoció Jaynes.

—Desde el momento en que se separó usted de Martino en la playa hasta que él salió, le encontró y le dio la noticia del asesinato, ¿estuvo usted completamente solo?

—Sí.

—En su paseo, ¿hasta dónde llegó usted de la playa?

—Hasta el Moana Hotel. Me senté allí debajo del banano y me puse a pensar qué partido me sería más conveniente.

—¿Y no...? (¿tiene usted la amabilidad de acompañarme a tomar otro sorbo?) ¿Y no llegó usted a entrar en la propiedad de Shelah Fane?

—Le acabo de decir a usted que no llegué más que hasta el Moana. Y como le digo, me senté a pensar qué me convenía hacer. Cuando me hube tranquilizado un poco, se me ocurrió que tal vez estaría dando demasiada importancia a una cosa que no la tenía. Una mujer que se dejaba influir tan fácilmente por un adivino quizá no fuera la esposa ideal, pensaba yo. Su vida estaba muy alejada de la mía... Empecé a pensar si todo no habría sido un pasajero capricho de los dos. Me resolví a embarcar anoche mismo y olvidar todo el episodio si me era posible. Una vez que hube tomado esta determinación me sentí mejor. Me volví hacia acá, pasé por el Outrigger Club y delante del Hotel me encontré a Martino, que me dio la sorprendente noticia de haber sido asesinada la pobre muchacha.

—¿Nadie le vio a usted en el Moana debajo del banano?

—Creo que no. Estaba sentado en un rincón oscuro.

—¿Estuvo usted alguna vez en el pabellón en que Shelah Fane ha encontrado su fin?

—No; no lo he visto jamás.

—¿De modo que no ha podido usted estar en las cercanías en ningún momento? ¿Merodeando en torno de una ventana, por ejemplo?

—Difícil.

Sin apresuramiento, Jaynes tomó su vaso y bebió. De repente se quedó mirando a Charlie.

—¿Y por qué me pregunta usted eso?

—Mi único propósito es ir estrechando el círculo de las averiguaciones —le explicó Chan—. Nada más. Muchas gracias. ¿Puede usted decirme a qué hora sale el próximo barco para el continente?

—Sí que puedo —contestó el inglés—. Hay uno mañana a mediodía. Ojalá que...

—Voy a extenderme todo lo posible —dijo Chan sonriendo—. Aunque, mirándome, podría haber quien me objetara que lo había hecho ya.

Jaynes se echó a reír.

—No vaya usted a cohibirse por eso —dijo—. Ya sé que usted hará todo lo que esté en su mano. A propósito: temo haber estado con usted un poco áspero anoche, pero es que tenía un gran deseo de marcharme. Por muchas razones... No sólo por mis asuntos en los Estados Unidos, sino también por este suceso espantoso... Quería verme libre de él. Lo quiero. ¿Me comprende?

—Le comprendo —asintió Chan gravemente.

Su mano izquierda tocó algo en el bolsillo de la chaqueta.

—Tenga usted muy buenos días —añadió.

Se quedó mirando al inglés, que cruzó la terraza y se fue hacia el mar. Sintió que tenía a alguien a la espalda y se volvió. Un chino viejo que de continuo adornaba el *hall* con su figura vestida a la usanza nacional, se acercaba a coger los vasos.

—¡Alto! —dijo Chan cogiendo la atrevida mano—. Que la cólera de los siete dioses vigilantes descienda sobre ti si los tocas.

Sacó su pañuelo y arrojó con él amorosamente el vaso en que había bebido Jaynes.

—Este me lo llevo para asunto que no es de tu incumbencia.

Pero indudablemente el hombre creyó que era de su incumbencia, porque siguió a Charlie hasta el *comptoir*. Allí encontró Chan a uno de los jefes.

—Tendría interés en comprar este objeto —dijo mostrando lo que llevaba en el pañuelo—. Tenga la amabilidad de decirme el precio.

El jefe se echó a reír.

—Está bien. Lléveselo. ¿Para qué lo quiere usted, Charlie? ¿Es que anda usted reuniendo huellas dactilares de nuestros inofensivos huéspedes?

—Se halla usted muy próximo de la verdad —dijo Chan—. Salvo quizá en la palabra inofensivo. Muchas gracias. Y ahora hágame el favor de quitarme de encima a este anciano, que se figura haber capturado a uno de los cuarenta ladrones.

El jefe dijo unas palabras al servidor, que se retiró renegando. Bien sabía Chan que su murmuración no era especialmente halagüeña para él, pero no hizo caso. Apresuradamente salió a tomar su coche.

Sumido en sus pensamientos, condujo el vehículo a casa de Shelah Fane. ¿Serían aquellas huellas dactilares idénticas a las que había en el alféizar de la ventana del pabellón? Si lo eran, se aproximaba el fin de la jornada.

Hettick estaba esperando y a él confió Chan su preciosa carga, que rezumaba naranjada todavía. El perito puso inmediatamente manos a la obra. Se puso junto a la ventana, en una mano el vaso y en la otra una lupa. Chan se aproximó, en espera del veredicto.

Hettick movió la cabeza negativamente.

—No se parecen en nada —anunció—. Por esta vez ha tomado usted el camino

equivocado, inspector.

Profundamente descorazonado, Chan se dejó caer en una silla. ¿De modo que no había sido Alan Jaynes quien había entrado en el pabellón la noche antes? Todo parecía colaborar por la contestación afirmativa en tales términos que hasta aquel mismo minuto él no había tenido la menor duda. ¿Con que el camino equivocado, eh? No le importaba el tono en que Hettick lo había dicho. La gente del puesto se había mostrado hostil desde que Chan regresó del continente. Esperaban que volviera en actitud de engreimiento y triunfo como consecuencia de sus hazañas allá; y el hecho es que no hubiera mostrado el menor asomo de semejante estado, maldito si había servido para amortiguar su envidia. Había tenido que sufrir numerosas observaciones jocosas que revelaban una corriente oculta de hostilidad. ¿Conque el camino equivocado, eh? Pero ¿quién no equivocaría la senda en este asunto? ¿Dónde estaba el superhombre capaz de no equivocarse nunca?

El camino equivocado. Chan se sentó caviloso. Jaynes había estado al pie de aquella ventana; la punta de cigarro, que había dejado allí evidentemente, era prueba bastante. Pero no era él quien había empujado la persiana y entrado, dejando sus huellas dactilares en el blanco alféizar. Otro había sido. ¿Quién? Quienquiera que hubiese sido...

De repente, Charlie se dio en la frente una sonora palmada.

—¡Caramba! He estado haciendo el perfecto idiota. He ido demasiado aprisa sin pararme a pensar. Todo el mundo anda metiéndome prisa; hasta mi familia. Y yo no valgo para prisas. La prisa es el huracán que destruye el andamiaje.

Se dirigió a Hettick:

—¿Dónde están las huellas dactilares del colonizador que se sacaron anoche en el puesto de Policía?

—Aquí las traigo —contestó Hettick.

Sacó del bolsillo un sobre y de él una placa de cristal.

—¿Es que... piensa usted...?

—Sí; pienso. Un poco tarde, pero pienso —dijo Charlie.

Tomó la placa de la mano propicia de su compañero y se acercó apresuradamente a la ventana.

—¡Mire! —gritó— ¡Mire su cristal! ¿Cuál es su dictamen?

—Son las mismas —proclamó Hettick.

En los ojos de Charlie brilló la luz del triunfo.

—¡Por fin he conseguido algo! —exclamó—. Smith, el colonizador, estuvo anoche en esta habitación. ¿Voy siempre por el camino equivocado o tengo algunos momentos lúcidos?

CAPITULO XVI

Una palabra de advertencia

La expresión de calmosa indiferencia de Chan se había desvanecido por el momento. El detective andaba de un lado para otro como inspirado por su recentísimo descubrimiento.

—Smith, el colonizador —dijo una vez más—. Triste brizna de humano naufragio arrojada a la playa de espléndida isla. Destrozados restos de un hombre, ¡cuán atareados andaban la noche antes en torno de aquel edificio! Una gran noche en la vida de Smith, me atrevo a imaginar.

Hettick estaba recogiendo los trebejos de su oficio.

—Bueno; ahora me marchó a la estación —dijo—. Ya les he dejado a ustedes trabajo. Adelante, y que saquen de él un buen partido.

—¡Oh, es usted un detective inteligentísimo! —dijo Chan sonriendo—. A veces se van las cosas de la memoria, pero cuando un humilde trabajador las recuerda, se levanta usted como un demonio vengador. Indudablemente nos ha dejado usted trabajo. Sí; vuélvase al puesto de Policía. Yo llegaré más tarde y entre tanto me permito indicarle respetuosamente que salgan inmediatamente a la busca y captura de Smith. Diga que hay que presentar al colonizador en el puesto sin la menor dilación. Explórense las aguas más profundas. No olviden a Kashimo. Es nuestro investigador más apasionado y, lo que es mejor, conoce todos los rincones de la baja sociedad.

Prometió Hettick que daría el recado y marchó. Charlie salió detrás de él. Vio a Julia y Bradshaw en el jardín y se detuvo junto a ellos.

—¿Se viene usted a la ciudad? —le preguntó a él.

—No, muchas gracias —contestó Bradshaw—. Hoy me he traído el coche. Además, que Julia acaba de convencerme de que me quede a tomar el *lunch*.

—Que la vida no tenga para ella más arduas cuestiones que una tal persuasión —dijo Chan con una sonrisa—. No quiero nublar su porvenir, *miss* Julia, pero estoy en el deber de manifestarle que voy a volver en seguida.

Cuando pasaba cerca de la casa, Jessop se presentó en la puerta de la galería.

—Hola, señor policía —dijo—. ¿Me hace usted el favor de entrar un momento?

Sorprendido por la seriedad de tono del mayordomo, Charlie pasó la puerta que sostenía abierta el servidor.

—¿Tiene usted algo que decirme? —preguntó.

—Sí, señor, que tengo. Haga el favor de venir conmigo.

Le guió Jessop a un pequeño recibidor que había cerca de la entrada principal. Entró él primero; evidente distracción por su parte.

—¡Oh, perdone, *sir*! Voy a cerrar la puerta para que podamos celebrar la entrevista sin que nadie nos moleste.

—Ando un tanto apremiado de tiempo —empezó Chan algo sorprendido por aquellos aparatosos preliminares.

—Ya lo sé, señor policía. Despacharé en seguida.

A pesar de esta promesa, se detuvo perplejo.

—Mi anciano padre —empezó— que fue durante más de cuarenta años el servidor de confianza de un duque más bien exigente, me dijo siendo yo joven: «Un buen criado lo ve todo, lo sabe todo, pero no dice nada». Sólo después de larga y madura meditación, señor policía, me he determinado a prescindir de este excelente consejo.

Chan asintió con la cabeza.

—Las circunstancias —observó— hacen cambiar los casos.

—Precisamente, *sir*. Yo he sido siempre un hombre respetuoso con las leyes y, lo que es más, tengo gran ansiedad de verle a usted al tanto de toda esta cuestión sin más tardar a ser posible. Anoche estaba yo en el *hall* trabajando por casualidad mientras usted preguntaba a *miss* Julia acerca de la sortija de la esmeralda. Esto pudiera sugerirle a usted la idea de que estaba escuchando, pero yo le aseguro que tal doblez estaba alejadísima de mis propósitos. Oí a la joven decirle a usted que *miss* Fane le había dado la sortija por la mañana temprano y que ella, *miss* Julia, la había tenido en su poder desde aquel momento hasta que usted la encontró en su cuarto.

—En efecto, eso fue lo que me dijo *miss* Julia —convino Charlie.

—No me es posible entenderlo, *sir*. No sé qué sería lo que se propusiera con su declaración, pero lo que sé es esto: Anoche, a eso de las siete, *miss* Fane me llamó a su cuarto y me dio la carta que yo debía entregar a *Mr.* Tarneverro tan pronto como llegara a la casa. Al darme la misiva, vi distintamente, brillando en su mano derecha, la sortija en cuestión. Estoy completamente cierto en este punto, señor policía, y dispuesto a prestar sobre él solemne juramento.

Chan se quedó callado unos instantes. Pensaba en Julia O'Neill, tan joven, de aspecto tan inocente.

—Muchas gracias —dijo por último—. Lo que usted me ha dicho me parece de la más alta importancia.

—Mi deseo es que no sea todo lo importante que parece —contestó Jessop—. Le digo a usted, señor policía, con cierto temor. Yo no tengo nada contra *miss* Julia, que es una joven encantadora; encantadora, *sir*. He dudado mucho si permanecer callado; pero la noción del deber se me ha hecho presente hoy en dirección por completo opuesta. Tanto como usted, *sir*, deseo yo ver al malhechor adecuadamente castigado. *Miss* Fane era extremadamente buena conmigo.

Chan se dirigió a la puerta.

—Voy a aprovecharme en el acto de sus informes —anunció.

Jessop estaba inquieto.

—Si pudiera usted omitir mi nombre, *sir*...

—Ello no va a ser posible —le dijo Chan.

Jessop lanzó un suspiro.

—Lo comprendo, señor policía. Lo único que digo y repito es que estoy seguro de que vi la sortija. Tengo una vista excelente; lo que para un hombre de mi edad constituye motivo de profunda satisfacción.

Se salieron al *hall*. Ana, la doncella, bajaba las escaleras lentamente. Chan se volvió a Jessop.

—Le repito a usted las gracias —dijo—. Puede usted retirarse.

Desapareció el mayordomo en dirección a la cocina, y Charlie esperó a Ana al pie de la escalera.

—Buenos días —dijo a la muchacha afablemente—. Quisiera hablar unas palabras con usted, si me hace el favor.

—Con mucho gusto —contestó Ana. Y le siguió a la sala.

—¿Recuerda usted lo que refirió *miss* Julia a propósito de la sortija?

—Claro que lo recuerdo, *sir*.

—Que le fue entregada por *miss* Fane por la mañana temprano y desde ese momento la tuvo en su poder. ¿No tiene usted nada que decir respecto de este punto?

—¿Qué quiere usted decir? —contestó la joven.

—¿Usted no vio la sortija en el dedo a *miss* Fane en el curso del día? ¿O cuando fue a buscarla usted para que le diera el alfiler para las orquídeas?

—Si se la vi no me fijé, *sir*.

—¿De modo que usted ve las cosas, pero no se fija?

—Se lo explicará usted perfectamente. No se para atención en las cosas que no son familiares. Lo que quiero decir es... Puede que llevara la sortija o que no la llevara. Me es imposible asegurarlo.

—¿No nos será posible aclarar este extremo?

—Por mi parte, me temo que no.

Chan hizo una reverencia.

—Muchas gracias. Nada más.

Salió a la galería. Le faltaba ánimo para el paso que se aproximaba; pero igual le había ocurrido muchas veces antes y nunca había dejado de cumplir con su deber. Salió al jardín y se acercó a un banco en que estaban sentados Bradshaw y la muchacha.



—Dígame, *Mr. Chan* —dijo casi sin voz.

—*Miss Julia* —empezó.

La joven le miró; y al ver la gravedad del rostro de él palideció el de ella.

—Dígame, *Mr. Chan* —dijo casi sin voz.

—*Miss Julia*: Me ha dicho usted que *miss Fane* le entregó a usted la sortija de la esmeralda inmediatamente después de su llegada ayer por la mañana. ¿Por qué me ha dicho usted eso?

—Porque es la verdad —contestó *Julia* decididamente.

—Entonces, ¿cómo se explica usted el hecho de que vieran la sortija en el dedo de ella anoche a las siete?

—¿Quién lo ha dicho? —gritó la joven.

—¿Es importante?

—Es muy importante. ¿Quién lo ha dicho?

—Lo he sabido de origen que me parece digno de entero crédito.

—Usted no tiene medios de saber si es digno de crédito o no, *Mr. Chan*. ¿Quién ha hecho esa declaración? Desde luego, *miss Dixon* no ha sido; no está levantada todavía. Tiene que haber sido uno de los criados. Tal vez *Jessop*. ¿Ha sido *Jessop*, *Mr. Chan*?

—Pero ¿qué importa?

—Le aseguro a usted que importa mucho. Porque ha de saber usted que yo no estoy muy a bien con *Jessop*. Hay entre nosotros una antigua querrela. Por parte de él, desde luego.

—¿Tiene usted la bondad de explicarme qué quiere usted decir?

—Sí. Como le dije a usted anoche, los criados de *miss Fane* estaban engañándola, robándola siempre. Al entrar yo de secretaria suya, me hice la desentendida, porque no me gusta ir con cuentos. Pero hace cosa de un año se encontró en grandes compromisos económicos y yo empecé a hacer averiguaciones. Descubrí que *Jessop* estaba en vergonzosas combinaciones con todos los comerciantes, que cargaban

escandalosamente las facturas; en lo que Jessop llevaba una parte. No dije nada a *miss Fane*. Ya sé lo que hubiera ocurrido: un arranque de indignación, lágrimas y recriminaciones y probablemente una aparatosa escena de perdón al final. Era así de buena. En vez de ello me fui a Jessop y le dije que sabía lo que estaba haciendo y que aquello tenía que terminar. Se puso hecho una fiera. Me dijo que todos los demás criados de Hollywood hacían lo mismo, y parecía considerar aquella conducta una especie de prerrogativa real. Pero cuando le amenacé con decírselo a *miss Fane*, se refrenó y me dijo que no lo haría más. Y creo que no lo ha vuelto a hacer, en efecto; pero desde entonces se ha mostrado siempre frío conmigo y sé que no me ha perdonado ni me perdonará nunca. Ahora verá usted por qué era el preguntarle si había sido Jessop quien le había dicho esa... mentira acerca de la sortija.

—Y con Ana, ¿está usted a bien, como usted dice?

—Ana y yo nos hemos llevado siempre muy bien —contestó Julia—. Es una chica muy formal, que ahorra su dinero para comprar papel del Estado. Dinero adquirido honradamente; estoy segura de ella porque (y Julia sonrió levemente) la pobre muchacha no ha tenido nunca ocasión de cargar las facturas. No pasaba ninguna por sus manos.

Chan miró unos momentos la encendida cara de Julia.

—Entonces, ¿usted insiste en que *miss Fane* en persona le dio a usted la sortija ayer por la mañana?

—Por descontado que insisto. Es verdad, míster Chan.

Charlie hizo una inclinación de cabeza.

—No tengo más remedio que aceptar su afirmación de usted, *miss Julia*. Es perfectamente posible que la persona que me ha dicho que vio anoche la sortija haya sido inspirada por añeja enemistad; lo pensé cuando estaba escuchándola. «*Miss Julia* —me decía a mí mismo—, es demasiado bella y demasiado dulce para que sea capaz de cometer infamias». Advertirá usted, Jimmy, que coincidimos en nuestros gustos.

—Lo cual le honra a usted —dijo Bradshaw sonriendo.

—Lo cual nos honra a los dos —corrigió Chan—. Y no he de continuar presente aquí, miserable borrón en una encantadora escena.

Mi más cordial adiós... hasta que volvamos a vernos.

Se marchó pensativo a su coche y salió en él de la finca, bajo el ardiente sol del mediodía. «Tantos caminos como giran y vuelven...» ¿Encontraría por fin su cochecillo el verdadero camino?

Cuando llegaba al Grand Hotel ocupaba otra vez sus pensamientos Huntley Van Horn. No queriendo reaparecer tan pronto ante la entrada principal del hotel, dejó el coche en la calle y entró por el parque. Estaba reunido un grupo de entusiasmados turistas debajo del más alto de los cocoteros; Charlie miró arriba y vio a uno de los chiquillos de la playa, vestido con un traje de baño rojo, trepando por el árbol con la agilidad de un mono. Se paró un momento a mirar la destreza del muchacho.

—¡Vaya un chico listo, inspector! —dijo una voz a su lado.

Se volvió y se encontró con los sonrientes ojos grises de Van Horn. Hallábanse actor y policía un poco apartados de los demás y el primero era blanco de las miradas inflamadas y amorosas de las jóvenes, que parecían estar allí para contemplar al chiquillo que trepaba.

—Hola, *Mr. Van Horn* —dijo Chan—. Tengo a gran fortuna este encuentro. He venido con el único y deliberado propósito de verle a usted.

—¿De veras?

El actor miró al árbol. Añadió:

—Bueno; parece que ya ha subido hasta donde es posible subir. ¿Quiere usted que pasemos a la galería y charlemos allí?

—Me parece la idea espléndidamente acertada —convino Chan.

Siguió a Van Horn y los dos se sentaron en un apartado rincón. El chico había bajado del cocotero y estaba a la sazón en medio del grupo de admiradores, bañado completamente en la intensa luz. Chan le miraba atentamente.

—A veces —dijo— en el corazón se despierta cálida envidia por estos chiquillos. Vivir tan felizmente, sin cuidados ni contratiempos ni enojos... Eso debe ser lo que los hombres llaman paraíso. Todo lo que reclaman de la vida es un traje de baño, ligeramente roto.

Van Horn se echó a reír.

—¿Es que usted tiene contratiempos, inspector?

Charlie le miró cara a cara, decidido a hablar claramente.

—Sí tengo —dijo.

Hizo una pausa.

—Y es usted uno de ellos —agregó rápidamente.

El actor se quedó imperturbable.

—Usted me favorece —contestó—. ¿Cómo es posible que yo sea para usted un contratiempo?

—Es usted un contratiempo para mí porque le encuentro a usted indefenso en este asunto de la muerte de *miss Fane*. No sólo que no puede usted demostrar que estuviera en otro lugar mientras se cometió el asesinato, sino que de todas las personas en quienes puede pensarse era usted la más próxima al teatro del crimen. Estaba en el jardín en ese crítico momento, *Mr. Van Horn*. No sería usted para mí un contratiempo mayor si fuera usted mi propio hijo.

Van Horn sonrió.

—Es usted muy amable, inspector. Se lo agradezco mucho. Sí; la verdad es que me encuentro metido en toda esta historia del crimen. Pero confío en usted. Usted es un hombre inteligente y tiene que darse cuenta de que yo no tenía absolutamente ningún motivo para matar a la pobre chica. Hasta que me uní a su compañía para hacer esta película, apenas la conocía, y durante el tiempo en que hemos estado trabajando juntos, nuestra relación ha sido la más amistosa del mundo.

—Muy bien —dijo Chan, al mismo tiempo que miraba a la cara al actor con ojos

penetrantes—. Con Denny Mayo, ¿tenía usted la relación más amistosa del mundo también? —preguntó.

—¿Y qué tiene que ver en esto Denny Mayo? —preguntó Van Horn.

A pesar de todos sus esfuerzos, su expresión no era todo lo indiferente que él hubiera deseado.

—Puede que tenga que ver mucho —le dijo Charlie—. Trato de poner hechos al descubierto. Usted puede auxiliarme. Le repito: ¿Tenía con Denny Mayo la relación más amistosa del mundo?

—Le conocía mucho —admitió Van Horn—. Un chico encantador, un irlandés verdadero; era imposible saber nunca qué camino había de tomar en el momento siguiente. Todos le queríamos. Su muerte fue un gran golpe.

—¿Quién le mató? —preguntó Charlie resueltamente.

—Ojalá lo supiera yo —contestó Van Horn—. Anoche, cuando le oía a usted preguntar a todo el mundo cosas de hacía tres años, tuve la sensación de que de algún modo relacionaba usted su muerte con la de Shelah Fane. Me gustaría saber la relación que pueda existir.

—Sin duda por eso —dijo Charlie— es por lo que esta mañana se apresuró usted a ir a la biblioteca a leer afanosamente lo relativo al caso de Mayo.

Van Horn sonrió.

—¡Ah! ¿De modo que me sorprendió usted metido entre libros? Inspector, mi agente de publicidad podrá decirle a usted si no soy hombre aficionado al estudio. No hay cosa que me guste tanto como meterme en un rincón con un buen libro en la mano... Verdadera literatura, se entiende...

Charlie levantó una mano en señal de protesta.

—El hombre prudente que sabe que sobre él se cierne la sospecha —advirtió— no se inclina a atarse el zapato en un melonar.

Van Horn movió la cabeza en señal de aprobación.

—Un viejo proverbio chino, ¿verdad? Me gusta; es bonito.

—Antes de que nos hayamos movido de estos asientos —dijo Chan seriamente— usted me habrá manifestado el motivo de su visita matinal a la biblioteca.

Van Horn no contestó. Frunció el entrecejo unos momentos. Luego dijo con resolución:

—Inspector: ha sido usted franco conmigo. Lo voy a ser yo con usted. Aunque cuando sepa usted la razón que tuve para esa visita, me parece que se quedará usted más asombrado que antes.

Sacó del bolsillo un sobre con el membrete del Grand Hotel y de él una hoja de papel.

—¿Me hace usted el favor de leer esto?

Chan tomó el papel. Era una nota breve, escrita a máquina y sin firmar. Leyó:

«Sólo una palabra de aviso de un amigo. Vaya usted inmediatamente a la biblioteca pública de Honolulu y quite de todos los volúmenes encuadernados de

todos los periódicos de Los Angeles que se refieran al asesinato de Denny Mayo ciertos datos que hay en el asunto comprometedores para usted.»

Charlie le miró.

—¿Dónde le dieron a usted esto?

—Lo encontré debajo de la puerta de mi cuarto al despertarme esta mañana —dijo el actor.

—¿Y se fue a la biblioteca en seguida?

—En seguida que almorcé. ¿Quién no hubiera ido? No recordaba haber sido nombrado jamás en relación con ese asunto... No había razón para que se me nombrara. Pero, naturalmente, se me despertó la curiosidad. Fui y leí todo lo que encontré referente al asesinato de Mayo en *Los Angeles Times*, único periódico que había. Y me extrañó...

—¿El qué? —interrumpió Chan.

—Ver lo que yo suponía. Que mi nombre no se mencionaba en ningún lado. Crea, inspector, que ha sido para mí una mañana de asombro.

—Naturalmente —afirmó Charlie—. Muy extraño todo ello. ¿No tiene usted idea de quién haya podido escribir esta nota?

—En absoluto —replicó Van Horn—. Pero la intención de ella parece clara. Alguien ha pretendido lanzar sospechas sobre mí. Es una delicada atención que agradezco. Él, o ella, pensó que me iría en el acto a la biblioteca, pediría ese volumen y usted lo descubriría en seguida. Después de ello, usted se imaginaría que yo estaba envuelto en este asunto y perdería un tiempo precioso haciendo investigaciones en esta dirección. Afortunadamente, usted ha seguido el extraño camino de venir a exponerme a mí sus sospechas. Me alegro mucho de que lo haya hecho. Y me alegro sobre todo de haber guardado la carta.

—Que, por otra parte, pudiera haber escrito usted mismo —indicó Chan.

Van Horn se echó a reír.

—No, no; no soy yo tan profundo como todo eso, *Mr.* Chan. La carta estaba bajo mi puerta cuando yo me levanté. Averigüe quién la ha escrito y encontrará al asesino de Shelah Fane.

—No es ello sino muy verdad —convino Chan—. Me quedo con ella, desde luego.

Se levantó.

—Ya hemos charlado un rato, *Mr.* Van Horn, y quedo muy agradecido a su confianza. Sigo ahora mi camino con un nuevo rompecabezas en el bolsillo. Si se le añaden unos cuantos más me desvaneceré a causa del esfuerzo mental. Sentiría mucho haberle retardado a usted el *lunch*.

—Nada de eso —contestó el actor—. Ha sido para mí una entrevista muy afortunada. Vaya usted con Dios y celebraré infinito que tenga un triunfo.

Chan cruzó apresuradamente el parque, y, ya en su coche, emprendió la marcha hacia la ciudad. Iba pensando profundamente en Huntley Van Horn. A pesar de sus

maneras desenvueltas, daba la impresión de haber hablado sinceramente. ¿Pero podía él —decíase Charlie a sí mismo—, estar seguro de ello? ¿Podía estar jamás seguro de nada en el mundo? El desengaño retoñaba en todos lados y crecía como la enredadera.

Suponiendo que Van Horn hubiera dicho la verdad, ¿quién le había metido aquella nota debajo de la cama mientras dormía? Chan empezó a comprender que estaba comprometido en un duelo a muerte. Su adversario era rápido y precavido, más inteligente que persona alguna con quien se hubiera tropezado en su larga carrera. ¿Cuántas de aquellas pistas eran falsas, lanzadas con el solo propósito de confundirle? ¿Cuántas eran auténticas?

Una interior comezón le dijo que el *lunch* sería en aquel momento una agradable diversión; no era hombre que dejara a un lado tales indicaciones. Pero conforme se aproximaba a la biblioteca, otra comezón mayor aún le asaltaba; un ardiente deseo de leer por sí mismo el relato de la muerte de Denny Mayo. Dedicando un suspiro al camarero que hubiera de servirle el *lunch*, y que habría de languidecer un rato esperándole, detuvo el coche y entró.

En la mesa no había nadie y pasó a la sala de lectura, que estaba a la derecha. Tuvo la suerte de que el pesado volumen que había estado leyendo Van Horn por la mañana no hubiera sido aún devuelto a su lugar en las estanterías. Sí; allí estaba, sobre la mesa ante la cual había visto sentado al actor. La sala estaba desierta con la sola excepción de un chiquillo o dos. Charlie cruzó rápidamente la estancia y abrió el libro.

Sabía la fecha de la tragedia de Denny Mayo y buscó directamente la edición de la mañana siguiente. Abrió los ojos con asombro. Debajo del título de la octava columna: «Se encuentra asesinado en su casa a un actor de cine», había un desgarrón.

Examinó rápidamente las páginas y luego se reclinó, asombrado y sin creer lo que veía. Todos los retratos de Denny Mayo habían sido arrancados sin piedad del tomo.

CAPITULO XVII

Cómo murió Denny Mayo

Chan se quedó inmóvil un rato, sumido en sus pensamientos. Alguna persona desesperada estaba decidida a que no supiera él cómo era Denny Mayo. Los pies de las fotografías estaban en su mayor parte intactos. «Denny Mayo cuando fue por primera vez a Hollywood.» «Denny Mayo en “El pecado desconocido”». Pero siempre la cara del actor había sido destruida.

¿Quién había hecho aquello? ¿Huntley Van Horn? Tal vez. Aunque, si había sido él, los métodos de Van Horn parecían demasiados bruscos y rudos para caballero tan suave. Ir resueltamente a la biblioteca, pedir el volumen, firmar la papeleta en que constaba que lo había pedido y luego mutilar las amarillentas páginas, hubiera sido increíblemente cándido. Invitaba a la rápida e inevitable investigación. No parecía cosa de Van Horn.

Luego de dar un fuerte suspiro, Charlie se aplicó al texto que había rodeado los retratos de Denny Mayo. El actor había ido a Hollywood procedente de la escena inglesa, y había triunfado inmediatamente. Había vivido solo con un criado en una casa aparte, situada en una de las mejores calles de Los Angeles. En la noche del asesinato, el criado, después de cumplir sus obligaciones, salió con permiso. Salió a las ocho, dejando a Mayo de excelente humor.

Cuando a medianoche volvió entró por la puerta de la cocina. Como vio luz en la sala, entró a preguntar al señor si quería algo antes de irse a la cama. Encontró tendido en el suelo al actor, muerto debía de hacer unas dos horas. Mayo había sido muerto a bocajarro con su propio revólver, una bonita arma que solía guardar en el cajón de su mesa. El revólver estaba a su lado y no se encontraron en él huellas dactilares; ni las suyas ni las de persona desconocida ninguna. A nadie se había visto entrar en la casa ni salir de ella. La casa estaba semioculta entre la oscuridad de numerosos árboles.

Por desgracia, a la mañana siguiente (Charlie levantó las cejas expresivamente al leer esto), la Policía había dejado que el público entrara en la casa y la recorriera de un lado a otro. Actores, actrices, directores, empresarios, todos amigos, según decían, del muerto, podían haber destruido cualesquiera pistas y claves que hubiera podido haber. El caso es que no se encontró pista importante ninguna. Las que descubrió la Policía no condujeron a resultado ninguno.

Poco se sabía del pasado de Denny Mayo; había llegado de lejos y no compareció durante las diligencias persona alguna de su familia. Se dijo que había dejado en Inglaterra a su esposa, a quien llevaba años sin ver y de la que nunca habló a sus amigos. Quizá estaba divorciado. Su vida en Hollywood no había sido aparatosa; las mujeres lo admiraban, pero si él correspondía en algún caso a esa admiración, lo hacía con la discreción más absoluta. Si alguien tenía un agravio con él...

Siguiendo la lectura, saltó a Charlie a los ojos un nombre que le hizo levantarse de un salto, presa de súbito interés. Leyó rápidamente hasta haber terminado. Mayo había trabajado en una película en que la primera actriz era una llamada Rita Montaine. *Miss Montaine* se había casado con un tal Wilkie Ballou, personalidad importante de Honolulu, entroncada allí con una familia de abolengo. Una persona indeterminada afirmaba que había medio escuchado una riña entre Mayo y Ballou, a propósito de un viaje en que Mayo se había llevado a *miss Montaine*. Pero el testigo no había oído que Ballou amenazase al actor.

No obstante, Ballou había sido interrogado. Su exculpación había sido completa y apoyada por la misma *miss Montaine*. La noche de la muerte de Mayo, según dijo la actriz, ella y Ballou habían estado juntos desde las seis hasta las doce de la noche. Se habían dado un gran paseo en el coche de Ballou y habían estado bailando juntos en una casa de campo muy apartada del teatro del crimen. Ella había declarado que era la prometida de Ballou y que pensaban casarse muy pronto.

Estos dos personajes desaparecían del primer término. Charlie siguió leyendo, por entre los desamparados titubeos de una Policía por completo desorientada. Volvió página tras página; no surgían hechos nuevos y en medio de un frenético fárrago por parte de los reporteros, la información iba desvaneciéndose gradualmente.

¿Qué fe merecía aquella exculpación de Ballou? Testificada por una mujer que iba a contraer con él matrimonio. ¿Estaría ella, por otra parte, dispuesta a mentir por él?

Chan cogió el pesado volumen y con él volvió a la dependencia principal de la biblioteca. Dejó su carga encima del mostrador, detrás del cual había una linda joven. Sin decir palabra, abrió el tomo y mostró las páginas mutiladas.

Si su propósito era anonadar a la joven, no podía haber hallado medio mejor. Su grito de horror fue inmediato y descorazonador.

—¿Quién ha sido, *Mr. Chan*? —preguntó.

Charlie sonrió.

—Muchas gracias por la confianza que deposita en mi aptitud —dijo—. Pero no se lo puedo decir a usted.

—Se le sirvió a Van Horn, el actor. Esto está prohibido por la ley, como usted sabe. Debe usted detenerle inmediatamente.

Chan se encogió de hombros.

—Pero es que ha estado sobre la mesa desde que *Mr. Van Horn* lo dejó, esta mañana temprano, hasta pasadas las doce. ¿Qué pruebas tenemos de que sea Van

Horn quien lo haya mutilado? Yo le conozco y no creo que sea un tonto de esta clase.

—Pero, pero...

—Si usted me lo permite, hablaré con él por teléfono.

La joven le condujo a un teléfono y Chan encontró a Van Horn en el hotel. Le explicó rápidamente el estado en que había hallado el libro.

—¿Y qué es lo que le parece a usted? —le dijo Van Horn.

—Me parece muy poco —contestó Charlie—. ¿El volumen estaba intacto cuando usted lo vio?

—Absolutamente. Le dejé sobre la mesa impecable a eso de las nueve y media y me marché.

—¿Vio por allí, cerca de usted, a alguna persona conocida?

—No vi un alma. Pero me parece, inspector, que esto arroja nueva luz sobre la nota que me encontré esta mañana. Tal vez el propósito de mi desconocido amigo era no tanto comprometerme a mí como quitar ese volumen de entre los documentos. Él (caso de que haya sido él), tal vez esperó que la cosa ocurriera como efectivamente ha ocurrido; que yo lo pidiera y lo dejara donde él pudiera encontrarlo sin necesidad de firmar la papeleta. ¿No ha pensado usted en ello?

—Es muy digno de atención —dijo Chan con un suspiro—. Muchas gracias por la idea.

Volvió al mostrador.

—Mr. Van Horn —dijo— dejó el volumen en su prístino estado. Está seguro de ello. ¿Se ha advertido que lo mirara alguien más esta mañana?

—No sé —contestó la joven—. La bibliotecaria de esta dependencia está tomando el *lunch*. Mr. Chan, usted es quien tiene que averiguar quién es el autor.

—Ahora ando muy atareado con el crimen —se disculpó Chan.

—No haga caso del crimen —dijo ella tristemente—. Esto es una cosa seria.

Chan sonrió, pero la joven no parecía dispuesta a acompañarlo. El prometió hacer todo lo que estuviera en su mano y se marchó.

Una mirada al reloj le indicó que no tenía el tiempo necesario para tomar el *lunch* con el acostumbrado reposo. Se tomó un sándwich y un vaso de leche y se encaminó al puesto de Policía. El jefe estaba paseando por el cuarto de detectives.

—¡Hola, Charlie! —gritó—. Estaba pensando dónde se habría usted metido. Ha tenido usted una mañana atareada, ¿verdad?

—Como un perro en un asador —contestó Chan—. Y con la misma gana de salir de él.

—¿Todavía no ha encontrado usted nada?

—Tanto he encontrado que estoy hasta los pelos —le dijo Charlie—. Pero ni la menor idea de quién haya matado a Shelah Fane.

—Pues eso es lo que necesitamos —insistió el jefe—: El nombre, el nombre. Tenemos que encontrarlo en seguida y dónde sea.

—Tal vez lo encontremos —contestó Chan, con una ligera insistencia en el plural.

Se sentó y siguió—: Ahora contaré mis aventuras de la mañana, y pudiera ocurrir que el despejado entendimiento de usted viera con claridad en el mismo lugar que el mío se debate en las tinieblas.

Empezó por el principio: la visita al teatro, la exculpación en que estaba pertrechado Robert Fyfe, su confesión de que había dado al colonizador dinero a cambio de un cuadro. Refirió su visita a la biblioteca y el encuentro en ella de Van Horn; luego pasó a la entrevista con los dos ancianos en la terraza del hotel, los cuales habían certificado plenamente lo que Tarneverro había hecho la noche antes.

—Puede ser que mintieran —dijo el jefe.

Charlie negó con la cabeza.

—No diría usted eso si los viera. La honradez resplandece como luminoso faro en su mirada.

—Eso ya lo apreciaré yo por mí mismo —dijo el superior—. ¿Cómo se llaman? ¿MacMaster? Yo hablaré con ellos luego. Ahora, siga usted.

Charlie continuó. Refirió lo del hallazgo al pie de la ventana de la punta de cigarro; de un cigarro pequeño que sólo fumaba Alan Jaynes.

—¡Caramba! —exclamó el jefe—. No todos van a haber sido. Está usted dejándose engañar.

—Vuelve usted a emplear el verbo en forma singular —dijo Chan sonriendo—. Hace un momento decía usted «tenemos que encontrarlo.» Pero se refería sólo el plural al cercano momento del triunfo, me parece.

—Bueno; pues estamos dejándonos engañar. Como usted quiera. ¿Ha sacado usted huellas dactilares de Jaynes?

—Las obtuve sagazmente. Pero las que había en el alféizar de la ventana correspondían al colonizador Smith.

—Ya. Ese es un punto sobre el que podemos actuar con toda rapidez. Ya he encargado que lo busquen. Lo traerán en seguida. ¿Y luego que ha hecho usted?

Charlie repitió lo que le había contado Jessop respecto de la sortija; lo cual, según indicó, podía ser meramente la satisfacción de un viejo agravio personal. Mostró al jefe la carta que Van Horn le había enseñado como explicación de su visita a la biblioteca. Finalmente le habló de la mutilación en la colección encuadernada del periódico, y terminó con la mención de Ballou y su esposa a propósito del asesinato de Denny Mayo.

Cuando hubo terminado, el jefe guardó silencio durante buen espacio.

—Bien —dijo por último—; según las averiguaciones de usted, están comprometidos todos. ¿Y es posible que no acierte usted a sacar de todo esto una conclusión?

—Tenga la amabilidad de exponerme cuál es la suya —contestó Chan con suave malicia.

—¿Yo? Yo no sé. Estoy asombrado. Pero usted, el orgullo del Cuerpo...

—Sírvase recordar que mi fuerte no ha sido nunca la rapidez. De tropezón en

tropezón voy cavilando. Los cuerpos grandes se mueven pesadamente. Deme usted tiempo.

—¿Qué piensa usted hacer ahora?

—Pienso hacer una visita de cumplido a *Mrs. Ballou*.

—¡Por Dios, Charlie, mire lo que hace! Ballou es un hombre importante de la ciudad y nunca ha estado muy bien conmigo.

—Me propongo usar de toda la diplomacia posible.

—Toda será poca. Sobre todo, no los ofenda usted. Ya sabe: estas familias de abolengo...

Charlie se encogió de hombros.

—Yo no llevo viviendo en Honolulu todos estos años en estado de ceguera. No se preocupe. Ando con pies calzados de terciopelo y mi boca destila aceite y miel.

Entró Kashimo, arrastrando los pies y con expresión descorazonada.

—Qué, ¿dónde está Smith? —le preguntó el jefe.

—En ninguna parte —dijo Kashimo—. Se ha disuelto como el hielo.

—¿Qué diablos se ha de haber disuelto? Vuelva a marcharse y no vuelva hasta que lo traiga.

—He mirado en todas partes —dijo lamentoso Kashimo—. En todas las rendijas, en los tejados, en los sótanos. He recorrido toda la población. No hay ni rastro de Smith.

Charlie se le acercó y le dio una palmada cariñosa en el hombro.

—Si no ha tenido usted tan buen éxito en la primera salida reasuma la tarea —le aconsejó. Cogió de una mesa una hoja de papel y se puso a escribir.

—Voy a darle a usted una lista de sitios desagradables —explicó—. Tal vez ha dejado usted de mirar en alguno. Quizá también tenga yo más conocimiento de los bajos fondos de la ciudad que un honorable miembro de la Asociación de Jóvenes Budistas como usted.



—Voy a darle a usted una lista de sitios desagradables...

Dio su lista al japonés, que la cogió y salió acompañado por el amable estímulo de Charlie.

—¡Pobre Kashimo! —dijo Chan—. Cuando no hay aceite en la lámpara se quema el pábilo. Con gentes como él, las buenas palabras dan el mejor resultado. Ahora me marcho a rebozar a alguien más en perplejidad.

—Espero noticias de usted —le dijo el jefe cuando salía.

Charlie se dirigió al Moana Valley, residencia de los Ballous. Dejó tras de sí el barrio de los negocios y enfiló una calle de grandes casas sitas en medio de bien cuidados jardines. Se extendían por encima de su cabeza árboles en flor, en las últimas semanas de su esplendor. Pasó por delante de la Punahou Academy, y al entrar más en el valle, dejó la zona deslumbrante de sol por otra más sombría. Sobre las montañas se cernían las nubes, y de pronto, arrastrada por el viento, le llegó fuerte brisa de lluvia.

Una milla atrás se desdibujaba Honolulu al sol del mediodía.

Llegó a la hermosa casa de Wilkie Ballou y Rita le recibió en el gabinete. Le dijo

que su esposo estaba arriba vistiéndose para ir a jugar al golf. En Honolulu, el verdadero jugador de golf no hace caso de la lluvia; puede estar lloviendo en su calle y hacer una tarde espléndida y soleada al volver la esquina. Las maneras de Rita eran cordialísimas y Charlie cobró valor.

—Lamento muy profundamente tener que introducir aquí mi desagradable presencia —se disculpó—. Supongo que hubieran ustedes preferido no volver a verme. Pero, aunque por primera razón de trámite, no tengo más remedio que infligir la molestia de unas palabras conmigo a toda persona que estuviera presente en el desagradable suceso de anoche.

Rita movió la cabeza con pesadumbre y dijo:

—¡Pobre Shelah! ¿Ha averiguado usted algo, inspector?

—He hecho espléndidos progresos —le contestó con satisfacción. (Le pareció que no era ocasión de entrar en detalles)—. ¿Tendría usted la amabilidad de darme algunos datos de los días en que era usted una figura famosa en Hollywood?

Rita miró con ojos de aburrimiento hacia la ventana en que se estrellaba el agua de la lluvia, y dijo:

—Como usted quiera.

—¿Me ha de ser permitido añadir que destrozó usted el corazón de mi hija mayor, que es una aficionada impenitente al cine, cuando se retiró usted de la blanca pantalla? Dice que no ha habido nunca artista que haya podido compararse con usted.

A Rita se le iluminó la cara.

—¿Se acuerda de mí? ¡Qué amable!

—El delicado arte de usted no será jamás olvidado por nadie —contestó Chan seguro de que con ello ganaba una amiga para toda la vida.

—¿En qué puedo servirle a usted? —preguntó ella.

Chan pensó.

—¿Conoció usted a *miss* Fane en Hollywood?

—Sí; mucho.

—Está sabiamente prohibido hablar mal de aquellos que han encontrado su fin, pero hay ocasiones en que nos vemos obligados a arrojar por la borda antiguas prácticas. ¿Hubo alguna vez algo escandaloso en la vida de Shelah Fane?

—¡Oh, no! En absoluto. No era ese tipo de mujer.

—¿Pero tuvo alguna vez lo que suele llamarse asuntos amorosos?

—Sí. Con frecuencia. Era sensible de corazón e impulsiva. Siempre tenía asunto de amor. Pero todos fueron inocentes e inofensivos, estoy segura.

—¿Oyó usted hablar de que estuviera alguna vez enamorada de un tal... Denny Mayo?

Charlie escudriñó las facciones de Rita Ballou y creyó advertir que se demudaban un poco.

—La verdad..., sí. Me parece que durante algún tiempo Shelah estuvo loca por Denny. Cuando lo mataron le produjo una terrible impresión. ¿Es que usted sabía

algo?

—Lo sé todo —contestó Chan pausadamente. Pero, con desencanto suyo, estas palabras parecieron dejar a la mujer por completo indiferente. Agregó—: Usted conocería también a Denny Mayo, ¿verdad?

—Sí. Trabajé en su última película.

Chan tuvo una inspiración.

—¿Por casualidad tiene usted entre sus cosas algún retrato de Denny Mayo?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No; tenía retratos de compañeros, pero mister Ballou me hizo que los quemara. Me dijo que no quería que soñara con el agradable pasado, cuando yo era...

Charlie levantó la mirada y vio a la puerta a Wilkie Ballou, en un traje de golf, que luego entró malhumorado en el cuarto.

—¿Qué pasa con Denny Mayo? —preguntó.

—Sencillamente, que *Mr.* Chan estaba preguntándome si le conocía —le explicó Rita.

—*Mr.* Chan no tiene por qué meterse en lo que no le importa —gruñó el marido. Y acto seguido, encarándose con Charlie, añadió—: Denny Mayo está muerto y enterrado.

Se encogió de hombros Chan.

—Perdón; pero enterrado no está todavía.

—Lo está por lo que se refiere a mi mujer y a mí —le repuso Ballou. Y hubo en sus palabras un cierto tono de dignidad.

Un momento Chan miró con ojos soñolientos los hostiles ojos del millonario.

—Parece que la prueba que usted dio de haber estado en otro sitio la noche de la muerte de Denny Mayo —se atrevió a decir— tuvo gran resultado.

Ballou enrojeció.

—¿Y por qué no había de tenerlo? —preguntó—. Era la verdad.

—Y, naturalmente, triunfó.

Chan inició la marcha hacia la puerta:

—Siento mucho haberle molestado...

—No me ha molestado usted lo más mínimo —dijo rápidamente Ballou—. Pero ¿qué era lo que esperaba encontrar usted aquí?

—Pensé si por casualidad habría alguna fotografía de Denny Mayo.

—¿Y para qué quiere usted esa fotografía?

—Porque alguna persona que no sé quién es tiene interés en que no la vea.

—¿Es posible? —dijo Ballou—. Pues aquí no hay ningún retrato de Denny Mayo. Ni nada que pueda interesarle a usted para este asunto. Buenos días, inspector. Le agradeceré mucho que no vuelva a visitarnos.

Otra vez se encogió de hombros Charlie.

—Yo voy allí donde el deber me lleva. Preferiría estarme dormitando en el puesto de Policía, pero ¿quién puede aprender a nadar sobre una alfombra? No. Hay que ir

donde corren aguas profundas. Buenos días, *Mr. Ballou*.

Rita le acompañó al *hall*.

—Siento mucho que no nos haya sido posible ayudarle —dijo.

—Gracias de todos modos —dijo Chan con una inclinación.

—Lo siento mucho —insistió la mujer—. Deseo muy de veras que triunfe usted.

Si yo puedo servirle en algo...

A Chan le hirió en los ojos el fulgor de las sortijas que ella llevaba.

—Tal vez —dijo rápidamente.

—Lo que sea —contestó ella.

—Anoche vio usted a *miss Shelah Fane* después de mucho tiempo de no verla. La rápida mirada de las mujeres aprecia puntos que a los hombres se les suelen escapar. Desde luego recordará usted lo que llevaba.

—Desde luego. Llevaba un preciosísimo vestido de raso color marfil que tenía...

—Me refiero principalmente a las joyas —le dijo Chan— ¿Qué mujer es tan ciega que deje de apreciar las joyas que otra lleva?

Rita sonrió.

—Lo que es yo, no. Llevaba un lindísimo collar de perlas y una pulsera de diamantes...

—¿Y las sortijas?

—Sólo llevaba una. Una esmeralda grande que recuerdo haber visto en Hollywood. La llevaba en la mano derecha.

—¿Eso fue la última vez que usted la vio? ¿Cuando ya estaban los jóvenes gozando los placeres de la natación en las tibias aguas?

—Julia y aquel muchacho... Eso es.

Charlie hizo una profunda reverencia.

—Mi gratitud no reconoce límites. Ahora tengo que continuar mi tarea. Adiós.

Atravesó el valle sumido en perpetuas lluvias y se encaminó en su coche hacia la soleada playa.

CAPITULO XVIII

Palabras de Julia

Julia y Jimmy Bradshaw estaban sentados sobre las blancas arenas de Waikiki y miraban el océano que se extendía, aparentemente sin vida, desde aquella redonda playa hasta los *atolls* del mar del Sur.

—Bueno, me iré a la ciudad —dijo el muchacho. Luego de lo cual bostezó, y recostándose se quedó mirando las blancas nubes que cruzaban lentamente el cielo azul cobalto.

—Bonito cuadro de un joven lleno de vigor y energía —dijo Julia con una sonrisa.

El se estremeció.

—De muy mal gusto, hija mía, traer palabras como ésta en una conversación en la playa de Waikiki. Por lo visto, a pesar de todos mis trabajos, no he conseguido darle a usted sino una idea muy imperfecta del espíritu de este lugar. Aquí vagamos, soñamos...

—Pero así no irá usted nunca a ninguna parte —dijo ella con reprobación.

—Estoy ya —contestó él—. ¿A qué moverme? Cuando se está en Waikiki ya no hay que ir a ninguna parte; se ha alcanzado el cielo. No hay ya cambio que signifique ventaja posible. Así que uno se sienta y espera que termine la eternidad.

Julia hizo un gesto de indiferencia.

—¿De verdad? Pues me parece que yo sirvo para eso. Para pasar unos días de descanso sí que es este sitio todo lo que usted dice. Pero lo que es residencia permanente...

Él se levantó de repente.

—Pero ¿es que me quiere usted decir que no he logrado convencerla? Yo, el más grande de los escritores descriptivos que registra la historia, he fracasado en el mayor empeño de mi vida. James J. Bradshaw lanza uno de sus dardos y se encuentra con el fracaso frente a frente. Parece imposible. ¿Cuál ha sido el lapsus, Julia? ¿Cómo es posible que no le haya hecho sentir la belleza de esta isla?

—Lo de la belleza es verdad —dijo la joven—. Pero ¿qué me dice usted de su influencia sobre el carácter? A mí me parece que cuando se deja de andar se retrocede.

—¡Bien! —dijo él sonriendo—. Una vez estuve en un almuerzo del Club Rotario,

en el continente. «Compañeros: Tenemos que progresar o perecer. El año pasado hicimos diez millones de cuerdas; este año tenemos que hacer quince millones. Hay que hacer que América tenga la conciencia de sus cuerdas. Nosotros...»

—¿No decía usted antes que tenía que volverse a la oficina?

El negó con la cabeza.

—Me parece que la he traído a usted a este paraíso para que hiciera el papel de Eva y que me estaba resultando la serpiente. Eso de volver a la oficina es cosa que aquí no hacemos jamás. No tenemos derecho a ir a despertar a los que no han salido de ella.

—Eso era lo que yo decía, Jimmy.

—Pero, querida *Mrs. Legree*^[8], no es preciso estarse atado al pupitre de una oficina para hacer cosas. Lo mismo se puede trabajar tumbado. Por ejemplo, hace un minuto, empecé a componer un nuevo llamamiento a los turistas: «Vengan y verán a las encantadoras jóvenes tejer y echarse sobre los hombros guirnaldas de flores. Prueben su destreza cabalgando sobre las espumosas aguas de Waikiki, o descansen en deliciosa pereza...»

—Eso es lo que usted prefiere...

—«Bajo las cimbreadas palmeras.» ¿No le gustan a usted las palmeras, Julia?

—Sí me resultan interesantes, pero me gustan más los abetos de California. Toma usted un aliento profundo en un bosque de abetos y le parece que le entra a usted el mundo por los pulmones. ¿Comprende usted lo que le quiero decir? Este sitio está muy bien para, la gente de aquí, pero para usted... ¿Cuánto tiempo lleva usted en Hawai?

—Unos dos años.

—Cuando llegó ¿tenía usted intención de quedarse?

—La verdad. No me he parado a pensar en eso.

—Claro que no. Siguió usted la línea de menor resistencia. ¿No ha sentido usted nunca el deseo de volver al continente y hacer algo por sí mismo?

—¡*Psh!* Al principio. —Se quedó un momento callado y siguió—: Me parece que no he conseguido hacer bien nunca la propaganda de Hawai. Esto dejará por siempre una cicatriz en mi corazón, pero hay algo más importante. ¿He hecho la propaganda de mí mismo? Me interesa usted mucho, Julia. Si usted dijera la palabra...

Ella movió la cabeza negativamente.

—Vamos a dejar eso también, Jimmy. Yo no soy lo que usted se figura. Soy una criatura realmente horrible... ¡Oh, Jimmy! ¡Jamás podría usted casarse conmigo, con una mentirosa como yo...! ¿Verdad que no?

El hizo un gesto de duda.

—Con una mentirosa profesional, claro que no. Pero con una mala aficionada como usted... Porque la verdad es que lo hace usted como si no tuviera la menor práctica.

La joven se asombró.

—¿Qué quiere usted decir?

—Toda esa historia de la sortija. ¿Para qué demonios sigue usted sosteniéndola? Yo lo sé desde esta mañana; y lo que me admira es la amabilidad con que la ha tratado a usted Charlie Chan. Porque no creo que le haya engañado ni por un momento.

—Yo creí que hacía bien, Jimmy.

—¿Qué es lo que ha pasado, vamos a ver? —preguntó el muchacho.

Ella tenía los ojos llorosos.

—Se trata de la pobre Shelah. Ella me recogió cuando yo estaba desamparada y pobre... Y ha sido siempre tan buena conmigo... Yo hubiera hecho por ella cualquier cosa..., hasta decir una pequeña mentira.

—No continúe usted —le dijo Bradshaw—. No quiero que me diga nada. No vuelva la cabeza. El inspector Chan, de la Policía de Honolulu, se aproxima rápidamente, y algo en su continente me indica que se acerca el momento de prueba para usted. Animo. Yo estoy a su lado, niña.

Charlie se acercó amable y sonriente.

—Me parece que no llego muy oportunamente. Pero, aun así, me incorporo a este pequeño grupo.

Se sentó de cara a la muchacha.

—¿Qué opina usted de nuestra playa, *miss* Julia? Encuéntrase usted aquí hundida en la zona lánguida. ¿Qué le parece a usted la languidez en cuanto ha tenido ocasión de apreciarla?

Julia le miró fijamente.

—*Mr.* Chan, usted no ha venido a hablarme de la playa.

—No precisamente —reconoció él—. Pero yo soy un firme creyente en la conveniencia de preparar las conversaciones. La conveniente preparación quita el aguijón de la rudeza. Poniendo un ejemplo, hubiera sido por mi parte bárbaramente agresivo haberme acercado a pasos descompuestos y haber gritado: «*Miss* Julia, ¿por qué me mintió usted en lo de la sortija de la esmeralda?»

A la muchacha se le tiñeron las mejillas de carmín.

—¿Es que cree usted que... le he mentado?

—Más que creerlo, *miss* Julia. Lo sé. Otros ojos que los de Jessop vieron la sortija en el dedo de *miss* Fane mucho tiempo antes de hallarse usted inmersa en las aguas de Waikiki.

Ella no contestó.

—Lo mejor es que diga la verdad —aconsejó Bradshaw—. Es el mejor camino. Charlie será entonces su amigo, ¿verdad, Charlie?

—Debo reconocer que mi sentimiento de amistad sufrirá un decidido aumento —asintió Chan—. *Miss* Julia, ¿no es verdad, entonces, que *miss* Fane le dio a usted ayer la sortija para que la vendiera?

—¡Oh, sí, es verdad! —insistió la joven—. Eso sí es verdad.

—¿Entonces es que se la volvió a pedir?

—Sí; inmediatamente de volver de la entrevista con Tarneverro, a eso de las doce.

—¿Se la puso otra vez y la llevaba cuando fue asesinada?

—Sí.

—Después de la tragedia, ¿volvió usted a entrar en posesión?

—Sí. Cuando la encontramos Jimmy y yo, yo me arrodillé a su lado. Entonces le cogí la sortija.

—¿Por qué?

—No... No puedo decírselo.

—Dirá usted que no quiere.

—No puedo y no quiero. Lo siento mucho, *Mr. Chan*.

—También a mí me causa ello profundo dolor.

Charlie guardó silencio unos momentos.

—¿Aconteció acaso que cogiera usted la sortija porque tiene grabado el nombre de Denny Mayo por la parte de dentro?

Chan se levantó con súbito interés.

—Le hablaré yo a usted —dijo— y tal vez irá disponiéndose mejor a la franqueza. He sabido que Shelah Fane estaba en casa de Denny Mayo la noche en que fue asesinado en Los Angeles. En consecuencia, ella sabía el nombre del asesino. En su pasado había una página escandalosa que ella tenía gran interés en ocultar. Tal vez para ayudar al ocultamiento, usted quiso poner el nombre de Denny Mayo fuera del alcance de todos los debates. Natural deseo de proteger la reputación de su amiga. Pero ya ve usted que sus actos no han dado el resultado apetecido; así que puede usted hablar sin daño para su adorada bienhechora.

La joven lloraba conteniendo los sollozos.

—Sí; ya veo que hubiera podido decírselo a usted. No sabe usted lo que siento que sepa usted todas esas cosas. Hubiera dado cualquier cosa porque no se hubiera hablado de Denny Mayo a propósito de este asunto.

—¿Así que usted era sabedora de esa página escandalosa en el pasado de *miss Fane*?

—Yo sospechaba que pasaba algo terrible, pero no sabía qué. Yo era muy joven..., acababa de conocer a Shelah... cuando... el accidente de Denny. La noche en que ocurrió Shelah llegó a casa en un estado de nerviosismo terrible y yo estaba sola con ella. Estuvo varias semanas como loca. Yo sabía que tenía alguna relación con el asesinato de Mayo, pero hasta este momento no he sabido lo que ocurrió. Ya le digo que yo era muy joven; pero ya sabía lo bastante para no preguntar.

—Y, volviendo a lo de ayer —interrumpió Chan.

—Como ya le dije a usted, ayer por la mañana me dijo que necesitaba dinero en seguida y me dio la sortija para que la vendiera. Luego se marchó al Grand Hotel a ver a Tarneverro, y cuando volvió estaba muy nerviosa también. Me llamó a su cuarto. Estaba paseándose por él. No me pude sospechar qué era lo que le pasaba.

«Es un demonio, Julia» —decía—. «Este Tarneverro es un demonio. Ojalá no le hubiera mandado venir. Me ha dicho cosas de Tahití y del barco en que venía. ¿Cómo era posible que las supiera? Me ha dado espanto oírle. Y he cometido una locura espantosa, Julia. Por fuerza no estaba yo en mi juicio.» —Siguió diciendo cosas incoherentes y luego me dijo—: «Dame la esmeralda. No podemos venderla, Julia. Tiene por dentro el nombre de Denny y no quiero que ahora suene ese nombre para nada.»

—¿Y dice usted que estaba muy nerviosa?

—Sí; estaba nerviosa muchas veces; pero lo de ayer era peor. «Denny Mayo no ha muerto, Julia» —me decía—. «Vuelve para destrozarme a mí». Me apremió para que le diera la sortija y yo se la di. Me dijo que ya encontrarían más tarde otra cosa que vender. Por el momento estaba demasiado afectada para mirarlo. Por la tarde la vi llorando sobre el retrato de Denny Mayo.

—¡Ah! —exclamó Chan—. El retrato montado en la cartulina verde ¿era de Denny Mayo?

—De él era.

—Continúe, tenga la bondad.

—Anoche —siguió Julia— al hacer Jimmy y yo en el pabellón el terrible descubrimiento me acordé en seguida de lo que Shelah había dicho. Denny volvería para destrozarla a ella. Pensé que la muerte de él podría estar relacionada de algún modo con la de Shelah. Si al menos me fuera posible apartar el nombre de él de lo que estaba sucediendo... Si no, a saber qué escándalo podría producirse. Entonces le quité del dedo la sortija de Denny. Cuando luego oí hablar del retrato subí corriendo y le rompí en pedazos y lo escondí debajo de una maceta.

Chan abrió desmesuradamente los ojos.

—¿De modo que fue usted quien realizó ese acto? Y después, cuando el viento desparramó los trozos de la fotografía, ¿fue usted quien escondió un buen número de ellos?

—¡Oh, no! Acuérdesse usted. Yo no estaba en la habitación cuando ocurrió eso. Y aunque hubiera estado, de seguro no se me hubiera ocurrido. Alguien acudió en mi ayuda en aquel crítico momento. ¿Quién? No tengo la menor idea, pero quedé muy agradecida cuando supe lo que había pasado.

Chan lanzó un suspiro.

—Ha sido usted causa de que se retrase todo mucho y de que yo pierda un tiempo precioso —dijo—. Admiro su lealtad hacia la muerta.

Hizo una pausa y siguió:

—Y me hubiera gustado conocer a esa mujer. ¡Qué lealtad inspiraba! Una muchacha inocente obstruye el paso a la Policía en defensa de su memoria y un hombre que no puede ser culpable suplica que le detengan como su asesino, indudablemente por la misma razón.

—¿Cree usted que fuera Robert Fyfe quien escondiera los pedazos del retrato? —

preguntó Bradshaw.

Charlie negó.

—Imposible. Todavía no había llegado. Y además no se reduce a eso todo, no se reduce a eso todo.

Dio un suspiro.

—Me temo que me veré reducido al esqueleto viviente primero que desentrañe esta maraña. Y usted (y miró a la muchacha), usted me ha hecho perder por lo menos siete libras.

—Lo siento mucho —dijo Julia.

—No se apure. Mis hijas me están diciendo siempre que estoy demasiado gordo para estar guapo. Y estar guapo es, desde luego, mi única aspiración.

Se levantó.

—Bueno; hemos terminado. Jimmy, no deje usted que se le escape esta mujer. Ha demostrado que es fiel. Y además que engañando es la criatura más torpe del mundo. Como esposa hará la felicidad de cualquiera.

—La mía, supongo —dijo Bradshaw sonriendo.

—Yo también lo supongo —dijo Charlie; y luego, dirigiéndose a la muchacha—: ¡Acéptele y todo queda perdonado entre usted y yo! De las siete libras hago renuncia generosa.

Ella sonrió.

—Es una oferta, *Mr. Chan*. ¡Cuánto celebro que quede todo resuelto entre nosotros! No me gustaba engañarle a usted. ¡Es tan bueno!

Él hizo una reverencia.

—Aún el corazón viejo se atreve a saltar con palabras como las de usted. Me inspira nuevo valor para seguir adelante. ¿Adelante hacia dónde? ¡Oh! El porvenir yace oculto bajo un velo... y yo no soy Tarneverro.

Los dejó juntos bajo un árbol y se encaminó lentamente hacia su coche. En poco estuvo que al salir al camino general chocara con un autobús. «¡Despiértate!», le gritó encolerizado el conductor; y luego, habiendo reconocido a un miembro de la Policía de Honolulu, disimuló como si no hubiera dicho nada. Charlie le saludó con la mano y siguió.

El detective estaba perdido en un golfo de duda e incertidumbre. La cuestión de la sortija de esmeraldas estaba en claro ya, pero él seguía aún distanciadísimo de su meta. En lo que le había relatado Julia había un punto que le interesaba vivamente. Lo que él había estado tratando de reconstituir la noche pasada era un retrato de Denny Mayo.

Hasta el momento había pensado que le había estorbado el propósito alguien que no quería que él llegase a saber quién era el hombre sobre cuyo retrato había estado llorando Shelah tan amargamente. Pero ¿no habría sido el mismo motivo que ocasionó la destrucción de los retratos en la biblioteca? Indudablemente la misma persona había andado en los dos casos y esa persona estaba decididamente resuelta a

que el inspector Chan no llegara a saber cómo era Denny Mayo. ¿Por qué?

Charlie se determinó a retroceder y tomar de nuevo el caso en su origen mismo. Pero al momento se detuvo. Demasiado empeño para tarde tan pesada e incitante al sueño. «Lo mejor es no pensar nada, —se dijo a sí mismo—. Cesaré en toda actividad y pondré el fatigado cerebro en estado de receptibilidad. Tal vez el entendimiento subconsciente vea la oportunidad y se lance a la tarea durante mi ausencia.»

En semejante estado de suspensión de todo esfuerzo mental, paró el coche frente al Grand Hotel, y apeándose, avanzó lentamente hacia la entrada. Atravesaba una fresca brisa el zaguán, vacío, o casi vacío en esta hora del día, ordinariamente.

Sam, el chino joven que disfrutaba el título de conserje, vigilaba con cara sonriente. Charlie se detuvo. Quería hacer a Sam preguntas sobre determinado punto.

—Celebraré que se encuentre bien —dijo—. Aquí en el cumplimiento de sus deberes, ¿eh?

Preparando la conversación, como él decía.

—Y que no es mal trabajo —dijo radiante Sam—. Buenas plopinas caen.

—¿Conoce usted al generalmente llamado Tarneverro el Grande?

—Muy buena persona. Buen amigo mío.

Charlie miró al hombre fijamente.

—Esta mañana le habló usted en cantonés. ¿Por qué?

—El día que vino dijo que había vivido en China hacía tiempo, y que sabía el chino muy bien. Estuvimos hablando en cantonés. No lo habla muy bien, pero sabe bastante.

—Pues esta mañana no parece que le entendió a usted.

Sam se encogió de hombros.

—No sé. Esta mañana le hablé como el otro día y puso una cala muy lala y dijo que no entendía.

—¡Qué raros son estos turistas! —dijo Chan sonriendo.

—Muy lalos —admitió Sam—. Pelo, de todos modos, dan muy buenas plopinas.

Charlie atravesó el vestíbulo y pasó a la terraza, donde se sentó.

Su descanso en el pensar había sido muy breve, porque ahora se encontraba de nuevo cavilando a toda presión. De modo que Tarneverro entendía el dialecto cantonés. Pero no quería que Charlie Chan, a quien parecía tan dispuesto a ayudar en el descubrimiento del crimen, supiera que lo entendía. ¿Por qué?

Una sonrisa se extendió por la ancha cara de Charlie. Por fin se presentaba una cuestión perfectamente clara. El acto inicial de la ayuda de Tarneverro había sido señalar el hecho de que habían atrasado el reloj y que, por consiguiente, quedaban sin valor todas las exculpaciones que los posibles culpables habían presentado sobre la base de encontrarse en otro lugar a la hora en que el crimen se cometió.

Pero ¿hubiera procedido así al no haber oído primero y haber entendido la conversación de Charlie con el cocinero; si no hubiera sabido que Wu Kno-Ching había visto a Shelah Fane a las ocho y doce minutos, y era, por tanto, en vano haber

cambiado la hora del reloj? El rápido despliegue de facultades detectivescas pareció de momento prueba de su sinceridad. Pero si entendía el cantonés había hecho, sencillamente, una virtud de la necesidad y no había que creer en su sinceridad.

Charlie se estuvo largo rato sentado dándole vueltas al asunto. ¿Era su entusiasta ayudante, Tarneverro el Grande, tan entusiasta como parecía?

CAPITULO XIX

El auxilio de Tarneverro

Val Martino, el director, bajó la escalinata del vestíbulo del hotel; resplandeciente figura, con su traje de seda blanca y su corbata llameante. Hubiérasele tomado por un hombre anuncio para incitar a ir a los trópicos a viajeros vacilantes. Su mirada se fijó en Charlie, que estaba retrepado cómodamente en una butaca, con apariencia de no tener la menor preocupación. El director se acercó inmediatamente.

—¡Hola, inspector! —dijo—. Lo que menos podía yo esperarme era encontrarle aquí en esa actitud tan plácida. A menos que haya usted resuelto ya el misterio de anoche.

Chan movió negativamente la cabeza.

—La fortuna no es tan amable como todo eso. El misterio, misterio sigue siendo; pero no se engañe usted. Mi cerebro se mueve, aunque mis pies estén quietos.

—Lo celebro mucho —contestó Martino—. Y espero que descubra algo no tardando.

Se sentó en otra butaca al lado de Chan.

—Sepa usted que a mí lo de anoche me ha costado un pico de doscientos mil dólares que me valía la película, y que tengo que marcharme a Hollywood en el primer vapor para ver allí qué es lo que se puede hacer. Quien haya matado a Shelah, o no le importaban lo más mínimo los intereses de nuestra Compañía o podía haber esperado a que yo terminara mi tarea. Pero, en fin; ya no tiene remedio. Yo tengo que irme lo más pronto posible, y por eso es por lo que meto a usted prisa para que resuelva el misterio cuanto antes.

Chan lanzó un suspiro.

—Todo el mundo parece estar atormentado por el apresuramiento. Una situación casi desconocida en Hawai. Yo estoy que me ahogo por seguirlos a todos en su prisa. ¿Puedo preguntarle qué idea tiene usted de este asunto?

Martino encendió un cigarrillo.

—Pues no lo sé, la verdad. ¿Y la suya?

Tiró la cerilla al suelo y el chino viejo acudió con el cogedor y el cepillo en el acto; y dirigió a Charlie una mirada que parecía significar: «Esta es precisamente la clase de persona que era de esperar que estuviera en su compañía.»

—Mis ideas no han tomado aún una forma definida —dijo Chan—. Sólo una cosa

sé: que en este asunto tengo enfrente a alguien de excepcional inteligencia.

El director afirmó con la cabeza.

—Eso parece. Pero en casa de Shelah Fane había anoche muchas personas inteligentes.

—Incluido usted —aventuró Charlie.

—Gracias. Era natural que usted contestara eso. Pero es bastante verdad.

Sonrió y siguió:

—Le diré, en confianza, que estaba presente otro hombre de cuya inteligencia no había tenido yo nunca la menor duda. Nunca tuve simpatía por él, pero me pareció siempre hombre fino y agudo. Me refiero a Tarneverro el Grande.

Chan asintió.

—En efecto; es hombre de agudeza. Lo comprendí tan pronto como crucé una palabra con él.

El director echó al suelo la ceniza de su cigarrillo. El chino viejo acudió con un cenicero y se lo puso al lado en una mesita.

—En Hollywood —siguió Martino— hay toda clase de adivinos videntes que engordan a costa de la credulidad ajena. Pero este hombre es el as de todo el grupo. Las mujeres acuden a él y él les dice de sí mismas cosas que ellas creían que sólo las sabía Dios. Resultado de ello...

—¿Y cómo descubre esas cosas? —preguntó Charlie.

—Espías —contestó el director—. No puedo probarlo, pero estoy seguro de que tiene espías que trabajan para él día y noche. Recogen datos interesantes de las personalidades y se los cuentan. Las pobres chicas peliculeras piensan que está en comercio con los poderes diabólicos, y, en virtud de ello, se lo cuentan todo. Ese hombre sabe los suficientes secretos para destruir la colonia el día que quisiera. Hemos intentado echarle de la ciudad, pero nos gana siempre por la mano. Crea que siento haber sujetado anoche a Jaynes cuando quería sacudirle. Creo que hubiera sido una gran idea. Pero, por otra parte, hubiera danzado en ello el nombre de Shelah, y pensando en ello me metí por medio. Mi profesión son las películas, y en la colonia hay mucha gente delicada a la que no quiero que perjudique una publicidad inconveniente. Desgraciadamente, las personas decentes no tienen más remedio que participar en la desgracia cuando la gentecilla que anda alrededor arma líos.

—¿Y qué se propone usted —preguntó Chan— con indicar que Tarneverro el Grande pudiera ser el autor de la muerte de Shelah Fane?

—Yo no digo eso —replicó Martino rápidamente—. No equivoque el sentido de mis palabras. Lo único que he hecho ha sido indicarle que si cree tener enfrente en este asunto un adversario inteligente, debe recordar que hay pocos hombres tan inteligentes como ese adivino. No he dicho más ni menos. Yo no sé si ha sido él o no.

—Por lo que se refiere a la hora, entre las ocho y las ocho y media de anoche —le informó Chan—, Tarneverro tiene probado incontestablemente que estaba en otro sitio.

Martino se levantó.

—Era de esperar que la tuviera. Ya le digo que no es hombre al que sea fácil coger desprevenido. En fin, adiós. Buena suerte; crea que se la deseo con toda mi alma.

Salió andando hacia el mar brillante y dejó a Chan abandonado a sus pensamientos. A los pocos momentos el detective se levantó resueltamente y se fue a la cabina telefónica que había en el vestíbulo. Se puso su jefe al aparato.

—¿Tiene usted mucho que hacer? —preguntó.

—No gran cosa, Charlie. Tengo una cita con *Mr.* y *Mrs.* MacMaster aquí a las cinco y media, pero falta una hora todavía. ¿Hay algo que hacer?

—Pueda ser —le contestó Chan—. No puedo decirle. Pero dentro de poco necesitaré que usted me refrende con su firme autoridad para realizar en el Grand Hotel una pequeña investigación. Sería una gran idea que se metiera usted en el coche y se viniera aquí en seguida.

—En seguida soy con usted, Charlie —le ofreció el jefe.

Se fue luego Charlie al teléfono interior y llamó al cuarto de Alan Jaynes. El inglés contestó con tono soñoliento. El detective le anunció que iba a subir inmediatamente a hablar con él y después se fue al *comptoir*.

—Sin llamar a su cuarto, ¿puede usted asegurarse de si *Mr.* Tarneverro está en el hotel? —preguntó.

El empleado miró el cuadro.

—La llave no está aquí —dijo—. Debe de ser que está en su cuarto.

—Muy bien —dijo Chan—. Voy a pedirle a usted que tenga la bondad de hacerme un inmenso favor. Llame al teléfono a *Mr.* Tarneverro y dígame que el inspector ha pasado por aquí muy de prisa, sin tiempo para detenerse. Pero añada que deseo ver a *Mr.* Tarneverro tan pronto como le sea posible, y que le aguardo en el vestíbulo del Young Hotel, en la parte baja de la ciudad. Dígame que se trata de una cosa de la mayor importancia y que vaya en seguida.

El empleado se le quedó mirando fijamente.

—¿En la parte baja de la ciudad? —repitió.

Chan asintió.

—El propósito es sacarle de este hotel durante un breve lapso —explicó.

—Perfectamente —dijo el empleado sonriente—. Comprendo. Creo que será fácil. Ahora le llamaré.

Charlie subió al cuarto ocupado por Alan Jaynes. El inglés le hizo pasar, con un bostezo. Estaba en bata y zapatillas, y la cama estaba algo desordenada.

—Pase, inspector. Estaba dando unas cabezadas. ¡Dios! ¡Vaya una ciudad para dormir!

—Para el *malihini*, el recién llegado, sí —dijo sonriendo—. Los que llevamos tiempo aquí ya no oímos los pregones. De otra manera, no iríamos a ninguna parte.

—¿Y es que piensa usted ir a alguna parte? —le preguntó Jaynes de buen humor.

—Aunque tal vez me esté mal el decirlo, vamos a buen paso... para tratarse de Hawai —contestó Charlie—. *Mr. Jaynes*, vengo a verle a usted animado de la mayor franqueza. Estoy a punto de poner las cartas boca arriba.

—Muy bien —dijo Jaynes muy animado.

—Esta madrugada me dijo usted que no había estado jamás en el pabellón ni había andado por los alrededores de él.

—En efecto que se lo dije. Y es la verdad.

Charlie sacó un sobre y echó sobre una mesa una punta de un cigarro pequeño.

—¿Cómo explicará usted entonces el hecho de que haya sido encontrado esto precisamente al pie de la ventana de la habitación en que Shelah Fane encontró súbita muerte?

Jaynes se quedó mirando un momento aquella especie de prueba destrozada.

—¡Maldita sea! —dijo; y se quedó mirando a Chan con ojos de ira—. Siéntese. Puedo explicarlo y lo voy a explicar.

—Encantado ante semejante anuncio —le dijo Chan.

—Esta mañana, estando yo en el baño —empezó el inglés— serían las ocho cuando llamaron a mi puerta. Creí que sería el botones y le dije que entrara. Oí que abrían la puerta y luego ruido de pasos. Pregunté quién era y... ¿Pero por qué no le estrellaría yo anoche? —terminó colérico.

—Se refiere usted a la conveniencia, según su punto de vista, de haber estrellado a Tarneverro el Grande, ¿no? —interrogó Charlie con interés.

—Me refiero. El fue quien entró en la habitación y me dijo que tenía necesidad de hablarme. Me quedé un poco sorprendido, pero le dije que esperara. Me puse de pie en el *tub* y empecé a frotarme reciamente... ¿Quiere usted pasar conmigo al cuarto de baño, *Mr. Chan*?

La sorpresa de Chan iba en aumento.

—Observe usted, inspector, que hay una luna a todo lo largo de la puerta del cuarto de baño. Cuando la puerta está un poco entreabierta, así, una persona que esté en el cuarto de baño ve una parte de la alcoba, la parte que comprende el escritorio. Estaba yo frotándome cuando de repente vi una cosa que me interesó sobremanera. Sobre la mesa de escritorio había un paquete de esos cigarros pequeños, con algunos. Por el espejo vi que *Mr. Tarneverro* se acercaba y cogía un par de ellos. Se los metió en el bolsillo.

—¡Caramba! —exclamó Chan con calma—. Quedo muy agradecido al espejo.

—De momento creí que se trataría de un caso de sustracción sin importancia. No obstante, me molestó mucho y formé el propósito de salir y echarle de mi cuarto. Pero una vez que me hube secado y puesto la bata, se me ocurrió que podía haber algo detrás de todo aquello. Resolví no decir nada, hacerme el desentendido y tratar de descubrir qué era lo que se proponía el ratero. No lo adiviné, soy un poco torpe; jamás se me pasó por la imaginación que lo que quería era envolverme en el asesinato de Shelah. Sabía que no tenía el tal Tarneverro simpatía por mí, pero, de todos

modos, eso es una cosa...

Conque bueno; salí y le pregunté qué era lo que quería. Me miró tranquilamente a la cara y me dijo que había entrado para pedirme que echáramos pelillos a la mar y nos diéramos la mano. Creía que no había la menor razón para que no fuéramos amigos. Estaba seguro de que *miss Fane* hubiera querido que lo fuéramos. Desde luego que me dieron muchas ganas de tirarlo por la ventana; pero me contuve. Por mera curiosidad, le ofrecí uno de mis cigarros. «No, muchas gracias» —me dijo—. «No fumo».

Siguió hablando de *miss Fane* y de cómo sería lo mejor que pusiéramos fin a nuestra enemistad de la pasada noche. Yo estuve frío, pero correcto, y aun llegué a darle la mano. Cuando se marchó me senté a pensar qué significaría todo aquello. ¿Para qué se habría llevado los cigarros? Como le digo, no pude figurármelo siquiera. Pero ahora la cuestión está clarísima. Se proponía extender una porción de claves falsas. ¿Y quiere usted decirme, inspector, qué interés tendría en hacerlo? No hay más que una respuesta, me parece: Que él ha sido quien ha matado a *miss Fane*.

Chan se encogió de hombros.

—Celebraría mucho de poder unirme a esta opinión de usted, pero antes habría que reducir a la nada varias cosas, entre ellas la seguridad de que el presunto culpable estaba en otro lugar mientras el crimen se cometía.

—¡Bah! ¿Qué valor tiene eso? —exclamó Jaynes—. Un hombre listo tiene siempre una coartada —dijo apretando las poderosas quijadas—. Ya me doy cuenta de lo que ha querido hacer conmigo *Mr. Tarneverro*. Cuanto me lo tropiece...

—Cuando le vuelva usted a ver se guardará de armar estrépito —le cortó Chan—. Es decir, si quiere usted prestar ayuda.

Jaynes dudó.

—Bien. Pero me va a costar mucho trabajo. Sin embargo, porque usted me lo dice, tendré la lengua quieta. ¿Qué más quiere usted?

—Nada más, gracias. Me ha ofrecido usted todo lo que yo pudiera apetecer. Reanudo mi camino con renovada energía.

Mientras esperaba el ascensor pensaba Chan en lo que Jaynes acababa de contarle. ¿Sería verdad? Tal vez. Parecía una explicación un tanto artificiosa; pero ¿sería el inglés hombre lo bastante inteligente para inventar de pronto un cuento como ése? Parecía persona estólida más bien, de tardo pensar, que se dejaba llevar de sus primeras impresiones. ¿Era posible que un hombre así...? Charlie lanzó un suspiro. ¡Cuántos problemas!

Salió cautelosamente del ascensor y miró a un lado y otro. El campo parecía estar libre y se acercó al *comptoir*.

—¿Ha salido *Mr. Tarneverro*? —preguntó.

El empleado le dijo que sí.

—Sí; salió hace un momento a todo correr.

—Mis gracias más encarecidas —dijo Chan.

En este momento llegó su jefe a las gradas del hotel y se acercó a recibirle. Buscaron un rincón apartado.

—¿Qué pasa? —le preguntó el jefe.

—Muchas cosas —contestó Chan—. Entra en el campo de nuestras investigaciones súbitamente *Mr. Tarneverro* y requiere nuestra más vigilante atención.

—¿*Tarneverro*? —dijo el jefe al tiempo que afirmaba con la cabeza—. Nunca me ha parecido bien ese personaje. ¿Qué es lo que aparece contra él?

—De una parte —contestó Chan— entiende el cantonés.

Refirió él cómo ese descubrimiento le llevó a pensar en el adivino.

—Pero desde que le he llamado a usted —prosiguió— ha surgido una nueva e importante prueba.

Y brevemente refirió lo que Jaynes le había dicho acerca de los cigarros.

El jefe dio un ahogado silbido.

—Pues ya estamos sobre la cosa, *Charlie* —exclamó.

—Olvida usted que *Tarneverro* ha probado que estaba en otro sitio.

—No, no lo olvido. Ya examinaré eso después. A propósito: si se encuentra a ese matrimonio australiano, me lo avisa usted para que nos quitemos de en medio. Ya he convenido con ellos que vayan a verme a mi despacho, como le he dicho, y no quiero hablar con ellos aquí. Creo más fácil hacernos con ellos dándole a la cosa el aparato necesario. ¿Y qué es lo que se propone usted hacer?

—Deseo practicar un detenido registro en el cuarto de *Tarneverro*.

El jefe puso ceño.

—Eso no es posible con arreglo a las leyes, *Charlie*. No sé, no sé. No tenemos mandamiento.

—Para eso es para lo que le he pedido a usted que venga. Un hombre de la importancia de usted puede resolverlo. Lo dejamos todo como lo encontremos y *Tarneverro* no se entera siquiera.

—¿Dónde está él?

Charlie explicó dónde debía estar el adivino. El jefe asintió.

—No ha sido mala idea. Espere aquí un momento, que voy a hablar con la Dirección.

Volvió luego acompañado de un hombre alto, delgado y amarillo.

—Ya está todo —dijo el jefe—. Usted conoce a *Jack Murdock*, ¿verdad, *Charlie*?

—Somos viejos amigos —dijo Chan.

—¿Qué hay, *Charlie*? —le preguntó *Murdock*.

Era un ex policía, a la sazón detective particular del hotel.

—Sigo disfrutando la acostumbrada buena salud —contestó *Charlie*. Y, en unión del jefe, echó a andar tras de *Murdock*.

Después que el detective particular hubo abierto la puerta y hecho pasar a los dos al gabinete de *Tarneverro*, se quedó mirando a Chan con mirada interrogante.

—No irá usted a hacer que nos quedemos sin uno de nuestros huéspedes más distinguidos, ¿verdad, Charlie? —preguntó.

Chan sonrió.

—Esa es cuestión que habrá que ver todavía.

—¡Buen asuntillo el de anoche en la playa! —siguió Murdock—. Y usted, como de costumbre, en primera fila. Hay gente de suerte.

—Bien lo pagan teniendo también todas las inquietudes —le recordó Chan—. Usted está aquí en un lecho de rosas. Bueno estaba anoche el plato de pescado. ¿Lo probó usted?

—Sí.

—Yo también... Y no pasé de ahí —suspiró Chan—. La primera fila tiene muchos amargos sinsabores.

Miró en torno de la habitación y añadió:

—Nuestro propósito es hacer un registro a fondo y no dejar rastro de él. La fortuna nos favorece, ya que tenemos tiempo sobrado.

Él y el jefe se pusieron sistemáticamente a la tarea, mientras el detective particular, retrepado en una butaca, se fumaba un cigarro. Miraron los armarios, los cajones de la mesa y el pupitre con toda minuciosidad. Por fin, Charlie se paró ante un baúl.

—Cerrado —dijo.

Murdock se levantó.

—No importa. Yo tengo una ganzúa que abrirá.

Abrió el baúl, en que había ropas de diversas clases. Chan levantó una bandeja y dio un pequeño grito de satisfacción.

—Aquí está una de las cosas que buscamos, jefe —dijo sacando una máquina de escribir de viaje. La puso sobre la mesa, metió en ella una hoja de papel y escribió unas frases. «Una palabra de advertencia de un amigo. Vaya usted inmediatamente a la biblioteca pública de Honolulu y...» Acabó la nota, y, sacando otra del bolsillo, las comparó entre sí. Con plácida sonrisa se las mostró al jefe.

—¿Me hace usted el favor de mirar estas dos misivas y decirme qué le sugieren? —dijo.

El jefe las estudió unos momentos.

—Está bien claro —indicó—. Las dos han sido escritas en la misma máquina. La parte de arriba de la E está cegada por la tinta, y la T está un poco desalineada.

Chan sonrió y volvió a cogerlas.

—El largo período de confinamiento en el puesto de Policía no embota su agudeza de usted. En efecto, es como usted dice. Las dos notas son idénticas, las dos han sido escritas en esta máquina pequeña y fiel. Podemos decir que nuestra visita aquí no ha sido sin fruto. Ahora dejaré la máquina en su sitio, de modo que no se sospeche nuestra presencia. Es decir, no se sospecharía a no ser por el perdurable olor del cigarro de nuestro buen amigo Murdock.

El detective particular quedó confundido.

—Es verdad. No me había fijado, Charlie.

—Termine la breva. El daño ya está hecho. Pero cuídese de que la colocación lujosa que actualmente disfruta no le embote y amortigüe el cerebro.

Murdock no siguió fumando, pero dejó que el cigarro siguiera consumiéndosele en la mano. Charlie siguió registrando el baúl. Estaba a punto de terminar la obra sin que volviera a acompañarle la fortuna, cuando en un rincón del último compartimiento vio algo que despertó su interés.

Se acercó a su jefe, llevando en la palma de la mano una sortija de caballero: un gran brillante en un recio anillo de oro. El superior se le quedó mirando.

—Mírelo bien —le aconsejó Chan— y fíjelo en su memoria.

—¿Más joyas, Charlie?

Chan afirmó con un movimiento de cabeza.

—En las diligencias para resolver este caso parecemos hallarnos perdidos en un almacén de joyas. Lo que tal vez es natural, considerando que tenemos que habérnoslas con gente de Hollywood.

Volvió a dejar la sortija en su sitio, tapó el baúl y lo cerró.

—*Mr. Murdock*, hemos terminado nuestra misión aquí.

Volvieron al vestíbulo, donde se separó de ellos el detective particular. Chan acompañó al jefe a la puerta.

—¿Qué quiere usted decir con eso de la sortija, Charlie? —preguntó el segundo.

—Un acontecimiento que me resulta penoso repetir —dijo Chan sonriendo—. ¿Por qué? Quizá porque se refiere al más desagradable momento de mi larga carrera. Recuerde usted que anoche hallábame yo en la casa de la playa, en medio de la habitación, sosteniendo firmemente en la mano la carta escrita por Shelah Fane. De pronto se apagó la luz. Recibo yo un violento golpe en la mejilla; golpe y lesión incisa que probaba que el agresor llevaba una sortija. Se enciende la luz y la carta ha desaparecido.

—Ya, ya —dijo el jefe con impaciencia.

—Hago inmediatamente una inspección de los hombres con sortija que había en la estancia, Ballou y Van Horn. *Mr. Tarneverro*, por ejemplo, no. Pero ayer por la mañana, al visitarle yo en este mismo cuarto, advertí en su dedo el anillo que he sometido a la atención de usted. Más: cuando fuimos a casa de Shelah Fane, después de la noticia del crimen, percibí el brillo del brillante en la oscuridad. Lo vi también cuando el portador me auxiliaba en mis pesquisas en el pabellón. Y, sin embargo, cuando volvió a hacerse la luz después del robo de la carta, ya no estaba presente la sortija. ¿Qué juzgaría usted de ello, jefe?

—Juzgaría —contestó el jefe— que fue *Tarneverro* quien le dio aquel bofetón en la oscuridad.

Charlie se rascó las mejillas en silencio.

—Es curioso —dijo—. Lo mismo juzgué yo.

CAPITULO XX

Una punta del velo

Salieron y se quedaron en pie junto al coche de Charlie. El jefe arrugó el entrecejo con expresión de duda.

—No creo, Charlie.

—En lo cual —contestó Chan plácidamente— somos como dos juncos que se inclinan sobre el mismo arroyo.

—Tarneverro le pegó. ¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Había estado él hablándole a usted de esa carta con la esperanza de que, mediante ella, pudieran usted y él llegar a averiguar algo, y cuando usted la coge él lo derriba a usted de un puñetazo y se la quita.

—No tiene duda de que quería examinarla particularmente.

El jefe negó con la cabeza.

—Nada, nada. Está claro. Robó un cigarro a Jaynes y salió corriendo a echar la colilla delante de la ventana del pabellón. Escribió una nota a Van Horn para que fuera a la biblioteca para una simpleza. ¿Y qué más ha hecho?

—Tal vez matar a Shelah Fane —indicó Charlie.

—Estoy seguro.

—Pero él ha probado que estaba en otro sitio.

El jefe miró el reloj.

—Sí. Esa coartada la veremos a las cinco y media si esos dos viejos acuden como han ofrecido. ¿Qué va usted a hacer ahora?

—Le sigo a usted para estar presente en esa entrevista, pero antes voy a hacer un alto en la biblioteca.

—Muy bien. Venga lo antes que pueda. Me parece que ahora vamos a conseguir algo.

—¿Qué?

—¡Cualquiera sabe! Yo, no —contestó el jefe. Y se metió de un salto en su coche. Partió delante y Charlie le siguió a través de las amplias puertas para salir a Kalakaua Avenue.

Eran cerca de las cinco. Había pasado la hora del baño en Waikiki, y paseaba por las aceras una exposición perpetua de muchachas bonitas vestidas con alegres

vestidos de playa y hombres curtidos con trajes de claros colores. Había gentes que tenían tiempo de gozar de la vida; no así él, reflexionaba Chan. Los últimos descubrimientos de la tarde le tenían por completo desconcertado y necesitaba recurrir a toda su calma oriental para conservarse sereno en el camino de sus investigaciones. Tarneverro, que había jurado que sus más ardientes deseos eran los de ayudar a descubrir al asesino de Shelah Fane, lo que había hecho en realidad desde el principio era impedir la investigación. El rostro oscuro del adivino, con sus ojos misteriosos, estaba presente en los pensamientos de Chan conforme atravesaba la ciudad.

Paró ante la biblioteca y de nuevo hizo su aparición ante el mostrador.

—¿Quiere tener la amabilidad de decirme si se halla actualmente de servicio la joven que tiene a su cargo el salón de lectura? —preguntó.

Se presentó la joven, abrumada e indignada por los acontecimientos de la mañana. No volvería a dejar jamás descuidadamente sobre una mesa un tomo de periódicos; pero era que el muchacho japonés que tenía la obligación de devolver a sus estantes los libros, estaba con permiso. Desde luego, recordaba de Van Horn; le había visto en las películas.

—¿Qué otras personalidades destacadas estuvieron leyendo en el salón durante la mañana? —preguntó Chan.

La muchacha pensó... Sí; recordaba de una. Un hombre de aspecto extraño, del que la chocaron sobre todos los ojos. Chan la apremió para que detallara la prosopografía^[9] y no le quedó duda de quién era el interesado.

—¿Advirtió usted que examinara el tomo de periódicos que había dejado el actor?

—No. Llegó poco después de salir *Mr. Van Horn* y se estuvo toda la mañana, leyendo diversos periódicos y revistas. Parecía que no quería más que pasar el rato.

—¿Cuándo se marchó?

—No lo sé. Se quedaba aquí todavía cuando yo salí a tomar el *lunch*.

—Muy bien —dijo Chan—. Ha debido de ser él.

—¿Cree usted que haya sido él quien ha roto los periódicos?

—No tengo la prueba y me temo que no la tendré nunca. Pero estoy cierto de que ha sido él quien ha mutilado el volumen.

—Me gustaría verlo en un calabozo —dijo la muchacha, encendida.

Charlie se encogió de hombros.

—Tenemos gustos comunes. Muchas gracias por sus preciosos informes.

Se encaminó rápidamente al puesto de Policía. El jefe, solo en su despacho, estaba hablando con malos modos por teléfono.

—No, no; todavía no.

Colgó el auricular airadamente.

¡Charlie! ¡Me están acosando como a un perro! Todo el mundo pregunta quién ha matado a Shelah Fane. Los periódicos de la mañana han publicado cientos de cables. ¿Qué hay de la biblioteca? Espere un momento.

Era que sonaba de nuevo el teléfono. La respuesta del jefe no fue muy amable.

—Era Spencer —dijo, colgando—. No sé qué les pasa a estos muchachos. Parece que andan a ciegas. No encuentran ni rastro de ese maldito colonizador. Y es de la mayor importancia, Charlie. Estuvo en el pabellón anoche...

Charlie afirmó.

—No hay más remedio que encontrarle, desde luego. Yo estoy muy ocupado, pero estoy viendo que voy a tener que dedicarme a buscarlo yo en persona. Tan pronto como termine la entrevista con los viejos...

—Muy bien Es lo mejor. Sale usted a buscarlo cuando tenga ocasión. Bueno... ¿Qué era lo que estaba yo diciendo? ¡Ah!, sí. La biblioteca. ¿Qué ha encontrado usted allí?

—No hay duda —contestó Chan—: quien ha destruido los retratos de Denny ha sido Tarneverro.

—Él, ¿verdad? Me lo figuraba. No quiere que sepa usted cómo era Denny Mayo. ¿Por qué? Como esto siga, me voy a volver loco. Pero hay una cosa cierta y a ella me agarro. Nuestro hombre es Tarneverro. El mató a Shelah Fane y tenemos que obligarle a confesar.

Iba a decir algo Chan, pero el jefe, interrumpiéndole, siguió:

—Ya, ya sé que ha probado que estaba en otro sitio. Espere usted. Verá a donde va a parar esa coartada, me cueste lo que me cueste.

—Era otra objeción la que iba a permitirme formular —dijo Chan dulcemente.

—¿Cuál?

—Si tenía la intención de matar a Shelah Fane, ¿por qué me anunció antes que estábamos a punto de detener al asesino de Denny Mayo? Áteme usted esa mosca por el rabo, como diría mi hijo Enrique.

El jefe se cogió la cabeza entre las manos.

—¡Dios mío! ¡Cualquiera entiende! Es un caso difícil, ¿eh, Charlie?

Apareció en la puerta un policía de paisano anunciando a *Mr. MacMaster* y señora.

—Que pasen —dijo el jefe poniéndose en pie—. Puede ser que consigamos algo. Si destruimos esa coartada, las cosas se aclararán un poco.

Entró el matrimonio escocés, y al ver su aspecto franco e inocente, el jefe quedó mal impresionado. El anciano se acercó a Chan con la mano extendida.

—Buenas tardes, *Mr. Chan*. Otra vez nos encontramos.

Charlie se levantó.

—Tengo el honor de presentarles a ustedes al jefe de Policía. *Mrs.* y *Mr. MacMaster*, mi superior desea hacerles a ustedes unas preguntas amistosas.

Acentuó el «amistosas» ligeramente, pero lo bastante para que el jefe cogiera la insinuación.

—¿Cómo está usted, señora? —dijo cordialmente—. *Mr. MacMaster*, siento mucho tener que molestarle.

—No es molestia, *sir* —dijo el anciano, cargando la *r* con la dureza propia de Aberdeen—. La abuela y yo no hemos tenido nunca que ver nada con la Policía, pero somos ciudadanos respetuosos con la ley y nos satisface servirla.

—Muy bien —contestó el jefe—. ¿De modo, señores, que, según dijeron ustedes al inspector Chan, son amigos del que a sí mismo se llama Tarneverro el Grande?

—Sí que lo somos. Lo conocimos de joven y era un gran muchacho. Le queremos mucho, *sir*.

El jefe asintió con un movimiento de cabeza.

—Han dicho ustedes que anoche estuvieron ustedes sentados con él en la galería del Grand Hotel desde poco después de las ocho hasta las ocho y media.

—Eso hemos dicho, *sir* —contestó *Mr. MacMaster*—. Y lo juraríamos ante cualquier tribunal a que se nos lleve. Es la verdad.

El jefe le miró fijamente a los ojos.

—No puede ser la verdad —afirmó.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Lo que quiero decir es que aquí hay algún error. Tenemos la prueba irrefutable de que *míster Tarneverro* a esa hora estaba en otro sitio.

El anciano se levantó en actitud digna.

—Me desagrada profundamente su tono de usted, *sir*. Jamás se ha puesto en duda la palabra de *Tomás MacMaster*, y yo no he venido aquí para que se me insulte...

—Yo no pongo en duda la palabra de usted. Está usted equivocado; sencillamente Usted asegura que *Tarneverro* se separó de usted a las ocho y media. ¿Comprobó usted esto en su propio reloj?

—Lo comprobé.

—Puede ser que el reloj estuviera mal.

—Lo estaba.

—Entonces...

—Un poco adelantado. Cosa de tres minutos. Lo comparé con el reloj del hotel, que tenía las ocho y treinta y dos.

—Usted..., perdóneme que se lo diga..., no es un hombre joven, *MacMaster*...

—¿Prohíben esto las leyes de los Estados Unidos, *sir*?

—Me refiero a que su vista...

—Mi vista, *sir*, es tan buena como la de usted o mejor. *Mr. Tarneverro* se separó de nosotros a las ocho y treinta exactamente. Había estado con nosotros desde que terminamos de comer, quitando un breve rato que estuvo hablando con un caballero en el otro extremo del vestíbulo. Y durante ese rato no lo perdimos de vista tampoco. Esto es lo que he dicho y esto es lo que sostengo (y dio un tremendo puñetazo en la mesa), así quiera llevarme la contraria el mismo diablo.

—Abuelo, no te excites —intervino la anciana.

—¿Y quién se excita? —gritó *MacMaster*—. A un policía hay que hablarle enfáticamente, abuela. Hay que hablarle en su mismo lenguaje.



—A un policía hay que hablarle enfáticamente...

El jefe reflexionó. A pesar de sí mismo, le había causado impresión la evidente honradez del anciano. Había formado el plan de hacerle dudar y rectificar su testimonio, pero algo le indicaba que esa táctica iba a ser por completo inútil. Y entonces no había duda de que Tarneverro tenía una prueba, y una prueba concluyente de su inocencia.

—¿Usted apoya lo que dice su esposo, señora? —preguntó.

—Punto por punto —afirmó la anciana.

El jefe hizo un gesto de desesperanza y, volviéndose a MacMaster, dijo:

—Perfectamente. Tiene usted razón.

Charlie avanzó.

—¿Puedo permitirme hacer unas leves indicaciones a estos buenos amigos? —preguntó.

—Desde luego. Ande, Charlie —contestó el jefe, aburrido.

—Son unas sencillas preguntas —continuó amablemente—. Cuando *Mr.* Tarneverro se presentó en su rancho de ustedes, era un joven en el principio de su vida, ¿verdad?

—Así era, en efecto.

—¿Actor de teatro?

—Y no de gran fortuna. Tuvo la gran suerte de trabajar con nosotros.

—Tarneverro es un hombre muy raro. ¿Se llamaba así cuándo trabajaba con ustedes?

El anciano miró rápidamente a su mujer.

—No —dijo.

—¿Qué nombre usaba por aquel tiempo?

MacMaster apretó las quijadas y no contestó.

—Le repito: ¿Qué nombre usaba cuando trabajaba con ustedes?

—Perdone, señor inspector —contestó el anciano—; pero nos ha pedido que no hablemos de este asunto.

En los ojos de Chan brilló el destello de un súbito interés.

—¿Que les ha pedido a ustedes que no den su verdadero nombre?

—Sí. Nos dijo que había renunciado a él y nos pidió que no fuera en adelante para nosotros más que *Mr. Tarneverro*.

Charlie siguió su camino con pies de plomo.

—*Mr. MacMaster*: estamos cara a cara con una difícil situación. Anoche se ha cometido un crimen. Tarneverro no es culpable. Ustedes mismos lo acreditan aseverando que no podía estar en el lugar en que se cometió el crimen a la hora en que se cometió; explicación que nosotros aceptamos de la mejor buena fe porque sabemos que se alega de buena fe también. Ustedes le han hecho ese gran favor. Se lo han hecho ustedes a gusto porque aman ustedes la verdad. Pero más no tiene derecho a pedir de ustedes ni el más querido amigo. Han dicho ustedes que son personas respetuosas con las leyes y nadie habrá tan necio que lo ponga en duda. Yo deseo saber cuál era el nombre de *Mr. Tarneverro* cuando estaba trabajando con ustedes en Australia.

El anciano se volvió indeciso hacia su esposa.

—No sé, no... Es una posición difícil, abuela.

—No le van ustedes a acusar de asesinato por decirlo —continuó Charlie—. De ese peligro ya le han salvado ustedes. Pero impedirá usted el progreso de nuestro trabajo si se obstina en callar lo que le pregunto; y estoy plenamente seguro de que no es usted esa clase de hombre.

—No sé... —dijo el escocés tartamudeando—. ¿Qué te parece, abuela?

—Creo que *Mr. Chan* tiene razón —dijo, y dirigió una mirada cordial a Charlie—. Hemos hecho lo bastante con jurar que estaba con nosotros anoche. Si no lo dices tú, abuelo, lo diré yo. ¿Por qué se va a avergonzar un hombre de su nombre verdadero? Y estoy segura de que era su verdadero nombre.

—Señora —dijo Chan—. Enfoca usted la cuestión debidamente. Dígnese pronunciar el nombre.

—Cuando conocimos a *Mr. Tarneverro* en el rancho —continuó la anciana— su nombre era Arturo Mayo.

—¡Mayo! —gritó Chan. Y cambió con el jefe una mirada de triunfo.

—Sí. Él le dijo a usted esta mañana que entró solo a trabajar en nuestro rancho.
No sé por qué lo habrá dicho; no es verdad. Llegaron juntos él y su hermano.

—¿Su hermano?

—Sí, hombre, su hermano Denny Mayo.

CAPITULO XXI

El rey del misterio

A Chan se le aceleró un poco la respiración al oír aquella noticia inesperada. ¡Tarneverro hermano de Denny Mayo! No era, claro, de extrañar que el adivino hubiera tenido tanto interés en sacarle a Shelah Fane el nombre del asesino de Mayo. No era de extrañar que se hubiera ofrecido a ayudar a Chan en todo lo que estuviera en su mano para descubrir quién había hecho callar a Shelah lo que era de suponer que estaba a punto de decir.

Y, sin embargo, ¿había cumplido Tarneverro su promesa de ayudarle? Por el contrario, había estado poniendo en el camino de Chan todos los obstáculos posibles. Absurdo, absurdo... Chan se llevó las manos a la cabeza. Aquel Tarneverro era el rey del misterio.

—Señora, lo que ha dicho usted es interesantísimo —afirmó el detective.

Le brillaban los ojos. Por lo menos en un punto se hacía la luz. Añadió:

—¿Tiene usted la amabilidad de decirme si se parecían en la cara aquellos dos hombres?

Ella afirmó con la cabeza.

—Sí que se parecían, aunque mucha gente pudiera no haberlo notado, a causa de la diferencia de edad y de color. Denny era rubio y Arturo muy moreno. Pero yo, la primera vez que los vi, sentados uno junto al otro en mi cocina, conocí que eran hermanos.

Chan sonrió.

—Ha contribuido usted en parte a la solución que buscamos, señora, aunque por lo que hace al momento presente sólo Dios sepa en qué. Entiendo que, por ahora, no tenemos que molestarles más. ¿Hablo correctamente, jefe?

—Así es, Charlie. *Mr. MacMaster*, quedo muy agradecido a su esposa y a usted por esta visita.

—No hay por qué —contestó el anciano—. Vamos, abuela. No me encuentro muy tranquilo con todo esto. Me parece que has hablado un poco de más.

—Déjate de tonterías, Tomás. Un hombre honrado no se avergüenza de su nombre, y estoy segura de que Arturo Mayo es honrado. Si no lo es, ha cambiado mucho desde que nosotros le conocimos.

La anciana se levantó.

—En cuanto a que estuviera anoche con nosotros —dijo el esposo tercamente— a lo que he dicho me atengo, por encima de lo que sea. Tarneverro estuvo con nosotros desde las ocho hasta las ocho y media; y si el crimen se cometió en esa media hora, no lo cometió él. Eso estoy dispuesto a jurarlo, caballeros.

—Ya, ya. Sabemos que lo está usted —contestó el jefe—. Buenas tardes, *sir*. Señora, he tenido un verdadero placer...

El matrimonio salió y el jefe miró a Charlie.

—Bueno: y ahora, ¿qué? —preguntó.

—Cogidos en una red sin fin, como siempre —contestó Chan—. Sólo sé una cosa: que Tarneverro está esperándome en el Young Hotel. Voy a llamarle y a decirle que venga.

Cuando lo hubo hecho, regresó y se sentó al lado de su superior. Juntaba las cejas con el esfuerzo del pensamiento.

—El caso se complica —opinó—. Tarneverro era el hermano de Denny. Esto, por un lado, nos ayuda en el camino de la solución, pero por otro no hace más que aumentar nuestras perplejidades. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué ha luchado tan denodadamente por que yo no me enterase? Ya ha oído usted lo que dijo la señora acerca del parecido. Esto explica por qué han sido destrozados en pequeñas partículas todos los retratos de Mayo. Tarneverro estaba decidido a todo para impedir que entrásemos en conocimiento del hecho que acaba de sernos referido.

Dio un suspiro.

—Por lo menos, ya sabemos por qué han sido destruidos los retratos —añadió.

—Sí; pero con eso no conseguimos nada —replicó el jefe—. Si fue a su hermano a quien mataron y él estaba resuelto a darle a usted el nombre del asesino tan pronto como Shelah Fane lo revelara, me parece lo natural que le hubiera dado cuenta a usted de su parentesco con Mayo, sobre todo después de saber la muerte de *miss* Fane. Hubiera sido una explicación lógica de su interés por el caso. Y en vez de decírselo, hace los más desesperados esfuerzos por mantener oculto el parentesco.

Hizo el jefe una pausa y añadió:

—¡Qué raro que nadie entre la gente de Hollywood advirtiera nunca el parecido entre Mayo y el adivino!

Chan movió la cabeza.

—No era probable. Visitaron la ciudad en épocas muy alejadas uno y otro, y no se les vio juntos nunca. Ya dijo *Mrs.* MacMaster, además, que no todo el mundo hubiera encontrado el parecido, pero *Mr.* Tarneverro me hace a mí el honor de suponer que yo sí le hubiera encontrado. En cuanto a los demás, sabe muy bien que se trata de una índole de parecido que casi nadie advierte hasta que le llaman la atención sobre su existencia. Luego sí lo ve todo el mundo. Así es la humana naturaleza.

—Cada vez entiendo menos la humana naturaleza —gruñó el jefe—. ¿Y qué camino piensa usted seguir con ese adivino cuando se presente aquí?

—Pienso andar con pies de plomo. No le diremos nada de sus maquinaciones,

sino que le hablaremos de esto que acabamos de saber. ¿Qué razones dará para justificar su silencio? Pudieran tener gran significación.

—No sé, Charlie. Quizá fuera mejor mantenerle ignorante aun en este punto.

—No, con tal de que hagamos como si no tuviéramos la menor sospecha. Por el contrario, simularemos una viva satisfacción. Diremos que ahora comprendemos que tenga el mayor empeño en ayudarnos y que los cielos derramen su luz sobre nuestras abrumadas cabezas.

—Bien, haga lo que quiera, Charlie.

Momentos después entraba Tarneverro en la estancia con gran soltura y desembarazo. Advirtiéndose en él un poco de intranquilidad al verse en inesperada compañía, pero era lo bastante hombre de mundo para encontrarse bien en cualquier parte. Saludó a Charlie.

—Hola, inspector. He estado un siglo esperándole a usted. Ya iba a marcharme.

—Le ruego encarecidamente me disculpe —le contestó Chan—. Detúvome un grave aspecto del asunto. Tengo el gusto de presentarle a mi honorable jefe.

El adivino hizo una inclinación de cabeza.

—Mucho gusto. ¿Cómo está usted, inspector? Tenía mucho deseo de conocerlo a usted.

—Es natural. Hace no más que un momento hemos descubierto un hecho que nos hace perfectamente explicable el gran interés que tiene usted en esta cuestión.

Tarneverro le miró fijamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que hemos descubierto que Denny Mayo era hermano de usted.

Tarneverro avanzó y dejó el bastón encima de la mesa. Este acto le dio lugar a pensar un poco.

—Verdad, inspector —dijo encarándose con Chan—. No sé cómo pueden ustedes haberlo descubierto...

Charlie se permitió una leve sonrisa de satisfacción.

—Pocas cosas pueden permanecer ocultas a una investigación como la que estamos llevando a cabo —indicó amablemente.

—Evidente que no —dijo Tarneverro titubeante—. Me figuro que le asombrará a usted que no se lo haya dicho yo mismo.

Chan se encogió de hombros.

—Indudablemente tiene usted para ello alguna sólida razón.

—Varias razones —le aseguró el adivino—. Por una parte, que no creo que tal conocimiento le sea a usted de gran auxilio para resolver el caso.

—Lo cual es un certero pensamiento —se apresuró a aceptar Chan—. Sin embargo, debo confesarle que ha sido para mí un agudo desengaño. Entre amigos, la franqueza es como el sol templado después de la lluvia. Hace crecer la amistad.

Tarneverro hizo con la cabeza un movimiento afirmativo y se sentó.

—Entiendo que hay mucho de verdad en lo que usted dice. Siento haberme

reservado lo del parentesco y le pido por ello perdón humildemente. Si no es tarde ya, inspector, le haré una entera narración de los hechos.

—¿Por qué ha de ser tarde? —dijo Chan con el mayor agrado.

—Denny Mayo era mi hermano, inspector; mi hermano menor. La relación entre nosotros era más bien la de padre e hijo. Yo le quería mucho. Cuidaba de él, le ayudaba en su carrera, me sentía de él orgulloso. Cuando le asesinaron brutalmente, el golpe para mí fue tremendo. Comprenderá usted fácilmente que le diga —y aquí tembló emocionada su voz— que durante tres años la venganza de su muerte ha sido mi principal finalidad; más: mi única finalidad. Si la persona que ha matado a Shelah Fane es el mismo hombre, es la misma mujer que asesinó a Denny, juro a Dios que no descansaré hasta que se haya hecho justicia.

Se levantó y empezó a pasear.

—Me enteré del asesinato de Denny hallándome trabajando en un teatro de Londres. Nada podía hacer por el momento; estaba demasiado lejos. Pero en la primera oportunidad fui a Hollywood, decidido a aclarar el misterio de su muerte. Pensé que tendría más oportunidades para conseguirlo si no me presentaba en la colonia cinematográfica como hermano de Denny, sino con nombre supuesto. Al principio me llamé Enrique Smallwood, que era el nombre del último personaje que había representado.

Busqué. Era evidente que la Policía estaba por completo desorientada. Fue extrañándome el gran número de videntes y adivinos de todas las clases que había en Hollywood. Todos parecían prosperar, y el rumor público decía que recibían sorprendentes confidencias y secretos de labios de la gente de la pantalla.

Se me ocurrió una gran idea. En mi mocedad había sido yo ayudante de Maskelyne el Grande, perteneciente a una falange de famosos mágicos y hombre, en realidad, de notables facultades. No me faltaba a mí cierto talento para los experimentos psíquicos, y como aficionado había predicho el porvenir; de modo que me resolví a seguir adelante. ¿Por qué no, me dije, tomar un nombre impresionante, hacerme adivino y, husmeando en los secretos de Hollywood, buscar modo de aclarar el misterio de la muerte del pobre Denny? La cosa parecía de la mayor sencillez.

Volvió a sentarse.

—Así es, señores, cómo durante dos años he sido Tarneverro el Grande. He oído historias de amor no correspondido, de desenfrenada ambición, de odio y de intriga, de esperanza y desesperación. Es curioso que hayan vertido en mis oídos muchos secretos, pero que hasta recientemente el gran secreto que yo ansiaba esperar no se contara entre ellos. Por fin, ayer mañana, el cielo azul hizo descender sobre el mí el anhelado momento. Ya estaba sobre la pista del asesinato de Denny. Tuve que poner en juego toda mi fuerza de voluntad ante lo que oía. Shelah Fane me dijo que estaba en casa de Denny aquella noche, que vio matarlo. Trabajo me costó contenerme; a punto estuve de saltar sobre ella y arrancarle de los labios remisos el nombre del asesino. Hace tres años lo hubiera hecho, pero el tiempo..., con el transcurso del

tiempo se hace uno más reposado.

Sin embargo, luego que me hube enterado de que ella lo sabía, no la hubiera dejado hasta que me lo hubiera dicho. Cuando usted me vio anoche, inspector, tenía las mejores esperanzas. Me proponía llevarle a usted conmigo a casa de ella una vez que la fiesta hubiera terminado, seguro de que entre los dos hubiéramos acabado por sacarle el nombre. Tenía el propósito de entregarle a usted inmediatamente la persona culpable, porque —y miró al jefe— no creo necesario decirles a ustedes que jamás pensé en vengar el crimen de otra manera. Desde el primer momento mi intención fue que intervinieran los tribunales en el caso. Era, desde luego, el único camino para mí posible.

El jefe asintió gravemente.

—El único camino, desde luego.



—Era, desde luego, el único camino para mí posible.

Tarneverro se dirigió a Chan.

—Usted sabe lo que ocurrió. Esa persona vino de algún modo a saber que Shelah Fane estaba a punto de hablar y la calló para siempre. Me derrotaron en el umbral mismo del triunfo. Si ustedes no descubren quién ha matado a la pobre Shelah habrán sido en balde mis años de destierro en Hollywood. Por esto es por lo que estoy al lado de usted... Por eso es por lo que necesito saber —y volvió a temblarle la voz— quién es el asesino de Shelah Fane, con más ardimiento que haya deseado cosa ninguna en el mundo.

Charlie se le quedó mirando con cierta intranquilidad. ¿Era aquel hombre el que había estado sembrando las investigaciones de pistas falsas?

—Celebro mucho su franqueza, por tarde que llegue —dijo el detective con una extraña sonrisa.

—Creo que no hubiera tardado en decírselo a usted —continuó Tarneverro—. La verdad es que cuando íbamos en el coche hacia casa de Shelah Fane estuve a punto

de revelarles mi parentesco con Denny. Pero pensé que ese dato no le ayudaría a usted en lo más mínimo. Y no quería que se extendiera cómo había yo llegado a ser adivino en Hollywood. Si se sabía, habría acabado mi carrera. Supongamos, me dije a mí mismo, que el inspector Chan no encuentra al asesino de Shelah Fane. En tal caso, tengo que volver a Hollywood y continuar mis investigaciones. Todavía vienen a contarme secretos. Hoy me ha consultado Diana Dixon. Por esto es por lo que no quiero que se sepa mi verdadero nombre hasta que haya sido descubierto el asesino de Denny. Confío en la caballerosidad de ustedes para que no me descubran.

—Puede usted estar seguro —le afirmó Chan—. La confesión quedará enterrada como bajo las murallas de la China. El saber que está usted resueltamente a nuestro lado en esta persecución nos inspira nueva confianza. Encontraremos al asesino de Shelah Fane, *Mr. Tarneverro*... y al mismo tiempo el de su hermano de usted.

—¿Han conseguido ustedes algo? —preguntó ansiosamente el adivino.
Charlie le miró con fijeza.

—Cada momento que pasa nos acercamos más. Un par de detalles y estamos al fin de la jornada.

—Bien —dijo Tarneverro satisfecho—. Ya sabe usted cuál es mi papel en el asunto. Espero que me perdonará usted no habérselo dicho desde el principio.

—La explicación para ello ha sido extremadamente razonable —dijo Chan con una sonrisa—. Todo perdonado. Creo que no tenemos que molestarle más por ahora.

—Muchas gracias —dijo Tarneverro mirando el reloj—. Ya debe de ser la hora de comer, ¿no? Siento mucho que lo que les he dicho no sea de particular importancia para la misión de ustedes. Cualquier ayuda sería que yo esté en condiciones de prestar...

Chan inclinó la cabeza con ceremonia.

—Comprendemos perfectamente su actitud. ¿Quién sabe? A lo mejor se le presenta a usted oportunidad.

Acompañó a la puerta a Tarneverro, y cuando volvió a entrar se encontró al jefe hundido en su sillón, y que, con una amarga sonrisa en los labios, le dijo:

—Bien. ¿No ha sido perfecta la explicación?

Charlie sonrió.

—Imperfecta casi en su totalidad —respondió—. Tarneverro es un hombre extraño. Quiere ayudar y roba cigarros a *Mr. Jaynes* y los arroja al pie de la ventana del pabellón. Ansía mi triunfo y escribe notas que me hacen perder el tiempo con el inocente Van Horn. Tiene razones de no mucho peso ni importancia para no decirme que es hermano de Denny Mayo, y se afana en destruir todos los retratos de Denny, como si estuviera dispuesto a evitar que yo me enterase o a morir en la demanda. Columbra una carta en que puede ser que figure escrito el nombre del asesino de Denny y cuando yo estoy a punto de abrirla, da un puntapié a la luz y me da un bofetón.

Chan se rascó la mejilla, pensativo, y añadió:

—Es un hombre particular este Tarneverro.

—Bueno ¿y qué vamos a hacer ahora? —preguntó el jefe—. Parece que nos encontramos antes una de sus murallas de piedra, Charlie.

Chan se encogió de hombros.

—Caso en el cual debemos rodear en busca de nuevo caso. Reitero mi interés por el colonizador. ¿Qué hizo anoche en el pabellón? Más importante es todavía qué fue lo que oyó de la conversación entre Shelah Fane y Robert Fyfe; información por cuyo secreto ha pagado Fyfe considerable suma.

Avanzó hacia la puerta y añadió:

—Kashimo lleva demasiado tiempo jugando al escondite. Voy a injerir una modesta cantidad de provisiones y después me daré yo mismo una vuelta por la ciudad.

—No hay más remedio —dijo el jefe—. Tiene usted que ir en busca del colonizador en persona. Yo comeré también en la ciudad y volveré aquí en seguida que termine. Después de las siete me tiene usted aquí fijo.

Charlie se fue a un teléfono y llamó a su casa. Se puso al aparato su hija Rosa, a la cual anunció que no iba a comer. Le contestó un áspero grito de protesta.

—¡Pues tienes que venir, papá! Queremos verte.

—¡Hombre! ¿Por fin empezáis a sentir algún afecto por vuestro pobre padre?

—Claro que sí. Y además es que estamos muertos por saber noticias.

—Pues seguid viviendo otro poco. No hay noticias todavía.

—Pero ¿qué has hecho todo el día, entonces? —le preguntó Rosa.

Chan dio un suspiro.

—Tal vez debería emplear a mis once hijos en este caso, ¿no?

—Tal vez sí —dijo ella riéndose—. Un poco de energía americana puede hacer prodigios.

—Es verdad. Yo no soy más que un estúpido oriental...

—¿Quién te ha dicho que lo seas? Yo no. Pero, papá, por mí. Date prisa.

—Me la daré —contestó—. Estoy viendo que si no me la doy no puedo ir a casa esta noche.

Colgó el aparato y se encaminó a un restaurante próximo, donde comió abundantemente.

Hémosle aquí, restaurado y fortificado, King Street abajo hacia Aala Park. Empezaba a descender la oscuridad sobre aquel sucio espacio de terreno, que era como el campamento de los graduados en la dura escuela de la experiencia.

Hallábanse tumbados por los bancos y algunos miraron a Chan con ojos hostiles, discretamente disimulados bajo los entornados párpados. Al pasar él, musitaban una maldición labios a cuyos propietarios había encontrado el detective en circunstancias desagradables alguna vez. No hizo caso de ninguno, porque iba buscando a un hombre de chaqueta de terciopelo y calzones que en remota época habían sido blancos.

El parque no dio nada de sí. Pasó entonces a una calle de comercios pequeños y puestos de ropas usadas. Encima de su cabeza, en un balcón de evidente fragilidad, vio a una enorme filipina que, vestida con un kimono, fumaba su cigarro de después de comer. Charlie avanzó por un sector de Honolulu completamente desconocido para los turistas que respiran el aire puro de la playa y se entusiasman con las bellezas de estas islas.

No había belleza ninguna en el Distrito de Río, sino sólo suciedad y pobreza; siete razas se amontonaban en internacional hacinamiento. Oía Chan voces enardecidas por la disputa, llorar de niños, chancletear de sandalias, y aun, de vez en cuando, el aullido de la música hawaiana. La canción de las islas flotaba perezosamente en el aire fétido. Sobre una puerta que conducía a una oscura y sucia escalera se leía este letrero: «Cabaret Oriental».

Se detuvo unos momentos a la claridad de las luces del letrero. Se le acercó una muchacha morena, delgada, graciosa. Él se hizo a un lado para dejarla pasar y le vio la cara. Los trópicos; islas solitarias perdidas en medio del vasto mar del Sur; una linda cabeza destacándose en un verde frío. La siguió rápidamente escaleras arriba.

Entró en una habitación destartada que tenía hundido el techo y en la que había muchas mesas con manteles azules y blancos; muchachas pintadas estaban comiendo en el fondo de la estancia. Un dueño pequeño y suave se adelantó, frotándose las manos con calma aparente, pero un poco inquieto para sus adentros.

—¿Qué desea usted, inspector?

Charlie le empujó a un lado y siguió a la joven a quien había encontrado abajo. Ella le había cogido el sombrero y lo colgó de un clavo; evidentemente, trabajaba allí.

—Usted perdone —empezó Chan.

Ella le miró con mirada en la que se mezclaban la desconfianza y el miedo.

—¿Qué quiere usted?

—¿Conoces a un *haole* —un hombre blanco— a quien llaman Smith el Colonizador?

—Puede ser.

—Ha pintado tu retrato. Yo lo he visto. Y está muy bien.

La muchacha hizo un gesto de indiferencia.

—Sí; viene por aquí algunas veces. Le dejé que me retratara. ¿Y qué?

—¿Hace mucho que no ves a *Mr. Smith*?

—Hace mucho.

—¿Dónde vive?

—Creo que en la playa.

—Pero ¿cuándo tiene dinero?

La muchacha no contestó. Se acercó al dueño.

—Díselo, Leonora. Dile al inspector lo que te pregunta.

—Bueno. Algunas veces va al Nippon Hotel, en Beretania Street.

Chan hizo una inclinación de cabeza.

—Muchas gracias.

No gastó más tiempo en el pestilente local, sino que echó escaleras abajo. Momentos después entraba en el Nippon Hotel. El japonesito menudo que estaba en el *comptoir* le saludó con una cordialidad que Chan sabía que no podía ser más insincera.

—Inspector, viene usted a honrar mi casa.

—No es tal mi propósito. ¿Para aquí un *haole* que se llama Smith?

El empleado sacó un registro de debajo del mostrador...

—Voy a mirar...

Charlie alargó la mano y arrancó el libro de las poco resistentes del japonés.

—Miraré yo. Usted tiene muy mala vista. Archie Smith, número 7. Lléveme.

—Me parece que *Mr.* Smith no está.

—Yo veré si está o no. Dese prisa.

El japonés le condujo con desconfianza a través de un jardincillo lleno de plantas y flores amontonadas con descuido. El Nippon Hotel era un conglomerado de cobertizos y casas viejas. Pasaron a una galería; una japonesa marchaba vacilante bajo la carga de un pesado baúl. El empleado avanzó por una especie de *hall* y señaló una puerta. El número 7, o lo que quedaba de él, pendía en la pared de un clavo.

—Ahí es —dijo el japonés. Y desapareció con una mirada hostil.

Chan abrió la puerta del número 7 y entró en una habitación oscura y muy baja de techo. Lucía una bombilla sobre una mesa de pino, y a esa mesa estaba sentado Smith, el colonizador, con un lienzo sobre las rodillas. Levantó los ojos, sorprendido.

—¡Caramba! —dijo— ¿Usted?

Chan le miró soñoliento.

—¿Dónde ha estado usted metido todo el día?

Smith indicó el lienzo.

—Aquí tiene usted la prueba, inspector. Me he estado sentado en mi regio estudio pintando ese patio de ahí fuera. Me alegro mucho de que haya usted llegado. Después de terminar no he quedado del todo satisfecho.

Se retrepó en la silla y consideró con mirada de crítico su trabajo.

—Venga acá y mire, inspector. Me parece que algo sí he conseguido; hay una especie de calidad miasmática. ¿Había usted notado alguna vez que las flores pudieran tener una expresión miserable y siniestra? Pues ya ve usted cómo es posible: en el jardín del Nippon Hotel.

Chan miró el cuadro y asintió.

—Sí; está muy bien, pero no tengo tiempo de detenerme a hacer crítica ahora. Coja el sombrero y véngase conmigo.

—¿Dónde vamos..., a comer? Yo sé de un sitio en el Bulevar San Germán.

—Vamos al puesto de Policía —contestó Chan.

—Adonde usted diga —dijo Smith; y poniendo a un lado el cuadro cogió el sombrero.

Atravesaron Aala Park, a salir a King Street. Chan miraba al desventurado con cierta simpatía. Antes de que se separaran Smith y él, el colonizador le habría dicho mucho, suficiente tal vez para resolver el problema y poner término a sus tribulaciones.

El jefe estaba solo en el cuarto de detectives. Al ver al acompañante de Charlie se le alegró la cara visiblemente.

—¡Ah, le cazó usted! Ya me lo esperaba.

—¿De qué se trata? —preguntó Smith contento—. Desde luego estoy muy agradecido a estas atenciones, pero...

—Siéntese —dijo el jefe—. Quítese usted ese sombrero. —Por fin, gracias a Dios, había entrado uno a quien no había que tratar con demasiada ceremonia—. Míreme. Anoche mataron a una mujer en Waikiki, en un edificio aislado que está dentro de la finca. ¿Qué hacía usted en la habitación cuando la mataron?

Bajo la amarillenta barba palideció la cara de Smith. Se mojó los labios con la lengua.

—Yo no he estado jamás en esa habitación, jefe.

—¡Miente usted! Se han encontrado sus huellas dactilares en el alféizar de la ventana. Míreme. ¿Qué hacía usted en esa habitación?

—Yo..., yo...

—Vamos, acabe. No tiene usted salida. Diga la verdad o le pesará. ¿Qué hacía usted...?

—Bueno —dijo Smith en voz baja—. Se lo diré a usted. Pero déjeme hablar. Yo no he matado a nadie. Es verdad, estuve en esa habitación, en cierto modo.

—¿En qué modo?

—Abrí la ventana y me subí en el alféizar. Ya ve usted...

—Haga el favor de empezar por el principio —le atajó Chan—. Sabemos que se llegó usted a la ventana para escuchar lo que decían un hombre y una mujer que estaban hablando dentro del pabellón. Dejemos por el momento lo que hablaron. Usted sintió al hombre salir de la habitación...

—Sí; y eché tras él. Quería verle; pero se metió en un coche y se marchó hacia la avenida. No me fue posible alcanzarle. Me volví atrás y me senté en la playa. Al poco rato oí un grito, un grito de mujer, que partía del pabellón. No supe lo que hacer. Esperé un poco y luego me acerqué y miré por la ventana. La cortina estaba echada, pero la movía el aire. Todo estaba en silencio. Creí que no había nadie. Después... La verdad, esto no sé cómo... Yo no lo había hecho nunca. Pero es que estaba desesperado, destrozado... Y cuando uno se encuentra así se tiene el sentimiento de que el mundo tiene la obligación de darle a uno medios de vida...

—Adelante —rugió el jefe.

—Pues por la ventana vi un alfiler, un alfiler de brillantes. Creí que no había nadie; empujé la persiana y me subí al alféizar. Me agaché y cogí el alfiler... Entonces la vi, a la mujer, echada en el suelo junto a la mesa, apuñalada, muerta. Al momento

me di cuenta de que no era aquél sitio en que me conviniera estar. Bajé la persiana, escondí el alfiler en una caja secreta de mi propiedad que tengo en la playa y me fui a la avenida lo más aprisa que pude. Todavía estaba andando una hora después cuando me cogió el policía.

—¿Está todavía el alfiler en la playa? —preguntó Chan.

—No. Me lo llevé esta mañana.

Smith se buscó en el bolsillo del pantalón y lo sacó.

—Tómelo, tómelo —añadió—. No lo quiero; ni volver a verlo. Ya sé que no he obrado bien. Pero, como les decía, cuando está uno agotado...

Charlie estaba examinando el alfiler. Era una pieza delicada, una sarta de brillantes montada en platino. Le volvió y revolvió en la mano. El alfiler propiamente dicho estaba roto por la mitad y faltaba el pedazo.

El jefe miraba seriamente al colonizador.

—Está bien —dijo—. Usted ya sabe lo que significa eso. Tenemos que encerrarlo a usted...

- Un momento, haga el favor —intervino Chan—. El hallazgo del precioso alfiler es valioso en sí, pero no es fundamental para nosotros. Lo fundamental es lo que oyera este hombre hablar entre sí anoche a Shelah Fane y Robert Fyfe cuando andaba rondando el pabellón. Tuvo que ser algo de la mayor importancia; algo que empujó a *Mr. Fyfe* a declararse autor del crimen sin serlo con tal de que no se supiera; algo por ocultar lo cual ha pagado a *Mr. Smith* una considerable suma. Pero ahora *Mr. Smith* va a cambiar de opinión. Ya no quiere ocultarlo más.

—¡Ah, sí quiero! —exclamó Smith—. Es decir... No era nada, nada...

—Le encerraremos a usted por ladrón —le atajó Charlie—. ¿Es que quiere usted ir a presidio? No lo creo. Ni tampoco le conviene al Estado mantenerle a usted. En determinadas circunstancias, la memoria del robo podría borrarse de nuestra cabeza para siempre. ¿Hablo correctamente, jefe?

El jefe no sabía qué contestar.

—¿Cree usted que merece tanto la cosa, Charlie?

—Es de vastísima importancia —contestó Chan.

—Está bien —dijo volviéndose al colonizador—. Díganos la verdad de lo que oyera anoche y le dejamos marcharse. No lo acusaremos. Pero tiene que ser la verdad.

Smith dudaba. Sus rosados sueños del continente, de trajes presentables, de respetabilidad, iban a desvanecerse. Pero la idea de la prisión de Oahu le hacía estremecerse.

—Bien —dijo por fin—. Lo diré. Me cuesta mucho trabajo, pero... hay que pensar en Cleveland. Mi padre es hombre muy puntilloso. Se enfada por cualquier

cosa... ¡Como se va haciendo viejo...! Por él voy a salirme de este enredo, que no por mí. Cuando me acerqué a la ventana, inspector...

Chan levantó una mano.

—Un instante, haga el favor. Deseo vivamente que esté presente Robert Fyfe cuando refiera usted eso.

Miró el reloj y añadió:

—Estoy seguro de que ahora le encuentro en el hotel. Perdone.

Cogió el teléfono y llamó a Fyfe. Luego se acercó al colonizador y se sentó en una butaca a su lado.

—Nos colocaremos todo lo cómodos posible. Usted, Smith, explore su imaginación y disponga su relato con tiempo. Haga el favor de tenerlo en cuenta: la verdad.

El colonizador dijo que sí con la cabeza.

—Sí, inspector. Esta vez diré la verdad.

Se miró los desvencijados zapatos. Añadió:

—Ya me parecía a mí que era demasiado bueno para que durara. ¿Un cigarrillo? ¿No? Ni yo tampoco tengo. La vida es así.

CAPITULO XXII

Lo que oyó el colonizador

Pasaban los minutos y seguían sentados en silencio los tres. Los ojos pardo claros de Smith avizoraban el futuro con desesperanza; un futuro por el que caminaba siempre, destrozado y triste, playa adelante. El jefe encendió un grueso cigarro y cogió el periódico de la noche. Charlie Chan sacó del bolsillo el alfiler de brillantes y lo miró, sumido en profundas meditaciones.

Diez minutos después entró en la estancia Robert Fyfe. Entró que dijérase que entraba en el escenario: suave, sonriente, seguro de sí mismo. Pero tan pronto como vio a Smith se le borró en el acto la sonrisa y la substituyó el ceño.

—Buenas noches —dijo el actor—. Puedo concederle a usted veinte minutos. Tengo que marcharme en seguida. No vaya a ser que llegue tarde también al teatro esta noche.

—Con veinte minutos tenemos de sobra —dijo Charlie—. Usted y *Mr. Smith* ya se conocen. Ese señor que está ahí es mi jefe.

Fyfe hizo una inclinación de cabeza.

—Mucho gusto. Supongo que me habrá usted llamado para alguna cuestión importante, inspector.

—A nosotros nos parece muy importante —contesto Chan—. No desperdiciemos palabras. Anoche tuvo con la que había sido su esposa una conversación interesante en el pabellón de la playa. El verdadero contenido de esa conversación no ha sido revelado todavía. La primera vez que el tema se puso a discusión, usted se declaró culpable de un crimen que no había cometido para cambiar la conversación. Después, esta mañana se reveló usted como aficionado al arte y compró a Smith un cuadro con la esperanza de que no se moviera.

Miró fijamente al actor y siguió:

—Me regocija que haya usted adquirido ese cuadro primoroso, *Mr. Fyfe*, porque es el único que va usted a adquirir. Smith está dispuesto a moverse. Está dispuesto a hablar.

Al actor le cruzó el rostro una expresión de desmayo, a la que sucedió otra de cólera. Se volvió y se encaró con el colonizador.

—Es usted un hombre despreciable.

Smith levantó una mano en señal de protesta.

—Lo sé, lo sé. Soy un pobre junco roto abandonado a la corriente. Lo siento tanto como usted, amigo mío. Pero es que estos señores se han enterado de una cosa que me perjudica; de una cosa seria, que representa para mí la prisión a no ser que le descubra a usted. Y he dormido tanto tiempo al aire libre que, la verdad, una celda no me atrae. Sintiéndolo mucho, como lo digo, no tengo más remedio que abandonarle a usted a su suerte. Y a propósito, ¿tiene usted un cigarrillo?

Fyfe lo miró por un instante con indignación y después, con un encogimiento de hombros, sacó una pitillera de plata y la alargó. Smith cogió tabaco por sí mismo.

—Gracias. Es un desagradable asunto, míster Fyfe, y... No, muchas gracias; cerillas tengo... Y cuanto antes lo resolvamos, mejor.

Encendió el cigarrillo y dio una larga chupada.

—Pues volviendo a nuestro asunto favorito —continuó— estaba yo anoche en la playa y me acerqué a la ventana del pabellón en que estaban este hombre y Shelah Fane. Casi todo se lo hablaba ella... La vi... Guapa; todavía más que en las películas. Me hubiera gustado pintarla, con aquel vestido color crema...

—Vamos, vamos —dijo el jefe—. Al asunto.

—Ahí es adonde voy. Me detenía solamente a pintar cómo era de guapa... A una mujer como esa le debía estar permitido por lo menos un... tiro.

Chan se levantó:

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que ella lo hubiera aprovechado. Le estaba contando a *Mr.* Fyfe todo lo referente al caso; que hacía tres años, en Hollywood, había matado a un hombre...

Fyfe dio un rugido y se dejó caer en una butaca. Se cubrió la cara con las manos.

—¿Que había matado a un hombre? —preguntó Chan.

—Sí. Se llamaba...

Smith dudó. Luego dijo:

—Creo que dijo que se llamaba Denny. Sí, eso: Denny Mayo.

Hubo un momento de tenso silencio y Fyfe se levantó de un salto.

—Déjenme que lo cuente yo —gritó—. Si lo dice él va a resultar espantoso. Debo explicar que Shelah era mujer impresionable, impetuosa... Procuraré que me comprendan ustedes.

—No me importa quién lo diga —alegó el jefe—. Pero que me lo digan, y pronto.

Fyfe se dirigió a Chan.

—Ya le conté a usted, inspector, que ella me llamó al teatro (una llamada lastimera, suplicante) y me dijo que tenía que verme en seguida. Yo le contesté que iría después de la función, pero ella me replicó que no, que podría ser tarde; que si la quería fuera inmediatamente. Tenía que decirme una cosa, precisaba mi consejo, estaba desesperada. Yo fui entonces. La encontré en el jardín; parecía abrumada por el pesar y el miedo. Entramos en el pabellón y ella se lanzó en el acto a referirme el suceso. Años después de nuestro divorcio, según me dijo, conoció a Denny Mayo; se

enamorado perdidamente de él, me figuro cómo. Yo sé cómo quería Shelah. Salvajemente, irracionalmente. Pareció que a Mayo le interesaba; tenía en Londres a su mujer, que era bailarina; pero prometió divorciarse y casarse con Shelah. Durante algún tiempo, Shelah vivió feliz..., y una noche Mayo le dijo que fuera a su casa.

»Fue hace tres años, una noche de junio. Ella acudió a la casa a la hora que él le había dicho. Él le dijo que estaba arruinado; que su mujer había sufrido un accidente y no podía trabajar más; que creía deberse a su mujer y que iba a escribirle que fuera a reunirse con él en Hollywood. La pobre Shelah se volvió loca, perdió el sentido. Había un revólver en el cajón de la mesa de Mayo, lo cogió, le apuntó, amenazando matarle a él y suicidarse. Yo la he visto en parecidos momentos; no era dueña de sí misma, lo sé. Él quiso arrebatarle el arma, que se disparó durante la lucha en la mano de ella. Se quedó mirando a Mayo, que había caído muerto a sus pies.

»Me figuro que entonces volvió en sí. El caso es que cogió su pañuelo y borró de la pistola sus huellas dactilares. Se escurrió de la casa y llegó a la suya sin que la viera nadie. Estaba en salvo. Las diligencias no se fijaron en ella en ningún momento. En salvo, pero con la felicidad perdida para siempre. Desde ese día vivió atormentada.

»Hace unas semanas conoció en Tahití a Alan Jaynes. Hubiera querido casarse con él, pero la perseguía aquel recuerdo del pasado. Había tomado la costumbre de consultar a ese Tarneverro siempre que iba a hacer algo; su inteligencia había causado en ella profunda impresión. Le envió recado para verse aquí con él y ayer por la mañana le visitó en su cuarto.

»Cuando iba a verle no llevaba la menor intención de decirle nada acerca de Denny Mayo. Pretendía sencillamente que le predijera el porvenir y la aconsejara respecto de si podría ser feliz para ella el matrimonio con Jaynes. Pero él... parecía ejercer sobre ella un poder misterioso. Tal vez la hipnotizó. El caso fue que cuando quiso darse cuenta se encontró confesando la terrible historia al adivino...

—¡Alto! —gritó Chan con brusquedad no habitual en él—. ¡Oh, perdóneme! Un momento, si tiene la bondad. ¿Quiere usted decir que ella dijo a Tarneverro que había matado a Denny Mayo?

—Claro que se lo dijo. Yo...

—Pero Tarneverro dice otra cosa.

—Pues miente. Shelah le confesó que había matado a Denny Mayo. Por eso era por lo que estaba tan aterrada cuando me mandó llamar a mí. Yo era la única persona a quien podía volver los ojos, me dijo. Le había causado terrible efecto la expresión que había visto en los ojos de Tarneverro cuando le había hecho la confesión. Le había tomado un miedo terrible a ese hombre. Estaba segura de que proyectaba hacer uso de esa confesión para hacerle algún daño espantoso. Se confió a mí, suplicó mi ayuda. Pero ¿qué podía hacer yo? ¿Qué había que hacer?

Fyfe se sentó, como si el relato le hubiera agotado.

—Traté de tranquilizarla —siguió—, la prometí ayudarla en todo lo que pudiera;

pero le dije que tenía que irme al teatro en seguida. Ella me suplicó que me estuviera allí con ella; pero ustedes comprenderán que la función tenía que seguir. Jamás en mi vida he faltado a un auditorio... y me negué a hacerlo. La dejé y me volví a la ciudad.

De nuevo Fyfe hundió la cara entre las manos.

—¡Ojalá me hubiera estado con ella! Pero me fui. Lo primero que supe ya, era que la pobre Shelah había sido asesinada. Pensé decirle todo a la Policía en el acto; pero, no sé, cuando llegó el momento no pude. Shelah, que había sido siempre tan buena y tan amable, tan generosa, tan excelente compañera. Me figuré aquel borrón de su pasado, aquella cosa terrible cometida en un momento de irresponsabilidad, cablegrafiado a todas partes del mundo. Había muerto. Que se encontrara a su asesino no había de resucitarla. No, pensé, que quede inmaculado el nombre de Shelah. Esta es tu obligación ahora.

»Luego, este maldito colonizador hizo su aparición y empezó a contar. Perdí el juicio yo también. Yo he querido siempre a Shelah, la quería aún más que nunca cuando la vi anoche. Por eso hice aquella confesión melodramática, para cortar la investigación. No sé si hice bien o mal; esta mañana, al despertarme, me pareció que había llevado la caballerosidad demasiado lejos. Afortunadamente para mí, no conseguí nada: *Mr. Chan* rechazó mi confesión en el acto. Pero había logrado mi propósito, había dado a este Smith una propina, y cuando se me presentó esta mañana, no tuve ningún inconveniente en pagarle todo lo que tenía con tal de que siguiera callando. No podía soportar la idea de desprestigiar a Shelah ante el mundo que la había admirado tanto.»

Charlie se levantó y le puso al actor la mano en el hombro.

—Me ha causado usted mucha perturbación, pero le perdono con gusto, porque es usted todo un caballero. Perdóneme si pecho de importunidad al insistir sobre un punto; pero es de la mayor importancia. ¿Está usted completamente seguro de que *miss Fane* relató la cosa a Tarneverro exactamente como ella se la contó a usted?

—Absolutamente —replicó Fyfe—. Y si existe alguna relación entre Tarneverro y Denny Mayo, quien la ha matado es el adivino. Seguramente.

Charlie cambió con el jefe un expresivo gesto. El jefe se dirigió a Smith.

—Puede usted marcharse —le dijo—. Y que no vuelva a verle yo por aquí.

El colonizador se levantó rápidamente.

—Descuide usted..., al menos por lo que de mí dependa —dijo—. Claro que si siguen ustedes trayéndome...

Se dirigió a Fyfe y le dijo:

—Créame que estoy consternado, amigo. Quiero, sin embargo, que usted sepa que, al menos en un aspecto, he cumplido mi palabra... No he bebido nada en todo el día. Me he estado en mi cuarto, ¡y con dinero en el bolsillo! Pintando unos montones de flores mustias, con la garganta más seca que el Sahara. Era una condición dura, pero la he cumplido. Tome —y sacó del bolsillo un puñado de billetes—, esto es de usted.

—¿Qué es esto? —preguntó Fyfe.

—Treinta y dos dólares; lo que me queda de los cincuenta. Siento que no sea más, pero he tenido que comprar un poco de lienzo y unos pinceles... Si no no hubiera habido manera de estarme en casa.

Fyfe se levantó y rechazó el dinero.

—Está bien. Era un cuadro bastante bueno. Ya le dije mi opinión. Quédese el dinero y cómprese un traje decente.

Los claros ojos pardos de Smith relumbraron de gratitud.

—¡Por Dios que es usted un caballero! Gran suerte haberle conocido a usted. Anda rondándome una idea, tal vez una gran resolución. Me han dicho que hay escasez de mayordomos en los barcos. Mañana mismo me voy a comprar unas cosillas de ropa y me voy a alistar para un viaje a la Costa. San Francisco. Desde allí a Cleveland es un paseo como quien dice. Sí. Estoy decidido.

—Pues buena suerte —le contestó Fyfe.

—Gracias. ¿Me permite usted que le pida otro cigarrillo? Es usted muy amable.

Se dirigió a la puerta, se detuvo y volvió:

—La verdad, jefe, es que no quisiera separarme de usted. ¿Quiere usted hacerme un favor?

El jefe se echó a reír.

—¿De qué se trata? —dijo.

—Enciérreme hasta mañana —siguió el colonizador—. No me deje salir a la calle con todo este dinero. O me encierran, o lo más probable, lo más probable... Lo que quiero decir es que me ponga en un lugar seguro por esta noche, y así las probabilidades que tengan ustedes mañana de verse libres de mí serán mucho mayores de lo que parece que son ahora.

—Con mucho gusto —dijo el jefe—. Venga conmigo.

Smith se despidió de Charlie con la mano.

—Recuerde mañana, inspector, que le debo diez centavos.

Salió de la habitación siguiendo al jefe.

Charlie se dirigió a Fyfe.

—Le están a usted esperando en el teatro. Quédole agradecidísimo por cuanto ha tenido la bondad de manifestarme.

—*Mr. Chan*, si le fuera a usted posible que esto de Shelah Fane no trascendiera...

Charlie movió la cabeza con signo negativo.

—Lo lamento muchísimo, pero me temo que ello no va a ser posible. El asunto tiene con su asesinato vital conexión.

—Supongo que sí —dijo Fyfe con un suspiro—. En fin, de cualquier modo, usted se ha portado conmigo como un caballero y se lo estimo mucho.

Chan le despidió con una reverencia.

Una vez solo, el detective se quedó pensativo mirando al espacio. Así estaba cuando el jefe volvió a entrar. Se miraron uno al otro unos momentos.

—Bien —dijo el jefe—. De modo que todo lo que contó Tarneverro era una mentira. Y sobre eso ha basado usted toda su investigación. Es indigno de usted, Charlie, dejarse engañar de esa manera.

Chan asintió.

—Si tuviera tiempo de ello —dijo— doblaría la cabeza bajo el peso de la vergüenza y la indignidad. Mas prefiero olvidar el pasado. A partir de este punto, mi investigación toma un nuevo giro...

—¿Qué quiere usted decir con «a partir de este momento»? —preguntó el jefe—. El asunto está terminado. ¿No lo cree usted?

—¿Usted sí?

—Estoy seguro. Por la mañana Shelah Fane dice a Tarneverro que ella mató a Denny Mayo. Mayo era su hermano. Por la noche la encuentran a ella muerta. ¿Hay nada más sencillo? Voy a hacer que detengan en el acto a ese adivino.

Charlie levantó una mano.

—No; le aconsejo que no lo haga. Olvida usted que ha demostrado que estaba en otro sitio a la hora en que el crimen se cometió. Lo ha demostrado sólidamente, contundentemente, irrefutablemente.

—Pues lo rebatiremos. Evidentemente es falso. Tiene que serlo. O esos viejos han mentido para salvarle, o él los ha engañado a ellos lo mismo que le ha engañado a usted.

—No lo creo —dijo Chan obstinadamente.

—Pero ¿qué diablos le pasa a usted, Charlie? ¿Es que está perdiendo facultades? En la vida hemos tenido un caso tan claro como éste. Eso de que no estaba en el lugar del crimen...

—Es que hay algo más —le recordó Chan—. ¿Por qué me dijo Tarneverro que me llamaría a la playa para detener a un asesino? Se me clavaron sus palabras en el cerebro y no es tan fácil desalojarlas. Le digo a usted con la mayor firmeza que el problema no está resuelto todavía.

—No le comprendo a usted, Charlie.

—Sólo una cosa ha venido a aclarar el interesante relato que ha hecho *Mr. Fyfe*. Ya sé por qué no quería Tarneverro que abriera yo la carta escrita por Shelah Fane. Temía que quedase con ello informado inmediatamente de que ciertos detalles que me había proporcionado de la sesión con la dama eran falsos; y que en virtud de tal conocimiento se desplomase todo el edificio de su invención. Afortunadamente para él, la carta, una vez abierta por fin, resultó hallarse redactada en los más adecuados términos para fortalecer su embuste. «Hágame el favor de olvidar lo que le dije esta mañana. Por fuerza estaba loca, loca...»

Chan hizo una pausa.

—Sí —continuó—; *Mr. Tarneverro* me ha confundido con sus falsedades desde el comienzo mismo. Sin embargo, todavía no creo que sea culpable de asesinato.

—Bueno; y ¿qué es lo que piensa usted hacer? —le preguntó el jefe— ¿Sentarse a

rascarse las narices y que yo le ayude?

—No pienso rascarme las narices —replicó Chan— sino proceder.

—¿Proceder a qué? No tenemos más pistas.

Charlie sacó el alfiler de brillantes del bolsillo.

—Tenemos esto —dijo alargando el alfiler al jefe—. ¿Tiene usted la amabilidad de estudiarlo?

El jefe lo examinó.

—El alfiler propiamente dicho —advirtió— está roto por la mitad. Y parece que falta el trozo.

Chan asintió.

—Falta evidentemente. Cuando encontremos el trozo que falta tendremos resuelto el caso.

El jefe se le quedó mirando con asombro.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cómo se rompió el alfiler? Después de romper el reloj, el criminal quiso dejar todavía más pruebas de que había existido la lucha en que el susodicho reloj se había desgraciado. Arrancó las orquídeas y las pisoteó. Al tirar de las flores, el alfiler se abrió y cayó con ellas. Sin duda quedó en el pavimento con la punta hacia arriba. Tal vez la punta se clavó en el tacón del zapato del malhechor y así vino a romperse. ¿Aconteció así, y aconteció sin que el matador lo advirtiera? Posible es. En tal caso han de hallarse arañazos delatores en los encerados suelos de la casa de Waikiki. Encamínome allá con toda diligencia en busca de los arañazos de que acabo de hacer mérito.

El jefe se quedó pensando.

—Puede ser que no esté mal. Vaya a buscar. Yo aquí me quedo en espera de sus noticias.

Al salir, Charlie tropezó con Kashimo. El pobre japonés estaba destrozado y desalentado.

—He recorrido la ciudad de arriba abajo veinte, cincuenta veces. *Mr. Smith* no existe.

—Es usted un gran detective —le dijo el jefe con un gruñido—. *Smith* está en un calabozo. Le encontró Charlie.

En los ojos del japonés se retrataron el descorazonamiento y el fracaso. Charlie se paró en la puerta y volvió a entrar. Dio al hombrecillo unos golpes cariñosos en el hombro.

—Anímese —le dijo con cariño—. Sea buen chico, no deje de ir a ninguna reunión de su Asociación budista y triunfará usted. Nadie es perfecto. Míreme a mí: veintisiete años en la Policía y ahora me encuentro con que no soy tan inteligente como me figuraba.

Y salió lentamente de la habitación.

CAPITULO XXIII

Chan investiga

Charlie marchó a la playa a hacer la que creía que sería su última visita a casa de Shelah Fane. No había salido la luna todavía, el cielo parecía de terciopelo púrpura taladrado por estrellas; los árboles floridos ocultaban su belleza en la oscura calma. Hacía veinticuatro horas, en el mismo período de la impenetrable noche anterior, a la salida de la luna, el camello negro se había arrodillado a la puerta de Shelah Fane.

Aunque conocía el secreto que había en el pasado de aquella mujer, aunque sabía que había cometido un daño, no podía dejar de pensar en ella con profunda lástima. No había comparecido ante tribunal ninguno a responder de su crimen, pero no por ello había padecido menos. ¡Qué tortura habrían sido para ella aquellos tres años! «Quizá al fin encuentre un poco de felicidad. ¡La necesito tanto...!» Así había escrito en su última lastimera carta. En vez de felicidad había encontrado, ¿qué? El camello negro esperando para transportarla a lo desconocido. Cualquiera que fuera el motivo que se ocultara detrás del asesinato de ella, reflexionaba Chan, el acto en sí mismo era duro y cruel. Estaba firmemente decidido a que fuera hallada y pagara su culpa la persona que la hubiera matado. Decidido a que fuera hallada, pero ¿cómo? ¿Vendría generosamente en su ayuda el pequeño alfiler que guardaba en el bolsillo? Esperaba desesperadamente que así fuera, porque era ya su única confianza.

La sombra del banano era como tinta en el jardín de la extraviada y enorme casa que había sido la última morada de la artista. Chan paró el coche, le apagó las luces y saltó ágilmente a tierra.

Jessop, sereno y digno como siempre, le invitó a entrar.

—Señor policía, no le esperaba a usted. ¡Qué noche tan hermosa para salir! Suave y fragante, podríamos decir, *sir*.

Chan sonrió.

—Jessop, esta noche estoy muy atareado para dedicar atención ninguna a los perfumes.

—Sí; ya me figuro que estará usted muy ocupado, señor policía. ¿Hay alguna novedad relacionada con el homicidio, si se me permite preguntar?

Chan movió la cabeza de un lado a otro.

—Por ahora no.

—Lo siento mucho, *sir*. Los jóvenes están en la playa; me refiero a *miss* Julia y

Mr. Bradshaw. ¿A quién desea usted interrogar?

—Deseo interrogar a los suelos de esta casa —le dijo Chan.

Jessop alzó las cejas.

—No me extraña, *sir*. Mi anciano padre solía decir que las paredes oyen...

—Y los suelos también pueden repetir una escena —le devolvió Charlie—. Si no se siente usted inclinado a la objeción, empezaré por la sala.

Apartó las pesadas cortinas. Diana Dixon estaba sentada al piano, tocando dulcemente. Se levantó.

—¡Hola! —dijo— ¿Necesita usted a alguien?

—Necesito a uno o a una con gran vehemencia —le contestó Charlie—. Espero encontrarle, o encontrarla, al término de la dura prueba.

—Entonces, ¿todavía no ha descubierto usted quién ha matado a Shelah Fane?

—No. Pero dejemos este desagradable asunto. ¿Cómo es que no está usted en la playa? ¿Es éste lugar para la juventud en estas horas?

Diana hizo un gesto de indiferencia.

—¿Qué hace una en la playa sin un hombre? Y no hay ninguno que quiera acompañarme.

—Situación, la verdad, excepcional para usted —dijo Chan sonriendo.

—Siempre nos agrada el cambio a todos —replicó ella mientras él miraba con ojos impacientes en torno de la habitación—. ¿Qué va usted a hacer ahora? Estoy tan impresionada con todo esto...

—Ahora voy a ser insoportablemente brusco —replicó él—. Me encuentro en la increíble situación de necesitar que me prive usted de su compañía. ¿Tiene la bondad de aguardar en la galería?

Ella frunció la boca.

—Creí que me iba usted a pedir que le ayudara.

—En tan encantadora compañía como la suya, me temo que no podré poner atención en el trabajo.

Abrió la vidriera de la galería y añadió:

—Le estimaré como un señalado favor...

Con manifiesta desconfianza ella salió, y él cerró luego la vidriera. No quería tomar indigna actitud en presencia de un testigo, y la que estaba a punto de tomar era indigna evidentemente. Encendió todas las luces de la estancia, y, con cierta dificultad, se puso de rodillas. Sacó del bolsillo una lupa y se puso a inspeccionar con la mayor atención el bien encerado suelo dondequiera que no estaba cubierto por alfombra.

Anduvo un rato arrastrándose hasta dolerle las rodillas. Pero no le importó, porque el esfuerzo había tenido amplia recompensa. Había encontrado de trecho en trecho pequeños arañazos hechos recientemente sin duda ninguna. Respiró profundamente y le relucieron de satisfacción los negros ojos.

De pronto se le ocurrió una idea luminosa. Se puso en pie y corrió al comedor. La

mesa tenía el mismo tamaño que en la noche precedente. Jessop estaba metiendo plata en el aparador.

—Observo —le dijo Chan— que todavía no ha reducido el tamaño de la mesa.

—No he podido, *sir* —contestó el mayordomo—. Están quitados todos los tableros. Los anteriores ocupantes de esta casa debían de ser muy hospitalarios.

—Sí que lo eran —reconoció Chan.

Le sirvió de satisfacción comprobar que la mesa enorme estaba sobre el piso desnudo; en la habitación no había alfombra, salvo una pequeña a la entrada.

—Tenga la amabilidad de prestarme un servicio, *Mr.* Jessop: coloque diez sillas en torno de esta mesa, en idéntica posición a la que ocupaban anoche.

Extrañado, Jessop obedeció. Cuando hubo terminado, se quedó un rato Charlie sumido en profunda meditación.

—De modo que ahora están como estaban cuando usted sirvió café a los invitados hará unas veinticuatro horas.

—Exactamente —le aseguró el mayordomo.

Sin decir más, Charlie retiró una silla y desapareció debajo de la mesa. Una a una, mudas pruebas de su actividad, fueron siendo apartadas las sillas en tanto que Jessop le observaba con asombro rara vez apreciable en su rostro imperturbable. Agregando a su equipo una linterna, hizo Chan todo el circuito. Por fin, se alzó como para tomar aire.

—¿Había para la comida de anoche puestos designados?

—No, *sir*. Era una comida de confianza y *miss* Fane me dijo que ella misma sentaría a los invitados.

—De modo que cuando entraron a tomar el café no se sentaron en un orden ya convenido.

—¡Oh, no, *sir*! Cada uno se sentó donde le dictó la fantasía.

—¿Por casualidad recuerda usted quién se sentó en cada sitio?

Jessop negó con la cabeza.

—Lo siento, señor policía. Era una noche tan agitada... Yo estaba un poco nervioso...

Charlie puso la mano sobre la silla que había a la derecha de la que indudablemente hubiera ocupado la dueña de la casa.

—¿No podría usted decirme quién estuvo sentado aquí?

—Me parece que no, *Mr.* Chan. Me parece que un caballero. Pero, la verdad..., no sé...

Charlie reflexionó un momento.

—Muchas gracias. El teléfono está en la cabina del *hall*, ¿no?

—Sí, señor. Yo le llevaré a usted...

—No se moleste —le dijo Chan—. Iré yo solo.

Salió al *hall* se metió en el sofocante cuchitril que había al pie de la escalera y comunicó repetidas veces. Por fin llamó a su jefe al aparato.

—Aquí el inspector Chan —dijo—: ¿Puedo permitirme indicarle respetuosa y humildemente que venga con otro agente a casa de Shelah Fane sin pérdida de minuto?

—¿Hay algo, Charlie? —preguntó el jefe.

Chan tiró de la puerta para cerrarla todo lo posible. Empezaron a salirle en la frente vejigas de sudor.

—El alfiler está a punto de conducirnos al triunfo —contestó en voz baja—. En el pavimento de la sala hay numerosos arañazos de recentísima factura. Y, a mayor abundamiento, durante el período de investigación en la pasada noche, los invitados que se habían congregado para la cena se sentaron en torno de la mesa para tomar un ligero tentempié. El suelo no tiene alfombra bajo la mesa y delante de una de las sillas, y solo de una, hay más arañazos de manifiesto.

—¿Quién se sentó en esa silla? —preguntó el jefe.

—El asesino de Shelah Fane —contestó Chan—. El nombre es lo que no sé todavía. Pero ya he llamado a seis invitados que había en la casa, los cuales, con los tres que hay aquí, componen el total de la lista. Cuando estén presentes los llevaremos al comedor y les pediremos el favor de que tomen asiento tal como estaban anoche. La silla de la asesinada dueña de la casa estaba a la cabecera de la mesa, frente por frente a la puerta del *hall*. Fíjese en quién se sienta al lado derecho de la señora de la casa. Esa será precisamente la persona a quien tan arduosamente buscamos.

El jefe se echó a reír.

—Vamos a hacer un drama de gran espectáculo, ¿eh, Charlie? A mí me parece muy bien, con tal de que resulte. Soy con usted en seguida.

Chan salió al *hall*, enjugándose la frente. Alcanzó a ver los faldones de Jessop desapareciendo a través de las cortinas del comedor. Echó a andar con paso tranquilo y pasó por último a la galería, donde encontró a *miss* Dixon.

—Ya está la sala a la disposición de usted —dijo con una reverencia.

Ella se levantó y se le acercó.

—¿Ha encontrado usted lo que buscaba? —preguntó ella con interés.

Él se encogió de hombros.

—¿Y quién en este mundo encuentra lo que busca? El triunfo..., ¿qué es el triunfo? Una pompa que estalla al contacto de nuestra mano.

Y siguió andando hacia la playa.

A su derecha, conforme cruzaba el jardín, estaba el pabellón, oscuro y vacío esta noche. Cerca del mar, sentados ambos en un banco destinado para una sola persona, vio a Julia y a Jimmy Bradshaw. El muchacho se puso en pie.

—¡Pero si es el gran Charlie! —exclamó—. El formidable sabueso de Honolulu. ¿Cómo está usted? ¿Qué novedades hay?

—Las novedades parecen ser que el encanto de la playa de Waikiki sigue intacto —contestó Chan—. Siento mucho interrumpir esta emocionante escena.

Bradshaw le tendió la mano.

—Deme la mano, Charlie. Va usted a ser el primero en saberlo: Me caso. ¡Claro, y Julia también!

—Agradabilísima noticia —contestó Chan efusivamente—. Que disfruten ustedes la mitad de las venturas que yo les deseo. Todas ellas sería imposible.

—Muchas gracias, *Mr. Chan* —dijo Julia.

—Es usted un gran tipo, Chan —dijo Bradshaw—. ¡Cuánto le voy a echar a usted de menos...! Y también a esta playa...

—¿Cómo? ¿Es que se va usted de Honolulu?

—Desde luego.

—¿Que se va usted de este lugar delicioso, acerca de cuyos encantos ha escrito un millón de palabras...?

—No hay más remedio, Charlie. ¿Se ha parado usted alguna vez a pensar en el efecto de esta lánguida belleza sobre el carácter de un hombre joven? Es devastador, sencillamente. En esta playa en semicírculo, abanicada por el cálido aliento del Sur, etc., etc., ¿qué es lo que le ocurre a uno? Que se debilita, que se estanca, que se desmorona. No quiero más cocoteros. Abetos de California, Charlie. ¿Cuál es el efecto de los abetos? Animarnos, estimularnos. En adelante serán mis árboles favoritos. Un hombre activo y duro del Oeste: éste es el papel que me aguarda.

Chan sonrió.

—¿Ha fracasado usted en el intento de imponer a *miss Julia* sus puntos de vista acerca de Hawai?

—Eso parece. Se los he impuesto a cincuenta turistas, pero no a la muchacha a quien amo. Así es la vida, por lo visto.

—Cuando salgan ustedes de aquí, se dejará atrás mucha belleza —dijo Charlie—. Pero también se llevará mucha consigo, puesto que se lleva a *miss Julia*.

—Observación que debía haber hecho usted, *Mr. Bradshaw* —dijo Julia riéndose.

—Ya iba a decirlo —contestó él.

Chan se quedó mirando la luna que se levantaba, y la curva de luces en torno de la susurrante playa. Llegaba del parque del Moana arrastrada por el viento la triste música hawaiana.

—¡Joven, enamorado y en esta playa! —dijo Charlie—. ¿Puede haber felicidad mayor? Gustadlo hasta la saciedad. Ocurre una vez y luego el tiempo sigue. Llega un momento en que ni el oro ni las perlas pueden rescatar las negras guedejas de la juventud.

—Pero ¿qué es eso, Charlie? ¿Se nos va usted a hacer sentimental? —gritó Bradshaw.

Chan afirmó con el gesto.

—Pienso en mis propios amores en esta misma playa..., hace ya tanto tiempo. ¡Tanto tiempo! ¡Como que soy ya padre de once hijos! Figúrense ustedes.

—Debe usted mostrarse orgulloso de ellos —se atrevió a decir Julia.

—Todo lo orgulloso que me permiten —contestó Chan—. Por lo menos he cumplido con mi misión de unir el pasado con el futuro. Cuando yo pase dejando once retoños, ¿podrá decir nadie que no he estado aquí? No lo creo.

—Cierto que tiene usted razón —le aseguró Bradshaw.

—¿Me permite hablarle aparte unas palabras? —dijo Charlie.

Se retiró con el joven en dirección de las luces de la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bradshaw.

—Va a ocurrir mucho en este momento. Dentro de una hora le diré a usted quién ha matado a Shelah Fane.

—¿Es posible? —exclamó el muchacho con el mayor asombro.

—Pero antes tiene usted que hacer una cosa. *Miss* Julia era la amiga querida de Shelah Fane. Vuelva a su lado y díglele con la mayor suavidad que fue *miss* Fane quien mató a Denny Mayo; lo cual ha quedado establecido fuera de toda posible duda.

—Pero ¿es verdad?

—Es verdad. Dele la noticia delicadamente, según le ruego y recomiendo. De este modo, la noticia no la herirá con fuerza tan cruel como si viniera a conocerla entre la multitud. Será para ella un golpe terrible, pero no tardará en olvidarlo. Tiene su amor de usted.

—Comprendo, Charlie. Es gran delicadeza por parte de usted. Está usted en todo.

—Dentro de mis propias limitaciones, lo procuro. Una vez que le haya dado usted la infausta nueva, sírvanse venir los dos inmediatamente a la sala.

—Así lo haremos, Charlie. Gracias.

Cuando Chan entró en la amplia estancia, Dina Dixon saludaba a Martino, Van Horn y Jaynes, que habían ido juntos desde el hotel. El detective advirtió con satisfacción que todos tres estaban de frac. ¿Sería demasiado esperar que llevaran el mismo calzado que habían llevado la noche anterior?

—¡Hola, inspector! —dijo Martino—. Hemos venido lo más de prisa posible. ¿Qué es lo que ocurre?

—Un pequeño experimento —contestó Chan—. Es posible que el caso quede resuelto esta noche.

Jaynes estaba encendiendo uno de sus cigarros cortos.

—¡Dios haga que sea así! —exclamó—. He pedido que me reserven un camarote en el vapor de mañana. En usted confío, inspector.

—Todos confiamos —añadió el director—. Yo también quiero marcharme. Podremos tal vez embarcar Huntley, usted y yo.

Van Horn se encogió de hombros.

—A mí, después de todo, no me importa quedarme aquí para siempre. Anoche miraba yo al colonizador; no me chocaría que fuera el más feliz de todos los que estábamos.

—Primitivismo, ¿eh? —dijo Martino sonriendo—. Debe de ser la influencia del

papel que ha representado usted en Tahití.

—Es el recuerdo de Hollywood —respondió Van Horn—. De todos los sitios artificiales que he visto, es ese el que se lleva la medalla de oro.

—Habla usted como un verdadero californiano —dijo Jimmy Bradshaw, que entraba con Julia—. ¿Me permite usted que recoja esas manifestaciones? Un famoso actor de cine prefiere la vida tranquila de Honolulu a la agitación febril de la colonia cinematográfica.

—Hágalo usted —le contestó Van Horn malhumorado— que yo me encargaré de desmentir que lo haya dicho nunca.

—¡Vaya! —dijo Bradshaw sonriente—. En las entrevistas con los actores de cine siempre se ha de dejar uno en el tintero las frases mejores.

Entraron Wilkie Ballou y su esposa. Él llevaba un traje de seda con zapatos blancos, lo que disgustó a Charlie. Si Ballou tomaba la silla que en el comedor estaba esperando a que alguien se sentara en ella, el caso seguiría aún en la oscuridad.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Ballou—. Yo que pensaba acostarme temprano esta noche.

—El pobre Wilkie no puede resistir las emociones —dijo Rita—. A mí, en cambio, me entusiasman. ¡Hola, Diana! ¿Qué ha sido de ti todo el día?

Se corrió la cortina y penetró sin ruido en el aposento Tarneverro. Se quedó parado un instante, mirando a un lado y otro, con el disgusto retratado en sus ojos negros.

—Muy bien —dijo—. Ya estamos aquí todos, ¿no?

Jaynes se puso en pie lentamente, avanzó y sacó la pitillera.

—Buenas noches —dijo—. ¿Quiere usted un cigarro de los míos?

—No, muchas gracias —dijo Tarneverro amablemente—. No los fumo.

—Perdón —contestó el inglés—. Yo creí que sí.

Charlie se apresuró a mediar entre ellos.

—Háganme el favor de sentarse. En efecto, ya estamos aquí todos... menos el jefe. Vamos a esperarle unos minutos.

Se sentaron. Rita, Diana y Julia hablaban entre sí en voz baja. Los hombres permanecían callados, mirando al espacio.

Se oyó luego hablar en el *hall* y entró el jefe. Detrás de él, Spencer, corpulento y con aspecto de hombre importante. Chan se puso en pie.

—Hola, jefe. Ahora podemos seguir adelante. He explicado que deseamos llevar a cabo un cierto experimento. Usted conoce a muchos de estos señores...

Wilkie Ballou dio la mano al jefe.

—Mucho gusto en verle —le dijo, dirigiendo a Charlie una mirada.

—También le es a usted conocido *Mr.* Tarneverro —siguió Chan dándose cuenta de su olvido. Presentó a continuación a los demás. Y añadió—: Ahora pasaremos todos al comedor.

—¿Qué? ¿Otra comida? —exclamó Rita Ballou.

—Una comida harto particular —le dijo Chan— en la cual no se ha de servir manjar ninguno. Por aquí, tengan la amabilidad.

Fueron desfilando, solemnes y con expresión de disgusto. La presencia del jefe y del corpulento agente de uniforme había servido para advertirles de la seriedad de la situación. No era de extrañar que fueran todos preguntándose adonde iría a parar todo aquello. ¿Era acaso un lazo que se les tendía?

Jessop estaba en el comedor dedicado a sus ocupaciones, grave y digno. Acudía a sentarlos en torno de la mesa vacía con la misma formalidad que si reluciera la plata y brillara la nítida blancura del lienzo.

—Ahora vamos a pedir a ustedes un favor —dijo Chan hablando calmamente—. Quiero recordarles a ustedes que se trata de un momento de singular importancia y que deben reflexionar profundamente antes de proceder. Que nadie cometa error. ¿Tienen ustedes la amabilidad de sentarse a esta mesa en los mismos puestos que ocuparan ustedes la precedente noche?

Acogió sus palabras un leve coro de desencanto.

—Yo estaba tan excitada que no recuerdo —dijo Ana. Y los demás le hicieron eco. Unos momentos se mezclaron todos, sorprendidos e indecisos. Jimmy Bradshaw se sentó por fin frente por frente a la silla vacía de la dueña de la casa.

—Yo me senté aquí —dijo—. Lo recuerdo perfectamente. Julia, tú estabas a mi derecha. Y usted, Van Horn, a mi izquierda.

Julia y el actor, invitados por el ceremonioso Jessop, ocuparon sus sitios.

—*Mr.* Ballou, usted estaba a mi lado —dijo Julia; y Chan dio un suspiro de alivio cuando vio al hombre de Honolulu sentarse en su silla.

—Es verdad —dijo Ballou—. Muchas gracias por habérmelo recordado, querida. Diana, usted estaba a mi derecha.

—Es verdad —dijo *miss* Dixon; y Jessop le ofreció la silla—. Y Val estaba a mi derecha.

—Así era —asintió el director; y tomó asiento.

Un lado de la mesa estaba ya completo; pero no era el lado que interesaba a Charlie.

—Usted estaba frente a mí, Rita —dijo Diana.

Mrs. Ballou ocupó su puesto.

Dos sillas, cada una a un lado de la cabecera de la mesa, quedaban por ocupar, a disposición de Jaynes y Tarneverro.

—Yo creo, *Mrs.* Ballou, que yo tuve el honor de sentarme al lado de usted —dijo Tarneverro sentándose a su derecha.

—En efecto, a mi lado estaba —dijo Rita—. Y *Mr.* Jaynes al otro.

Indicó la silla que tenía a su izquierda; la portentosa silla ante la cual había en el piso arañazos como hechos por un alfiler roto que sobresaliera ligeramente del tacón de un zapato.

—Pues creo que ya estamos —dijo Jaynes sonriendo inocentemente. Y se sentó.

—No estamos —dijo Van Horn de pronto.

—¿Está alguien mal? —preguntó Charlie.

—Sí. *Mr.* Tarneverro está ahora a mi izquierda y anoche quien estaba era *Mr.* Jaynes.

—Es verdad —exclamó Rita Ballou dirigiéndose a Tarneverro—. Usted y *Mr.* Jaynes tienen que cambiar.

—Es posible —dijo el adivino amablemente. Se levantó. Jaynes se levantó también y se sentó en la silla que había a la derecha de Rita. Después de un momento de duda, Tarneverro tomó asiento en la silla fatal.

—Ahora creo que es cuando estamos bien —añadió tranquilamente—. Jessop: ya puede usted servir la sopa.

Charlie y el jefe cambiaron una mirada y se retiraron de la mesa. Los dos salieron al *hall*.

—Tarneverro —dijo el jefe en voz baja—: Ya lo sabía yo. Mírele los zapatos.

Pero Chan, tercamente, hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Aquí hay alguna equivocación importante —insistió.

—¿Qué equivocación ha de haber? ¿Qué es lo que se le ha metido a usted en la cabeza, Charlie?

—Equivocación importantísima —continuó Chan—. No es posible aceptar la culpabilidad del que tiene probado de tal modo haberse encontrado en otro sitio mientras el crimen se cometía. No bastarían para ello todos los alfileres del mundo.

—Pues entonces, no hemos conseguido absolutamente nada.

—Hasta cierto punto, no. Pero yo no pierdo la esperanza. Permítame pensar un momento. Tiene que haber alguna explicación. Ya. Venga usted conmigo.

Volviéron a entrar en el comedor. Los sentados en torno de la desprovista mesa los miraban con expectación.

—Háganme el favor de seguir en su sitio cada uno —dijo Chan—. Yo vuelvo dentro de una ligera fracción de tiempo.

Entró a la cocina por una puerta de paso y desde el comedor pudieron oír su voz, en coloquio con el cocinero Wu Kno-Ching. Esperaban todos en silencio; aun aquellos sobre cuya inocencia no podía haber duda aguardaban ansiosos e inquietos. Luego Chan volvió, andando con inusitada rapidez y con adusta expresión en el rostro.

—Jessop —dijo.

El mayordomo avanzó hacia él con aire sorprendido.

—Dígame, señor policía.

—Jessop, anoche, cuando estos señores se marcharon, ¿se sentó alguien a esta mesa?

El mayordomo bajó los ojos como quien confiesa una falta.

—Créame que lo siento muchísimo, *sir*. No estuvo bien; yo sería incapaz de tolerarlo como cosa normal en una casa bien llevada; pero andaba todo tan manga por

hombro... Y no habíamos comido... Nos sentamos a tomar un poco de café; nos hacía mucha falta tomar algo...

—¿Quiénes se sentaron?

—Ana y yo, *sir*.

—¿Usted y Ana se sentaron a esta mesa una vez que los invitados se hubieron retirado? ¿Dónde se sentó usted?

—Allí; donde está sentado *Mr. Martino*, *sir*.

—¿Y Ana? ¿Dónde se sentó Ana?

—Se sentó aquí, *sir*.

Y Jessop puso la mano en el respaldo de la silla de Tarneverro.

Chan guardó silencio un momento, mirando al mayordomo con vaga mirada. Respiró hondamente, como quien después de una larga jornada ve por fin el término del camino.

—¿Dónde se halla Ana en este momento? —preguntó.

—Creo que en su habitación, *sir*. Arriba.

Charlie hizo una seña a Spencer.

—Traiga en seguida a esa mujer —ordenó y el *policeman* desapareció. Y añadió Chan dirigiéndose a los demás—: Nuestro pequeño experimento ha terminado. Hagan el favor de pasar de nuevo a la sala.

Se levantaron y en silencio cruzaron el *hall*. Charlie y el jefe esperaban al pie de la escalera. El jefe no decía nada y Charlie tampoco parecía inclinado a hablar. En la parte de arriba del tramo apareció Spencer acompañado de Ana. Descendieron lentamente.

Los ojillos de Chan, que parecían en la semipenumbra botones negros, buscaron los de la mujer, la cual devolvió la mirada con fría indiferencia.

—Venga conmigo —le dijo él.

La llevó a la sala y estuvo unos instantes mirándole los pies. Llevaba zapatos abotinados negros, que jugaban con el sobrio uniforme. Advirtió Chan que el derecho era un poco más ancho por la parte del tobillo.

—Ana —dijo—: le voy a hacer a usted un ruego muy extraño. ¿Tiene usted la amabilidad de quitarse el zapato derecho?

Ella se sentó y empezó a desatárselo lentamente. Tarneverro avanzó hasta ponerse junto a Chan. El detective hizo como que no lo veía; cogió de la mano de Ana el pesado zapato, lo volvió y con el cortaplumas levantó el tacón de goma. Quedó al descubierto un alfiler de oro como de media pulgada, y con un gesto de triunfo lo sacó y mostró.

—Ustedes son todos testigos —les dijo. Y añadió dirigiéndose a Ana—: Por lo que se refiere a usted, me temo que haya procedido con el descuido más grosero. Cuando pisoteó usted las orquídeas se le pasó a usted advertir esta delatora prueba de su acto. Y bien: gracias a esos breves momentos de descuido, podemos penetrar ahora en el intrincado misterio de este asunto.

Concentró su atención en el zapato y continuó:

—Veo que tiene refuerzos a los lados. Parecen para proteger un tobillo débil. ¿Ha sufrido usted algún accidente, señora mía?

—Sí; me rompí un tobillo... Hace mucho tiempo —contestó ella con voz apenas perceptible.

—¿Se rompió un tobillo? —exclamó Charlie con rapidez—. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Se rompió usted el tobillo bailando en escena? Desde luego, eso fue. Señora, por entonces debía usted de ser esposa de Denny Mayo.

La mujer dio un paso hacia él. Sus ojos eran todo dureza y desafío; pero su faz, ordinariamente morena, estaba pálida como las arenas de Waikiki.

CAPITULO XXIV

Se descorre el velo

Charlie se volvió a Tarneverro. En los hundidos ojos del adivino leyó hostil admiración. Él sonrió.

—He estado incomprensiblemente torpe —dijo—. La presencia de esta mujer en la escena no es mera coincidencia. Cuando se estableció usted como lector del porvenir en Hollywood, ¿qué era lo que necesitaba? Espías, espías que se repartieran por todos lados y le llevaran bocados de murmuración relacionada con los artistas cinematográficos. La esposa de su hermano de usted había sufrido un accidente, había tenido que abandonar la profesión, encontrábase sola y sin posibles. ¿Qué cosa más natural que lo que usted hizo? La ayudó a obtener un puesto en que ella pudiera ayudarle a usted.

Tarneverro se encogió de hombros con indiferencia.

—Tiene usted gran imaginación, *Mr. Chan*.

—Favor que usted me hace —dijo Charlie—. Ha quedado bien de manifiesto que carezco de imaginación completamente. Sólo pido que se me reconozca un mérito: que cuando empieza a brillar la luz no echo las persianas. La luz brilla ahora. El papel de Ana no era sólo aportarle a usted informes triviales, sino también ayudarle a usted a resolver el asunto de la muerte de Denny Mayo. ¿Fue para eso para lo que la colocó usted con Shelah Fane? ¿Tenía usted ya alguna sospecha de la muerte de *miss Fane*? Yo lo creo así. Ayer por la mañana, en el cuarto de usted, la actriz le confesó su crimen. En seguida da cuenta a Ana de que ha llegado el momento de la victoria. Está de excelente humor. La intención de usted es honrada: entregar a *miss Fane* a la Policía. De otro modo, no me hubiera usted dicho lo que me dijo anoche en el vestíbulo del Grand Hotel. ¿Qué ocurre después?

—Dígame usted, inspector.

—Tal es mi propósito. Se entera de que Shelah Fane ha sido asesinada. Sin que se lo digan usted sabe quién ha cometido el crimen. La posición de usted es difícil, pero su entendimiento procede con la habitual rapidez. Inventa un relato falso de su entrevista con Shelah Fane y me induce usted en el acto a seguir una pista falsa. Habla usted de una carta, completamente mítica, que *miss Fane* iba a escribirle a usted. Luego con gran sorpresa y consternación por su parte, se encuentra con que, en realidad, se ha escrito una carta. Como ello pudo trastornar sus planes en el acto, me

derriba usted de un puñetazo y obtiene la epístola. Acción innecesaria, según viene a resultar después. Lo recorre usted todo para destruir los retratos de Mayo, a fin de ocultar su parentesco con él. Pretende usted confundirme comprometiendo a elementos inocentes. ¡Cuánto ha trabajado usted, *Mr. Tarneverro!* Pudiera perdonarle a usted, pero encuentro extremadamente difícil perdonarme a mí mismo. ¿Cómo he podido ser tan estúpido?

—¿Quién dice que ha sido usted estúpido, Charlie? —preguntó el jefe.

—Yo lo digo, y lo reitero con la mayor y más amarga energía —contestó Chan—. Mi pequeño duelo con el adivino debía haber terminado hace muchas horas. El asunto estaba claro. Sabía yo que él se servía de espías. Llegó a mi conocimiento, aunque no concedí al hecho la necesaria atención, que alguien había espiado a *miss Fane* durante su permanencia en Tahití y en el barco de regreso. Supe que Ana había comprado aquí papel del Estado, aspecto que parece indicar ingresos mayores que el salario de una simple doncella. Escucho a Tarneverro, el cual prueba de tal modo que no estaba en el lugar del crimen cuando se cometió, que no puedo abrigar la menor sospecha de que él sea el autor. ¿Qué explica, pues, su conducta? Un buen detective debiera haber inferido que protegía a alguna otra persona. ¿A quién? Leo en la Prensa periódica que Denny Mayo tenía mujer. Descubro que Tarneverro es el hermano de Mayo y llega a mi conocimiento que Mayo fue asesinado por la mano de Shelah Fane. Después, último y definitivo rasgo, me dicen que la mujer de Mayo sufrió un accidente y no puede seguir ejerciendo la profesión. ¿Doy yo, a pesar de todo, pie con bola? ¿Opero con los factores dados y obtengo el resultado natural? No, sino que ando de un lado para otro como un palomino atontado, hasta que por fin me deslizo en el puerto feliz del buen éxito.

Se volvió de pronto a Ana, que estaba delante de él pálida y silenciosa, y le dijo:

—Porque estoy en ese puerto. ¿Verdad, señora mía? ¡Usted mató a Shelah Fane!

—Yo la maté —contestó la mujer.

—No sea tonta, Ana. ¡Defiéndase!

Ella hizo un gesto de desesperanza.

—¿Y para qué? No me importa. No tengo para qué vivir. No importa qué sea de mí. Sí; yo la maté. ¿Por qué no? Ella...

—Un momento —interrumpió el jefe—. Todo lo que diga se volverá en contra suya.

—Un poco tarde para la advertencia, jefe —dijo Tarneverro—. Debía haber hablado por ella un abogado...

—No lo necesito —dijo Ana tristemente—. No necesito que me ayude nadie. Yo la maté... Me había robado a mi marido... Y no se contentó con quitarme su amor, sino que le quitó a él la vida. Me he vengado y estoy dispuesta a pagar mi venganza al precio que sea. Me confieso culpable y terminemos de una vez.

—Muy bien —aprobó el jefe, viendo que el país se ahorra los gastos de un largo proceso.

—Está usted loca, Ana —gritó el adivino.

Ella volvió a hacer un gesto de indiferencia.

—No se preocupe por mí. Ya comprendo que he echado a perder todos sus planes de usted. Perdóneme y siga solo su camino.

Su tono era amargo y frío y Tarneverro, soliviantado, se separó de ella. Charlie ofreció a Ana una silla.

—Siéntese, señora. Deseo someterla a un breve interrogatorio. ¿Es cierto que Tarneverro la llevó a usted a Hollywood?

—Sí —contestó al tiempo que tomaba asiento—. Lo contaré desde el principio, si quiere usted. Mientras Denny trabajaba en las películas, yo seguía bailando en los *music-halls* de Londres. No me iba mal, cuando tuve el accidente; me rompí el tobillo y tuve que dejar de bailar. Se lo escribí a Denny y le preguntaba si podía marcharme allí con él. No recibí contestación y luego supe que le habían asesinado.

Arturo, el hermano de Denny, aquí presente, también estaba trabajando en Londres. Fue muy bueno conmigo. Me prestó dinero. Me dijo que se iba a marchar a los Estados Unidos a hacer todo lo posible por descubrir quién había matado al pobre Denny. Al poco tiempo me escribió que se había instalado en Hollywood como adivino bajo el nombre de Tarneverro. Me dijo que necesitaba... ayuda; y que si yo quería ponerme a servir él podría emplearme. Yo estaba colocada como doncella con la señora de un antiguo empresario mío. Era mucho trabajo..., y los recuerdos... Estaba deseando perderlo todo de vista.

—Y entonces se fue usted a Hollywood —dijo el jefe.

—Fui, y allí me vi secretamente con Tarneverro. Me dijo que me podía colocar en casa de *miss Fane*, a quien él le aconsejó que dejara a la doncella que tenía; y el mismo día me mandó a pedir colocación. Se había enterado él de que *miss Fane* y Denny habían sido... amigos muy íntimos; y pensó que yo, dentro de la casa, podría dar con alguna pista. Me recomendó que alterara mi aspecto todo lo posible, en la manera de peinarme, etc., no fuera que Denny hubiera enseñado a *miss Fane* algún retrato mío. Seguí sus instrucciones, pero fue una precaución innecesaria. Denny, por lo visto, había perdido mis retratos; los había perdido o los había tirado. *Miss Fane* me admitió y yo cumplí bien en el puesto. Comprenderá usted... Yo había tenido también doncellas. He estado con ella año y medio... ayudando a Tarneverro. Pero no descubrí nada. Nada relacionado con Denny, quiero decir.

Ayer por la tarde nos vimos en la playa Tarneverro y yo. Me dijo que Shelah había confesado que había matado a Denny; se lo había confesado en su cuarto por la mañana. Quería obtener una segunda confesión con un testigo que escuchara escondido; lo dispuso todo para por la noche en el pabellón. Hablaría él con ella en apariencia a solas, pero estando yo escondida cerca. Su intención era enviar luego a buscar a la Policía.

Yo me volví a casa, al lado de la mujer odiada que había destrozado la vida de Denny... y la mía. Sentada en mi cuarto, pensaba y pensaba. El plan de Tarneverro

me parecía cada vez más insensato. ¿La Policía? Demasiado sabía yo lo que vuestros jurados americanos harían tratándose de una mujer como Shelah Fane: una mujer bella y famosa. No la condenarían nunca. Había mejores caminos que la Policía. Seguí pensando, pensando... Ahora lo siento.

Brilló en sus ojos un relámpago y corrigió:

—No; no lo siento. Me alegro. Lo dispuse todo. Por la noche, durante la fiesta: era el mejor momento. Mucha gente alrededor a la que echar la culpa. Se me ocurrió la coartada del reloj acordándome de una película en que había trabajado Denny. Me estuve en la cocina desde las ocho menos veinte hasta las ocho y diez. Jessop y el cocinero estaban también. A las ocho y cuarto vi a Shelah en el pabellón, preparando una entrada teatral en la fiesta, como hacía siempre. Era así.

Entré en su cuarto y cogí un cuchillo, que había comprado ella en Tahití. Me hacía falta algo para envolverlo: un pañuelo, un pañuelo grande. Estaba abierta la puerta del gabinete azul y vi un traje de hombre. Entré y cogí el pañuelo del bolsillo de la chaqueta. Creo que era la chaqueta de *Mr. Bradshaw*.

—¡Lo era, lo era! —dijo Jimmy Bradshaw mustio—. Gracias por la propaganda.

—Me fui al pabellón —continuó Ana—. Ella no sospechaba nada. Me acerqué...

La mujer se cubrió la cara con las manos. Añadió:

—No me harán ustedes referir la escena. Después rompí el reloj, liándolo en el pañuelo, y se lo volví a poner en la muñeca. Pero no quedaba ninguna prueba más de lucha, y entonces le arranqué las orquídeas y las pisoteé. Salí y enterré el cuchillo a mucha profundidad en la arena... Oí voces en la playa, me asusté... Vine corriendo a la casa y subí a mi habitación por la escalera de servicio.

—¿Y el pañuelo? —preguntó Chan—. ¿Se lo dio usted a Tarneverro al llegar él?

—Un momento —dijo el adivino—. Ana ¿cuándo hemos hablado nosotros dos a solas por última vez?

—En la playa, ayer tarde.

—¿Nos hemos comunicado uno con el otro después de ese momento?

Ella negó con la cabeza y con la palabra.

—No.

—¿Le he oído yo decir antes de ahora que usted mató a Shelah Fane?

—No.

El adivino miró al jefe.

—Unos puntos de cierta importancia —dijo— que me interesaba poner en claro.

—Pero ¿el pañuelo...? —dijo el jefe dirigiéndose a Ana.

—Lo tiré en el jardín, con la intención de que lo encontraran allí. Ya sabe usted que no era mío —añadió mirando a Bradshaw.

—Muy cumplida —dijo el joven con una inclinación.

—Precisamente en el jardín fue donde yo lo encontré.

—Y me lo metió a mí en el bolsillo —indicó Martino—. Y, a propósito, todavía no le he dado a usted las gracias.

—No se moleste —le recomendó Chan—. No es usted el único a quien *Mr. Tarneverro* ha honrado con sus atenciones.

El jefe se acercó al lado de la joven.

—Suba usted —le dijo gravemente— y vístase para salir. Vendrá usted a la ciudad con nosotros. Tendrá usted que volver a declarar en el puesto de Policía.

Hizo a Spencer indicación de que la acompañara. La mujer se levantó con manera desagradable y retadora, y salió de la estancia con el agente al lado.

—Bien —dijo Ballou—. Me parece que ahora podremos marcharnos.

El jefe hizo un gesto de conformidad. Wilkie y Rita salieron los primeros, seguidos de Martino, Van Horn y Jaynes. El último se detuvo a dar la mano a Charlie.

—Gracias —le dijo en voz baja. Tomaré el vapor. Y en este vapor y en todos, de aquí en adelante, procuraré no perder la cabeza.

Diana se subió lentamente a su cuarto. Chan se dirigió a Julia.

—Vuélvase a la playa —le dijo amablemente—. Mire a las estrellas, respire el aire limpio y fresco y piense en la futura felicidad.

La muchacha le miró con ojos muy abiertos.

—¡Pobre Shelah! —dijo casi sin voz.

—Para Shelah Fane se han acabado ya los quebrantos —le recordó Chan—. Tenga con la pobre dama la cortesía mayor, y olvide. Jimmy ayudará.

Bradshaw asintió.

—Desde luego que sí —dijo, y pasó el brazo por la espalda a la joven—. Ven, Julia. Mira una vez los cocoteros y luego marchemos a la costa en que los árboles son árboles.

Avanzaron hacia la vidriera. Bradshaw miró sonriendo a Chan.

—No hay más remedio, Charlie. Ahora tengo que entonar mis adjetivos para que le vayan bien a California.

Salieron y Chan se volvió al centro de la habitación, donde encontró al jefe considerando a Tarneverro con mirada escudriñadora.

—Bien, Charlie —le dijo—. Y con este amigo, ¿qué hacemos?

Chan no contestó, sino que se rascó la mejilla, pensativo. Tarneverro, al verlo, sonrió.

—Perdón —dijo—. Le he causado a usted grandes perturbaciones, inspector. Pero es que me encontraba en una situación terrible. ¿Le iba a entregar a usted a Ana? Tal vez debí hacerlo, pero como ya le dije anoche, vi inmediatamente que el responsable de todo lo que había ocurrido era yo. Inocentemente, desde luego; pero no por ello menos responsable. No debí decírselo a ella nunca; pero necesitaba un testigo. Debí guardarme mi descubrimiento para mí mismo.

—El hombre que mira atrás ve sus errores amontonados tras él —dijo Chan sentencioso.

—Pero nunca creí que Ana podría perder la cabeza hasta este punto. ¡Estas mujeres, inspector...!

—Las mujeres son criaturas primitivas.

—Eso parecen. Ana ha sido siempre una persona extraña, silenciosa, hostil. Pero había entre ella y yo un nexo: los dos queríamos a Denny. Ella probó anoche hasta qué punto le amaba y no me fue posible traicionarla. Por el contrario, entré en batalla con usted. En batalla hasta donde me lo permitieron mis talentos. Y he perdido.

Le tendió la mano. Chan se la estrechó.

—Solamente los mal nacidos son pequeños en la victoria —contestó.

El agente uniformado miró por las cortinas.

—En seguida soy con usted, Spencer —dijo el jefe—. *Mr. Tarneverro*, venga con nosotros. Tengo que hablar de usted al juez instructor. No se alarme. No nos gusta gastar mucho dinero con los que vienen del continente a visitarnos por casualidad.

Tarneverro hizo una inclinación de cabeza.

—Es usted hombre para animar a cualquiera.

—¿Ha traído usted su coche, Charlie? —preguntó el jefe.

—Lo he traído —contestó Chan.

El jefe y Tarneverro salieron al *hall*, y momentos después Charlie oyó cerrarse la puerta.

Se quedó un momento Charlie mirando en torno suyo por la habitación en que, por fin, había terminado victoriosamente su misión. Luego, después de suspirar parsimoniosamente, salió por entre las cortinas y cogió el sombrero de una mesa que en el *hall* había. Se presentó súbitamente Wu Kno-Ching procedente del comedor.

Charlie miró los ojos penetrantes y la cara mustia de su compatriota.

—Dígame una cosa, Wu —dijo—. ¿Por qué me encuentro yo en este camino? ¿Qué tiene que ver uno de nuestra raza con los odios y las malas obras de los *haoles*?

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó Wu.

—Estoy cansado —suspiró Chan—. Ahora quiero tranquilidad. Un caso de prueba, mi buen Wu Kno-Ching. Pero —y una sonrisa se extendió por su ancho rostro— ya sabes, mi amigo, que una piedra preciosa no se pule sin frotarla, ni un hombre se perfecciona sin pruebas.

La puerta se cerró suavemente tras él.

FIN



Earl Derr Biggers nació en 1884 en Warren, Oregon, EE. UU. Mientras estudiaba en el *college*, escribía historias cortas en diferentes periódicos de Boston. Se graduó en la Universidad de Harvard en 1907. Al terminar sus estudios comenzó a publicar una columna de humor en el *Boston Traveller*. En 1909 le nombraron editor de teatro, tarea que le hicieron abandonar tres años después por sus sinceras y poco amables críticas.

Ese año comenzó a escribir su primera novela *Las siete llaves*. El mismo día que le anunciaron su publicación, en 1913, pidió matrimonio a Eleanor Ladd, compañera del *Traveller*. Se casaron en 1914.

En 1919, durante unas vacaciones en Honolulu oyó hablar del detective chino Chang Apala. Ello le inspiraría para escribir en 1925 el primer libro de Charlie Chan que se publicó por entregas en el *Saturday Evening*. Fue tan grande su éxito que los editores le pagaron 25 000 dólares por los derechos de una nueva historia del personaje.

Ese mismo año se traslada a vivir a Pasadena, California con idea de estar cerca de Hollywood para gestionar la venta de los derechos de sus libros al cine. Murió en 1933, tras sufrir un ataque cardiaco en Palm Springs, California.

Su personaje fue todo un éxito que trascendió la obra del autor y se popularizó gracias al cine, la radio, comics y libros escritos por otros autores como Robert Hart Davis, Dennis Lynds, Bill Pronzini y Jeffrey M. Wallman o Michael Avallone. En su momento supuso una alternativa a los «chinos malvados» habituales en otras obras de la época, como *Fu Manchú*.

Notas

[1] En el idioma hawaiano significa «hijo de la tierra», que deriva de las palabras «Kama», que significa «niño», y «'Aina», que significa «tierra». La palabra «kama'aina» también describe a los residentes en Hawai nacidos en la isla, independientemente de su origen racial, en contraposición a «Kanaka», que significa una persona de ascendencia hawaiana nativa. (N. del E.) <<

[2] Lámpara de arco de carbono utilizada en filmación de películas. Daba una luz tan intensa que convertía la noche en día. (N. del E.) <<

[3] Mostrador de recepción. (N. del E.) <<

[4] Bañera. (N. del E.) <<

[5] Forense. (N. del E.) <<

[6] Henry Louis Mencken (23 de septiembre de 1880 - 29 de enero de 1956) fue un periodista, editor y crítico social, conocido como el «Sabio de Baltimore». (N. del E.)

<<

[7] Llámase así a los primeros colonizadores de las islas del Pacífico, generalmente en sentido burlesco; y ahora se aplica el término también por mofa a quienes por su vida irregular y sus noches a la intemperie recuerdan aquel modo de vivir. (N. del T.) <<

[8] Se refiere al personaje Simon Legree, el villano negrero de «La cabaña del tío Tom». (N. del E.) <<

[9] Descripción del aspecto exterior de una persona. (N. del E.) <<